



EL SECRETO DE
GAUDLIN HALL

JOHN BOYNE



LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Después de perder a su anciano padre, la joven Eliza Caine no tiene más opción que aceptar un puesto de institutriz en la mansión de Gaudlin Hall, en Norfolk. Pero lo que debería ser un trabajo digno y sencillo se convierte en una experiencia espeluznante. En cuanto se apea del tren, un par de manos invisibles intentan arrojarla a la vía, y cuando finalmente llega al caserón, los únicos que salen a recibirla son dos niños, Isabella y Eustace, que aparentemente viven solos. Eliza no sabe quién la ha contratado, y una serie de extraños sucesos la convencen de que algo muy grave está ocurriendo en la casa. Es como si una presencia maligna, que parece querer proteger a los pequeños, se manifestara continuamente, por lo que Eliza comprende que deberá desvelar los secretos que Gaudlin Hall guarda celosamente.

Autor de éxitos mundiales como *El niño con el pijama de rayas* y *La casa del propósito especial*, John Boyne ha escrito una novela inquietante que cautiva al lector hasta la última página. Como un homenaje a la novela gótica del siglo XIX, con abundantes guiños a Charles Dickens y Wilkie Collins, el relato gira en torno a Eliza Caine, su valerosa e inteligente heroína, que logra superar el miedo a lo desconocido con una fortaleza de espíritu encomiable.

L  **LIBROS**

John Boyne

El secreto de Gaudlin Hall

Para Sinéad

Londres, 1867

Charles Dickens fue el culpable de la muerte de mi padre.

Cuando trato de esclarecer el momento en que mi vida pasó de la serenidad al horror, en que lo natural se convirtió en inenarrable, me veo sentada en el saloncito de nuestra pequeña casa cerca de Hyde Park, observando los bordes deshilachados de la alfombra ante la chimenea y preguntándome si ya era hora de comprar una nueva o de intentar remendarla. Pensamientos sencillos, domésticos. Aquella mañana caía una llovizna continua. Al apartar la vista de la ventana para contemplarme en el espejo sobre la chimenea, mi aspecto se me antojó descorazonador. Es cierto que nunca he sido atractiva, pero estaba más pálida de lo habitual y tenía el cabello encrespado y despeinado. Me hallaba allí sentada, con los codos sobre la mesa y una taza de té en las manos. Traté de relajarme y corregir la postura. Entonces hice algo ridículo: sonreí, esperando que la manifestación de cierta alegría mejorase mi imagen, y en ese instante me sobresalté al advertir un segundo rostro, mucho más pequeño que el mío, que me miraba fijamente desde una esquina inferior del espejo.

Con un grito sofocado, me llevé una mano al pecho, para acabar riéndome de mi propia insensatez: aquella imagen no era más que un retrato de mi difunta madre que pendía en la pared detrás de mi silla. El espejo nos captaba a ambas, una junto a la otra, aunque yo no salía bien parada de la comparación, pues mi madre era una mujer muy hermosa, de ojos grandes y brillantes, mientras que los míos eran pequeños y apagados; la curva de su mandíbula era femenina, pero la mía se veía dura y algo masculina, y ella era una mujer esbelta, en tanto que yo siempre me había sentido grandota y ridícula.

El retrato me resultaba muy familiar. Llevaba tanto tiempo colgado de aquella pared que quizá ya ni siquiera reparaba en él, de igual manera que a menudo pasamos por alto las cosas más familiares, como los cojines de nuestro asiento o los seres queridos. Sin embargo, aquella mañana su expresión atrajo mi atención, y me vi lamentando de nuevo haberla perdido, aunque hubiese dejado este mundo hacía más de una década, cuando yo era una niña. ¿Cómo sería la otra vida? ¿Dónde residiría su espíritu tras la muerte? ¿Habría pasado aquellos años observándome, alegrándose con mis pequeños triunfos y lamentando mis numerosos errores?

La niebla matutina empezaba a descender sobre la calle; un viento persistente que se colaba por la chimenea y se abría paso entre la mampostería, remitiendo sólo levemente al penetrar en la habitación, me obligaba a arrebujarme aún más

en el chal que llevaba sobre los hombros. Me estremecí y deseé volver a la calidez de mi cama.

Sin embargo, me sacó de mi ensueño la exclamación de alegría de mi padre, que, sentado frente a mí, con los arenques y huevos a medio comer, hojeaba las páginas del *Illustrated London News*. Aquel periódico estaba abandonado desde el sábado anterior sobre una mesita en la misma habitación donde nos encontrábamos, y yo había pensado tirarlo esa misma mañana, pero no sé qué extraño impulso llevó a mi padre a echarle un vistazo mientras desayunaba. Lo miré con aprensión, pues me pareció que se había atragantado. En realidad su rostro estaba encendido de emoción; dobló el periódico en dos y dio unos toquécitos insistentes con un dedo mientras me lo pasaba.

—Mira, querida. ¡Es maravilloso!

Cogí el diario y eché un vistazo a la página que me indicaba. El artículo parecía hacer referencia a un importante congreso dedicado a temas relacionados con el continente norteamericano que se celebraría en Londres antes de Navidad. Leí rápidamente varios párrafos, pero no tardé en perderme en la jerga política, que parecía pensada para provocar e intrigar simultáneamente al lector, y al poco rato levanté la mirada hacia mi padre, confusa. Él nunca había mostrado interés alguno en los asuntos americanos. De hecho, en más de una ocasión había asegurado que quienes vivían al otro lado del Atlántico no eran más que unos bribones bárbaros y hostiles, a los que nunca deberían haberles concedido la independencia, un acto de deslealtad hacia la Corona por el cual el nombre de Portland debería caer en la ignominia para siempre.

—¿Qué pasa? —pregunté—. No querrás asistir como manifestante, ¿verdad? Me parece que el museo no se tomaría demasiado bien que te inmiscuyeras en cuestiones políticas...

—¿Cómo? —respondió él, confuso ante mi comentario, y acto seguido negó con la cabeza—. No, no. No se trata del artículo sobre esos villanos. A éstos déjalos, que ya se han cavado su propia fosa y por mí pueden meterse en ella, me da igual. No, mira a la izquierda. El anuncio que está a un lado de la página.

Cogí de nuevo el periódico y entonces supe a qué se refería. Se anunciaba que Charles Dickens, el novelista de fama mundial, leería una de sus obras la tarde siguiente, el viernes, en la sala de conferencias de Knightsbridge, que quedaba a menos de media hora de donde vivíamos. Se rogaba encarecidamente a quien deseara asistir que lo hiciera temprano, pues el señor Dickens siempre atraía a un público muy numeroso y entusiasta.

—¡Tenemos que ir, Eliza! —exclamó mi padre, radiante de felicidad, y tomó un bocado de arenque para celebrarlo.

El viento arrancó una teja de pizarra, que fue a estrellarse en el jardín. Oí moverse algo en los aleros.

Me mordí el labio y releí el anuncio. Mi padre llevaba más de una semana con una tos persistente y el pecho muy cargado, sin indicio alguno de mejoría. Dos días antes había acudido al médico, que le había prescrito un jarabe verde y viscoso que tuve que obligarle a tomar, pero que, en mi opinión, no le había hecho mejorar en nada. Más bien parecía haber empeorado.

—¿Crees que será sensato? —le pregunté—. Todavía estás enfermo, y hace un tiempo inclemente. ¿No sería mejor que te quedaras unos días más en casa, ante la chimenea?

—Tonterías, querida —repuso negando con la cabeza y consternado al ver que intentaba privarle de aquel inmenso placer—. Casi estoy recuperado del todo, te lo aseguro. Mañana por la noche me encontraré bien.

Perse, desmintiendo esa afirmación, fue presa al instante de un cavernoso y persistente acceso de tos que lo obligó a apartarse de mí; enrojeció y los ojos se le humedecieron. Corrí a la cocina y le serví un vaso de agua, que dejé ante él; dio un buen trago y por fin me sonrió con expresión traviesa.

—Esto significa que mi organismo está librándose de la tos. Te aseguro que mejoro por momentos.

Miré por la ventana. Si hubiésemos estado en primavera, si el sol hubiese brillado entre las ramas de los árboles en flor, quizá me habría dejado persuadir por sus argumentos. Pero no era primavera, sino otoño. Y me parecía muy imprudente que arriesgase más su precaria salud sólo por oír hablar en público al señor Dickens, cuando el lugar más digno para las palabras de un novelista se halla entre las cubiertas de sus novelas.

—A ver cómo te encuentras mañana —dije en un intento de conciliación, pues no me parecía necesario decidir todavía.

—No, decidámoslo ahora y sanseacabó —insistió, apartando el agua para coger la pipa.

Vací en el plato los restos de la fumarada de la noche anterior y luego rellenó la cazoleta con su tabaco preferido. Percibí aquel aroma familiar a castaña y canela. Aquel tabaco que fumaba mi padre contenía bastante de esa especia, y dondequiera que yo captara ese olor, me hacía evocar la comfortable calidez de mi hogar.

—El museo me ha permitido faltar a mi puesto hasta finales de semana. Hoy me quedaré todo el día en casa y mañana hasta la tarde, cuando nos pondremos los abrigos e iremos juntos a oír hablar al señor Dickens. Por nada del mundo me lo perdería.

Suspiré y asentí; sabía que, aunque valorase mi consejo, estaba decidido a salirse con la suya.

—¡Estupendo! —exclamó.

Prendió una cerilla y la dejó arder unos segundos para que se consumiera el fósforo; luego la acercó a la cazoleta y chupó por la boquilla tan contento que no

pude evitar sonreír ante el intenso placer que le proporcionaba fumar. En la penumbra de la habitación, a la luz de las velas, el fuego y la pipa, su piel se veía muy fina y espectral, y mi sonrisa se desdibujó un poco al darme cuenta de lo mucho que había envejecido. ¿Cuándo habían cambiado nuestros papeles tanto que yo, la hija, tenía que darle permiso para salir a él, el progenitor?

Mi padre siempre fue un lector apasionado. Poseía una biblioteca selecta en su estudio de la planta baja, donde se retiraba cuando quería estar solo con sus pensamientos y recuerdos. Una pared albergaba una serie de volúmenes dedicados a su especialidad, la entomología, un tema que le había fascinado desde la niñez. Me contó que, de muchacho, tenía horrorizados a sus padres a causa de una vitrina de cristal donde guardaba montones de insectos vivos y que tenía en un rincón de su habitación. En el rincón opuesto había una segunda vitrina con los cuerpos de los bichos *post mortem*. El paso natural de los insectos de un rincón al otro de la habitación constituía para él una gran satisfacción. No quería verlos morir, claro está, y prefería estudiar sus hábitos e interacciones, pero llevaba una serie de laboriosos diarios en los cuales anotaba su conducta durante su desarrollo, madurez y descomposición. Naturalmente, las criadas protestaban por tener que limpiar aquella habitación —una incluso se despidió en señal de protesta cuando se lo exigieron— y su propia madre se negaba a pisarla. (Su familia tenía dinero por aquel entonces, de ahí la presencia del servicio doméstico. Un hermano mayor, muerto años antes de los hechos que relato, había dilapidado la herencia, de ahí que nosotros no pudiéramos permitirnos tales lujos.)

Junto a los volúmenes que describían los ciclos vitales de las termitas reinas, el tracto intestinal de los escarabajos longicornios y los hábitos de apareamiento de los estrepsípteros, había una serie de legajos que recogían su correspondencia a lo largo de los años con William Kirby, su mentor particular, quien le dio su primer empleo remunerado en 1832, cuando mi padre acababa de alcanzar la mayoría de edad, como ayudante en un nuevo museo de Norwich. A continuación, el señor Kirby se lo había llevado a Londres para que lo ayudara a fundar la Sociedad Entomológica, tarea que a su debido tiempo lo llevaría a convertirse en conservador de insectos en el Museo Británico, un trabajo que a mi padre le encantaba. Yo no compartía esa pasión suya. Los insectos siempre me han parecido repugnantes.

El señor Kirby había muerto dieciséis años atrás, pero mi padre seguía disfrutando de la lectura de sus cartas y notas, y le gustaba continuar con el proceso de adquisición que había llevado a la sociedad, y finalmente al museo, a poseer una colección tan maravillosa.

Todos esos « libros de bichos », como los llamaba yo en tono burlón, estaban cuidadosamente dispuestos en unos estantes en la pared contigua a su escritorio, según un orden que sólo mi padre entendía. En la pared opuesta, sin embargo, junto a una ventana y un sillón de lectura donde la luz era mejor, había una colección mucho más reducida de libros, todos ellos novelas, y el autor que más proliferaba en aquellos estantes era, por supuesto, el señor Dickens, quien en

opinión de mi padre no tenía igual.

—Si escribiera una novela sobre una cigarra o un saltamontes, en lugar de un huérfano —observé una vez—, supongo que ya sería el súmmum.

—Querida mía, te olvidas de *El grillo del hogar* —replicó mi padre, cuyo conocimiento de las obras del novelista era insuperable—. Por no hablar de la familia de arañas que habita el pastel de bodas intacto de la señorita Havisham. O de las pestañas de Bitzer en *Tiempos difíciles*. ¿Cómo las describe? «Como antenas de ajetreteados insectos», si la memoria no me falla. No, los insectos aparecen de forma regular a lo largo de la obra de Dickens. Es sólo cuestión de tiempo que les dedique un volumen más sustancial. Creo que es un auténtico entomólogo.

Habiendo leído yo misma la mayoría de dichas novelas, no estoy tan segura de la verdad de tal afirmación, pero mi padre no leía a Dickens por los insectos, sino por las historias. Lo cierto es que la primera vez que lo recuerdo sonriendo de nuevo, tras el fallecimiento de mi madre y a mi regreso de la casa de mi tía en Cornualles, fue cuando releía *Los papeles póstumos del club Pickwick*, cuyo protagonista siempre acababa por hacerle reír hasta las lágrimas.

—Eliza, tienes que leerlo —me dijo cuando cumplí los catorce, poniéndome en las manos un ejemplar de *Casa desolada*—. Es una obra de un mérito extraordinario, y mucho más acorde con los tiempos que corren que esas fantasías de un penique que tanto te gustan.

Yo abrí el volumen con una sensación de pesadumbre, que fue acrecentándose en mis intentos por discernir el significado y la intención de la demanda judicial de Jarndyce contra Jarndyce, pero mi padre tenía razón, cómo no, porque, en cuanto hube conseguido abrirme paso en los capítulos iniciales, la historia se desplegó ante mí y las experiencias de Esther Summerson me despertaron una profunda compasión, por no decir que me sentí totalmente cautivada por el romance que mantenía con el doctor Woodcourt, un hombre honrado que la ama a pesar del desafortunado aspecto físico de ella. (En este sentido puedo identificarme plenamente con Esther, aunque ella había perdido su belleza a raíz de la viruela, mientras que yo nunca he sido guapa.)

Antes de sus problemas de salud, mi padre siempre había sido un hombre vigoroso. Hiciera el tiempo que hiciese, todas las mañanas iba a pie al museo y regresaba por las tardes también andando, sin servirse del ómnibus que podría haberlo traído de vuelta casi directamente hasta nuestra puerta. Cuando durante unos años tuvimos un perro mestizo llamado *Bull's Eye*, un animal mucho más amable y comedido que el maltratado compañero de Bill Sikes, hacía incluso más ejercicio al sacarlo a pasear dos veces al día por Hyde Park, y le arrojaba palos en Kensington Gardens o lo dejaba correr libremente por las orillas del Serpentine, donde, en una ocasión, aseguraba haber visto a la princesa Elena sentada junto al agua, llorando. (¿Por qué? No lo sé. Se acercó a ella para

preguntarle si se encontraba indispuesta, pero ella lo rechazó con un ademán.) Nunca se acostaba tarde y dormía profundamente toda la noche. Comía con moderación, no bebía en exceso, no estaba demasiado gordo ni demasiado flaco. No había motivo alguno para pensar que no llegaría a una edad avanzada. Pero así fue.

Quizá tendría que haberme mostrado más inflexible cuando traté de disuadirlo de asistir a la charla del señor Dickens, pero en mi fuero interno sabía que, aunque le gustaba dar la impresión de que delegaba en mí los asuntos domésticos, yo no podría hacer nada para evitar que atravesara el parque rumbo a Knightsbridge. A pesar de su entusiasmo como lector, no había tenido todavía el gusto de oír hablar en público al gran autor, y era bien sabido que las apariciones del novelista en escena eran comparables, si no superiores, a cualquiera de las que podían disfrutarse en los teatros de Drury Lane o Shaftesbury Avenue. De modo que no dije nada y, sometiéndome a su autoridad, accedí a que fuéramos.

—No te inquietes, Eliza —me dijo al salir de casa aquel viernes por la tarde, cuando le sugerí que al menos llevase una segunda bufanda, porque el frío era espantoso y, aunque no había llovido en todo el día, el cielo estaba encapotándose. Pero a mi padre no le gustaba que estuviesen encima de él, y decidió pasar por alto mi consejo.

Nos dirigimos del brazo hacia Lancaster Gate y dejamos los Jardines Italianos a nuestra izquierda para atravesar Hyde Park por el sendero central. Cuando, unos veinte minutos más tarde, salíamos por la Puerta de la Reina, me pareció divisar un rostro familiar como surgido de la niebla, y al entornar los ojos para verlo bien, di un respingo... ¿Acaso no se trataba de la misma cara que había visto en el espejo la mañana anterior, el reflejo de mi difunta madre? Incrédula, tiré de mi padre hacia mí al detenerme en seco en la calle, y él se volvió sorprendido, mientras la dama en cuestión aparecía entre la bruma y me saludaba con una inclinación de cabeza. No era mi madre, desde luego (¿cómo iba a serlo?), sino una mujer que podría haber sido su hermana o una prima, a tal punto era extraordinario el parecido, sobre todo los ojos y la frente.

Empezó a llover casi de inmediato, gruesas gotas que caían pesadamente sobre nuestras cabezas y nuestros abrigos mientras la gente corría en busca de refugio. Me estremecí; había sido presa de un mal presentimiento. Un roble grande, un poco más adelante, ofrecía algo de cobijo, así que señalé en su dirección. Pero mi padre, negando con la cabeza, dio unos golpecitos con el dedo en su reloj de bolsillo.

—Si nos apresuramos, llegaremos dentro de cinco minutos —declaró, apretando el paso calle abajo—. Si nos ponemos a resguardo ahora, nos lo perderemos.

Me maldije por haber olvidado el paraguas junto a la puerta principal mientras discutíamos por la bufanda, así que corrimos sorteando los charcos

hacia nuestro destino carentes de toda protección. Para cuando llegamos, estábamos empapados. En el vestíbulo, mientras me quitaba los guantes mojados, ansiaba encontrarme ante la chimenea, en nuestro cómodo hogar. Mi padre sufrió un acceso de tos que parecía proceder de lo más hondo de su ser; algunos asistentes, que lo miraron con desdén al pasar, despertaron mi profundo desprecio. Le costó unos minutos recobrase. Estuve a punto de parar un carruaje para que nos llevase de vuelta a casa, pero él se negó en redondo y se adelantó cruzando el vestíbulo. ¿Qué podía hacer yo, dadas las circunstancias, sino seguirlo?

Allí dentro había congregadas unas mil personas, igual de mojadas e incómodas; un hedor a lana húmeda y a sudor impregnaba el ambiente. Miré alrededor en busca de una zona más tranquila donde sentarnos, pero a aquellas alturas ya estaban ocupados casi todos los asientos, de modo que no nos quedó más remedio que acomodarnos en dos sitios en el centro de una hilera, rodeados por miembros del público que tiritaban y estornudaban. Por suerte no tuvimos que esperar mucho, pues al cabo de unos minutos el señor Dickens en persona apareció entre aplausos. Todos los presentes nos pusimos en pie y le dimos la bienvenida con grandes vítores, para su evidente deleite. Abrió los brazos como si quisiera abrazarnos a todos, agradeciendo aquel fervoroso recibimiento igual que si fuera un derecho que se le reconocía.

Dado que no mostró indicio alguno de querer que la ovación remitiera, transcurrieron quizá cinco minutos más hasta que por fin se colocó en la parte delantera del escenario, indicándonos con un ademán que podíamos suspender nuestra admiración por un instante, y nos permitió tomar asiento una vez más. Tenía el rostro cetrino y el cabello y la barba bastante desaliñados, pero tanto el traje como el chaleco que vestía eran de un tejido tan exquisito que experimenté el curioso deseo de sentir su textura entre los dedos. ¿Cómo sería su vida?, me pregunté. ¿Sería cierto que se movía con la misma facilidad en las callejas del East End londinense que en los privilegiados pasillos del castillo de Balmoral, donde se decía que la reina, de luto, lo había invitado a hacer una lectura dramatizada? ¿Se sentía tan cómodo en compañía de ladrones, carteristas y prostitutas como entre obispos, ministros del gobierno y grandes industriales? En mi inocencia, no era capaz de imaginar qué se sentiría al ser un hombre tan mundano, famoso a ambos lados del océano, amado por todos.

Nos miró entonces con una media sonrisa.

—Hay muchas damas presentes esta noche —dijo, y su voz reverberó en toda la sala—. Como es natural, me complace mucho que así sea, pero también me preocupa, porque espero que ninguna de ustedes tenga el temperamento sensible característico de su sexo. Pues, queridos lectores, amigos míos, gentes de letras, no me propongo entretenerles esta noche con algunas de las ocurrencias más estrambóticas de esa deliciosa criatura que es Sam Weller. Tampoco tengo

pensado levantarles el ánimo con la valentía de mi querido muchacho, el señor Copperfield. Ni pretendo conmovérselos en exceso relatando de nuevo los últimos días de ese desgraciado ángel, la pequeña Nell Trent, que Dios se apiade de su alma. —Se interrumpió.

Nuestra expectación fue en aumento mientras lo mirábamos fijamente, cautivados ya por su presencia.

—Bien al contrario —continuó tras una larga pausa, con voz cada vez más profunda y melosa, pronunciando las palabras con lentitud—, me propongo leer una historia de fantasmas que escribí hace poco y que está previsto que aparezca en el número de Navidad de *All the Year Round*. Es un relato terrorífico, damas y caballeros, destinado a helar la sangre y perturbar los sentidos. Habla de lo paranormal, de los no muertos, de esas criaturas desgraciadas que vagan por la otra vida en busca de reconciliación eterna. Hay un personaje que no está ni vivo ni muerto, que no es ser sensible ni espíritu. Lo escribí para sobrecoger a mis lectores y enviar seres terroríficos a lo más profundo de sus sueños.

Entonces se oyó un grito procedente del centro de la sala. Al volver la cabeza, como hizo la mayoría del público, vi a una joven más o menos de mi edad, veintidós años, que corría pasillo abajo haciendo aspavientos, aterrorizada. Suspiré y la maldije mentalmente por desacreditar a nuestro sexo.

—Si otras damas desean irse —dijo el señor Dickens, encantado al parecer con aquella interrupción—, les ruego que lo hagan ahora. No querría que entorpecieran el devenir de la historia, porque ha llegado el momento de empezar.

En cuanto acabó la frase, por un lateral del escenario apareció un niño pequeño que se acercó al novelista, le hizo una reverencia y le entregó un fajo de hojas. El chico se alejó corriendo. Dickens observó las hojas, miró alrededor con expresión de poseso y empezó a leer.

—« ¡Eh! ¡Ahí abajo!» —bramó de pronto, y di un respingo.

Una dama que estaba detrás de mí soltó un juramento y a un caballero que se hallaba junto al pasillo se le cayeron los anteojos. Disfrutando al parecer de la reacción provocada por sus gritos, el señor Dickens hizo una pausa y luego prosiguió. No tardé en sentirme cautivada por su relato. Un único foco iluminaba su pálido rostro, mientras su tono iba variando en función del personaje, describiendo el terror, la confusión y la angustia sólo con un leve cambio en la modulación. Poseía un sentido del ritmo impecable: decía una cosa que nos hacía reír, luego otra que nos intranquilizaba y por último una que nos llevaba a temblar de espanto. Interpretaba con tanto entusiasmo a los dos protagonistas de la historia —un guardavía que trabajaba junto al túnel de un ferrocarril y un excursionista que pasaba por allí— que casi parecía que hubiese dos actores en el escenario. El relato en sí, como había indicado en su presentación, era bastante desconcertante y se basaba en la creencia del guardavía de que un espectro le informaba de las

calamidades que acaecerían. El fantasma apareció una vez y hubo un accidente terrible. En la segunda ocasión, una dama murió en un tren que pasaba. Más recientemente había aparecido una tercera vez, gesticulando como un loco para advertir al guardavía que se apartara del camino, pero todavía no había sucedido ninguna desgracia, y el hombre, nervioso, era presa de la inquietud al pensar en qué horrores podía depararle el futuro. Me pareció que el señor Dickens obtenía cierto placer diabólico despertando las emociones de su público. Cuando advertía que estábamos asustados, daba otra vuelta de tuerca, incrementando la tensión y la sensación de amenaza expuesta, y luego, cuando teníamos la certeza de que iba a ocurrir algo terrible, todo se desinflaba, volvía la paz, y quienes conteníamos el aliento, esperando algún nuevo terror, nos sentíamos libres de respirar por fin sintiendo que de nuevo todo iba bien en el mundo. Pero entonces nos pillaba por sorpresa con una sola frase, haciéndonos chillar cuando creíamos que ya podíamos relajarnos, provocándonos un miedo cerval, mientras él se permitía una leve sonrisa al comprobar con qué facilidad podía manipular nuestras emociones.

Mientras avanzaba en la lectura, empecé a temer que no dormiría en toda la noche, tan segura estaba de hallarme rodeada por los espíritus de quienes se habían despojado de su forma corpórea pero todavía no se les había permitido atravesar las puertas del cielo, y por tanto debían arrastrarse por el mundo chillando, desesperados para que los oyeran, sembrando confusión y tormento allá donde fueran, sin saber cuándo se verían liberados por fin para disfrutar de la paz de la vida ultraterrena y la promesa del descanso eterno.

Cuando el señor Dickens terminó, inclinó la cabeza y entre el público se hizo un silencio que duró al menos diez segundos. Luego prorrumpimos en aplausos, en pie y pidiendo más a gritos. Me volví para mirar a mi padre, que, en lugar de estar emocionadísimo como esperaba, se hallaba muy pálido; un velo de sudor le cubría el rostro y respiraba jadeante, mirando el suelo y con los puños apretados, como decidido a recuperar el aliento y temiendo al mismo tiempo ser incapaz de ello.

En las manos, crispadas, tenía un pañuelo manchado de sangre.

Cuando salimos del teatro a la noche húmeda y fría, yo todavía temblaba por el dramatismo de la lectura, convencida de que me rodeaban apariciones y espíritus. Mi padre, en apariencia recuperado, declaró que había sido la velada más agradable en muchos años.

—Es tan buen actor como escritor —aseguró mientras cruzábamos el parque de vuelta a casa.

En el camino empezó a llover otra vez; la niebla casi nos impedía ver más allá de unos pasos.

—Creo que participa a menudo en representaciones dramáticas —dije—, en

su casa y en las de sus amigos.

—Sí, lo he leído. ¿No sería maravilloso que te invitaran a...? —Presaque de otro acceso de tos y esforzándose por respirar, se dobló por la cintura en plena calle en una postura muy poco digna.

—¡Padre...! —exclamé rodeándole los hombros con un brazo para intentar enderezarlo—. Tenemos que llegar a casa. Cuanto antes te quites esta ropa mojada y te des un baño caliente, mejor.

Él asintió y echó a andar penosamente, tosiendo y estornudando. Avanzamos apoyándonos el uno en el otro. Para mi alivio, la lluvia cesó de pronto, cuando girábamos por Bayswater Road hacia Brook Street, pero a cada paso notaba los pies más empapados en los zapatos, y no quería ni imaginar cómo debían de estar los de mi padre. Por fin llegamos y él se metió en la bañera media hora; luego se puso la camisa de dormir y el batín y se reunió conmigo en el salón.

—Nunca olvidaré esta noche, Eliza —declaró cuando ya estábamos sentados delante del fuego, tomando té caliente y tostadas con mantequilla. El aroma a canela y castañas de su pipa impregnaba de nuevo la habitación—. Qué hombre tan magnífico.

—A mí me ha parecido terrorífico —repuse—. Disfruto con sus libros tanto como tú, desde luego, pero ojalá hubiese leído alguna de sus novelas dramáticas. No me gustan los cuentos de fantasmas.

—¿Te dan miedo?

—Me perturban... —repliqué, negando con la cabeza—. Creo que todas las historias que tienen que ver con la otra vida y con fuerzas que la mente no es capaz de comprender pueden alterar mucho al lector. Aunque nunca he experimentado miedo de verdad. No sé qué significa estar aterrorizada, sólo desconcertada o incómoda. El guardavía de la historia, por ejemplo. Estaba aterrorizado porque sabía que se avecinaba algo espantoso. Y esa mujer del público que ha salido corriendo de la sala. No me imagino cómo será sentir tanto miedo.

—¿No crees en fantasmas, Eliza? —quiso saber mi padre, y me volví para mirarlo, sorprendida por la pregunta.

La habitación estaba en penumbra y sólo lo iluminaba el resplandor rojizo de las brasas, que volvía sus ojos más oscuros de lo habitual y proyectaba en su piel el brillo de alguna llama esporádica.

—No lo sé —contesté, insegura—. ¿Tú sí?

—Creo que esa mujer era una estúpida —declaró mi padre—. Eso creo. El señor Dickens ni siquiera había empezado a leer y ya se había asustado. No tendría que haber asistido, si su temperamento es tan sensible.

—Yo prefiero relatos más realistas —proseguí, desviando la mirada—. Las novelas que exploran las vidas de huérfanos, sus relatos en que se triunfa sobre la adversidad. Copperfield, Twist y Nickleby siempre tendrán más sitio en mi

corazón que Scrooge o Marley.

—«Marley estaba muerto, eso para empezar» —recitó mi padre, con voz profunda, imitando tan bien al escritor que me estremecí—. «No cabe duda alguna al respecto».

—Ay, no, no hagas eso —supliqué, riéndome a mi pesar—. Por favor...

Cuando me fui a la cama no tardé en dormirme, pero caí en un sueño intermitente e intranquilo. Tuve pesadillas. En lugar de correr aventuras, me encontraba con espíritus. Nada de picos alpinos o canales venecianos: el paisaje consistía en oscuros cementerios y panoramas truncados. Pero dormí de un tirón, y cuando desperté, un poco embotada y desazonada, la luz de la mañana ya se filtraba por las cortinas. Miré el reloj de pared: ¡casi las siete y diez! Solté una exclamación, pues iba a llegar tarde al trabajo, y aún tenía que preparar el desayuno a mi padre. Sin embargo, cuando entré en su habitación minutos más tarde, para ver si había mejorado durante la noche, advertí que estaba más enfermo de lo que había pensado. La lluvia de la víspera se había cobrado su precio y el frío parecía haberlo calado hasta los huesos. Estaba mortalmente pálido, con la piel sudorosa; me asusté mucho. Me vestí de inmediato y corrí al final de nuestra calle, donde vivía el doctor Connolly, amigo y médico nuestro desde hacía largos años. El doctor volvió conmigo e hizo cuanto estaba en su mano, no me cabe duda, pero me explicó que sólo podíamos confiar en que la fiebre remitiera. Así que no fui al trabajo y pasé el resto de la jornada junto a la cabecera de mi padre, rogándole a un dios que no suele ocupar demasiado mis pensamientos, y al anochecer, cuando el sol ya había descendido y campaba la perpetua niebla londinense que tanto nos atormenta, noté que la presión de la mano paterna en la mía se debilitaba, hasta que me soltó por completo y emprendió plácidamente el camino para reunirse con el Creador, dejándome huérfana como los personajes que había mencionado la noche anterior, si es que alguien puede considerarse huérfano a los veintiún años.

El funeral de mi padre se celebró la mañana del lunes siguiente en la iglesia de St. James, en Paddington. Me consoló un poco que media docena de compañeros suyos del Museo Británico, junto con tres de mis colegas de la escuela St. Elizabeth, donde trabajaba como maestra de las niñas más pequeñas, acudieran a darme sus condolencias. No teníamos parientes vivos, de modo que asistieron muy pocas personas: entre ellas, la viuda que vivía en la casa de al lado pero que siempre parecía poco dispuesta a saludarme por la calle; un joven educado pero muy tímido, alumno de mi padre y a quien éste guiaba en sus estudios de entomología; nuestra criada por horas, Jessie, y el señor Billington, el estanquero de Connaught Street, que servía a mi padre su tabaco con aroma a canela desde siempre, y cuya presencia me conmovió y agradecí sinceramente.

El señor Heston, superior inmediato de mi padre en el Departamento de Entomología, cogió mi mano entre las suyas y la apretó ligeramente, al tiempo que me aseguraba tener en gran estima la inteligencia de mi progenitor. Y una tal señorita Sharpton, una mujer cultivada que al principio, cuando la contrataron, había causado cierta inquietud a mi padre, me comentó que echaría de menos su ingenio tan despierto y su agudo humor, observación que me asombró bastante, pero que aun así me confortó. (¿Había una faceta paterna que yo no conocía? ¿Un hombre dado a las bromas, que cautivaba a las jóvenes damiselas, que derrochaba *bonhomie*?) Yo admiraba bastante a la señorita Sharpton, y deseé haber tenido la oportunidad de conocerla mejor. Sabía que había estudiado en la Sorbona, donde se había licenciado (aunque, como es natural, las universidades inglesas no reconocían su título). Al parecer, debido a este hecho su propia familia había roto lazos con ella. Mi padre me había contado una vez que le había preguntado si quería casarse, para no tener obligación de trabajar; la respuesta de ella —que antes preferiría beberse el tintero— lo había escandalizado, pero a mí me había intrigado.

Al salir de la iglesia, mi propia patrona, la señora Farnsworth, que me había dado clases de niña y luego contratado como maestra, me dijo que debía tomarme el resto de la semana libre para llorar a mi padre, pero que el trabajo duro podía ser un consuelo extraordinario y que esperaba que volviese a la escuela al lunes siguiente. No es que no tuviera corazón: ella misma había perdido a su marido un año antes, y a un hijo el anterior, de modo que entendía perfectamente lo que era el duelo.

Gracias a Dios, no llovió mientras le dábamos sepultura, pero la niebla era tan densa que apenas se distinguía el ataúd cuando lo bajaron a la fosa. Entonces pasó algo que quizá fue una bendición: me perdí el instante en que tienes conciencia de estar posando la mirada en el féretro por última vez. Pareció que simplemente se lo tragara la niebla. Sólo cuando el párroco acudió a estrecharme

la mano y darme el pésame, caí en la cuenta de que el entierro había concluido, que no me quedaba más que volver a casa.

Sin embargo, decidí no regresar de inmediato y dar un paseo por el cementerio, observando entre la niebla los nombres y las fechas grabados en las lápidas. Algunas inscripciones parecían bastante naturales, hombres y mujeres que habían vivido hasta los sesenta y en algunos casos hasta los setenta años. Otras eran aberrantes: vidas de niños segadas en la primera infancia, de jóvenes madres enterradas con sus hijos nacidos muertos. Di con la tumba de Arthur Covan, antiguo colega mío, y me estremecí al recordar nuestra amistad de antaño y el posterior escándalo. Por un breve período mantuvimos cierta relación, Arthur y yo, relación que esperaba que se convirtiera en algo más. El recuerdo de aquellos sentimientos, junto con la conciencia del daño que aquel atribulado joven había causado, sólo consiguió aumentar mi desazón.

Comprendí que no era muy sensato permanecer en un sitio como aquél y busqué la salida, pero me vi perdida. La niebla cada vez era más densa, a tal punto que ya no conseguía leer las inscripciones de las lápidas. A mi derecha (¡qué increíble!) estuve segura de oír reír a una pareja. Me di la vuelta, preguntándome quién podría comportarse de tal manera allí, pero no vi a nadie. Inquieta, tendí la mano ante mí y no logré divisar nada más allá de mis propios dedos enfundados en los guantes.

—¿Hola...? —dije con un hilo de voz, no muy segura de querer realmente oír una respuesta, aunque ésta no llegó.

Me topé con un muro, donde tuve esperanzas de hallar una puerta; luego, al darme la vuelta, estuve a punto de caer sobre unas lápidas antiguas apiladas en un rincón, y entonces el corazón se me aceleró, presa de la ansiedad. Me dije que debía calmarme, respirar hondo, encontrar la salida. Al volverme de nuevo, solté un grito al verme de repente ante una niña de no más de siete años, de pie en el centro del camino y sin abrigo a pesar del mal tiempo.

—Mi hermano se ahogó —dijo, y yo abrí la boca para responder, pero no pude—. Le dijeron que no se acercara al río, pero se acercó. Fue desobediente. Y se ahogó. Mamá está sentada en su tumba.

—¿Dónde? —quise saber.

Ella señaló detrás de mí.

Aunque miré en esa dirección, no divisé a ninguna mujer entre la bruma. Volví a mirar a la niña y de pronto la vi dar media vuelta y echar a correr, perdiéndose en la niebla. Presa del pánico, habría sucumbido a la histeria de no haberme obligado a caminar deprisa por los senderos hasta que por fin, para mi gran alivio, conseguí llegar a la calle, donde a punto estuve de chocar contra un hombre grueso que, casi con toda seguridad, era el vigilante de nuestro distrito.

De regreso a casa, al pasar ante el Goat and Garter, una taberna donde nunca había entrado, me asombró ver a la señorita Sharpton sentada junto a la ventana

bebiendo una pinta de cerveza negra, con la vista fija en un libro y tomando notas en un cuaderno. Reparé en las caras de los hombres que había detrás de ella: como cabía esperar, estaban atónitos y suponían que se trataba de alguna clase de criatura anómala. Sin embargo, me dio la sensación de que a ella esas opiniones no le importaban lo más mínimo. ¡Cuánto deseé entrar en el local y sentarme a su lado! Dígame, señorita Sharpton, le habría preguntado, ¿qué hago ahora con mi vida? ¿Cómo puedo mejorar mi posición y mis perspectivas? Ayúdeme, por favor, pues me he quedado sola en el mundo y no tengo amigos ni benefactores. Dígame qué debo hacer.

Otras personas tenían amigos. Sí, claro que los tenían; era lo natural. Hay gente que se siente cómoda en compañía de los demás, compartiendo intimidades y secretos. Nunca he sido esa clase de persona. Fui una chica estudiosa, a quien le gustaba estar en casa con su padre. Y no soy guapa. En el colegio, las demás chicas formaban alianzas de las que siempre me excluían. Me dedicaban ciertos insultos que no repetiré aquí. Se reían de mi cuerpo mal proporcionado, de mi piel pálida, de mi pelo alborotado. No sé por qué nací así. Mi padre era un hombre guapo, mi madre, toda una belleza. Pero ignoro la razón por la que su prole no se vio favorecida con una hermosura similar.

Habría dado cualquier cosa por tener una amiga en aquel momento, una amiga como la señorita Sharpton, que me hubiera convencido de no tomar la decisión precipitada que estuvo a punto de destruirme. Y que aún podría destruirme.

Miré por la ventana del Goat and Garter y deseé que alzara la vista y me viese, que me hiciera señas con la mano y me instara a reunirme con ella; pero como no lo hizo, me volví apesadumbrada y continué hasta casa, donde pasé el resto del día sentada en la silla junto a la chimenea y, por primera vez desde la muerte de mi padre, lloré.

A última hora de la tarde alimenté el fuego con unos carbones más y, decidida a recuperar cierta normalidad, me dirigí a la carnicería de Norfolk Place, donde compré dos chuletas de cerdo. No tenía mucha hambre, pero me pareció que, si me quedaba en casa sin comer nada, me sumiría en una melancolía inexorable, y pese a lo reciente de mi pena, estaba decidida a no permitir que ocurriera nada semejante. Al pasar por la tienda de la esquina decidí comprar unos caramelos y hacerme con un ejemplar del *Morning Post* para leerlo más tarde. (Si la señorita Sharpton podía asistir a la Sorbona, yo al menos podría enterarme de lo que ocurría en nuestro país.)

De vuelta en casa, me desanimé mucho al advertir mi error. ¿Dos chuletas de cerdo? ¿Para quién era la otra? Mis costumbres se habían impuesto a mis necesidades. Sin embargo, freí ambas; acongojada, me comí una con una patata hervida y le di la otra al spaniel de la viuda que vivía al lado, porque me

disgustaba tanto guardarla como comérmela. (Y estaba segura de que mi padre, un gran amante de los perros, habría aprobado mi acto caritativo.)

Al caer la noche, volví a instalarme en mi butaca, puse dos velas en una mesita, me coloqué la bolsa de caramelos en el regazo y abrí el periódico; sin poder concentrarme en ningún artículo, lo hojeé con rapidez y estaba a punto de echarlo al fuego sin más cuando un anuncio en particular atrajo mi atención.

Una persona llamada «H. Bennet», de Gaudlin Hall, condado de Norfolk, solicitaba una institutriz para el cuidado y educación de los hijos de la casa. El puesto debía ocuparlo sin dilación una candidata cualificada; se prometía remuneración satisfactoria. Había que enviar la solicitud de inmediato. Poco más se añadía. Quienquiera que fuese «H. Bennet», no especificaba cuántos niños requerían supervisión, y tampoco otros detalles como su edad. El anuncio en su conjunto pecaba de cierta falta de elegancia, como si se hubiera redactado a toda prisa y enviado al periódico sin repararlo. Sin embargo, su urgencia me atrajo por algún motivo, y lo leí de cabo a rabo repetidas veces, preguntándome cómo sería Gaudlin Hall y qué clase de persona podía ser H. Bennet.

En toda mi vida, sólo había salido de Londres una vez, doce años antes, cuando tenía nueve, inmediatamente después de la muerte de mi madre. Durante mi niñez, en nuestra pequeña casa reinaba un ambiente de considerable armonía. Mis padres poseían un rasgo muy notable que los diferenciaba de los de la mayoría de mis compañeras de colegio: eran muy cariñosos el uno con el otro. Cosas que parecían naturales en nuestro hogar, como que se despidieran cada mañana con un beso, que por las noches se sentaran juntos a leer, en lugar de en salones separados, que compartieran dormitorio y que rieran juntos y se prodigarán caricias a menudo, se gastaran bromas o sencillamente comentaran lo felices que se sentían, eran ajenas a otros hogares. Yo lo sabía muy bien. En las raras ocasiones en que visitaba las casas de niñas vecinas, me encontraba con padres muy distanciados, como si no fueran dos personas que se habían conocido y enamorado, intercambiado intimidades y unido ante un altar con el objetivo de pasar la vida juntos, sino unos desconocidos, compañeros de celda quizá, obligados a un confinamiento compartido, con muy poco en común aparte de las décadas en que se habían visto obligados a soportar su mutua presencia.

Mis padres no podrían haber hecho gala de una conducta más distinta, pero sí el afecto que sentían el uno por el otro era evidente, no era nada comparado con el cariño que me profesaban. No me malcriaban, pues, estrictos anglicanos ambos, creían en la disciplina y la contención. Pero mi presencia los colmaba de alegría y me trataban con gran ternura. Fuimos una familia feliz hasta que, cuando cumplí los ocho años, me sentaron y me anunciaron que en primavera tendría un hermanito o una hermanita. Como es natural, ellos estaban encantados, porque hacía largo tiempo que esperaban la bendición de un segundo hijo, lo que con el paso de los años habían llegado a creer que no sería posible. Sin embargo,

para su gran alegría, por fin pudieron comunicarme que en nuestra pequeña familia pronto seríamos cuatro.

Confieso que, al recordar aquellos meses, comprendo que no me comporté con la dignidad debida. Yo no sentía la misma felicidad que mis padres ante la idea de dar la bienvenida a un bebé en nuestro hogar. Era hija única desde hacía tanto tiempo que posiblemente albergaba egoísmo en mi corazón, un egoísmo que se materializó en forma de pasiones desatadas en una serie de ocasiones. Tan mala fue mi conducta, fui tan inusualmente traviesa, que en el último mes de gestación de mi madre, mi padre me llevó aparte y me pidió que no me preocupase, que nada cambiaría, porque en nuestro hogar había amor suficiente para compartirlo con un nuevo hijo, y que algún día, al mirar atrás, me resultaría difícil imaginar cómo habría podido pasar sin aquel hermanito, a quien muy pronto aprendería a querer.

Por desgracia, las expectativas que había empezado a albergar jamás se cumplirían. Mi madre tuvo un parto muy difícil y dio a luz a una segunda hija que, pocos días después, yació en un ataúd, protegida por los brazos de la mujer que la había llevado en su seno nueve meses, bajo una lápida que rezaba: ANGELINE CAINE, 1813-1855, AMADA ESPOSA Y MADRE, Y LA PEQUEÑA MARY. Mi padre y yo nos habíamos quedado solos.

Naturalmente, tras la muerte de mi madre, dado el gran amor que mi padre le profesaba, él quedó deshecho y se encerró en su estudio; incapaz de leer, casi de comer, sucumbió a menudo al vicio del alcohol, descuidando su trabajo y a sus amigos y, lo más importante, a mí. De haberse prolongado, esta situación podría habernos conducido a ambos al asilo de pobres o a la prisión por deudas, pero, afortunadamente, las aguas volvieron a su cauce con la llegada de las dos hermanas mayores de mi padre, Hermione y Rachel, que aparecieron sin previo aviso procedentes de Cornualles y quedaron conmocionadas al descubrir las condiciones en que vivían su hermano y su sobrina. A pesar de las protestas de mi padre, limpiaron la casa de arriba abajo. Él intentó echarlas con un escobón, como quien se deshace de un roedor, pero sus hermanas no le hicieron caso y se negaron a irse mientras el evidente declive de nuestras condiciones de vida no se hubiera invertido. Se ocuparon de la ropa y los efectos personales de mi madre, conservando sólo las pertenencias más valiosas: sus escasas joyas y un bonito vestido que quizá podría ponerme yo una década después. El resto lo repartieron entre los pobres de la parroquia, cosa que enfureció a mi progenitor, pero ellas, damas sabias y comedidas, no se inmutaron por la ira de su hermano y siguieron a lo suyo.

—Nos negamos a consentir la autocompasión —me informaron al revisar nuestra despensa, de la que tiraron la comida estropeada y la sustituyeron por productos frescos—. No somos de las que se regodean en la desgracia. Y tú tampoco debes regodearte, Eliza —insistieron, sentadas junto a mí, una a cada

lado, tratando de compaginar la amabilidad y la comprensión con la desaprobación ante nuestras nuevas y desaliñadas costumbres—. Tu madre ha fallecido, ahora está con el Señor, y es muy triste y terrible, pero ya pasó. La vida debe continuar, para nuestro hermano y para ti.

—Para mí, la vida ha terminado —replicó amargamente mi padre, de pie en la puerta, haciéndonos dar un respingo, pues no nos habíamos percatado de su presencia—. Lo único que deseo es reunirme con mi querida Angeline en ese lugar oscuro del cual nadie vuelve.

—Tonterías, Wilfred —repuso mi tía Rachel poniéndose de pie para dirigirse hacia él con los brazos en jarras y una expresión entre furiosa y compasiva, pues ambas emociones pugnaban por imponerse—. No he oído estupidez semejante en mi vida. ¿No crees que es una crueldad hablar así delante de la niña, que ya ha sufrido una pérdida terrible?

El rostro de mi padre fue el vivo retrato del sufrimiento. No deseaba infligirme más daño, pero su dolor era tal que no podía resistirse a aquel lenguaje autocompasivo. Cuando lo miré y él volvió la cara, incapaz de mirarme a los ojos, me eché a llorar y tuve ganas de salir corriendo a la calle, alejarme de aquel sitio, desaparecer entre las anónimas multitudes londinenses y convertirme en una indigente, una vagabunda, en nadie.

Mis tías revoloteaban en torno a nosotros, reprendiéndonos y consolándonos a partes iguales, intentando controlar su comprensible desazón. No tardó en hacerse evidente que mi padre estaba demasiado sumido en su dolor para cuidar de mí. Se decidió que me fuera a Cornualles con mi tía Hermione a pasar el verano, mientras mi tía Rachel se quedaba en Londres para cuidar de su hermano menor. Fue una decisión muy sensata, porque pasé un verano muy feliz en el campo, llegué a aceptar mi pérdida y aprendí a sobrellevarla, y, de alguna manera, mi tía Rachel consiguió sacar a mi padre de los abismos de su desesperación y llegar a una situación en que pudiera encargarse de nuevo de su vida, sus responsabilidades y su hija. Cuando volví a casa en otoño y nos reconciamos, quedó claro que lo peor ya había pasado. Echaríamos de menos a mi madre, por supuesto, y hablaríamos de ella a menudo, pero ambos habíamos llegado a comprender que la muerte era un fenómeno natural, aunque doloroso para quienes quedan atrás, pero que todo hombre o mujer debe aceptar como el precio que se paga por la vida.

—Me temo que te he fallado —me dijo mi padre una vez ya solos en casa—. Jamás volverá a ocurrir, te lo prometo. Siempre cuidaré de ti, Eliza. Y estarás a salvo.

A partir de entonces formamos una pareja moderadamente feliz y algo resignada en nuestro hogar. Como es natural, yo me ocupaba de las tareas domésticas. Me hice cargo de la cocina hasta que el salario de mi padre nos permitió emplear a una criada para todo, Jessie, una chica escocesa que venía

dos tardes a la semana y limpiaba la casa de arriba abajo, quejándose de dolor de espalda y artritis en las manos, aunque sólo tuviera un año más que yo. A pesar de lo gruñona que era, me sentía agradecida por el hecho de que pudiéramos permitirnosla, porque limpiar no me gustaba y ella me descargaba de esa odiosa tarea.

En la escuela St. Elizabeth, a la que había asistido desde niña, siempre fui una alumna excelente. Poco después de completar mi educación me ofrecieron el puesto de maestra de las niñas más pequeñas, una ocupación tan adecuada para mí que se volvió permanente al cabo de seis meses. Disfrutaba mucho con mis pequeñitas de entre cinco y seis años. Les enseñaba los rudimentos de las sumas y la ortografía, la historia de los reyes y las reinas de Inglaterra y las preparaba para las materias más difíciles que deberían afrontar con la señorita Lewisham, a cuyas encallecidas manos las entregaría, gimiendo y llorando, doce meses después. Se me hacía difícil no sentirme apegada a mis pequeñas; eran muy dulces y hacían gala de una confianza ciega en su trato conmigo. Sin embargo, no tardé en comprender que, si quería prosperar como maestra (pues daba por sentado que siempre lo sería, ya que el matrimonio parecía improbable, dado que carecía de fortuna y de estatus social, y lo peor, que tenía una cara, como dijo una vez mi tía Hermione, capaz de agriar la leche —« Y no lo digo con mala intención, niña », añadió cuando advirtió mi malestar, aunque no se me ocurre con qué otra intención pudo decirlo—), debía compensar el afecto con cierta dureza. Esa posibilidad encajaba bien conmigo. Viviría como una solterona, enseñaría a mis niñas y quizá aprovecharía las vacaciones estivales para hacer algún viaje corto. Soñaba con visitar los Alpes franceses o Venecia; ocasionalmente me preguntaba si podría incluso encontrar empleo como acompañante de alguna dama en verano. Y entretanto cuidaría de mi padre y la casa. Compadecería a Jessie por sus problemas de salud mientras le preguntaba si había limpiado ya los zócalos. No me preocuparía por improbables pretendientes, y afrontaría la vida con seriedad y actitud positiva. Y por todo eso me sentía satisfecha y feliz.

El único cambio en tales circunstancias vino de la mano de Arthur Covan, profesor de nuestras niñas mayores, y con quien, como he mencionado, forjé una amistad especial. El señor Covan procedía de Harrow y necesitaba un año de experiencia docente para acceder a la universidad como profesor de Clásicas. Arthur me hacía reír (era un mimo estupendo) y me halagaba con sus atenciones. Era un joven apuesto, un año menor que yo, de cabello oscuro y sonrisa fácil. Para mi bochorno, me permití las más benévolas fantasías sobre cómo sería « salir juntos », aunque él nunca fomentara semejante ilusión. Ni siquiera cuando meses después todo quedó al descubierto, su nombre apareció en los periódicos y la gente pidió a gritos su cabeza, ni siquiera entonces fui capaz de condenarlo por completo, aunque, claro, nunca más volví a hablarle. Y luego él,

por supuesto, se quitó la vida. Pero ya basta. Estaba hablando de mi puesto en St. Elizabeth, no de ensoñaciones sentimentales.

Únicamente entonces, tras la desaparición de mi padre, pensé en lo sola que estaba, sin saber si el sencillo plan que tenía reservado para mi futuro bastaría para satisfacer mis necesidades. Mis tías habían muerto ya. No tenía hermanos de quienes preocuparme y nadie que se ocupase de mí, ni primos cuyas vidas pudieran despertar mi interés, ni persona que pudiera tener interés alguno en la mía. Estaba totalmente sola. Si desaparecía en plena noche, si un día me asesinaban de regreso a casa desde la escuela, nadie me echaría de menos ni se preguntaría por mi desaparición. Me había convertido en una figura solitaria.

Y quizá por eso el anuncio para el puesto de institutriz en Norfolk me pareció una oportunidad tentadora.

¿Debería haber esperado más tiempo antes de adoptar la decisión de partir? Quizá, pero estaba trastornada, muy afectada por la profunda pena que sentía. Y las cosas también se precipitaron aquella misma noche, cuando llamaron a la puerta y me encontré ante un hombre con aspecto de matón que se hacía llamar señor Vile —un nombre que parecía hecho a medida— y que me informó de que la casa donde me había criado no era propiedad de mi padre, sino que éramos simples inquilinos, afirmación que respaldó con documentos irrefutables.

—Pero yo creía que ahora sería mía... —repuse, perpleja.

Él me sonrió, dejando al descubierto una hilera de dientes amarillentos con uno negro en medio.

—Puede serlo, si quiere —declaró—. Pero éste es el precio del alquiler, y espero mi dinero cada martes sin falta. Su padre nunca me decepcionó en ese sentido, que Dios se apiade de su alma.

—No puedo permitírmelo. Solamente soy una maestra de escuela.

—Y yo un hombre de negocios. Así que, si no puede pagar, será mejor que embale sus cosas. O que realquile una de las habitaciones. A una chica tranquila, quiero decir. Nada de hombres. No toleraré que esto se convierta en una casa inmoral.

Me ruboricé, humillada, y experimenté el impetuoso deseo de darle un puntapié. Ignoraba por qué mi padre no me había contado que la casa no era de su propiedad ni me había pedido nunca que contribuyese al alquiler, una vez encontré empleo. En cualquier otro momento me habría llevado un gran disgusto, pero entonces me pareció apenas un problema más. Recordando el anuncio del periódico, aquella misma noche me senté a redactar una solicitud de empleo, que a primera hora del día siguiente deposité en el buzón, antes de que pudiera cambiar de opinión. El martes y el miércoles fueron días muy ajetreados: tuve que revisar los efectos personales de mi padre y, con la ayuda de Jessie, organicé su dormitorio de forma que apenas revelara quién había sido el anterior

ocupante. Escribí al señor Heston, del museo, que me respondió aceptando mi ofrecimiento de los libros de insectos y la correspondencia de mi padre. Puse todas las novelas del señor Dickens en una caja y la dejé al fondo de un armario, porque ya no soportaba verlas. Y entonces, el jueves por la mañana, llegó una carta de Norfolk en respuesta a la mía: expresando satisfacción por mis referencias, se me ofrecía el puesto sin entrevista alguna. Me sorprendí mucho, la verdad. El anuncio hacía hincapié en la urgencia del asunto, pero H. Bennet, que no tenía forma de saber si yo era adecuada para el trabajo, no obstante accedía a confiarme a sus niños.

No tenía la certeza de que una transformación tan radical de mi vida fuera sensata, pero ahora, con la aceptación delante, me pareció que un cambio de ambiente podía ser lo más adecuado, de manera que aquella misma mañana me reuní con la señora Farnsworth en su despacho y presenté mi dimisión. Ella la aceptó a regañadientes, señalando que la dejaba plantada en pleno curso escolar y quejándose porque con tan poco tiempo le costaría encontrar una sustituta. Asumí mi culpa y, del modo más nefando, me aproveché de mi reciente dolor para evitar más regañinas. Ella comprendió al fin que no cambiaría de opinión y me estrechó la mano de mala gana, deseándome lo mejor. Aquella tarde abandoné St. Elizabeth debatiéndome entre la ilusión y el miedo.

El viernes, cuando aún no había pasado ni una semana desde que mi padre y yo habíamos ido a Knightsbridge bajo aquella lluvia torrencial, cuando no hacía ni siete días que el señor Dickens había hecho su entrada en la sala de conferencias ante más de mil lectores devotos apiñados allí, mojados y sudorosos, cerré nuestra casa, despedí a Jessie con la paga de una semana como compensación, y subí a un tren rumbo a un lugar que nunca había visitado, para trabajar en una familia a la que no conocía y ocupando un puesto que jamás había desempeñado. Decir que aquélla fue una semana repleta de acontecimientos y emociones sería subestimar la situación. Pero sugerir que fue más terrorífica que las semanas siguientes sería, lisa y llanamente, mentir.

Cuando salí de Londres hacia un día sorprendentemente soleado. La ciudad se la había arreglado para matar a mi querido padre, pero una vez conseguido su cruel propósito se mostraba benévola de nuevo. Experimenté una fuerte antipatía hacia el lugar que abandonaba, emoción desconocida para mí, pues siempre me había encantado la capital. Sin embargo, mientras el tren salía de la estación de Liverpool Street y el sol entraba a raudales por la ventanilla, pensé que era una ciudad injusta y dura, una vieja amiga que se había vuelto contra mí sin motivo alguno, y que me alegraba de alejarme de ella. En aquel momento creí que podría llevar una vida satisfactoria sin volver a posar jamás la mirada en Londres.

Sentado frente a mí en el vagón iba un joven más o menos de mi edad, y aunque no habíamos cruzado ni una palabra, me permití mirarlo a hurtadillas, pues era bastante atractivo. Por mucho que intentara centrar mi atención en los campos y tierras de labranza que íbamos dejando atrás, mis ojos volvían una y otra vez a su rostro. Si he de ser sincera, me recordaba a Arthur Covan. Cuando entrábamos en Colchester advertí que palidecía levemente y los ojos se le humedecían. Los cerró un instante, quizá confiando en contener las lágrimas, pero al abrirlos de nuevo unas pocas surcaron sus mejillas, que se enjugó con el pañuelo. Cuando reparó en que lo observaba, se pasó una mano por el rostro. Entonces sentí el impulso de preguntarle si se encontraba bien, si tal vez le apetece charlar un poco, pero, fuera cual fuese el dolor de su corazón, el trauma que le hacía perder el control de sus emociones, no deseaba compartirlo, de tal modo que, en cuanto el tren hubo salido de la estación, se puso en pie y, avergonzado por el espectáculo ofrecido, cambió de vagón.

Por supuesto, con la distancia que da el tiempo, hoy sé que las decisiones que tomé aquella semana fueron impulsivas y alocadas. Estaba ofuscada por el dolor, mi mundo se había venido abajo en apenas siete días, y cuando podría haber encontrado alivio en mi trabajo, mi escuela, mis párvulas, e incluso en compañía de personas como la señora Farnsworth y Jessie, tomé la decisión precipitada de apartarme de cuanto había conocido hasta entonces: las calles aledañas a Hyde Park, donde jugaba de niña, el Serpentine, que tantos recuerdos me traía todavía de *Bull's Eye*, las vueltas y revueltas de los callejones que me llevaban de casa a la familiaridad de mi aula. Ansiaba un cambio, pero podría haber descornado las cortinas de aquella oscura habitación del piso de arriba donde se había extinguido la vida de mis padres y de mi hermanita; podría haber abierto las ventanas de par en par para que entrara a raudales el fresco aire londinense; podría haber redecorado la casa hasta volverla acogedora una vez más, para convertirla en un lugar donde vivir, no donde morir. Dejaba atrás todas aquellas cosas y me dirigía a una parte del país que nunca había visitado, ¿para qué? Para convertirme en

institutriz de no sabía cuántos niños en una familia que ni siquiera había enviado a alguien a conocerme antes de ofrecerme el puesto. ¡Qué tonta fui! Podría haberme quedado en Londres y haber llevado una vida feliz.

En Stowmarket el sol londinense dio paso a un viento frío, que soplaba contra el tren causándome inquietud, y que para cuando llegamos a Norwich, al atardecer, se convirtió en una niebla densa, de esas espesas como puré que tanto me recordaban a mi hogar, pese a mis grandes esfuerzos por quitármelo de la cabeza. Cuando nos acercábamos a la estación de Thorpe, saqué del bolso la carta que había recibido la mañana anterior y la releí, quizá por décima vez.

*Gaudlin Hall,
24 de octubre de 1867*

Estimada señorita Caine:

Le agradecemos el envío de su solicitud de empleo. Sus referencias son aceptables. Se le ofrece un puesto remunerado como institutriz, con el salario y las condiciones especificados en el Morning Post (21 de octubre). Esperamos su llegada la tarde del 25 en el tren de las cinco. El criado de Gaudlin, Heckling, la recogerá con el carruaje. Por favor, no se retrase.

Atentamente,

H. Bennet

Como ya me había ocurrido antes, al releerla me pareció una carta muy extraña. Redactada precipitadamente, una vez más no se mencionaba cuántos niños tendría a mi cargo. ¿Y quién sería ese misterioso «H. Bennet» que omitía el requerido «don» antepuesto al nombre? ¿Sería siquiera un caballero, o la cabeza visible quizá de una casa venida a menos? ¿A qué se dedicaría? Nada lo indicaba. Suspiré algo ansiosa cuando el ferrocarril entraba en la estación, pero decidí ser fuerte y no dejarme amilanar. Decisión que en cierto sentido me resultaría muy útil en las semanas siguientes.

Bajé del tren y miré alrededor. Era casi imposible ver nada en medio de aquella niebla grisácea, pero pensé que encontraría la salida si seguía a los demás viajeros, de modo que eché a andar mientras oía cerrarse las puertas de los vagones, listos para el trayecto de regreso, y el silbato del guardavía. Varias personas pasaron corriendo por mi lado, apresurándose para subir al tren antes de que saliera. Probablemente por no haberme visto en la bruma, una mujer chocó conmigo y nuestras maletas cayeron al suelo de forma simultánea.

—Perdón—dijo.

No me pareció que su tono fuera de disculpa, pero no le di importancia porque resultaba evidente que no quería perder el tren. Cuando me agaché a recoger su maleta, que había caído a mi izquierda, y se la tendí, advertí unas iniciales grabadas en rojo en el cuero oscuro: H. B. Las miré fijamente, sin saber muy bien por qué aquellas letras significaban algo para mí. En aquel momento miré a la dama a los ojos, y por su expresión, de lástima y pesar a la vez, tuve la sensación de que me conocía. Luego me arrebató su equipaje de la mano, negó con la cabeza y desapareció entre la niebla hacia el vagón más cercano.

Me quedé allí de pie, sorprendida por su grosería, y entonces caí en la cuenta de por qué H. B. me resultaba tan familiar. Pero era ridículo, claro. Una coincidencia, nada más. En Inglaterra debía de haber miles de personas con aquellas iniciales.

Al darme la vuelta, me sentí desorientada. Eché a andar hacia lo que me pareció la salida del andén, pero como no había pasajeros ni subiendo al tren ni bajando, dudé de mi elección. A mi izquierda, la locomotora que iba a emprender el regreso a Londres hacía cada vez más ruido, dispuesta a partir; a mi derecha había otra vía, por la que oí aproximarse un segundo convoy. ¿O lo tenía justo detrás? Era difícil saberlo. Me volví, nerviosa. ¿Hacia dónde debía ir? Había ruido por todas partes. Fui a tientas por si algo me indicaba el camino, pero nada estaba donde yo esperaba. Cada vez me llegaban voces más fuertes; volví a ver a gente que se apresuraba cargada con maletas y bolsos de viaje. ¿Cómo podían ver por dónde iban, cuando yo ni siquiera me veía la mano ante la cara? No había sentido tanta inquietud desde aquella tarde en el cementerio. El miedo fue cobrando fuerza hasta convertirse en pánico y malos presentimientos. Si no echaba a andar con decisión me quedaría para siempre en aquel andén, sin ser capaz de ver ni de respirar, y allí acabaría mis días. De modo que, haciendo de tripas corazón, me dispuse a ponerme en marcha una vez más, pero en aquel preciso momento, un potente silbato (el del segundo tren que se acercaba) fue en aumento hasta convertirse en un chillido agudo y, para mi espanto, noté unas manos que me empujaban por la espalda. Di un traspiés, y a punto estaba de caer cuando una tercera mano me asió del codo y tiró de mí hacia atrás, haciéndome retroceder trastabillando hasta casi darme contra una pared. Allí la niebla se disipó un poco y vi al hombre que me había arrastrado de forma tan brusca.

—¡Por el amor de Dios, señorita! —exclamó. Tenía rasgos dulces y finos, y unos anteojos muy elegantes—. ¿No veía por dónde iba? ¡Ha estado a punto de arrollarla el tren! ¡La habría matado!

Confusa, lo miré, y luego hacia el lugar desde donde me había arrastrado, para comprobar que, en efecto, el segundo tren estaba deteniéndose allí mismo. Un paso más y habría acabado debajo del convoy, aplastada. Casi me desvanecí.

—Pero yo no quería... —dije vacilante.

—Un instante más y habría caído bajo la locomotora.

—Alguien me ha empujado —declaré mirándolo a los ojos—. He notado unas manos.

Él negó con la cabeza.

—No lo creo. Yo estaba mirándola. He visto adónde iba. No había nadie detrás de usted.

—Pero he notado esas manos —insistí. Miré hacia el andén, tragué saliva y volví a mirarlo—. ¡Las he notado!

—Es por la impresión, nada más —concluyó el hombre, quien por lo visto consideraba absurda aquella idea, y a mí, una histérica—. ¿Le traigo algo para los nervios? Soy médico, ¿sabe? ¿Un poco de té con azúcar, quizá? Hay un pequeño quiosco aquí...

—No; estoy bien —repuse, intentando tranquilizarme.

Supuse que el hombre tenía razón. Si él había estado mirándome y no había nadie, serían imaginaciones mías. Cosa de la niebla, nada más. Me había jugado una mala pasada.

—Discúlpeme —dije al fin, y solté una risita para quitar hierro al incidente—. No sé qué me ha pasado. Me he mareado. No veía nada.

—Menos mal que he conseguido apartarla —respondió. Al sonreír, su dentadura se reveló muy blanca y regular, y añadió—: Vaya... ha sonado muy pretencioso, ¿verdad? Como si esperase una medalla en la solapa por mi valor.

Sonreí; me resultaba simpático. Se me ocurrió algo ridículo: que me diría que olvidase por completo la idea de ir a Gaudlin y me marchara con él. ¿Adónde? No lo sabía. Casi me eché a reír ante una ocurrencia tan absurda. ¿Qué estaba pasándome? Primero el joven del tren, y ahora éste... Era como si mis valores morales se hubiesen trastocado.

—Ah, aquí viene mi esposa —anunció él.

Me volví y vi una mujer joven y muy guapa que se acercaba a nosotros. Adoptó una expresión de inquietud cuando su marido le explicó lo ocurrido. Intenté sonreír.

—Debe venir a casa con nosotros —declaró la señora Toxley, pues ése era el apellido de la pareja, observándome con aprensión—. Está usted muy pálida. Le vendrá bien un reconstituyente.

—Es usted muy amable —contesté, preguntándome si debía hacer algo tan raro, si sería apropiado o no. Quizá me permitieran ser institutriz de sus hijos, si los tenían, y así no iría a Gaudlin Hall—. Me gustaría, pero es que...

—¿Eliza Caine?

Una voz a nuestra izquierda nos sobresaltó. Nos volvimos. Allí, de pie, había un hombre. Rondaba los sesenta, según me pareció, iba mal vestido y tenía un rostro rubicundo. Parecía llevar varios días sin afeitarse y el sombrero no casaba con el abrigo, confiriéndole un aire un poco ridículo. Olía a tabaco y whisky. Se

rascó la cara y vi que tenía las uñas oscuras y sucias, con manchas amarillentas, al igual que los dientes. No dijo una palabra más; esperaba mi respuesta.

—Sí, soy yo. ¿Le conozco?

—Heckling —declaró, llevándose el pulgar al pecho varias veces—. Aquí está el carruaje.

Y acto seguido se alejó en dirección al mencionado carruaje, mientras yo me quedaba allí plantada con mis maletas, mi salvador y su esposa, que se volvieron para mirarme, un poco incómodos por la grosería del hombre.

—Soy la nueva institutriz —expliqué—. De Gaudlin Hall. Ha venido a recogerme.

—Ah —repuso la señora Toxley mirando a su marido, quien a su vez la miró fugazmente. Tras una pausa, añadió—: Comprendo.

Se hizo un silencio un poco violento. Al principio pensé que quizá había ofendido a los Toxley, pero comprendí que no: no había dicho nada indecoroso, sino que me había limitado a explicar quién era; pero su calidez y generosidad de repente se transformaron en ansiedad e incomodidad. Qué gente más rara, pensé mientras recogía mi maleta. Les di las gracias y me dirigí hacia el coche. ¡Con lo amables que me habían parecido!

Cuando me alejaba, sin embargo, un extraño impulso me hizo volver la vista atrás: seguían mirándome como si quisieran decirme algo pero no dieran con las palabras. La señora Toxley murmuró alguna cosa a su marido, que negó con la cabeza con aire perplejo, como si no supiera lo que se requería de él.

Las cosas parecen muy fáciles cuando las vemos en retrospectiva, y ahora, al recordar aquel momento, pienso en Alex y Madge Toxley allí de pie en el andén de la estación de Thorpe, y quiero gritarles, echar a correr y sacudirlos por los hombros; quiero mirarlos y decirles: lo sabíais, ya entonces lo sabíais. ¿Por qué no me dijisteis nada? ¿Por qué no hablasteis?

¿Por qué no me lo advertisteis?

Subí al asiento posterior del carruaje de Heckling, con mi maleta bien asegurada en la parte trasera, y entonces, con un grito que pareció surgir de lo más hondo de su ser, el criado de Gaudlin azuzó al caballo, *Winnie*. Sentí un intenso deseo de mirar atrás de nuevo, a los Toxley, porque su extraña conducta, unida al accidente que había estado a punto de sufrir en el andén, me había inquietado bastante, pero decidí tranquilizarme y ser fuerte. Si era presa de los nervios se debía al hecho de estar en un lugar poco familiar, lejos de la única ciudad que había conocido en mi vida; me costaría cierto tiempo adaptarme a aquel nuevo entorno. No podía permitir que mi imaginación se desatara. Aquél era el comienzo de una nueva vida, así que decidí ser optimista.

—¿Siempre es tan espesa la niebla? —pregunté inclinándome hacia delante, pero Heckling no mostró el menor indicio de querer conversar conmigo.

Aquella bruma, que se había disipado ligeramente en el andén mientras hablaba con los Toxley, se había vuelto densa mientras iniciábamos el trayecto. ¿Cómo se las apañaba el criado para ver con precisión la carretera que finalmente nos conduciría a nuestro destino, a unos kilómetros al oeste de Norfolk Broads?

—¿Señor Heckling? —insistí, visto que no daba muestras de responder. Su espalda se tensó un poco—. Le he preguntado si la niebla es siempre tan espesa por aquí.

Él volvió la cabeza ligeramente y movió la mandíbula de una manera bastante desagradable, como si masticara algo. Luego se encogió de hombros y volvió a mirar hacia la carretera.

—Siempre igual de espesa, supongo —comentó—. Bueno, al menos que yo recuerde. En verano no hay tanta. Pero ahora sí. —Se quedó pensativo y asintió con la cabeza—. Nos las apañamos.

—Usted nació y se crio en Norfolk, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces debe de gustarle esto...

—¿Ah, sí? —murmuró con una voz grave que traslucía aburrimiento e irritación a partes iguales—. Sí, bueno, supongo que sí. Si usted lo dice...

Suspiré y me arrellané en el asiento, decidida a no conversar con él si iba a mostrarse tan cascarrabias. A mi padre, además de desagradarle los americanos, los franceses y los italianos, tampoco le gustaba demasiado la gente de Norfolk y Heckling, que ciertamente no era ningún Barkis como el de *David Copperfield* y que estaba haciendo gala de muy mal carácter, lo habría irritado sobremedida. Durante su época en el museo de Norwich, los lugareños se le antojaron suspicaces y descorteses, aunque es muy posible que simplemente no les gustara

la idea de que un joven londinense llegara a su ciudad para desempeñar una tarea que un chico del lugar podría haber hecho igual de bien. Qué coincidencia que ambos trabajásemos un tiempo en aquella comarca. Me pregunté si tendría oportunidad de visitar en algún momento el museo que él y el señor Kirby habían fundado juntos, a poco más de ochenta kilómetros de allí.

Arrellanada en mi asiento, vi pasar el paisaje, o lo poco que alcanzaba a distinguir. El carruaje era bastante cómodo, afortunadamente. Había una gruesa manta en el asiento; me la eché sobre el regazo y puse las manos encima, sintiéndome bastante satisfecha. Como los caminos por los que transitábamos eran bastante accidentados, el viaje habría resultado más incómodo de no haber sido el asiento tan refinado, lo que me daba motivos para creer que mi patrón era un hombre de fortuna considerable. Empecé a pensar en H. Bennet y la vida que me esperaba. Ojalá aquel hogar fuese feliz, los Bennet, una pareja cariñosa, y sus hijos, los que fuesen, se mostraran amables y me recibiesen bien. Después de todo, yo carecía de hogar y, suponiendo que aquel empleo me gustara y ellos se encariñasen conmigo, igual que yo esperaba encariñarme con ellos, Gaudlin Hall podía convertirse en mi residencia por muchos años.

Me imaginé una casa grande, con muchas habitaciones, de aire palaciego; una avenida tortuosa llevaba hasta ella y los jardines se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Creo que basaba esas suposiciones en el hecho de que mi patrón se apellidaba Bennet, nombre que asociaba con la joven dama protagonista de *Orgullo y prejuicio*. Su historia había llegado a su resolución en una mansión extraordinaria, el hogar del señor Darcy, en Pemberley. Quizá estos Bennet habían tenido buena suerte también... Aunque, por supuesto, Elizabeth y sus hermanas pertenecían a la ficción, y aquello, la casa a la que me dirigía, no. Sin embargo, mientras acariciaba la gruesa tela que tapizaba el asiento del carruaje, se me ocurrió que al menos sí tenían dinero, lo que significaba que Gaudlin era un lugar especial.

—Supongo que el señor Bennet... —dije, inclinándome hacia delante y secándome la cara, pues caía una fina llovizna— se dedicará a los negocios, ¿no?

—¿Quién? —preguntó Heckling, sujetando las riendas con fuerza y con la vista fija en el oscuro camino.

—El señor Bennet —repetí—. Mi nuevo patrón. Me preguntaba cuál es su ocupación. ¿Se dedica a los negocios? O... —Me esforcé en dar con una opción. (Apenas sabía qué significaba eso de «dedicarse a los negocios», aparte de que muchos grandes hombres se describían a sí mismos con dicha expresión, aunque no parecían muy dispuestos a definirla de manera más inteligible)—. ¿Es el diputado de la zona, quizá? —Tenía entendido que muchas familias ricas destinaban al Parlamento al heredero de la hacienda.

Heckling se dignó volverse y me miró irritado. En realidad, me miró como si

yo fuera un perro que corretease en torno a sus pies, buscando captar un poco de su atención, ladrando y tocándolo con la pata, cuando lo único que él quería era que lo dejaran en paz con sus pensamientos. En mi situación, otra habría apartado la vista, pero yo le sostuve la mirada. No dejaría que me intimidase. Después de todo, iba a ser la institutriz y él no era más que un criado de Gaudlin.

—¿Y ése quién es? —preguntó por fin con desdén.

—¿Quién es quién? —quise saber, negando con la cabeza, molesta al comprobar que estaba adoptando sin querer el estilo de Norfolk—. ¿Qué quiere decir?

—Usted ha dicho el señor Bennet. No conozco a ningún señor Bennet.

Me eché a reír. ¿Era una especie de broma? ¿Un juego que habían inventado él y los otros criados para que la nueva institutriz se sintiera incómoda? De ser así, resultaba cruel y malicioso, y no quería participar en él. Ser maestra me había enseñado que si muestras la más mínima vulnerabilidad al principio, estás perdida para siempre. Sabía ser mucho más dura de lo que parecía y estaba decidida a demostrarlo.

—Vamos, señor Heckling. —Solté una risita y traté de que mi tono sonase ligero—. Claro que lo conoce. Lo han enviado a recogerme, ¿no?

—Sí me han mandado a recogerla —admitió—. Pero ningún señor Bennet.

Una súbita ráfaga de viento me obligó a retroceder de nuevo en el asiento, mientras la lluvia arreciaba. Ojalá Heckling hubiese traído el carruaje con capota en lugar del abierto. (¡Qué estúpida! Todavía estaba inmersa en aquella fantasía mía de Pemberley, y suponía que habría una flota entera de coches de caballos esperándome en Gaudlin Hall, uno para cada día de la semana.)

—Entonces ¿lo ha enviado el ama de llaves? —quise saber.

—Me ha enviado el señor Raisin. Bueno, el señor Raisin y la señorita Bennet. Entre los dos, supongo.

—¿Y quién es el señor Raisin, si no le importa decírmelo?

Heckling se acarició la barbilla y, con el anochecer, advertí que sus oscuras patillas se volvían grisáceas.

—Un abogado —dijo.

—¿Un abogado?

—Ajá.

Reflexioné.

—Pero ¿abogado de quién? —inquirí al cabo.

—De Gaudlin.

No respondí, limitándome a recopilar mentalmente los datos para considerarlos un instante.

—El señor Raisin es el abogado de la familia —dije, más en mi provecho que en el suyo—. Y le ha dado instrucciones para que me recogiera en la estación. Bueno, ¿y quién es la señorita Bennet, entonces? ¿La hermana del señor, quizá?

—¿De qué señor?

—El de Gaudlin —insistí con un suspiro, ya exasperada.

El cochero se echó a reír y luego pareció reflexionar.

—En Gaudlin no hay ningún señor —repuso por fin—. Ya no. La señorita se hizo cargo de todo.

—¿Que no lo hay? —¿Qué ridiculez era aquélla?—. Pues tiene que haberlo. ¿Quién es la señorita Bennet sino pariente del señor de la casa? Al fin y al cabo, es la persona que me ha contratado. Imaginé que era el jefe de la familia, pero según usted, no ocupa tal rango.

—La señorita Bennet era sólo la institutriz —puntualizó él—. Igual que usted. Ni más ni menos.

—Pero eso es ridículo. ¿Cómo pondría un anuncio la institutriz para buscar otra institutriz? Queda fuera de sus competencias.

—Porque se iba. Pero no podía irse hasta que encontrase otra nueva. Yo la he llevado en el carruaje hasta la estación, ella se ha bajado, me ha dicho que esperase, que usted vendría enseguida, y aquí está. Para ocupar su lugar. *Winnie* no ha disfrutado más que de diez minutos de descanso.

Me eché atrás en el asiento, boquiabierta, sin saber qué pensar. Qué absurdo. Según aquel hombre, en Gaudlin Hall no había señor, el anuncio para mi empleo lo había puesto su anterior titular, quien, conocedora de mi llegada al lugar, había considerado adecuado abandonarlo inmediatamente. ¿Qué sentido tenía? Aquel hombre debía de estar loco o borracho, o ambas cosas, y no volví a tratar el asunto con él. Me acomodé en el asiento, me reservé mi opinión y esperé a llegar a nuestro destino, donde seguramente todo se explicaría adecuadamente.

Y entonces me acordé. H. B. La mujer con quien había chocado tras bajar del tren. Tenía que ser ella. H. Bennet. Me había mirado como reconociéndome. Debía de estar esperando a una joven que coincidiera con mi descripción; después, al comprobar que era yo, huyó satisfecha. Pero ¿por qué? Era una conducta fuera de lo normal. Incomprensible.

Me quedé dormida poco después, y caí en un sueño agitado e incómodo. Soñé que volvía al colegio, o más bien a un colegio parecido a St. Elizabeth pero que no era exactamente el mismo, y que la señora Farnsworth estaba allí, hablándoles a mis niñas, mientras mi padre se hallaba en la fila de atrás, enfrascado en una conversación con la señorita Bennet, aunque no tuviera la misma fisonomía que la mujer del andén. Mientras que la mujer real era rechoncha y pelirroja, la de mis sueños era morena y muy guapa, con rasgos mediterráneos. Nadie me hablaba (no parecían verme), y a partir de ese momento todo se volvía más nebuloso e iba fundiéndose en una mezcla de extrañeza y misterio, como suele ocurrir en los sueños. Pero supongo que dormí un buen rato, porque cuando desperté estaba mucho más oscuro que antes, ya había caído la noche, y recorríamos un pequeño sendero que por fin se abría y dejaba a la vista unas puertas extraordinarias de hierro forjado.

—Ahí está Gaudlin Hall —anunció Heckling refrenando un instante el caballo e indicando un lugar en la distancia, aunque era imposible verlo en la oscuridad.

Me incorporé en el asiento y me alisé la falda por debajo de la manta, notando mi mal sabor de boca y que me pesaban los párpados. Mi ropa estaba húmeda. Lamenté presentarme ante mis nuevos patronos (fueran quienes fuesen) en un estado tan lamentable. Nunca he sido una mujer atractiva, pero siempre he intentado cuidar mi aspecto y tener la mejor apariencia posible; en aquel momento no eran posibles semejantes finuras. Confié en poder excusarme y dirigirme rápidamente a mi habitación a fin de hacerme algunos retoques básicos.

Mi idea de una larga avenida principal no era del todo errónea; de hecho, transcurrieron varios minutos antes de que la mansión apareciera plenamente a la vista. No era Pemberley, desde luego, pero sí una casa de campo hermosa y grandiosa. Alto e imponente, el exterior mostraba cierto esplendor barroco, con dos alas que sobresalían de un impresionante pórtico central. Sospeché que su origen se remontaba al siglo XVII y que se trataba de una de esas mansiones cuyo diseño se vio influido por las modas europeas posteriores a la Restauración. Me pregunté cuántos dormitorios habría (supuse que al menos una docena), y si el salón de baile, porque desde luego era muy posible que hubiese uno en una casa de tal tamaño, se usaría o no.

Como no estaba nada acostumbrada a ese estilo de vida, me embargó la emoción al imaginarme residiendo en semejante lugar. Sin embargo, también había algo tenebroso en aquel sitio, cierta oscuridad que deduje que la mañana disiparía. Pero mientras contemplaba mi nuevo hogar, sentí el extraño impulso de pedir a Heckling que diese la vuelta y volviera a llevarme a Norwich, donde me sentaría en un banco de la estación de Thorpe hasta que saliese el sol, y luego

volvería a Londres.

—¡Soo, *Winnie!* —exclamó el cochero al detenerse ante la puerta principal.

Se apeó y la grava crujió bajo sus botas cuando se dirigió a la parte posterior para bajar mi maleta.

Al comprender que aquel hombre no tenía la educación suficiente para abrirme la portezuela, me dispuse a asir yo misma el tirador. Para mi sorpresa, no cedió. Fruncí el ceño, recordando cuán suavemente había girado al subirme. Ahora parecía atrancado.

—¿Se va a quedar ahí o qué? —soltó Heckling, el muy zoquete, de pie al otro lado del carruaje y sin hacer ademán alguno de ayudarme.

—No puedo abrir, señor Heckling —repuse—. Parece que se ha atascado.

—No le pasa nada. —Tosió y, desde el fondo de la garganta, regurgitó un horrendo gargajo, que escupió en el sendero—. Sólo tiene que girarlo.

Suspiré y aferré el tirador de nuevo (pero ¡qué malos modales tenía aquel hombre!), y cuando intentaba accionarlo, recordé de pronto que una de mis alumnas, Jane Hebley, la había tomado con la escuela un día por alguna tontería y se había negado a salir del baño de las niñas. Cuando yo intentaba abrir desde fuera ella cogía el tirador con fuerza por dentro; haciendo gala de una tremenda obstinación, había conseguido seguir encerrada unos minutos antes de que yo lograra abrir. Idéntica sensación tenía en aquel momento. Era una idea ridícula, lo sé, pero sentía que cuanto más fuerte intentaba girar la manija, con mayor empeño la sujetaba una fuerza desconocida desde el exterior. De no haber estado al aire libre, de no haber sido Heckling el único ser vivo a la vista, habría jurado que alguien estaba jugándome una mala pasada.

—Por favor —dije, volviéndome para mirarlo—. ¿Podría ayudarme?

Masculló una blasfemia, dejó caer mi maleta al suelo con brusquedad y rodeó el carruaje. Lo miré con irritación, preguntándome por qué se mostraría tan reacio. Quería que probase a abrir él mismo para que se cerciorase de que no era una estúpida incapaz de abrir una portezuela. No obstante, para mi sorpresa, en cuanto él la tocó, la manija cedió con toda facilidad, igual que había ocurrido al subirme al coche un par de horas antes.

—No era tan difícil —gruñó, y se alejó sin ofrecerme siquiera la mano para que me apeara.

Me limité a negar con la cabeza. ¿Qué estaba ocurriéndome? ¿Habría girado el tirador en el sentido contrario? Era absurdo. La portezuela estaba sellada. No podía abrirse. Pero él había podido.

—Gaudlin Hall —anunció mientras nos dirigíamos a la puerta principal.

Tiró de una gruesa sogá y oí que dentro sonaba una campanilla; en ese momento, el cochero dejó la maleta a mi lado en el peldaño y se llevó la mano al sombrero.

—Pues buenas noches, institutriz.

—¿Usted no entra? —pregunté, sorprendida de que me depositase allí de aquella manera, como si fuera un bulto de equipaje.

—Nunca entro —contestó alejándose—. Yo vivo fuera.

Y, para mi asombro, se limitó a encaramarse al carruaje y enfilarse la avenida de entrada. Me quedé boquiabierta. ¿Era así como trataban a los nuevos empleados?

Un instante después se abrió la puerta. Me volví, esperando hallarme al fin cara a cara con mi nuevo patrón, fuera quien fuese.

Pero ante mí no se encontraba un hombre ni una mujer, sino una niña. Era mayor que mis alumnas, de unos doce años, calculé, y muy pálida y guapa. Llevaba tirabuzones hasta los hombros, o más largos incluso. Iba vestida con un camisón blanco abrochado hasta al cuello y que le cubría los tobillos. Allí de pie, con las luces del vestíbulo iluminándola desde atrás, su aspecto espectral me asustó.

—Hola —saludó en voz baja.

—Buenas noches —respondí sonriendo, intentando tranquilizarme y fingir normalidad—. No esperaba que abriese la puerta la hija de la casa.

—¿Ah, no? ¿Y quién esperaba que lo hiciera? ¿El primer ministro?

—Pues no sé, el mayordomo —repuse—. O la criada.

La niña sonrió.

—Pasamos tiempos un poco difíciles —dijo tras una pausa.

Asentí. No tenía respuesta para eso.

—Bueno, quizá debería presentarme. Me llamo Eliza Caine. Soy la nueva institutriz.

La niña arqueó las cejas levemente, y luego abrió más para dejarme entrar.

—Sólo han transcurrido unas horas —comentó.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se fue la última. La señorita Bennet. Pero bueno, al menos se ha ido. Deseaba muchísimo marcharse. Pero no podía, claro, hasta encontrar una sustituta. Ha sido muy amable por su parte, supongo. La honra mucho. Y aquí está usted.

Sin saber qué pensar de aquel discurso insólito, entré y miré alrededor, esperando ver bajar por la escalera a la madre o el padre pese a lo que había dicho Heckling. Al instante me impresionó la grandiosidad de la casa. Era muy tradicional y no habían ahorrado en ornamentación. Sin embargo, me pareció que la decoración era de años atrás y en tiempos recientes se había puesto poco empeño en mantenerla. Aun así, se veía limpia y ordenada. Quienquiera que se encargara de aquella casa, hacía un buen trabajo. Cuando la niña cerró la puerta detrás de mí, un sonoro chasquido me hizo dar un respingo y volverme, asustada. Mi sobresalto fue mayor cuando junto a ella, de pie, con un camisón también blanco e inmaculado, descubrí a un niño pequeño, quizá unos cuatro años menor

que ella. No lo había visto antes. ¿Se escondía acaso detrás de la puerta?

—Eliza Caine —dijo la niña, dándose unos golpecitos en el labio inferior con el índice—. Qué nombre más raro. Parece vulgar.

—Supongo que las clases trabajadoras tienen nombres así —comentó el niño esbozando una mueca.

¿Acaso pretendía mostrarse descortés? Pero entonces sonrió de una manera tan amistosa que me pareció que simplemente se limitaba a señalar lo que para él era obvio. Si hablábamos en términos de clases, entonces, desde luego, yo pertenecía a la trabajadora. Al fin y al cabo había ido allí a trabajar.

—¿Tenía institutriz de pequeña? —quiso saber el niño—. ¿O fue al colegio?

—Fui al colegio. A St. Elizabeth, en Londres.

—Siempre me he preguntado cómo sería ir a un colegio —comentó la niña—. Me parece que Eustace sufriría horriblemente en una escuela normal —añadió haciendo un gesto con la cabeza hacia su hermano—. Es un niño muy delicado, como puede ver, y los chicos son muy brutos. O eso me han dicho. Yo no conozco a ninguno. Aparte de Eustace, claro. ¿Conoce usted a muchos chicos, señorita Caine?

—Sólo a los hermanos de las niñas a las que enseño. O enseñaba. Era maestra.

—¿En el mismo colegio al que asistió de niña?

—Sí.

—Madre mía —soltó la niña con una sonrisita—. Es como si nunca hubiera llegado a crecer del todo. O no quisiera crecer. Pero lo que digo es cierto, ¿no? Lo de los niños. Que pueden ser muy brutos.

—Algunos sí. —Miré a mi alrededor, preguntándome si íbamos a quedarnos allí charlando toda la noche o si me enseñarían mi habitación y me presentarían a los adultos. Sonreí e intenté mostrar firmeza—. En fin, ya estoy aquí. ¿Podrías decirle a vuestra madre que he llegado?... O a vuestro padre. A lo mejor no han oído el carruaje.

Noté que Eustace se ponía ligeramente tenso al oír una referencia a sus padres, pero que trataba de disimular. La niña dejó traslucir algo más: se mordió el labio y desvió la mirada con expresión ligeramente abochornada.

—Pobre Eliza Caine —dijo—. Me temo que la han traído aquí de manera fraudulenta. Se dice así, ¿verdad? —añadió—. Lo leí hace poco, y me gusta cómo suena.

—Sí, así se dice. Aunque no creo que signifique lo que tú crees. Me han contratado para ser vuestra institutriz. Vuestro padre puso el anuncio en el *Morning Post*. —No me importaba lo que había dicho Heckling; la idea de que la institutriz anterior hubiese publicado el anuncio era absurda.

—No, pues resulta que no lo puso él —contestó la chica con ligereza.

Eustace se volvió y se apretó contra su hermana, que le pasó un brazo por los

hombros. Ciertamente, era un niño muy delicado. Casi me pareció que podía quebrarse con suma facilidad.

—Quizá deberíamos sentarnos, señorita Caine —declaró la niña dirigiéndose hacia el salón—. Debe de estar usted muy cansada del viaje.

La seguí, perpleja; aquellos modales de adulta me divertían y desazonaban a la vez. Esperó a que hubiese tomado asiento en un largo sofá y entonces lo hizo ella en una butaca frente a mí, como si fuera la señora de Gaudlin, no la hija de la casa. Eustace permaneció indeciso entre ambos sitios, pero al final optó por sentarse en el otro extremo del sofá y se puso a mirarse los pies descalzos.

—Vuestros padres están en casa, ¿verdad? —dije.

Allí sentada, frente a la niña, empecé a preguntarme si aquella situación no sería un sofisticado ardid destinado a engañar, sin motivo aparente, a una joven de luto. Quizá la familia entera estuviera compuesta por lunáticos.

—Me temo que no. Sólo estamos Eustace y yo. La señora Livermore viene a diario para ocuparse de distintas cosas. Cocina y nos deja la comida preparada. Espero que le guste la comida recalentada y las verduras medio crudas. Pero ella vive en el pueblo. Y ya habrá conocido a Heckling, claro. Tiene una casita fuera, junto a los establos. Es un hombre horrible, ¿no cree? Me recuerda a un simio. ¿Y a que huele muy raro?

—Huele a caballo —puntualizó Eustace sonriendo, y vi que le faltaba un incisivo.

Pese a mi inquietud, no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Pues sí, la verdad —repose antes de volverme hacia su hermana y añadir en tono confuso—: Perdona, pero no me has dicho cómo te llamas.

—¿No se lo he dicho?

—No.

Ella frunció el ceño y asintió.

—Qué descortés por mi parte —respondió al cabo—. Me llamo Isabella Westerley. Me pusieron ese nombre por una de las grandes reinas de España.

—Isabel de Castilla —apunté.

—Sí, esa misma —convino ella, complacida al ver que sabía a quién se refería—. Mi madre nació en Cantabria, ¿sabe? Mi padre, en cambio, aquí. En esta misma casa.

—¿Así que sois medio ingleses y medio españoles?

—Sí, si desea expresarlo en términos de fracciones —replicó.

La miré. A continuación eché una ojeada a la estancia. Había algunos retratos interesantes, supuse que de antepasados, y un tapiz bastante bonito en la pared que miraba al patio. Seguro que disfrutaría contemplándolos con más detalle al día siguiente, a la luz del día.

—Pero no... —dije, interrumpiéndome pues no sabía muy bien cómo expresarme—, no viviréis aquí solos, ¿verdad? Los dos solos...

—Ah, no, claro que no —aseguró Isabella—. Somos demasiado pequeños para que nos dejen solos.

Suspiré aliviada.

—Gracias a Dios. Bueno, si vuestros padres no están, ¿quién hay entonces? ¿Podéis llamar a los adultos de la casa?

Para mi asombro, sin moverse lo más mínimo en su asiento, Isabella abrió la boca y soltó un grito agudo y aterrador. Creí que era un simple chillido hasta que caí en la cuenta de que en realidad había pronunciado mi nombre, Eliza Caine.

—¿Qué demonios...? —exclamé, llevándome una mano al pecho, asustada.

Me notaba el corazón acelerado. Miré a Eustace, pero el niño parecía imperturbable, me observaba sin más. El blanco de sus ojos destacaba a la luz de las velas.

—Perdone —se excusó Isabella, sonriendo levemente—, pero me ha pedido que llamara a los adultos de la casa.

—Y has dicho mi nombre. De hecho, lo has gritado.

—Usted es el adulto de la casa, ahora que se ha ido la señorita Bennet. Ha ocupado su lugar. Es la única adulta responsable aquí.

—¡Vaya! —soltó Eustace, con expresión incrédula. No era el único que parecía asombrado. Yo tampoco conseguía dar sentido o crédito a aquello.

—Pero el anuncio... —rebatí, cansada ya de dar explicaciones.

—Lo puso la señorita Bennet —me interrumpió Isabella—. Ya se lo he dicho. Usted la sustituye.

—Pero ¿quién se hace cargo de las cosas? Por ejemplo, ¿quién me pagará?

—El señor Raisin.

Aquel nombre otra vez. El señor Raisin, el abogado. De modo que Heckling no me había engañado del todo.

—¿Y dónde está el señor Raisin, si puede saberse?

—Vive en el pueblo. Puedo decirle dónde mañana, si quiere.

Miré el bonito reloj que se alzaba en un rincón de la habitación. Eran más de las diez de la noche.

—El señor Raisin se ocupa de todo —añadió Isabella—. Paga a la institutriz, a la señora Livermore y a Heckling. Y nos da dinero para nuestros gastos.

—¿E informa a vuestros padres? —pregunté, pero la niña se encogió de hombros y apartó la vista.

—Debe de estar cansada —dijo.

—Pues sí, bastante —admití—. Ha sido un día muy largo.

—¿Y no tiene hambre? Seguro que hay algo en la cocina si...

—No —zanjé negando con la cabeza y poniéndome en pie bruscamente. Ya había tenido bastante por una noche—. No, el traqueteo del carruaje me ha revuelto un poco el estómago. Lo mejor sería que me enseñarais mi habitación. Un buen sueño reparador seguro que arregla las cosas, y mañana iré a ver al

señor Raisin para hablar de este asunto.

—Como quiera —dijo Isabella levantándose. Eustace la imitó y se pegó a ella. La niña me sonrió, de nuevo con aquella expresión de señora de la casa—. ¿Quiere hacer el favor de seguirme?

Nos dirigimos al piso de arriba. No pude resistir la tentación de pasar la mano por la balaustrada de mármol de la magnífica y recargada escalinata. La alfombra era de la mejor calidad, aunque, como el resto de la casa, parecía llevar muchos años necesitando un reemplazo.

—Eustace y yo dormimos aquí, en la primera planta. —Isabella indicó un par de habitaciones hacia el final de un pasillo que no se distinguían bien en la oscuridad, pues sólo ella llevaba una vela—. Usted, en el piso de arriba. Confío en que se sienta cómoda, de verdad que sí.

La miré, preguntándome si intentaba burlarse de mí, pero su expresión era imposable. Subimos juntos, Isabella con la vela tres pasos por delante de Eustace, y éste tres por delante de mí. Le miré los pies descalzos. Eran pequeños y tenía una llaguita en cada talón, como si hubiese llevado zapatos de una talla por debajo de la suya. ¿Quién cuidaba de aquel niño si no había adultos en la casa?

—Por aquí, Eliza Caine —indicó Isabella avanzando por un pasillo.

Abrió una puerta de roble y entró en la habitación. Al penetrar yo, advertí que con su vela encendía otras tres. Miré alrededor, ahora que veía un poquito mejor: era un dormitorio bastante bonito, grande y espacioso; no hacía frío ni calor, y la cama parecía cómoda. Mi intranquilidad se disipó y sentí benevolencia hacia los niños y su hogar. Me dije que por la mañana todo iría bien. Las cosas se aclararían.

—Pues buenas noches —dijo Isabella, y se dirigió hacia la puerta—. Espero que duerma bien.

—Buenas noches, señorita Caine.

Eustace siguió a su hermana y yo sonreí, les hice una inclinación de la cabeza, les deseé felices sueños y les dije que esperaba que nos conociéramos mejor al día siguiente.

A solas por primera vez desde que había salido de mi casa aquella mañana, me senté en la cama un momento y respiré aliviada. Miré alrededor, debatiéndome entre llorar o reír ante aquella jornada tan extraña y lo absurdo que resultaba todo. Cuando por fin abrí la maleta, decidí que de momento no desharía el equipaje ni guardaría la ropa en el armario. Eso podía esperar a la mañana siguiente. Me limité a sacar el camión y ponérmelo, contenta de librarme por fin de la ropa húmeda. Me lavé un poco en la palangana que me habían dejado junto a una jarra de agua en una mesa auxiliar. Al descorrer la cortina, comprobé complacida que mi habitación estaba situada en la parte delantera de la casa, con vistas al jardín. Intenté abrir las altas ventanas para

respirar el aire nocturno, pero estaban atrancadas y, por mucho que tiré de los picaportes, fue en vano. Veía la avenida por la que habíamos llegado Heckling y yo, que serpenteaba hacia lo lejos; media luna iluminaba parte de la finca, desierta en aquel momento. Aliviada, me encaramé a la cama y comprobé satisfecha que el colchón era mullido y las almohadas muy blandas. Todo iría bien, me dije. Todo tiene siempre mucho mejor aspecto tras una buena noche de sueño.

Apagué de un soplo la vela de la mesita de noche, me arrebujé entre las sábanas, tapándome hasta los hombros, cerré los ojos y bostecé sonoramente. De repente, oí un grito lejano bastante desagradable. Pensé que sería *Winnie*, que se ponía cómodo para pasar la noche, pero lo oí de nuevo. No era el relincho de un caballo, desde luego. Entonces supuse que sería el viento entre los árboles, porque soplaba ahora con más fuerza y la lluvia arreciaba contra mi ventana. Sin embargo, eso no me mantendría despierta, por horrible que fuera el ulular del viento (que más bien parecía los gritos de una mujer a quien estuvieran estrangulando), porque estaba rendida por el viaje y la confusión en que me habían sumido los tres habitantes de Gaudlin que había conocido.

Cerré los ojos y suspiré. Desperezándome al máximo, estiré las piernas entre las sábanas esperando que mis dedos toparan con el armazón de madera de la cama. Como no fue así, sonreí comprendiendo que era más larga que yo y que podía estirarme cuanto quisiera, cosa que hice, satisfecha al notar que mis doloridos miembros se alargaban y relajaban. Moví los dedos de los pies con una deliciosa sensación placentera, hasta que de repente un par de manos me agarraron con fuerza de los tobillos, los dedos se hundieron hasta el hueso, y tiraron de mí para arrastrarme colchón abajo. Solté un grito y volví a incorporarme sobresaltada, preguntándome qué terrible pesadilla estaba viviendo. Salté del lecho, descorrí las cortinas y aparté la ropa de cama, pero allí no había nada. Me quedé ahí de pie, con el corazón desbocado. No eran imaginaciones mías. Dos manos me habían agarrado de los tobillos y habían tirado de mí. Todavía las notaba. Me miré los pies, incrédula, pero antes de que pudiera poner en orden mis pensamientos, la puerta se abrió de par en par, una luz intensa se proyectó desde el pasillo y una figura blanca, como un fantasma, surgió ante mí.

Isabella.

—¿Está bien, Eliza Caine?—quiso saber.

Solté un gemido y corrí hacia ella y hacia el consuelo de la vela.

—Hay algo... —empecé, sin saber cómo explicarlo—. En la cama, había algo... He notado...

Ella se acercó y alzó la vela para examinarlo todo, de la almohada a los pies.

—Está vacía —declaró—. ¿Ha tenido una pesadilla?

Me quedé pensativa. Era la única explicación posible.

—Seguramente —admití—. Creía que estaba despierta todavía, pero me habré dormido. Siento haberte despertado. No... no sé qué me ha pasado.

—Ha despertado a Eustace. Tiene el sueño ligero.

—Lo siento.

Ella enarcó una ceja, como sopesando si hacer gala o no de la magnanimidad de perdonarme, pero al final se limitó a dirigirme una educada inclinación de cabeza y salió, cerrando tras ella.

Me quedé de pie junto a la cama hasta convencerme de que mi imaginación me había jugado una mala pasada. Al final, dejé las cortinas abiertas para que entrase el resplandor lunar, volví a meterme en la cama, me arrebujé y poco a poco, muy despacio, fui estirando de nuevo las piernas, que no se toparon más que con el suave tejido de la ropa de cama.

Cerré los ojos, temiendo que aquella noche no sería capaz de dormir, pero el cansancio debió de vencerme, porque cuando desperté el sol entraba por las ventanas, la lluvia y el viento habían cesado y despuntaba un nuevo día, el primero que pasaría en Gaudlin Hall.

Resultó un gran alivio que mi primera mañana en Gaudlin fuera tan radiante y soleada, pero también una sorpresa que una noche de fuertes lluvias pudiera dar paso a una jornada tan bonita. No conocía bien el clima de Norfolk, y aquella podía ser la reacción típica tras una tormenta nocturna, pero no recordaba la última vez que había despertado con un cielo tan despejado y unas condiciones tan agradables. En Londres siempre vivíamos con la penumbra de una niebla espesa, el olor a carbón quemado y la sensación de que el cuerpo quedaría subrepticamente cubierto por algún residuo infame y parasitario que a través de los poros penetraría en nuestra piel, un asesino al acecho. Pero allí, mirando por los grandes ventanales los terrenos que rodeaban la casa, pensé que, si salía y me llenaba los pulmones del puro y saludable aire campestre, mis traumas de la semana anterior empezarían a disiparse y no amenazarían más mi espíritu.

Fue esa sensación optimista la que elevó mi ánimo, que podría haberse visto afectado por la aprensión y la soledad. Para mi sorpresa, había acabado por dormir bien aquella noche, y los diversos asuntos desagradables de la velada anterior (mi escaqueo con la muerte en la estación de ferrocarril, mi dificultad para conversar con Heckling, la incertidumbre con respecto a mis patronos, aquella ridícula pesadilla cuando me acosté... porque había sido una pesadilla, ahora estaba segura, una fantasía fruto del agotamiento y el hambre) se me antojaban algo remoto. Estaba decidida a que aquel día, el primero de mi nueva vida lejos de Londres, fuese estupendo.

Seguí el rastro de un olor a comida a través de una serie de habitaciones conectadas entre sí en la planta baja, un aroma que iba intensificándose en cada una que cruzaba. El salón donde me había sentado con los niños la noche anterior, un comedor bastante recargado, en torno a cuya mesa podían haberse reunido veinte comensales, una pequeña sala de lectura, inundada de una luz preciosa, un pasillo de paredes decoradas con acuarelas de mariposas y, por fin, la cocina. No sabía dónde desayunaban los Westerley, porque no había visitado aún toda la casa, pero estaba segura de que siguiendo mi olfato hallaría a la familia entera sentada a la mesa y dispuesta a darme la bienvenida. Seguramente entonces se despejarían las incógnitas sobre los padres de Isabella y Eustace.

Sin embargo, me asombró ver la cocina desierta, aunque por los olores que flotaban no había duda de que alguien había estado allí hacía poco, preparando el desayuno.

—¡Hola! —llamé, dirigiéndome hacia la despensa en busca de la cocinera—. ¿Hay alguien?

Pero no, no había nadie. Miré alrededor; los estantes estaban bien provistos. Había verduras frescas y fruta en unas cestas, y al abrir una fresquera me encontré con unas tajadas de buey y de aves de corral colocadas en

contenedores de cristal. En el alféizar de la ventana, un cuenco contenía huevos morenos, junto a una hogaza de pan con frutos secos, de la que ya se habían cortado varias rebanadas. Me detuve, sin saber muy bien qué hacer, y entonces me llamó la atención la ventana, muy bonita y con un arco de estilo románico, a través de la cual vi a una dama corpulenta de mediana edad, vestida con lo que parecía un uniforme de criada. La mujer avanzaba por la grava en dirección a los establos de Heckling con una bolsa muy llena en la mano izquierda; un abrigo y un sombrero remataban su corpachón. ¿Se trataría tal vez de la señora Livermore, a quien Isabella había mencionado la noche anterior? No le había preguntado entonces quién era, suponiéndola el ama de llaves, pero aquel atiendo sugería otra cosa.

Fui hasta la puerta de la despensa y tuve que forcejear con la llave en la cerradura, que se negaba a girar, igual que las ventanas de mi dormitorio, cuya resistencia no había logrado vencer tampoco esa mañana. Sin embargo, conseguí abrir a la fuerza y salí al jardín justo cuando la mujer doblaba la esquina de la casa y desaparecía de mi vista. La llamé, con la esperanza de que me oyera y volviera sobre sus pasos, y me apresuré decidida a alcanzarla, mas cuando doblé la esquina, un instante después, se había esfumado. Miré alrededor asombrada, pues no parecía que hubiese algún lugar donde meterse, ni podía haber recorrido todo el camino hasta el otro extremo en tan poco tiempo. Sin embargo, el hecho es que estaba allí un instante antes y al siguiente había desaparecido. Miré a mi izquierda, a través de unos árboles; el caballo *Winnie* esperaba junto a los establos mirándome fijamente, de un modo que me intranquilizó. Confusa, no se me ocurrió más que dar la vuelta y dirigirme de nuevo hacia la puerta de la despensa.

Para mi frustración, ésta se había cerrado y atrancado desde dentro, aunque no sé cómo, pues la había dejado abierta de par en par y no corría el menor soplo de brisa; de manera que no me quedó más remedio que rodear el edificio y pasar por la entrada principal de Gaudlin Hall, que por fortuna se hallaba abierta, y atravesar la casa para volver al punto de partida.

Desconcertada, me senté a la mesa de la cocina, sin saber qué hacer. ¿Debía prepararme mi propio desayuno? ¿Lo habían tomado ya los niños? ¿Estaban despiertos, o se esperaba que los despertara yo? Casi había decidido subir y llamar a la puerta de Isabella cuando, para mi horror, unas manos me asieron de los tobillos, como la maligna criatura de mi fantasía la noche anterior. Pero antes de que pudiera chillar o saltar de mi asiento, un niño pequeño surgió de debajo de la mesa con una sonrisa traviesa.

—Eustace... —dije, llevándome una mano al pecho—. Qué susto me has dado.

—No me había visto aquí abajo, ¿verdad?

—Pues no —respondí sonriente. Era imposible enfadarse con él—. Creía que

estaba sola.

—En Gaudlin Hall nunca estás solo —declaró—. La señorita Harkness decía siempre que habría dado la paga de un mes entero por un solo día de paz y tranquilidad.

—Yo prefiero la compañía. De haber querido soledad, me habría quedado en Londres. Pero caramba... —añadió al momento, poniéndome en pie y mirándome de arriba abajo—, ¡qué guapo estás!

Era cierto; estaba muy elegante. Iba con unos pantalones blancos, una camisa también blanca con corbata y una chaqueta de sarga azul tan bonita que alargué la mano y acaricié la tela, como había deseado hacer con el chaleco del señor Dickens una semana antes, para experimentar la sensación que producía un tejido tan caro. El niño se había lavado, además: notaba el intenso aroma a jabón fénico que desprendía. Y llevaba el pelo cuidadosamente peinado, con raya a un lado y un poquito de brillantina. Tenía un aspecto tan respetable que parecía que fuera a visitar a algún familiar o asistir a la iglesia.

—Mamá quiere que vaya bien vestido todos los días —me dijo en tono confidencial, inclinándose un poco hacia mí, aunque no había nadie más en la cocina—. Dice que vestir en casa como si fuera a salir es lo que distingue a un caballero. Nunca se sabe quién puede aparecer.

—Eso es verdad. Pero cuando yo era niña, no mucho mayor que tú, prefería llevar mi ropa de diario cuando sabía que no teníamos previsto recibir a nadie. Me sentía más a gusto. ¿No estás un poco incómodo con tus mejores galas? En especial en un día como hoy, tan caluroso...

—Es lo que prefiere mamá —insistió él, y se sentó en la silla junto a la mía—. ¿No le gustaría desayunar? Debe de tener hambre.

—Pues sí, la verdad —admití—. Pero no he encontrado a vuestra cocinera por ninguna parte.

—No tenemos cocinera —explicó—. Ya no. Antes había una, claro. La señora Hayes. Olía a jabón y siempre intentaba revolverme el pelo. Yo tenía que pedirle que no lo hiciera, porque era tomarse demasiadas libertades, ¿no le parece? Aunque era buena cocinera —añadió, asintiendo con aire de entendido—. Pero ya no está. Se fue. Después, quiero decir.

—¿Después? —pregunté, pero él se limitó a encogerse de hombros y desvió la mirada—. Bueno, ¿quién prepara la comida entonces, si no tenéis ninguna ayuda?

—Pues la institutriz, normalmente. O Isabella. Mi hermana es muy buena cocinera. Me burlo de ella y le digo que un día acabará sirviendo, pero entonces me pega, así que no lo haré más.

Miré alrededor, sorprendida, reprimiendo las ganas de reír ante una situación tan inaudita. ¿Acaso debía ocuparme de todas las tareas de aquella casa? No se mencionaba nada de cocinar en el anuncio, aunque empezaba a comprender que

era ciertamente muy engañoso.

—Pero esto es inadmisibile —declaré, haciendo aspavientos—. Yo no sé dónde están las cosas; ni qué os gusta comer. Y alguien ha estado cocinando esta mañana. Lo huelo.

—Ah. —Eustace se dirigió al fogón, abrió la portezuela y miró dentro—. Tiene razón. Mire, hay dos desayunos aquí esperándonos, para usted y para mí. ¡Hurra! Los habrá preparado Isabella. A veces es muy considerada, pero otras es muy desagradable. Deberíamos comérnoslo si no queremos que se ponga asqueroso.

Me eché a reír a mi pesar. Qué comentario tan raro, me dije. En efecto, había dos platos con comida caliente, así que los saqué con un trapo para no quemarme y los dejé sobre la mesa. Nada muy elaborado, sólo un par de salchichas, unas tiras de beicon y unos huevos revueltos. Cualquiere persona medianamente capaz podría haberlos preparado, pero, no sé por qué, hechos por Isabella tenían un aspecto muy poco comestible. Quizá llevaban demasiado tiempo allí metidos.

—¿Y Hecking? —pregunté cuando empezamos a comer, y traté de sonar inocente para que contestara cuando añadí—: ¿Dónde come?

Eustace se encogió de hombros.

—En los establos, supongo. Con los caballos.

—¿Y la otra señora? ¿La criada?

—¿Qué criada?

—La he visto esta mañana en el jardín. ¿Dónde come ella?

—No tenemos criada.

—No me engañes, Eustace. —Intenté no parecer severa—. La he visto hace menos de diez minutos. He intentado darle alcance, pero la he perdido de vista.

—No tenemos criada —repetió.

—Entonces, ¿quién era la dama con bolso y uniforme que he visto por la ventana de la despensa? ¿Acaso me la he imaginado?

Guardó silencio, y decidí no presionarlo. Que me respondiera a su debido tiempo. No volvería a hablar hasta que el niño lo hiciera.

—No sé mucho de ella —dijo por fin—. Va y viene, nada más. Se supone que no he de hablar con ella.

—¿Quién lo dice?

—Mi hermana.

—¿Y eso por qué? ¿Es que Isabella y la señora Livermore no se llevan bien? Porque se llama señora Livermore, ¿verdad? Isabella mencionó ese nombre anoche.

Él asintió.

—¿No son amigas? —insistí—. ¿Se han peleado?

—No sé por qué piensa que somos niños malos —dijo Eustace de pronto,

frunciendo el ceño, mientras dejaba los cubiertos sobre la mesa. Se puso de pie y me miró con expresión hosca—. Acaba de conocernos. Creo que es muy injusto que me diga que miento y que mi hermana se mete en peleas, cuando ayer a estas horas ni siquiera nos conocía.

—No, Eustace, no pienso eso, en absoluto —contesté, ruborizándome un poco—. Eres un niño muy bien educado, desde luego. No quería ofenderte. Es que... bueno, no sé, pero lo siento. Estoy segura de que si Isabella y la señora Livermore no son amigas, se deberá a algún motivo. Tu hermana parece tan bien educada como tú.

—Mamá cree que tenemos que hablar bien y actuar siempre de forma decorosa —replicó el niño—. Insiste mucho. No permite que ninguno de los dos seamos malos. Se enfada mucho si nos portamos mal.

—¿Y dónde está tu mamá? —quise saber, pensando que quizá podría sonsacarle más información—. Estoy deseando conocerla.

Eustace volvió la cara y aspiró sonoramente por la nariz.

—¿No va a comerse el desayuno? —preguntó—. Se enfriará y no habrá servido de nada prepararlo.

Miré mi plato, pero la imagen de los huevos derramándose sobre la carne me revolvió un poco el estómago.

—Creo que ahora mismo no. —Aparté un poco el desayuno—. No me encuentro del todo bien, después del viaje de ayer. Ya comeré algo más tarde.

—Isabella se ofenderá —repuso él en tono grave.

Lo miré sin saber qué decir.

—Bueno —contesté por fin—. Me disculparé con tu hermana y ya está, ¿no? —Sonreí y me incliné hacia él, en un intento de congraciarme—. Pero ¿por qué estás tan preocupado, acaso tiene muy mal genio? ¿Me reñirá mucho?

—Claro que no —respondió él, apartándose de mí—. No dirá nada.

—¿Nada de nada?

—Isabella dice que no tenemos que decir nunca lo que pensamos.

—¿Por qué?

De nuevo aspiró sonoramente por la nariz, miró la mesa y se puso a rascar una muesca de la madera con el pulgar.

—Eustace —insistí—. ¿Por qué no debéis decir lo que pensáis?

—Isabella dice que es mejor que no hablemos de eso con nadie —murmuró.

—¿Hablar de qué? —Lo miré fijamente, sintiendo el súbito impulso de sacudirlo—. Eustace, ¿qué quieres decir? ¿Qué es lo que no me estás contando?

Alzó la mirada hacia mí, con esos ojos castaños en un mar de blancura que podían fundir el corazón más encallecido, y abrió la boca, pero volvió a cerrarla a la vez que su mirada me reveló que había algo, o alguien, detrás de mí.

Asustada, brinqué de la silla, me volví y mascullé un juramento, porque la niña estaba muy cerca de mí y yo ni siquiera había notado su presencia.

—Buenos días, Eliza Caine.

—Isabella —dije, casi sin aliento de pura sorpresa.

Iba tan arreglada como su hermano: el vestido de encaje que llevaba habría resultado adecuado para una boda o una presentación en la corte. Tenía el pelo suelto sobre los hombros muy bien cepillado.

—No te he oído entrar.

—Espero que Eustace no la haya aburrido con historias absurdas —dijo, sin moverse y con expresión serena—. Los niños pequeños son muy teatreros, ¿no cree? No paran de inventar cosas. Y dicen mentiras. Es un hecho científico. Lo leí en un libro.

—Yo no digo mentiras —replicó Eustace—. Y no soy pequeño. Tengo ocho años.

—Bueno, eso no es mucho —comenté volviéndome hacia él, y el crío frunció el ceño, disgustado. Lamenté haberlo dicho. Habría sido más amable mostrarme de acuerdo con él.

—Si no se lo va a comer —dijo Isabella, señalando mi plato—, ¿puedo dárselo a los perros? Viven con Hecking en los establos, y lo agradecerán. Es un pecado desperdiciar la comida.

—Sí, supongo que sí. Aprecio mucho que me hayas preparado el desayuno, pero me temo que esta mañana no tengo mucho apetito.

—Ninguna institutriz lo tiene nunca —replicó, y cogió el plato de la mesa para dirigirse hacia la puerta trasera—. Es increíble. No sé cómo consiguen ustedes seguir vivas.

—¡Isabella! —exclamó Eustace.

Yo lo miré, sorprendida de que le hubiesen horrorizado tanto esas palabras de su hermana, y cuando volví a mirar a ésta, ella también me pareció un poco alterada.

—Quiero decir que... —titubeó, perdida la compostura por una vez—. Desde luego, no quería... —Negó rápidamente con la cabeza, como queriendo borrar el diálogo, y me sonrió. Luego repitió—: Se lo daré a los perros. Se pondrán muy contentos y me considerarán su mejor amiga.

Y salió al jardín, dejándonos solos de nuevo a Eustace y a mí. Él todavía parecía escandalizado por lo que había dicho su hermana, reacción que me pareció excesiva. Después de todo, no era más que una forma de hablar. No había querido decir nada. Fui al fregadero, abrí los grifos y me lavé las manos con el agua helada.

—¿Puedes decirme dónde está la oficina del señor Raisin? —pregunté—. El abogado que mencionó tu hermana anoche.

—En el pueblo, me parece —repuso Eustace—. Nunca he ido, pero seguro que está allí.

—¿Y queda muy lejos, el pueblo?

—No, qué va. Y es una carretera recta, imposible perderse. ¿Quiere ir a verlo?

Asentí.

—Creo que es importante que vaya —declaré—. Sobre todo, dado que tus padres no están aquí para recibirme. Quizá me marche ahora mismo. ¿Cuánto rato tardaré andando?

—Hay un velocípedo en el jardín delantero —anunció el niño—. Puede cogerlo si quiere. Llegará en quince minutos.

¡Un velocípedo! Me encantó la idea. La señora Farnsworth acudía a diario al colegio en un vehículo de éstos, haciendo caso omiso de las miradas de los londinenses, que consideraban que una dama no debería dejarse ver montada en semejante artefacto. Tan prendada estaba yo de él que me había permitido usarlo en varias ocasiones, y conseguí aprender con bastante rapidez los rudimentos para su uso. Subirme a uno ahora me parecía una aventura, y la fresca brisa matutina me sentaría muy bien. A lo mejor me quitaba de la cabeza todas aquellas tonterías.

—¿Y qué vas a hacer tú esta mañana, Eustace? —quise saber—. Me refiero a mientras yo esté fuera.

—Tengo tareas pendientes —respondió, empleando aquel tono misterioso de nuevo.

Se levantó y salió bruscamente de la cocina.

Sonreí. Era un niño muy peculiar, pero empezaba a resultarme simpático.

Salí al jardín delantero de la casa, donde, como había dicho Eustace, había un velocipedo apoyado contra una columna, con su pesado armazón de madera y el asiento sobre su eje entre dos fuertes ruedas. Lo cogí, monté a horcajadas en el sillín y me dirigí hacia la avenida, notando la grava crujir a mi paso. Para mi sorpresa, considerando que llevaba en Gaudlin Hall menos de doce horas, noté una curiosa sensación de alivio al alejarme de la casa.

Eustace no se había equivocado en sus indicaciones, ni en el tiempo requerido. El trayecto hasta el pueblo fue muy agradable, y mi humor mejoró considerablemente al recorrer los caminos serpenteantes, flanqueados de campos recién cosechados que verdeaban, sintiendo el aire fresco en el rostro y un bienestar general. ¿Por qué la gente vivía en Londres, la sucia, neblinosa y oscura Londres, donde asesinos, prostitutas y delincuentes acechaban en cada esquina? Con el apestoso y tortuoso río que contaminaba nuestros cuerpos, el palacio vacío que lloraba a su reina ausente, el tiempo calamitoso, los trabajadores en huelga, la suciedad de las calles... Parecía estar en un mundo totalmente distinto. Era idílico. Y en medio del campo no había rastro de experiencias desalentadoras como las de la noche anterior en la mansión. Allí, en aquellas tierras, podía descubrirse algo mucho más enriquecedor. Cuando tomé el giro final y el camino se abrió revelando un pintoresco pueblecito, por primera vez desde la muerte de mi padre sentí que el mundo era un lugar hermoso y que mi tarea en él tenía algún valor.

Al llegar al pueblo, dejé el velocipedo apoyado contra la verja de la iglesia y miré alrededor, deseosa de descubrir cómo era mi nuevo hogar. Estaba allí para encontrar la oficina del señor Raisin, desde luego, pero no iba justa de tiempo ni mucho menos, de modo que merodear un poco por la nueva localidad me pareció pertinente. La iglesia en sí era magnífica, no muy grande, pero su inteligente diseño sacaba el máximo partido de su planta. Aproveché para entrar un rato y examinar las tallas, la elaborada ornamentación de los techos y la enorme vidriera con la imagen de Moisés en el monte Sinaí, quitándose las sandalias y volviéndose, mientras el rostro de Dios aparecía en la zarza ardiente que tenía ante sí. Era muy hermosa. ¿El maestro vidriero sería de la localidad o habrían importado aquella maravilla? Recordé que mi padre me había llevado una vez, de niña, a Whitefriars para visitar la fábrica de Powell & Sons, cuyos diseños intrincados tanto me fascinaban, igual que su firma, la imagen de un monje, que colocaban en un ángulo. Ahora, al inclinarme un poco para ver si se había incluido un sello semejante allí, vi la imagen de una mariposa macaón, parecida a una que había visto en el pasillo de Gaudlin Hall. Tal vez se trataba de un insecto típico de la región. Sin duda mi padre lo habría sabido.

En la iglesia reinaba el silencio. Sólo había otra persona en el templo, una

anciana sentada en el extremo de un banco a medio camino del pasillo central, que se volvió para mirarme, me saludó con una inclinación de cabeza y sonrió, aunque luego pareció cambiar de idea, pues su expresión se ensombreció antes de volverse otra vez. No me extrañé, pues debía de contar más de ochenta años y quizá estuviese un poco senil, de modo que continué paseando por la nave, hasta dar con una pequeña capilla con cabida para diez o doce fieles ante un altar sencillo, en la cual me senté. Al mirar en torno, me sorprendió la naturaleza truculenta de algunas tallas, violentas criaturas de ojos enloquecidos que me miraban, grifos y duendes, figuras que parecían más propias del folclore medieval que de un lugar de culto.

Oí unos pasos que se aproximaban, pero cuando me volví estremecida, fueron apagándose hasta desvanecerse. La anciana había desaparecido, aunque aquellas pisadas vigorosas y juveniles no podían haber sido suyas, ya que además ella tenía un par de bastones apoyados en el asiento.

Me levanté y me dirigí pasillo abajo hacia un atril donde había un libro abierto, una recopilación de versículos bíblicos, uno para cada día del año. Leí el correspondiente a aquel día: «Entonces oí decir al Señor a los otros hombres: “Seguidle por la ciudad y matad a todos aquellos cuya frente no esté marcada. ¡No mostréis misericordia! ¡No tengáis piedad! Matadlos a todos, viejos y jóvenes, niñas y mujeres, niños pequeños. Pero no toquéis a nadie que lleve la marca”».

Turbada, me volví, instante en que desde la galería superior me llegaron los acordes de un órgano, que enmudeció tan de repente como había empezado a sonar. Me pareció que ya había pasado allí tiempo suficiente y me apresuré a salir. Me dirigí entonces al camposanto, donde examiné las lápidas, la mayoría de personas ancianas, unos pocos niños desdichados y una más reciente de una joven llamada Harkness, fallecida unos meses atrás. Era sólo un par de años mayor que yo, pobrecilla. Ante aquel recordatorio de mi propia mortalidad, me invadió la inquietud. ¿De qué me sonaba aquel nombre? Sin conseguir hacer memoria, seguí adelante.

Cuando volví a la calle vi un pequeño salón de té en una esquina y, al darme cuenta de que tenía hambre, pues apenas había tocado el desayuno de Isabella, decidí entrar y pedir un té y un panecillo con mermelada de grosellas, típica de la zona.

—Es usted una recién llegada, ¿verdad, señorita? —me preguntó la joven que estaba detrás del mostrador mientras me servía.

Su aspecto era algo tosco, sin duda a causa de una niñez dedicada a trabajar con las manos, pero su expresión era cordial, como si se alegrara de tener compañía. Los hoyuelos de las mejillas le conferían cierto encanto, aunque era un poco bizca: el ojo izquierdo me miraba directamente y en cambio la pupila derecha estaba situada casi en la comisura, lo que la afeaba bastante. Era difícil

no mirar aquel ojo.

—¿O sólo está de paso? —añadió.

—He venido para quedarme, supongo. Llegué anoche, así que me apetecía dar una vuelta por el pueblo esta mañana. Tiene un bonito salón de té. ¿Lo lleva usted sola?

—Es de mi madre. Pero está guardando cama por un dolor de cabeza, como le pasa a veces, de modo que como una tonta me he quedado aquí sola.

—Ah, pues debe de ser duro —repuse, confiando en hacer buenas migas con los comerciantes locales—. Supongo que habrá mucho trabajo a la hora de comer.

—Para serle sincera, todo resulta más fácil cuando ella no está —contestó la chica, rascándose la cabeza—. Siempre hace una montaña de un grano de arena. Qué va, cuando estoy sola lo hago todo mejor. ¿Sabe qué quiero decir, señorita? Yo lo hago todo a mi manera, y ella a la suya, y a veces no nos ponemos de acuerdo.

—Sí, claro, me hago cargo. —Le sonreí y le tendí la mano—. Me llamo Eliza Caine. Es un placer.

—Lo mismo digo, señorita. Yo soy Molly. Molly Sutcliffe.

Volví detrás del mostrador y yo me senté junto a una ventana, a disfrutar del té y el bollito y ver pasar la vida al otro lado. Un ejemplar del *Illustrated London News* había ido a parar allí, a una mesa junto a la mía, de modo que lo cogí, aunque enseguida cambié de opinión: en aquel periódico se había anunciado la lectura del señor Dickens. Si mi padre no hubiera visto aquel anuncio, seguramente seguiría a mi lado, y por eso deseché el diario. Así que me limité a contemplar a los lugareños que pasaban por la calle. Vi a un párroco, un hombre bastante joven, alto y delgado, que se dirigía hacia la iglesia, con un cachorrito a la zaga. El perrito no debía de tener más de dos meses y estaba habituándose a la correa, porque se paraba de vez en cuando, retorció la cabeza y mordía el cordón para soltarse. Pero el párroco era cuidadoso y no tiraba demasiado del animal, deteniéndose a darle unas palmaditas y susurrarle con afecto, y entonces el cachorro le prodigaba lametones, de tal modo que se restablecía la confianza. En una de esas ocasiones, cuando volvía a incorporarse, el párroco miró en mi dirección y nuestras miradas se encontraron. Él se encogió de hombros sonriendo, y yo sonreí y seguí contemplando a la dispar pareja hasta que cruzaron la cancela del cementerio.

Cuando hube apurado el té, pagué y le di las gracias a Molly. Ella recogió mi taza vacía y el platillo de la mesa. Me dijo que esperaba volver a verme pronto, pero que no me preocupara si su madre andaba por allí y gritaba un poco, porque en ocasiones podía ser algo bruta.

—Estoy segura de que vendré a menudo —repuse—. Soy la nueva institutriz de Gaudlin Hall, así que espero acudir al pueblo con frecuencia.

En ese instante, la taza de té se le escurrió de las manos y se hizo añicos contra el suelo.

—¡Oh! —exclamé mirando el desastre—. Espero que no fuese muy valiosa.

Pero la joven no miraba la taza rota, sino a mí, con expresión de pánico. Toda la simpatía y calidez de antes se había esfumado. Me observaba en silencio mientras yo seguía allí de pie, sin saber qué le pasaba, hasta que al fin recobró la compostura y se alejó con rapidez en busca de una escoba y una pala, con las cuales procedió a recoger los fragmentos. No se volvió para mirarme, y supuse que se sentía algo abochornada por su torpeza.

—Bueno, pues adiós —me despedí.

Me di la vuelta y me alejé, preguntándome a qué se debería aquel repentino cambio de humor. Sin embargo, dispuse de poco tiempo para considerarlo, porque nada más poner un pie en la calle pasó a gran velocidad un carro lechero; de haber salido un segundo más tarde, los caballos me habrían arrollado. Solté un grito ahogado, me concedí un momento para recuperar la serenidad y me dije que en el futuro debería mirar muy bien por dónde iba. No importaba que aquél fuese un pueblo pequeño: nunca se sabe dónde puede hallarse el peligro.

Avancé por la calle sin entrar en ninguna tienda, pero contemplando los productos en los escaparates. Era un hábito adquirido hacia más o menos un año, en Londres, donde paseaba por Regent Street para admirar los preciosos artículos de las tiendas destinados a la gente de alcurnia, artículos que yo jamás podría permitirme, pero que despertaban mi deseo. Pasé junto a una tienda de comestibles muy bonita, donde se exhibían frutas y verduras. Nunca había visto nada parecido. Eran productos de la región, sin duda. Qué suerte vivir tan cerca de las tierras de labranza, pensé, donde la comida siempre es saludable. Lo que me llevó a pensar en Isabella y en aquel desayuno con aspecto de mazacote. Esperaba que la comida fuese un poco mejor; sería más sensato que la preparase yo misma. Por el escaparate de una sastrería vi a otra pareja de madre e hija, una ayudaba a una dama a decidirse sobre un vestido mientras que la otra estaba sentada a su máquina de coser, con la boca tan llena de alfileres que pensé que más valía que nadie le diera un susto, porque se podía tragar unos cuantos. En una pastelería se exhibían exquisiteces; pensé en llevarme algunas a casa (¡a casa!: qué palabra más extraña para referirme a Gaudlin Hall, como si aquél pudiera convertirse en un hogar para mí) a fin de conquistar a los hermanos. Más adelante, en la misma acera por la que iba, después de una fuente de la cual bebían unos niños, descubrí una pequeña placa de caoba junto a una puerta, con la siguiente inscripción: ALFRED RAISIN, ABOGADO, PARA CLIENTES EXIGENTES. Así que me alisé el abrigo, me encasqueté bien el sombrero y entré.

Un joven sentado a un escritorio alzó la cabeza del libro de contabilidad en que trabajaba cuando sonó la campanilla de la puerta. Tenía un aspecto bastante

extraño, con calvicie prematura, mejillas rosadas y regordetas y unas patillas que necesitaban un buen retoque. Bajo el ojo izquierdo tenía una mancha oscura de tinta, que sin duda él no habría advertido. Se quitó los anteojos, volvió a colocárselos en la nariz y dejó la pluma sobre el escritorio. Tenía las manos cubiertas de marcas negras y las mangas de la camisa serían todo un desafío para su esposa a la hora de la colada.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —inquirió.

—Eso espero. ¿Es usted el señor Raisin?

—Cratchett —contestó—. El escribiente personal del señor Raisin.

—¿Cratchett? —repetí, reprimiendo las ganas de reír.

—Sí, eso es, señorita —confirmó él—. ¿Acaso le divierte mi nombre?

—Le ruego me disculpe —me excusé—. Pensaba en otro escribiente con un nombre muy parecido al suyo. Cratchit, en la historia de fantasmas *Cuento de Navidad*. ¿La ha leído usted?

Me miró como si le hablara en chino.

—No dispongo de mucho tiempo para leer. Mis obligaciones como escribiente me mantienen demasiado ocupado. Quien tenga tiempo hará muy bien en leer, supongo. Pero yo no puedo.

—Bueno, al menos habrá oído hablar de esa historia...

—Pues no —repuso negando con la cabeza.

—¿Nunca ha oído hablar de *Cuento de Navidad*? —insistí asombrada, porque aquella novela corta había tenido un éxito popular tremendo—. Es de Charles Dickens.

—No, señorita, no conozco a ese caballero.

Me eché a reír, convencida de que me tomaba el pelo. Él enrojeció de ira. ¿No había oído hablar de Dickens? ¿Era posible? ¿Habría oído hablar de la reina Victoria? ¿Y del papa de Roma?

—Bueno, no importa —dije, un poco incómoda, porque su forma de mirarme evidenciaba que era terriblemente quisquilloso—. Me gustaría hablar con el señor Raisin. ¿Está disponible?

—¿Tiene usted una cita?

—Pues me temo que no. ¿Es necesario concertar una?

Cratchett consultó el reloj y frunció el ceño.

—Tiene una reunión con un cliente importante dentro de un rato. Puedo preguntarle si puede recibirla ahora, pero tendrá que ser rápida. ¿Su nombre, por favor?

—Eliza Caine.

Asintió y se encaminó a otra habitación. Yo permanecí allí de pie, mirando alrededor. No había donde sentarse y nada interesante que ver. Del escritorio de Cratchett cogí un ejemplar del *Times* de aquella mañana y eché un vistazo a los titulares. Había habido otro crimen en Clerkenwell, una jovencita esta vez. Y otro

en Wimbledon, una mujer de mediana edad a quien la policía ya conocía. También había desaparecido un niño pequeño en la estación de Paddington. El príncipe de Gales tenía previsto visitar Newcastle.

—¿Señorita Caine? —Cratchett estaba de vuelta.

Dejé caer el periódico como si acabaran de pillarme en falta. La mirada del escribiente se posó en el escritorio y pareció disgustado al ver que había husmeado entre sus cosas.

—Venga conmigo. El señor Raisin puede dedicarle cinco minutos.

Asentí con la cabeza.

—Con cinco minutos tendré más que suficiente —repuse, sin creérmelo ni por asomo.

Tenía preguntas suficientes como para quedarme cincuenta minutos, pero bastaría con cinco para empezar. Lo seguí hasta el despacho contiguo, mucho más lujoso que la antecámara, y tras hacerme pasar cerró la puerta. Junto a la ventana había un enorme escritorio de roble, lleno de documentos y muy ordenado. Un hombre se levantó y se me acercó tendiéndome la mano. Tenía algo menos de cuarenta años, iba pulcramente vestido y su rostro, aunque amable, traslucía cansancio. Y era bastante apuesto si una sentía predilección por los caballeros de cierta edad.

—Alfred Raisin —se presentó con una educada inclinación—. Tengo entendido que quiere usted verme, pero me temo que hoy no dispongo de mucho tiempo. No sé si Cratchett le ha dicho...

—Sí, sí, lo entiendo perfectamente —respondí, sentándome donde él me indicaba, ante su escritorio. El abogado volvió a ocupar su lugar—. He venido por si acaso. Esperaba que pudiera recibirme.

—Por supuesto, señorita...

—Caine. Eliza Caine.

—Habrá llegado hace poco a Gaudlin, ¿no? Creo que no la había visto antes...

—Así es. Llegué anoche en el tren de Londres a Norwich, y luego el señor Heckling me trajo hasta aquí en el carruaje.

—Heckling —repetió, un tanto sorprendido—. No se referirá a...

—Sí, el cochero de Gaudlin Hall —expliqué—. Soy la nueva institutriz.

Él se llevó las manos a la cara y se presionó unos instantes los ojos cerrados, como si estuviera completamente exhausto; luego se arrellanó en el asiento y me miró con curiosidad y sorpresa. Se levantó, consultó el reloj y negó con la cabeza.

—Es imposible —dijo—. Se me había olvidado que tengo una cita con... con el señor Hastings, de Bramble Lodge... No puedo hablar ahora con usted.

—Por favor. No le robaré mucho tiempo.

—Lo siento, señorita Caine, pero...

—¡Por favor! —insistí, alzando la voz.

Se hizo un silencio. Como seguía mirándome, aparté la vista y entonces reparé en un reloj bastante bonito, incrustado en un barco de madera, sobre la repisa de la chimenea. Estaba tallado con mucho detalle y no carecía de cierta belleza. Sentí deseos de acercarme a él, liberarlo de sus amarras y acariciar la madera trabajada.

—La nueva institutriz... —Por fin volvió a sentarse, suspirando—. Vaya. De modo que ya ha llegado.

—¿Sabía usted que venía, entonces? —pregunté, volviéndome hacia él.

—La señorita Bennet me comentó algo —respondió, pero me pareció que fingía—. Bueno, en realidad me dijo bastante. Estuvo aquí no hace ni tres días, sentada en el mismo asiento que usted ahora. Me comunicó que se marchaba. Yo intenté persuadirla de lo contrario.

De repente, sin saber por qué, me sentí incómoda. No me gustaba la idea de estar sentada en la silla de otra mujer. No tenía sentido, pues tampoco la mujer en cuestión había muerto allí, pero me revolví en el asiento, a disgusto, y deseé que nos trasladáramos a los sofás que había contra las paredes del despacho.

—Pues ya es más de lo que me dijo a mí —respondí—. Señor Raisin, he venido a verle porque estoy confusa. Entiendo que me ha contratado una familia como institutriz de sus hijos. Sin embargo, llegué anoche y descubrí que no estaban ni el señor ni la señora Westerley, que ninguno de ellos se encuentra siquiera en Gaudlin Hall y que la anterior institutriz abordó el tren del que yo me apeé para emprender el viaje de regreso. No sé qué está pasando.

El abogado asintió con un suspiro. Me sonrió e hizo un leve gesto, como encogiéndose de hombros.

—Ya me imagino que para usted esto resulta un poco desconcertante, señorita Caine.

—Pues se lo imagina usted correctamente, señor.

—Bien —dijo entonces, juntando las yemas de los dedos de las manos bajo la nariz—, y dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

Titubeé, sin saber por qué me formulaba una pregunta tan ridícula.

—Bueno —respondió con creciente irritación—, me informaron de que usted lleva los asuntos financieros relacionados con la propiedad.

—En efecto. Sí, así es. —Se incorporó de repente—. Ah, creo que ya lo entiendo. Está preocupada por su salario. No tiene que inquietarse por eso, señorita Caine. Puede recoger su estipendio semanalmente aquí, en este despacho, cada martes por la mañana. Cratchett lo tendrá preparado para usted. Las cuentas están en perfecto orden.

—No estaba pensando precisamente en mi salario —dije, aunque debo admitir que era una cuestión que también tenía presente. Después de todo, no disponía de muchos ahorros, sólo lo que había conseguido guardar de mi trabajo en St. Elizabeth y unos centenares de libras que me había legado mi padre en su

testamento, un capital que había decidido no tocar, para poder recurrir a los intereses. Si quería sobrevivir, necesitaba que me pagasen.

—En cuanto a los demás gastos domésticos —continuó—, no tiene usted que preocuparse por nada. El tendero de la localidad se encarga de la comida y de que se la envíen. Todas las facturas de las tiendas me las mandan directamente a mí, y se pagan enseguida. El salario de Heckling, de la señora... —Carraspeó y se corrigió al momento—: De cualquier salario que deba pagarse, nos ocupamos nosotros. Usted sólo debe preocuparse de lo obvio.

—¿Lo obvio? ¿Y qué es lo obvio?

—Bueno —repuso, sonriéndome como si fuera una perfecta idiota—, pues cuidar de los niños, por supuesto. ¿Quién iba a hacerlo sino la institutriz?

—¿Sus padres? —sugerí—. Supongo que no se me dejará sola con Isabella y Eustace indefinidamente. ¿Volverán pronto?

El señor Raisin apartó la vista y el semblante se ensombreció.

—¿Decía eso la señora Bennet en su anuncio? —quiso saber entonces.

—Pues no —admití—. Pero, como es natural, supuse...

—La verdad es que la señorita Bennet no tenía por qué haber puesto un anuncio sin consultarme antes. Cuando leí el *Morning Post* no daba crédito. Tuvimos una discusión al respecto, señorita Caine, no me importa decirselo. Cruzamos palabras fuertes. Pero ella estaba decidida a irse. Supongo que no puede culpársela, pero...

—¿Por qué? —interrumpí, inclinándome hacia delante—. ¿Por qué no puede culpársela?

—Bueno —repuso él, tratando de dar con una respuesta—. Pues... ella no encajó aquí, eso pasó. No era feliz. No era «de aquí» —añadió, haciendo énfasis en las últimas palabras.

—Pero, señor Raisin, yo tampoco soy «de aquí».

—No, pero tal vez se adapte mejor que la dama en cuestión. —Miró el reloj—. Dios mío, qué tarde... Siento tener que pedirle que se vaya, señorita Caine —añadió poniéndose en pie y haciendo que yo me incorporara a mi vez—. Como ya le he dicho, tengo otra cita.

—Claro —respondí, descorazonada por sus evasivas, mientras me acompañaba a la puerta—. Pero aún no ha respondido a mi pregunta sobre los padres de Eustace e Isabella. ¿Cuándo podré verlos?

Me miró a los ojos y arrugó la frente consternado. Hubo un largo silencio, pero estaba decidida a no romperlo yo. Tendría que hablar él, qué demonios.

—¿Ha venido a Gaudlin sola? —quiso saber, y enarqué una ceja, sorprendida ante aquel cambio de tema tan brusco.

—¿Perdone?

—Me preguntaba si tendría compañía, eso es todo. ¿Algún pariente quizá, un hermano mayor?

—No tengo hermanos, señor Raisin, ni amigos; mi madre murió cuando yo era pequeña y mi padre hace poco más de una semana. ¿Por qué lo pregunta?

—Mis condolencias —repuso tocándome ligeramente el brazo, un gesto de intimidad tan sincera que casi quedé sin aliento—. La pérdida de un ser querido es terrible.

Abrí la boca para contestar, pero no supe qué decir. Su mano seguía apoyada en mi codo, y para mi asombro, la ternura de aquel gesto me fue de gran consuelo. Miré su mano, él siguió mi mirada y de repente la retiró, carraspeó y se apartó un poco. Entonces, recobrándome, repetí mi pregunta sobre el paradero de los padres de los Westerley.

—Pues no lo sé —fue la respuesta que me dio—. Señorita Caine, a usted le gustan los niños, ¿verdad?

—¿Disculpe? —dije, asombrada por semejante interpelación—. Pues... claro que me gustan los niños. En Londres era maestra, daba clase a niñas pequeñas.

—¿Y los niños de los Westerley, le gustan? Sé que acaba de conocerlos, pero ¿le gustan?

Me quedé pensativa.

—Bueno, son un poco especiales. Pero muy listos. La niña es todo un personaje. El niño es encantador. Estoy segura de que acabaremos llevándonos muy bien.

—Entonces lo único que le pido es que los cuide, señorita Caine. Para eso la han contratado. Para cuidarlos y educarlos un poco, si fuera necesario. Al niño, al menos. En cuanto a lo demás... —Abrió los brazos, como para sugerir que no podía hacer nada.

Por un instante, no supe si esperaba que me arrojara en sus brazos. (Y por ridículo que parezca, la verdad es que se me pasó por la cabeza hacerlo.)

Suspiré. Aquella entrevista no había sido nada satisfactoria y no estaba más cerca de comprender mi situación que antes. Pero por lo visto no me quedaba más opción que irme.

Ya en la calle, me sentí muy defraudada, pero en el trayecto de vuelta a Gaudlin Hall empecé a relajarme y me dije que no importaba, pues me había presentado al señor Raisin y podía hacerle otra visita en el futuro, y otra más, de ser necesario, para conocer mejor mis responsabilidades. Concertaría una cita. Si me concedía una de media hora, por ejemplo, no podría despedirme al cabo de cinco minutos.

Alfred Raisin. Un nombre bonito.

El retorno a la casa fue más difícil que la ida al pueblo, lo que me sorprendió, ya que no había pendientes en ninguno de los dos sentidos; en su mayor parte, la carretera era plana, como casi todo el paisaje de Norfolk. Llegué ante los grandes portales que marcaban el límite de la propiedad, justo donde Heckling

había hecho una breve parada la noche anterior para que viera la mansión entre los árboles. Noté que empezaba a levantarse viento, a pesar de que la mañana todavía era soleada. Mientras me dirigía hacia la casa, fue arreciando y empujó a empujarme hacia atrás, hasta que no tuve más remedio que apearme y llevar el velocípedo a mano el resto del camino.

En el jardín, al tratar de abrir bien los ojos bajo el vendaval que soplabla en contra, advertí que la puerta principal se hallaba abierta de par en par. Me encaminé hacia ella, acosada por el viento, que parecía decidido a impedirme entrar en la casa. Pero cuando subía los tres peldaños de la entrada, la puerta se cerró de golpe. Solté un grito ahogado. ¿Habría alguien detrás, uno de los niños, quizá, que pretendía gastarme una broma? Eustace se había escondido tras la puerta la noche anterior... ¿Estaría otra vez allí haciendo el tonto?

Tanté en busca de la campanilla, pero mi brazo se veía vencido por el vendaval, que seguía arreciando. ¿Cómo era posible, si me encontraba tan cerca de la pared? Habría tenido que quedar resguardada del viento, no azotada por él. Intenté adelantar la mano, pero las ráfagas eran demasiado fuertes y furiosas. De repente me alzó del suelo, apartándome de la casa, y volvió a posarme, y entonces me hizo retroceder y tropezar en los escalones. Al tratar de evitar la caída, me tambaleé. El viento seguía empujándome, de modo que apenas podía permanecer en pie. Entonces volvió a levantarme del suelo, y esta vez caí cuan larga era. La rodilla derecha me impactó contra las piedras. Solté un grito tremendo, un alarido, que coincidió con el ruido de la puerta al abrirse. De pronto el viento, igual de rápido que se había desatado, amainó y remitió del todo.

—¡Eliza Caine! —exclamó Isabella, acercándose a mí seguida de su hermano—. Pero ¿qué hace ahí tirada en el suelo?

—Mira cuánta sangre —comentó Eustace en voz baja y solemne.

Me miré la pierna, que efectivamente sangraba en la rodilla, aunque sabía que no me había roto nada y que bastaría con lavar la herida y vendarla. Pero, aun así, estaba conmocionada, sobre todo al comprobar que ya no había ni un soplo de brisa, mucho menos el tornado que había tratado de apartarme de Gaudlin Hall, empujándome lejos del edificio.

—El viento... —dije mirando a los hermanos, que no tenían ni un solo pelo fuera de sitio—. ¡Vaya viento! ¿Lo habéis notado, niños? ¿No lo habéis oído?

En los días que siguieron, Gaudlin Hall pareció recobrar la calma y, para mi alivio, no hubo incidentes perturbadores. Seguía intranquila por lo poco que sabía de la familia Westerley y porque me hubiesen dejado sola con Isabella y Eustace tanto tiempo, pero decidí superar mi inquietud y dedicarme a entablar una relación con los niños. Fiel a su palabra, el señor Raisin tenía preparado mi salario en su despacho el martes siguiente. Me lo abonó el escribiente, Cratchett, quien parecía haberla tomado conmigo. Cuando le pedí otra cita para ver a su jefe, me informó de que el abogado estaba fuera de Norfolk por negocios y él no podía concertar ninguna cita sin su permiso. En el transcurso de dicha conversación, por la forma en que Cratchett miraba de vez en cuando hacia la puerta que tenía detrás, quedé convencida de que el señor Raisin no había abandonado el condado, sino que estaba sentado a su escritorio en el otro despacho pero no quería verme. Sufrí una gran decepción. Sin embargo, como no podía poner en duda lo que me decían sin parecer una grosera, me limité a anunciar que ya volvería, que no pensaba dejar las cosas como estaban, y me marché frustrada.

Tampoco hubo manera, a pesar de que hice varios intentos, de encontrarme con la escurridiza señora Livermore. Si me levantaba a las ocho, la veía con el abrigo y bolso en mano alejándose por la avenida de entrada; si me levantaba media hora antes, ella se marchaba media hora antes. Parecía empeñada en no hablar conmigo bajo ningún concepto, aunque sin duda sabía muy bien que yo era la nueva institutriz. En cierta ocasión en que miraba por la ventana de la cocina, la vi muy cerca, de modo que salí a la carrera. Sin embargo, al igual que en nuestro encuentro anterior, dobló una esquina y se desvaneció en el aire, a tal punto que creí haber imaginado su presencia. En momentos como aquél, empezaba a plantearme si el aire de Norfolk no estaría trastornándome.

Pese a tales preocupaciones, disfrutaba de la vida en Gaudlin Hall. Como es natural, seguía pensando a menudo en mi padre, y en algunas ocasiones, sobre todo de noche, sola en mi habitación, su recuerdo me hacía llorar, pero cada vez me resignaba más a haberlo perdido e iba aprendiendo a sobrellevar mi dolor. Los largos paseos por los jardines que rodeaban la mansión me eran de gran ayuda. Me consolaba saber que él había llevado una vida feliz e intelectualmente estimulante, que conoció dos clases de amor, el de su esposa y el de su hija. Cuando volvía, con los pulmones repletos de aire puro y las piernas cansadas por el ejercicio, me encontraba de mejor humor y veía con optimismo mi nueva vida.

No obstante el consuelo que me daba mi nuevo entorno, me disgustaba el aire mohoso de mi dormitorio y el hecho de no lograr abrir la ventana. Era alta, con un arco rematado en punta, como una ventana ojival pero más ancha; quedaba

separada tanto del suelo como del techo por apenas un metro, y dividida por el centro en dos hojas, que en teoría tendrían que abrirse para airear la estancia. Una tarde, al ver a Heckling caminando por el jardín con su perro, *Pepper*, correteando tras él, decidí abordarlo y comentárselo.

—Esa ventana no se abre —contestó, encogiéndose de hombros y mirándome con indiferencia, como si no pudiera creerme tan estúpida como para imaginar que podía abrirse.

—Claro que sí, señor Heckling. Hay dos tiradores para ello. Pero me resulta imposible moverlos. A lo mejor habría que engrasarlos un poco...

—El señor Westerley selló la ventana —me explicó mientras masticaba algo detestable y tan desagradablemente que tuve ganas de alejarme—. Echó brea caliente en la cerradura para que no pueda volver a abrirse jamás.

—¿Por qué iba a hacer una cosa tan extraña? —repuse, mirándolo sin saber si me tomaba el pelo.

—Decía que había demasiadas corrientes. Lo hizo con la mitad de las ventanas de la casa. Compruébelo usted misma si no me cree. Calentar esa casa cuesta mucho, ¿sabe? Y el dinero no es eterno. Quienes tienen suelen gastárselo, ¿sabe?

Suspiré. Me parecía ridículo y, sobre todo, frustrante, porque el aire de mi habitación cada vez estaba más viciado. No me gustaba la idea de dejar la puerta abierta: prefería preservar mi intimidad, y tampoco quería que mis pupilos creyeran tener acceso libre a mi cuarto. Era muy consciente de que a los niños les gusta husmear en las cosas de los demás; además, deseaba ventilar la habitación a diario. Últimamente no dormía muy bien, y me parecía que aquella atmósfera viciada tenía algo que ver.

—¿Le pagan su salario como es debido cada semana, señor Heckling? —quise saber, para indagar sobre asuntos más generales, pues cada vez que me veía acercarme, se volvía y echaba a andar en sentido opuesto.

En una ocasión incluso había montado en *Winnie* y se había alejado al galope; una conducta inverosímil. El hombre entornó los ojos, se mordió el labio, reflexionó y al cabo asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Acaso le preocupa?

—No, en absoluto —respondí, sonrojándome un poco pero mirándolo a los ojos. No permitiría que me intimidase—. Por supuesto, el señor Westerley deja esos asuntos en manos del señor Raisin, ¿verdad?

—Sí, eso tengo entendido.

—¿Cree usted que lo veremos pronto?

—¿Al señor Raisin? —Se encogió de hombros—. No hay ningún motivo especial para que aparezca por aquí. Si quiere usted verlo, debería...

—Al señor Westerley —corregí, aunque él sabía muy bien a quién me refería.

Por un instante creí que iba a sonreír, algo muy raro en él, pero por lo visto se lo pensó mejor. Miró a *Pepper*, que sentado sobre los cuartos traseros giraba la cabeza de uno al otro mientras conversábamos. Quizá el perro fuera más razonable que el hombre.

—No es muy probable —respondió al fin—. Tengo que irme, señorita. *Pepper* ha de seguir corriendo o se pondrá muy agresivo.

—Debe de estar muy ocupado, si ni siquiera vuelve para ver a sus hijos —observé—. Y en cuanto a la señora Westerley... bueno, no me imagino cómo puede hallarse lejos de ellos. Son dos tesoros.

Al soltar una risotada, que más bien sonó a ladrido, me salpicó en la cara. Asqueada, retrocedí y me limpié la saliva. Naturalmente, aquel bruto ni siquiera pensó en disculparse.

—Dos tesoros... —repetió negando incrédulo con la cabeza—. Bueno, supongo que es una forma de decirlo. —Rio de nuevo. Por lo visto, le había hecho gracia.

Lo observé alejarse avenida abajo. De vez en cuando cogía un palo y se lo arrojaba al perro para que corriese en su busca. Me prometí no apartar la mirada hasta que desapareciera de mi horizonte. Consciente quizá de que lo miraba, Heckling se detuvo a cierta distancia y se volvió; sus ojos se clavaron en los míos; nos miramos: dos empleados de la casa esperando a ver quién cedía primero. Estaba demasiado lejos para interpretar su expresión, pero cuando cogió otro palo más grande y con gesto agresivo lo mantuvo en la mano mientras el perro daba saltos de excitación, sentí un escalofrío y desvié la vista, maldiciéndome por haber sido incapaz de ganarle la partida.

Todos los días impartía clases a los niños en el aula de la casa, situada al fondo del pasillo del segundo piso, a la que se accedía por un pequeño tramo de escalera. Era muy luminosa y contaba con una vista magnífica de la finca, una pizarra en la pared, un escritorio enorme para mí con numerosos cajones y dos pupitres más pequeños para los niños, colocados uno junto al otro.

—¿A cuántas niñas enseñaba en su colegio de Londres? —me preguntó Isabella una mañana, sentada a su pupitre y vestida tan inmaculadamente como siempre, con los lápices colocados en una ordenada hilera ante sí.

—En mi clase había unas treinta.

—¿Y eran de mi edad, o de la de Eustace?

—Más bien de la de Eustace —observé, y eso hizo que el niño alzara la vista y sonriera. Tenía un rostro encantador; aunque normalmente su expresión era cauta y asustadiza, cuando sonreía su temor desaparecía y parecía distinto—. Un poco más pequeñas, en realidad. Las llamábamos las chiquitinas.

—¿Y le daban problemas? —quiso saber Isabella.

—¿Problemas?

—¿Tenía que castigarlas alguna vez?

—De vez en cuando. Pero muy poco. Debes entender, Isabella, que el colegio donde yo trabajaba no se asemejaba a los de las novelas. Las maestras no aprovechaban la menor oportunidad para azotar a las desafortunadas niñas a su cargo, o para obligarlas a deambular por el patio con una tablilla que rezara: «Cuidado, que muerde». Y tampoco había ningún señor Brocklehurst en nuestra escuela. No, tratábamos a nuestras pupilas con amabilidad, y a cambio ellas mostraban respeto e interés en sus tareas. Al menos la mayor parte de las veces.

—Me gustaría ir a un colegio con otras niñas —declaró Isabella, pensativa—. Pero mi padre decía que debíamos seguir nuestros estudios aquí.

—Las clases particulares son privilegio de las familias ricas —expliqué—. Sólo los niños más pobres han de educarse juntos. La verdad es que la mayoría de mis niñas tienen que dejar la escuela al cumplir los doce o trece años.

—¿Y qué les pasa entonces? —quiso saber Eustace—. ¿Se casan?

—¡Ay, no, madre mía! —exclamé, con una risita—. ¡Serían demasiado pequeñas! ¿Te imaginas a Isabella casada?

Eustace soltó un leve bufido y su hermana lo silenció con la mirada. La niña se volvió hacia mí con expresión hosca, y me percaté de que le había sentado muy mal mi comentario, hecho a la ligera.

—Eso ha sido muy grosero —murmuró—. ¿Acaso piensa que nadie me querría?

—¡Vamos, vamos, Isabella! —repuse para quitar hierro al asunto—, no pretendía sugerir eso, ni mucho menos. Sólo me refería a que sería insólito que

una niña de tu edad tuviese un pretendiente, ¿no crees? A su debido tiempo, por supuesto, habrá muchísimos jóvenes que se disputarán tu mano.

—¿Y qué pasa con usted, Eliza Caine? —replicó la niña. Se inclinó y cogió uno de sus lápices; apoyó la punta, muy afilada, contra el dorso de su mano izquierda y fue ejerciendo presión lentamente—. Usted no está casada, ¿verdad?

Titubeé, inquieta ante la idea de que pudiera hacerse daño.

—No, no lo estoy.

—Pero es bastante vieja. ¿Cuántos años tiene?

—¿Cuántos os parece? —repuse, deseando cambiar de tema.

—Sesenta y siete —terció Eustace.

—Tengo veintiún años, niño descarado —repliqué sonriendo.

—Veintiuno y no está casada... —comentó Isabella—. ¿No le preocupa quedarse para vestir santos?

—No dedico mucho tiempo a pensar en eso —mentí.

—¿Nunca? ¿Jamás?

—No. Tengo un trabajo, aquí, en Gaudlin Hall. Y estoy muy contenta con él.

—Pero ¿nos prefiere a nosotros a un marido?

—Bueno, eso no lo sé, la verdad —contesté con un deje de incertidumbre.

—¿No le gustaría tener hijos propios? ¿No es muy pesado estar siempre al cargo de los hijos de los demás?

—Claro que me gustaría tener hijos. Confío en que algún día los tendré.

—Pero si se casara no podría trabajar, ¿verdad? —continuó Isabella. Su tono era más apasionado a medida que intentaba convencerme con sus argumentos, al tiempo que el lápiz presionaba su piel cada vez con mayor fuerza, hasta que empezó a preocuparme seriamente que pudiera lastimarse.

—¿Por qué no?

—Bueno, ¿quién cuidaría entonces de sus hijos? No dejaría que los criara otra mujer, ¿verdad?

—¡Isabella! —susurró Eustace, propinándole un codazo con una mezcla de aprensión y horror ante aquellos comentarios, que a mí me parecían inofensivos.

—Supongo que no —admití—. Supongo que mi marido trabajaría y yo dedicaría mi tiempo a cuidar de mis hijos. El mundo funciona así. Pero, la verdad, Isabella, esto no son más que hipótesis y...

—Los niños son responsabilidad de la madre, ¿no es cierto? —prosiguió la niña—. Y ninguna mujer que no sea ella debería intentar ocupar el lugar materno.

—Supongo que así es, en efecto —admití, sin saber adónde quería llegar.

—Usted no lo permitiría, ¿no? Me refiero a si alguien le pidiera que se casara con él. Y si usted aceptara. Y si tuviera hijos. No permitiría que los criara otra mujer.

—No. Sería asunto mío.

—Entonces lo comprende. —La niña se reclinó en el asiento. Volvió a colocar el lápiz en la ranura que había en la tapa de su pupitre, al parecer satisfecha.

—¿Qué comprendo? —quise saber, pues no tenía ni idea de qué intentaba demostrar Isabella.

—Todo —concluyó ella con un hondo suspiro, y apartando la mirada se volvió y la fijó en la ventana.

Estuve observándola lo que se me antojó un largo rato. Parecía estar en las nubes. Su aturdimiento se me contagió de algún modo, de tal forma que sólo al oír hablar a Eustace conseguimos salir las dos de nuestro ensimismamiento.

—Señorita Caine —musitó el niño casi en susurros, y me volví en redondo.

—¿Sí? A trabajar, niños. No podemos pasarnos el día charlando, ¿verdad? Hoy deberíamos dar un repaso a los reyes y reinas de Inglaterra. Con ellos se aprende mucha historia. Estoy segura de que lo encontraréis fascinante.

—Ya sabemos algunas cosas de la realeza —observó Eustace—. Un rey estuvo aquí una vez, en Gaudlin Hall.

—¿Lo dices en serio? —pregunté riendo, pensando que estaba inventándoselo.

—Lo que dice es verdad —afirmó Isabella, volviéndose para mirarme, clavando en los míos sus ojos de un azul penetrante—. Mi padre nos lo contó. Pasó hace mucho, eso sí. Hace más de cien años. En 1737, para ser exactos. Cuando mi bisabuelo era el señor de Gaudlin.

—En 1737 —murmuré, rebuscando en mi memoria—. De modo que el rey tuvo que ser...

—Jorge II. Ya le he dicho que no se lo inventa. No me habría salido tan rápido si fuera mentira, ¿verdad?

—No, claro que no. Bueno, Eustace, no es que dudara de ti —añadí mirando al niño, que me dedicó una sonrisa radiante—. Es que me ha sorprendido, nada más. ¡El soberano aquí, en Gaudlin Hall! Qué emocionante hubo de ser para todo el mundo...

—Yo diría que sí —repuso Isabella—. Pero la reina, Carolina de Ansbach, enfermó tras pasear por el jardín. La sangraron y purgaron en la habitación que está junto a la suya, Eliza Caine, aunque fue en vano. El médico era un idiota, ¿sabe? No tenía ni idea de cómo tratarla, ése fue el problema. Los doctores de provincias suelen ser unos ignorantes. Es preferible dejar que la naturaleza siga su curso que confiar en un médico de Norfolk. Harían mejor en prodigar sus cuidados a los caballos del establo o al perro de Heckling.

La miré entre divertida y perpleja; era evidente que había oído muchas veces aquel discurso. Quizá las palabras en sí fueran de su propio padre, quien habría contado aquella historia a sus amigos, de sobremesa. Oír hablar con una sintaxis tan propia de un adulto a una niña me desconcertó, incluso me inquietó.

—Al final se la llevaron a Londres —prosiguió—. Pero se le desgarró el intestino y murió. El rey quedó desolado. La quería mucho, ¿sabe? Aunque vivió

casi un cuarto de siglo más, no tomó otra esposa. Lo cual le honra, ¿no le parece? Pero la emprendió con mi bisabuelo, por asociación. Nunca más lo invitó a la corte. Mi bisabuelo quedó tremendamente decepcionado, porque él prestaba todo su apoyo a la Corona. Nuestra familia lo ha hecho siempre desde la Restauración. Estuvimos en el bando equivocado durante la guerra de las Dos Rosas, pero de eso hace muchísimo. Y se nos perdonó, a su debido tiempo. De todas formas, una cosa así siempre deja huella ¿no cree? Una muerte en casa...

—Pero has dicho que la reina no murió aquí —puntalicé.

—No me refería a la reina —repuso con un ademán, desechando mi comentario, que al parecer encontraba sumamente estúpido—. Bueno, entonces, ¿estudiamos hoy a Jorge II, Eliza Caine, o tenía pensado retroceder más en el tiempo? ¿Hasta los Lancaster y los York, quizá, ya que he sacado el tema?

—Mucho más atrás —respondí mientras abría el libro por el capítulo que había señalado. Noté una leve corriente en el aula y deseé haber cogido el chal, pero no tenía ganas de recorrer la casa desierta para ir en su busca y pasar ante la habitación donde habían sangrado a Carolina de Ansbach, pobre mujer—. He pensado que podríamos empezar con la captura de Edmundo Tudor en los inicios de esa dinastía de reyes vencedores, aunque bastante sanguinarios.

Miré hacia la ventana y suspiré. Uno de los niños debía de haber escrito en el vaho mientras yo no miraba. Se trataba de algo tan vulgar que no quise prestarle la menor atención.

Los domingos, los niños y yo asistíamos al oficio religioso en la iglesia del pueblo. Durante aquellas primeras semanas, cada vez que avanzábamos por la nave central hacia el banco de la familia, en las primeras filas, tuve la sensación de ser un animal de zoológico. Todas las cabezas se volvían, con disimulo para que no fuera evidente que nos miraban, pero aun así sus ojos parecían clavarse en nosotros. Al principio pensé que los niños eran el blanco de las miradas, siempre tan elegantes, pero al poco empecé a sospechar que era a mí a quien escrutaban, lo que me producía una sensación extraña, pues no estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

En paz entre los muros de piedra de la iglesia, con el ánimo algo repuesto debido al coro, casi invisible en la galería que teníamos detrás, me descubrí esperando con ilusión las mañanas dominicales y el solaz que me ofrecía el oficio. Los sermones del reverendo Deacons siempre eran muy interesantes y, a diferencia de algunos que había oído en Londres, no parecía repetir sus palabras mecánicamente una y otra vez delante de cada congregación; pero, claro, aquel sacerdote era todavía un hombre joven, entusiasmado con su vocación. Cuando hablaba de amor y generosidad hacia nuestros congéneres, mis pensamientos volvían a menudo a mi padre, y a veces tenía que esforzarme por contener mis sentimientos. Me había adaptado bien a Norfolk, o eso creía, pero mi brusca partida de Londres tras su repentina muerte me había dejado emocionalmente en carne viva, y ahora que la situación se había estabilizado un poco, pensaba en él con mayor frecuencia cuando estaba sola o en la iglesia. Lo echaba muchísimo de menos, la verdad. Añoraba nuestras conversaciones, incluso sus libros de insectos, y lamentaba no haberme quedado uno, en lugar de haberlos dejado todos bajo la custodia del señor Heston y el Museo Británico. « Siempre cuidaré de ti —me había dicho mi padre cuando regresé de Cornualles—. Y estarás a salvo ». Ahora que él se había ido, ¿quién cuidaría de mí? ¿Quién me protegería? ¿Quién me mantendría a salvo si me topaba con problemas en el camino?

Después de una homilía especialmente conmovedora, sintiéndome al borde del llanto al recordar cuán felices habíamos sido juntos, les dije a los niños que deseaba quedarme unos minutos más y rezar a solas, en la intimidad, y que nos encontraríamos luego en la fuente del pueblo, de donde partía el camino a Gaudlin Hall. El resto de la congregación salió como de costumbre mientras yo me postraba, con la cabeza entre las manos, y rogaba a Dios por el reposo del alma de mi padre, a quien pedí que siguiera velando por mí y protegiéndome. Cuando alcé la cabeza me percaté de que había estado llorando y, para mi bochorno, el reverendo Deacons, que estaba recogiendo el altar, me miraba. Volví a sentarme en el banco e intenté sonreírle cuando se acercó.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber.

—Sí, gracias —contesté, sonrojándome un poco—. Tendrá que disculparme, no pretendía llamar la atención.

Él negó con la cabeza, se aproximó más, tomó asiento en un banco de la fila de delante y se volvió hacia mí. Me agradó su amable rostro.

—No hay nada que perdonar —dijo, encogiéndose de hombros—. Es usted la señorita Caine, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿La nueva institutriz de Gaudlin Hall? —Cuando volví a asentir, movió un poco la cabeza con una leve expresión preocupada—. Creo que le debo una disculpa, señorita Caine.

Arqueé una ceja, desconcertada.

—¿Por qué motivo? —pregunté.

—Ya lleva por aquí un par de semanas como mínimo. La he visto en el pueblo, en la iglesia, pero no he sido capaz de acercarme a usted. De presentarme, por decirlo así. Espero que no me lo tenga en cuenta.

—En absoluto —repose; la verdad era que ni se me había pasado por la cabeza que tuviera que acercarse a saludarme. ¿Quién era yo, mas que una empleada? Una institutriz. No era la señora de Gaudlin Hall, aunque fuese la única mujer adulta que residía allí—. Supongo que está usted muy ocupado.

—Sí, sí, lo estoy —se apresuró a contestar—. Pero eso no es excusa. Tendría que haber encontrado el tiempo para verla. Me decía que debía hablar con usted, pero... —Se estremeció ligeramente, como ante un mal presentimiento, como si algo de aquel lugar lo perturbara—. En fin, en cualquier caso, lo siento —concluyó, negando con la cabeza para sacudirse cualquier pensamiento que hubiese podido albergar—. ¿Qué tal le va?

—Bastante bien. Los niños son encantadores.

—Son niños muy especiales —replicó el reverendo, pensativo—. Tienen buen corazón, por supuesto, pero han sufrido mucho. Isabella es una niña extraordinariamente inteligente. Supongo que algún día se convertirá en la esposa de un hombre brillante. Eustace también promete.

Fruncí el entrecejo.

—¿Que han sufrido? —pregunté—. ¿Qué quiere decir?

—Todos sufrimos —respondió vacilante—, ¿no le parece, señorita Caine? La vida es puro sufrimiento. Hasta que llegue el Día del Juicio Final, cuando los puros de corazón y quienes hay an obrado bien recobrarán la paz y la calma.

Lo miré perpleja. No conocía bien al reverendo Deacons, desde luego, pero tuve la sensación de que aquella afirmación era un subterfugio poco digno de él.

—Pero ha dicho que habían sufrido —insistí—. Me ha parecido que se refería a que habían sufrido por algo concreto. ¿Puedo preguntarle qué ha querido decir?

—Han visto cosas muy turbadoras en su vida —repuso bajando la vista y fijándola en su libro de salmos, que, según advertí, llevaba grabadas las letras A.

D.— No sé si sabrá que en los últimos doce meses usted es... debe de ser... la sexta institutriz de Gaudlin Hall.

Lo miré muy sorprendida.

—¿La sexta? Debe de estar usted equivocado, sólo soy la segunda. La señorita Bennet fue la institutriz anterior. Y llevaría ya algún tiempo...

—Ah, no, de eso nada —repuso el reverendo—. No, la señorita Bennet sólo estuvo aquí un mes. O menos.

—¿Un mes? —repetí—. Pero no lo entiendo... ¿Por qué se fue tan pronto? Y si está usted en lo cierto, ¿qué fue de las otras cuatro? No pudieron pasar mucho tiempo aquí, si soy la sexta en doce meses.

El párroco parecía incómodo, como si lamentase haber iniciado la conversación. Daba la impresión de estar deseando volver a su vicaría, donde lo aguardaban los placeres de la comida dominical y un paseo vespertino con su cachorro.

—El señor Raisin —dijo de repente—. Él es quien debería comentar estos asuntos con usted. Al fin y al cabo, la finca está bajo su responsabilidad.

¡El señor Raisin! ¡Otra vez aquel hombre! Para mi asombro, me sonrojé al oír su nombre. Quizá en aquellos últimos días había pensado de vez en cuando en él.

—He intentado verlo —repose, irritada ante mi propia estupidez, con tono de disgusto—. Varias veces, de hecho. Pero es muy difícil. Su escribiente, el señor Cratchett, lleva su agenda con mano de hierro. He llegado a pensar que sería más fácil conseguir acceso al Reino de los Cielos que al despacho privado del señor abogado.

El reverendo Deacons alzó una ceja. Yo aparté la vista, pensando que tal vez mi comentario fuese sacrílego.

—Lo siento —añadí—. Es que resulta descorazonador. No obtengo respuestas en ninguna parte. A veces me siento muy sola.

—Debería ser más insistente —aconsejó él con amabilidad—. No deje que Cratchett le diga lo que puede o no hacer, a quién puede o no ver. Tiene usted todo el derecho a saber —añadió con súbita vehemencia, lo que me produjo un escalofrío—. Una mujer en su situación, y que además es poco más que una niña... ¡Tiene usted todo el derecho a saber!

En mi mente se agolparon las preguntas, pero titubeé, intentando elegir la adecuada. Si presionaba demasiado al reverendo, éste se cerraría del todo y repetiría que debía hablar con el abogado. Sin embargo, intuía que podía contarme ciertas cosas si lograba plantearse las de la forma correcta.

—Dice usted que soy la sexta institutriz en un año —empecé en voz baja y tono normal—. Entonces, ¿los padres de los niños llevan ausentes todo este tiempo?

—Sí. Más de un año, en realidad.

Fruncí el ceño. ¿Qué clase de padres abandonan a sus hijos durante tanto tiempo? Sí, claro, eran gente adinerada y viajar resultaba más fácil últimamente. Uno podía embarcarse en Southampton rumbo a Francia y estar en Roma en cuestión de semanas, si no se entretenía por el camino. Y así vivían las clases pudientes, ¿no es así? O eso creía, por mis lecturas. Recorrían Europa. Alquilaban villas en Italia y casas en Mesopotamia. Hacían cruceros por el Nilo y pasaban las veladas bebiendo cócteles en el Bósforo. No eran como yo, condenada a pasarme la vida en un solo lugar, sin posibilidad de cambio. Pero ¿abandonar a sus hijos a tan tierna edad? Eustace habría cumplido los ocho y ellos estaban ausentes. Era vergonzoso. Que se considerasen una clase superior, preocupándose tan poco de sus niños, se me antojaba una farsa cruel. Las tarántulas se comen a sus propias crías.

—¿Y las otras cuatro institutrices? —continué—. ¿Hicieron lo mismo que la señorita Bennet? ¿Trabajaron por un breve período y luego pusieron un anuncio para que las sustituyeran? ¿Esperan acaso los caballeros del *Morning Post* que publique un anuncio a mi vez dentro de unos días?

El reverendo pareció turbado.

—Sólo la señorita Bennet puso un anuncio. El señor Raisin puso los demás.

—Bueno, algo es algo. Pero las otras cuatro... ¿qué motivos tuvieron para irse? ¿Acaso no les gustaba la casa? ¿Cómo es posible, si es tan bonita? ¿Es que no les gustaban los niños? No puedo creerlo, cuando son tan... —No se me ocurría el adjetivo adecuado; adorables era de todo punto erróneo; ¿cariñosos?, ciertamente no; ¿alegres?, tampoco; al final opté por el mismo que él había usado—. Inteligentes... E interesantes.

—No tuvo que ver con la casa ni con los niños —respondió tan deprisa que se trabó con las palabras.

Comprendí que se hallaba sometido a una tremenda presión, pero yo no tenía intención de cejar.

—Y dígame, ¿qué fue, entonces? ¿Por qué se marcharon?

—¡No se marcharon! —contestó casi con un grito que resonó en la nave, reverberando por doquier—. Murieron.

Lo miré. Me alegré de estar sentada, porque me había mareado.

—¿Que murieron? —repetí finalmente con un hilo de voz—. ¿Todas? ¿Cómo?

—No, todas no —especificó apartando la vista—. La primera, la señorita Tomlin, sí. Murió en terribles circunstancias. Y las otras tres, la señorita Golding, la señorita Williams y la señorita Harkness también fallecieron. Pero la señorita Bennet, su predecesora, sobrevivió. Hubo un incidente espantoso, desde luego, que precipitó su partida, pero sobrevivió.

—¿Qué incidente? —quise saber, inclinándome hacia el párroco—. Por favor, ignoraba todo esto. Le ruego que me lo cuente.

—Ya he hablado demasiado —repuso levantándose y negando con la cabeza

— Hay ciertas cosas que... son confidenciales, señorita Caine. ¿Lo entiende? Le he pedido que hable con el señor Raisin de estas cuestiones; le ruego que lo haga. Si tiene preguntas, hágaselas a él. Si tiene preocupaciones, pídale a él que las alivie. Si tiene tribulaciones espirituales, entonces sí, acuda a mí, pero no con nada relacionado con los últimos doce meses en Gaudlin Hall. He enterrado a demasiadas de sus predecesoras y no tengo ningún deseo de enterrar a otra. Y ahora, discúlpeme; me he comportado mal, me temo que la he dejado con más interrogantes que respuestas, pero debo irme.

Asentí. Estaba claro que no iba a contarme nada más, de modo que me levanté, le estreché la mano y recorrí el pasillo central hacia la entrada del templo. Era un día bonito y soleado. Miré atrás y vi que el reverendo cambiaba de banco y se sentaba pesadamente, con la cara entre las manos. Lo observé unos instantes y salí.

En la calle, busqué a los niños pero no los vi. Sin embargo, sí vi al doctor Toxley y su esposa, la pareja que me había rescatado mi primer día en Norfolk, cuando casi me había precipitado bajo un tren.

—¡Señorita Caine! —saludó animadamente ella en cuanto me vio—. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias. Me alegro de verla. Estaba pensando en si le gustaría venir a tomar el té una tarde de esta semana. ¿El miércoles quizá?

No había pensado en nada semejante, desde luego. Se me acababa de ocurrir. Pero no tenía ninguna amiga en el mundo. Y la señora Toxley sólo era unos años mayor que yo. ¿Por qué no invitarla a un té? Sí, yo era una simple institutriz y ella la esposa de un médico, pero ¿qué importaba? Su sonrisa se desvaneció un poco, y noté que su marido parecía de pronto muy incómodo.

—Bueno, sí, claro —respondió ella con un ligero estremecimiento, quizá sorprendida por mi ridícula espontaneidad—. Pero ¿qué le parece si nos encontramos en el salón de té de la señora Sutcliffe, aquí en el pueblo? ¿No sería más conveniente para usted?

—Me encantaría que viniera a Gaudlin Hall.

—La señora Sutcliffe prepara unas tartas de crema excelentes. Creo que le gustaría...

—Por favor —insistí, tendiendo una mano y posándola en su brazo, un gesto impropio de mí, pues no soy una persona dada a tocar a nadie—. Por favor, venga a Gaudlin Hall. ¿Qué le parece el miércoles a las tres?

Ella miró a su marido, a quien se lo veía muy preocupado, pero luego pareció decidir por sí misma, pues asintió, aunque sin pronunciar palabra, y sonrió.

—Gracias —dije—. Nos veremos entonces. Por favor, no quiero que piense que soy una maleducada, pero acabo de ver al señor Cratchett saliendo de la taberna y necesito hablar un momento con él.

Los Toxley me observaron de hito en hito cuando me alejé de manera casi

tan precipitada como los había abordado y me dirigí hacia el escribiente, quien al verme pareció sorprendido, se dio la vuelta y echó a andar en sentido contrario.

—¡Señor Cratchett! —llamé, pero no me hizo caso, de modo que insistí—: ¡Señor Cratchett, por favor!

No tuvo otro remedio que volverse, al igual que otros lugareños que pasaban y que me miraron como si fuera una indeseable.

—Ah, señorita Caine... —dijo—. Encantado de verla.

—No nos andemos con juegucitos, señor Cratchett. Quería comunicarle que iré a ver al señor Raisin el martes por la mañana a las once. Necesitaré disponer de una hora entera con él, y preferiría que no nos molestaran en ese tiempo. Espero que esté libre a las once, pero han de saber los dos que, si no lo estuviera, estoy dispuesta a sentarme en su despacho hasta que se halle disponible. Me llevaré un libro para pasar el rato. O dos, si hiciera falta. Podría llevarme hasta las obras completas de Shakespeare, si insiste en hacerme aguardar interminablemente. Pero no me iré hasta que lo haya visto, ¿ha quedado claro? Pues bien, le deseo un feliz domingo, señor Cratchett. Disfrute del almuerzo. El aliento le huele a whisky.

Y acto seguido me volví en redondo y me alejé, dejándolo perplejo ante mi audacia, pero muy satisfecha por haber conseguido soltar aquel discurso improvisado sin trabarme ni una vez. El martes a las once. La cita ya estaba acordada y las respuestas las obtendría, costara lo que costase. Miré al frente, casi riéndome de mi aplomo, y me alegró ver a Isabella y a Eustace jugando con un palo y una pelota junto a la fuente, como les había indicado.

—Vamos, niños —dije cuando los alcancé. Me sentía como nueva—. No nos entretengamos. El almuerzo no se preparará solo, ¿sabéis?

Esa presencia de ánimo me duró todo el almuerzo y hasta bien entrada la tarde, momento en el cual la extraña mezcla de emociones que había experimentado aquella mañana (dolor, confusión, frustración y euforia) parecía trocarse en cierta melancolía. Salí a pasear por la campiña, algo turbada por todo aquello de lo que me había enterado —o, más bien, me había dejado de enterar— desde esa mañana. ¡La sexta institutriz en un año! No daba crédito. Las cuatro primeras muertas y la quinta que había atravesado presurosa la estación de Thorpe, con tal precipitación que casi me había derribado con las prisas por irse. ¿Qué les habría ocurrido? ¿Qué las habría llevado a un final tan terrible?

Al volver a la casa y alzar la vista hacia la ventana de mi habitación, en la tercera planta, experimenté una clara intranquilidad; me abracé y me froté los brazos para darme algo de calor. No sabía si las institutrices anteriores se habían alojado en esa misma habitación. Dado que había diez o doce en la casa, era muy posible que no... Pero sentí un escalofrío al suponer que a todas nos hubiera correspondido la misma. Ya había pensando antes que mi habitación contaba con demasiadas comodidades, que no era como las que solían ofrecer a una empleada, o eso suponía. Era muy amplia y con unas vistas maravillosas a los jardines. De no haber sido por las ventanas selladas, habría sido casi perfecta. Miré hacia la ventana y suspiré. Quizá los niños me habían reservado una habitación nueva, que no llevara asociados malos recuerdos.

Justo en ese momento me sobresalté al divisar tras las cortinas una figura que miraba hacia mí. No logré distinguir quién era, pues entre el cristal y la persona en cuestión se interponía el encaje blanco. Disgustada, deduje que se trataba de Isabella. (Eustace no me parecía un niño interesado en husmear entre las pertenencias de otra persona.) Precisamente por eso no quería dejar abierta mi habitación. Deseaba preservar intacta aquella pequeña parcela de intimidad. Advertí que la figura se movía y se apartaba de la ventana. Un instante después, entré por la puerta principal de la casa, dispuesta a mostrarme firme con la niña, y, para mi asombro, la vi en el salón que se hallaba a mi izquierda, sentada en el sofá con las piernas estiradas y absorta en la lectura de uno de sus libros de cuentos. Menuda sorpresa, como poco. Incluso me sentí algo decepcionada. ¡Así que era Eustace! Quizá había juzgado mal su carácter. No me gustaba la idea de reñirlo, porque lo consideraba un niño bueno, pero no podía pasarlo por alto; tendría que reprenderlo. Cuando me dirigía hacia la escalera directa a mi habitación, Eustace apareció a la izquierda de su hermana, donde antes me había quedado oculto, seguido de *Pepper*, que mirando al techo gruñía sordamente, con una pata trasera rascando el suelo, como a punto de atacar.

Sin miedo alguno, subí la escalera hasta el rellano, giré a la izquierda, acometí el largo tramo hasta el segundo piso y recorrí el pasillo hasta mi habitación.

Entonces abrí de par en par y miré alrededor, dispuesta a enfrentarme al intruso.

Atónita, constaté que allí no había nadie. Confundida, eché un segundo vistazo. Había transcurrido menos de un minuto desde que había divisado la figura tras las cortinas; nadie podía haber salido de la habitación y bajado la escalera sin cruzarse conmigo. Abrí el armario, miré bajo la cama, pero la habitación estaba vacía. Me entraron ganas de reír. ¿Acaso eran imaginaciones mías? ¿Habrían alterado mi mente y desatado mi imaginación los acontecimientos de la jornada? Suspiré. Era la única explicación posible. Sin embargo, ¿estaba tan segura de haberla visto!

Fui a la ventana, descorrí las cortinas y apoyé ambas manos contra el enorme cristal, adoptando la misma postura en que había imaginado a la figura. Exhausta, cerré los ojos y relajé el cuerpo contra el cristal. Lo que ocurrió a continuación no duró más de diez segundos, a lo sumo quince, pero aún lo recuerdo como si estuviera viviéndolo, y juro que me pareció una hora entera.

La ventana inutilizada, la que tenía la cerradura sellada con brea, se abrió de repente de par en par, ambas hojas se separaron y se desplazaron hacia fuera, y una bocanada de aire penetró en la habitación al tiempo que dos manos (¡las noté, noté las dos manos!) me empujaban con fuerza por la espalda, levantándome del suelo con la misma violencia que aquel terrible viento la tarde que volví a Gaudlin Hall. Me empujaron con tanta decisión como la fuerza invisible que había intentado arrojarme bajo las ruedas del tren a mi llegada a Thorpe. Mi cuerpo se precipitó por el hueco de la ventana. Pero en el preciso instante en que eso ocurría, mientras miraba con ojos desorbitados la caída de quince metros hasta el suelo que sin duda me mataría, otras dos manos, otro par invisible, más grandes y más fuertes, me empujaron a su vez por delante, arremetiendo contra mi estómago como si me propinaran un puñetazo que me dejó sin resuello, obligándome a retroceder de nuevo hacia el dormitorio. El viento rugía y yo jadeaba. Aquellos pocos segundos me conmocionaron tanto que no comprendía qué sucedía, ni siquiera era capaz de sentir miedo. Entonces, las manos que me habían empujado por atrás volvieron a hacerlo, y de nuevo salí por la ventana y el suelo desapareció bajo mis pies, vi la tierra allá abajo, el sitio donde iba a morir, donde mi cuerpo quedaría aplastado. Y una vez más, antes de caer, aquellas segundas manos volvieron a empujarme hacia atrás, esta vez más fuerte, con tanta fuerza que nunca había sentido un dolor semejante. Caí de espaldas sobre el suelo de la habitación. Retrocedí como pude hasta la pared, y me di un golpe en la espalda que me hizo chillar. En ese instante la ventana se cerró, el viento amainó y allí me quedé, aterrorizada y sollozando, con el cuerpo estremecido de dolor, sin saber muy bien qué había pasado.

Debí de permanecer allí al menos media hora, incapaz de moverme, temiendo incorporarme por lo que pudiera ocurrir. No obstante, por fin intuí que la calma había vuelto y poco a poco, con sumo cuidado, me puse en pie. Me

desabroché el vestido y me miré el vientre. Tenía una magulladura tremenda, roja, grande y sensible al tacto, que seguramente cambiaría de color en los días siguientes. De haber podido verme la espalda, sin duda habría descubierto marcas similares. Decidida a combatir el miedo, me aproximé a la ventana y, muy despacio, alargué las manos hacia los tiradores, temiendo tocarlos, pero a la vez extrañamente segura de que mi suplicio había llegado a su fin. Intenté accionarlos, pero no cedían. Seguían tan sellados como antes, como si nunca se hubiesen abierto.

Me desplomé boca arriba en la cama y sentí que me subía a la garganta un espantoso alarido de terror, así que me tapé la boca para contenerlo. ¿Qué había pasado en aquellos quince segundos? ¿Cómo podía haber ocurrido nada semejante? No eran imaginaciones mías, pues las contusiones eran reales. En aquella casa había una presencia, una presencia maligna. Una posibilidad que antes había desechado como pura fantasía se volvía realidad de pronto, convenciéndome de su veracidad. Pero había algo más, algo que antes ni siquiera había sido capaz de imaginar.

No se trataba de una sola, sino de dos.

Si el señor Cratchett estaba desesperado por librarse de mí el domingo por la tarde, parecía resignado a mi presencia cuando aparecí en la oficina del señor Raisin el martes, poco antes de las once. Había ido andando al pueblo desde Gaudlin Hall, un trayecto de casi una hora, pero que se me antojó infinitamente preferible a montarme en el velocípedo. Las magulladuras en el pecho y la espalda se habían intensificado y vuelto multicolores, eran muy desagradables de aspecto y angustiosamente sensibles al tacto. De modo que pensé que caminar un poco quizá aliviase la carga de mis lesiones. Además, me apetecía pasear, porque tenía la moral muy baja y quizá el aire libre me resultaría estimulante.

Naturalmente, el domingo por la noche, después de aquel terrorífico incidente, había dormido muy mal. Al no querer contar a los niños lo ocurrido, me hallé en la deplorable situación de no tener a quién confiárselo. Ningún amigo, ni pariente, ni confidente de ningún tipo podía acudir en mi ayuda. Cuánto añoré entonces haber tenido un hermano mayor, alguien que hiciera suyas mis tribulaciones; o que mi hermanita pequeña, Mary, hubiese sobrevivido y fuera ahora mi compañera. Pero no tenía a nadie. Estaba sola.

Pensé en dejar esa habitación e instalarme en uno de los muchos dormitorios vacíos del segundo o el tercer piso de la mansión. Sin embargo, me dije que aquel espíritu que tanta animosidad sentía hacia mí no se arredraría ante un cambio tan sencillo. Después de todo, había intentado evitar que entrase en la casa, cuando me había obligado a bajarme del velocípedo, y ahora trataba de echarme usando medios más expeditivos. Pensé en escribir a mi anterior patrona, la señora Farnsworth, para pedirle consejo, pero no me decidí, pues sabía que confiar por escrito cosas semejantes me haría pasar por una chiflada. Me contestaría que estaba imaginando cosas, quizá hasta contase confidencialmente a las demás profesoras de St. Elizabeth que me había refugiado en la bebida para aliviar mi pena. Pero aunque otros pudieran dudar de mí, yo no podía hacerlo, pues los hematomas de mi cuerpo eran prueba suficiente de la agresión sufrida. Aquellas heridas no eran autoinfligidas, tampoco inventadas, meras fantasías de una mente perturbada.

Así que decidí quedarme en la habitación. Por supuesto, estaba muy asustada. Mi vida, como la de las anteriores institutrices, corría peligro, y al llegar la madrugada, cuando el temor y la ansiedad amenazaban con vencerme, estuve tentada de hacer la maleta, coger el carruaje de Heckling y volver a la estación de Thorpe, para subir al primer tren a Londres, Cardiff o Edimburgo, no importaba dónde. Pero una razón me impidió llevar a cabo aquel plan tan drástico; bueno, más bien dos razones: Isabella y Eustace. No podía dejarlos solos con aquella presencia en la casa. Si me había herido a mí, una mujer adulta, ¿qué no sería capaz de hacer a dos niños indefensos? No, no me sentía valiente, pero

tenía el sentido común suficiente para saber que no podía abandonar Norfolk con el peso de su sufrimiento en la conciencia. Hasta la señorita Bennet había sentido esa responsabilidad. Esa mañana había tomado la decisión de superar aquella experiencia, entenderla y, si era necesario, vencerla.

—Señorita Caine —me saludó el señor Cratchett cuando entré, dirigiéndome una sonrisa obsequiosa—. Encantado de verla.

Debía de haberse afeitado precipitadamente aquella mañana, pues tenía dos costras de sangre seca en la cara, una sobre el labio superior, la otra bajo la barbilla. ¡Qué imagen tan poco edificante!

—Buenos días, señor Cratchett —contesté devolviéndole la sonrisa.

No sentía la misma férrea determinación que cuando lo había abordado al salir de la iglesia; una vez más, me abrumaba el hecho de que ellos fueran dos hombres de mundo, hombres de negocios y propiedades, y yo sólo una institutriz que dependía de su trabajo para mantenerse.

—Confío en no haberle parecido demasiado atrevida el domingo —añadí, deseosa de hacer las paces—. Pero concertar una cita con el señor Raisin estaba resultándome muy difícil.

—Ah, no se preocupe, estimada señorita —repuso él haciendo ridículos aspavientos—. No hace falta que se disculpe, se lo aseguro.

—Es usted muy amable —respondí, a punto de señalar que no le había pedido disculpas, que sólo le daba una explicación, pero me contuve.

—Señorita Caine, la señora Cratchett y yo llevamos casados unos tres años. Si existe una situación con que esté familiarizado ahora mismo, es la tendencia del bello sexo a padecer de los nervios. —Y me dedicó una educada reverencia.

Tuve ganas de coger el enorme pisapapeles que había sobre su escritorio, con la forma de Irlanda, no sé por qué, y aplastárselo en la cabeza. ¿Me condenaría algún jurado del país?

—Ya —dije, apartando la vista e intentando controlar mi irritación—. Pero confío en que el señor Raisin haya encontrado un hueco en su agenda para recibirme.

—No sin ciertas dificultades —respondió el escribiente, decidido a hacerme saber que seguía al mando—. Pero, por suerte, logré llevar a cabo algunos... ¿cómo definirlo?... ajustes en el tablero, eso es. Moví una cita de aquí para allá, una de esta tarde a otro día de la semana... —Agitaba las manos en el aire, como si de verdad estuviese moviendo algo—. En resumen, lo que había que hacer se ha hecho. Y me complace decirle que el señor Raisin ha conseguido un hueco para dedicárselo a usted.

—Gracias —respondí aliviada—. ¿Puedo...? —Señalé hacia el otro despacho, por si podía entrar sin más, pero él negó con la cabeza y me acompañó hasta una butaca que acababan de colocar allí.

—Saldrá enseguida —aseguró—. Por favor, tome asiento hasta que la reciba. Me temo que aquí no tengo lecturas aptas para señoras. El único periódico que nos llega a diario es el *Times*. Seguro que lo encuentra usted muy aburrido. Todo es política, delincuencia y cuestiones relacionadas con la economía.

—Bueno, le echaré un vistazo, a ver si encuentro alguna información sobre los sombreros de moda —ironicé sonriendo—. O alguna receta interesante o el patrón de una labor de punto.

Suspirando, el escribiente cogió el periódico, me lo tendió y se sentó otra vez a su escritorio, se encajó los quevedos y retomó sus transcripciones. Un momento después se abrió una puerta tras él y, sin que el ocupante saliera a la oficina exterior, una voz pronunció el nombre del señor Cratchett, el cual a su vez me dijo que podía pasar.

—Señorita Caine —me saludó el señor Raisin cuando entré.

Estaba sentado a su escritorio en mangas de camisa, con corbata y chaleco, encendiendo una pipa; parecía tener dificultades para prender la bola de tabaco en la cazoleta. Al poco, la cerilla se apagó; encendió otra y dio chupadas a la boquilla hasta que por fin lo consiguió.

—El tabaco se ha secado —explicó, señalando el sofá que había contra la pared, al que me dirigí para tomar asiento, mientras él se ponía la chaqueta que tenía colgada en un perchero y se sentaba en una butaca frente a mí.

Para mi sorpresa, volví a sentirme sumamente cómoda en su presencia.

—Es culpa mía, claro está —prosiguió—. Anoche me lo dejé en el salón y me olvidé de poner la tapa. Siempre que me pasa, tengo este problema.

—Mi padre era un gran fumador de pipa —le confíé, aunque el aroma de la pipa del señor Raisin no se parecía al de mi padre, cosa que agradecí, pues los recuerdos que habría desencadenado aquel aroma sin duda me habrían abrumado.

—Es muy relajante —dijo sonriendo—. Sir Walter Raleigh era un hombre excepcional.

Lo miré fijamente, confusa, pero entonces recordé que se trataba del explorador que había traído la planta de tabaco del Nuevo Mundo.

—¿Sabía usted —continuó el abogado, quitándose la pipa de la boca y señalándome con la boquilla— que, tras su ejecución, la viuda de sir Walter llevaba consigo su cabeza a todas partes, metida en una bolsa de terciopelo?

—Pues no, no lo sabía —admití, sorprendida.

—¿No le parece algo extraordinario?

—Debía de quererlo mucho —comenté, encogiéndome de hombros.

Mi comentario le arrancó una carcajada.

—Yo quiero mucho a mi mujer, señorita Caine. Muchísimo. Pero le aseguro que si le cortaran la cabeza en Old Palace Yard por traidora, la enterraría con el resto de su cuerpo, no la llevaría conmigo por ahí. Es muy macabro, ¿no cree?

Sería llevar el duelo a extremos grotescos.

—El duelo puede provocar extrañas reacciones en una persona —musité, y acaricié la suave madera de la mesa que nos separaba. No sé por qué, sus comentarios me habían revuelto ligeramente el estómago. Tuve ganas de salir huyendo de aquel despacho y poner la mayor distancia posible entre ambos, pese a las numerosas preguntas que quería formularle—. No se nos puede reprochar lo que hagamos en circunstancias semejantes.

—Mmm... —El abogado pareció pensativo, no del todo convencido—. ¿Qué tabaco fumaba su padre? ¿Era un hombre de Old Familiar, como yo?

—Johnson's Original —repuse, consciente de que el tema estaba afectándome—. ¿Lo conoce?

—Sí. No es mi mezcla preferida. Me gusta el tabaco más dulce.

—La pipa de mi padre siempre me evocaba el olor de la canela y las castañas. Una combinación extraña, lo sé, pero todas las noches, cuando la encendía, leyendo junto al hogar, el aroma a canela y castañas impregnaba la habitación. Me reconfortaba mucho.

El señor Raisin asintió.

—¿Murió de forma inesperada?

—Fue una enfermedad bastante repentina —respondí, apartando la vista y mirando la alfombra—. Por exponerse al frío y la lluvia.

—¿Era un hombre muy anciano?

—No especialmente. Pero tenía problemas de salud. Me recrimino haberle permitido salir aquella noche, con el mal tiempo que hacía, pero él insistió. Íbamos a escuchar a Charles Dickens, ¿sabe? Leía algunas de sus historias de fantasmas en Londres, muy cerca de donde vivíamos.

—Ah, sí —repuso, esbozando una sonrisa que iluminó sus facciones, y a bellas de por sí—. ¿Quién no admira al señor Dickens? ¿Ha leído usted su última obra, *Nuestro común amigo*? En mi opinión, es un poco fantástica. Espero que la siguiente mejore.

—Pues no, señor, no la he leído. No recibimos periódicos en Gaudlin Hall.

El abogado suspiró.

—Entonces las cosas han cambiado mucho desde los tiempos gloriosos de esa casa. El señor Westerley recibía todos los periódicos populares. Y *Household Words*, por supuesto. El *Illustrated Times*, *All the Year Round*... Cuanto cabía esperar. Era un gran lector, ¿sabe? Y le gustaba mantenerse informado de los acontecimientos. Como su padre. Por supuesto, si algo tenía el anciano señor Westerley era que...

De repente pensé que el señor Raisin estaba lanzándose a una charla trivial para agotar la entrevista. Cuanto más hablase de mi difunto padre, de Charles Dickens o de los diversos periódicos disponibles para aquellos que podían permitírselos, menos preguntas debería responder. Los minutos, sencillamente,

irían pasando. Las manecillas del reloj avanzarían hacia el mediodía, y antes de que me diera cuenta, su celoso ayudante entraría y me instaría a salir, insistiendo en que tenía más citas para aquel día y en que mi tiempo se había agotado.

—Señor Raisin —lo interrumpí.

Me miró fijamente, con los ojos muy abiertos y la expresión asombrada de quien que no está acostumbrado a que lo interrumpian, y menos una mujer. Por lo visto, no sabía cómo tomárselo.

—Discúlpeme —dije—, pero ¿no podríamos ir al grano? Hay una serie de asuntos que me gustaría discutir con usted.

—Por supuesto, señorita Caine, por supuesto —contestó, recobrando la compostura—. Va todo bien, ¿verdad? ¿Algún problema con sus emolumentos? No habrá tenido dificultades con Heckling, ¿verdad?

—Mi salario se me abona puntualmente. Y mi relación con el señor Heckling es tan buena como la de cualquiera. La verdad es que nuestra anterior entrevista, la única que hemos mantenido, por cierto, fue bastante insatisfactoria en sus conclusiones.

—Vaya —suspiró—. No me diga que...

—Señor Raisin, cuando llegué a Norfolk estaba encantada de tener un empleo y un hogar. Me sentía feliz porque empezaba una nueva vida tras haber perdido a mi padre. Ahora veo que acepté este puesto sin considerarlo debidamente, sin reflexionar. Tendría que haber preguntado más cosas, y deberían haberme hecho más preguntas a mí. Pero aquí estamos, lo hecho, hecho está. Y ahora que llevo aquí unas semanas, debo admitir que me siento más... —No daba con la palabra adecuada.

—¿Curiosa? —sugirió él—. ¿Inquisitiva?

—Preocupada. Han ocurrido una serie de incidentes poco habituales, y para serle sincera, no estoy segura de cómo hablar de ellos sin que dude usted de mi cordura. Pero, si es preciso, los dejaré de lado por el momento y me centraré en asuntos más concretos. Señor Raisin, me gustaría hacerle una pregunta directa, a la que agradecería que me respondiera sin rodeos.

El abogado asintió con la cabeza lentamente y la ansiedad se adueñó de su semblante. Quizá empezaba a comprender que no le serviría de nada seguir disimulando. Abrió un poco los brazos y con el pulgar y el índice derechos se quitó una hebra de tabaco de entre los dientes y luego se llevó la pipa de nuevo a la boca. Una nube de humo gris desdibujó sus rasgos un instante.

—Formule esa pregunta, señorita Caine —dijo en tono resignado—. No le garantizo que vaya a responderle. Debe comprender que estoy obligado a cierta confidencialidad cuando se trata de mis clientes. —Suspiró y pareció ceder un poco—. Pero por favor, pregunte. Si puedo contestar, le prometo que lo haré.

—El señor y la señora Westerley, los padres de los niños, ¿dónde están?

Él asintió y apartó la vista. Tuve la clara impresión de que la cuestión no lo

pillaba por sorpresa; de hecho, la esperaba.

—Lleva usted en este pueblo varias semanas —comentó sin alterar el tono.

—Así es.

—Entonces me resulta curioso que necesite preguntármelo. Yo llevo toda la vida en Gaudlin, como sabe, y siempre me ha parecido que el flujo de habladurías es muy eficaz. Confiaría más en los rumores que en el servicio de correos para enviar una información cualquiera a un destinatario.

—De hecho, he sacado el tema de los padres de Isabella y Eustace con varias personas. Pero cada vez me encuentro con una hostilidad total y se niegan a responderme. En cuanto menciono a los Westerley, todo el mundo cambia de tema. De repente, nos ponemos a hablar del tiempo, o del precio del grano o de si el señor Disraeli tiene posibilidades de convertirse en primer ministro. Todos, desde la joven del salón de té hasta el párroco, me han dado siempre la misma respuesta.

—¿Que es...?

—« Pregúntele al señor Raisin» .

Se echó a reír.

—Y por eso está usted aquí.

—Así es. Aquí estoy. Preguntádoselo al señor Raisin.

Inspiró hondo. Se puso en pie, fue hasta la ventana y se asomó al jardín trasero, donde alcanzó a ver las hojas de un arce que se teñían de un amarillo intenso. A un lado había una hilera de rosales muy bonitos, tal vez los cuidara él, o el señor Cratchett. Sin embargo, decidí no interrumpir sus pensamientos. En aquel momento me pareció que estaba decidiendo si me contaba la verdad, y si lo apremiaba, quizá no descubriera nada. Por fin, tras una larga pausa, se volvió en redondo, tan serio que comprendí cómo se sentiría una persona acusada en aquel despacho cuando aquel rostro se volviera hacia ella.

—Lo que estoy a punto de contarle, señorita Caine —empezó—, es un asunto de dominio público, de modo que aquí no entra en juego la cuestión de la confidencialidad. Con toda sinceridad, me sorprende mucho que no lo sepa ya, porque fue motivo de cierto escándalo en los periódicos hace poco más de un año.

Fruncí el ceño. Lo cierto es que, aunque alardeara de ello, nunca leía los periódicos. Estaba al día de ciertas cuestiones políticas, por supuesto. Sabía quiénes eran el primer ministro y el ministro del Interior. Y algo sobre la guerra de Prusia y sobre el intento de asesinato en Kiev, porque eran temas que se habían discutido en la sala de profesores de St. Elizabeth. Pero aparte de esto, supongo que era bastante ignorante de la actualidad informativa.

—Los padres de los niños... —continuó—. Bien, supongo que debería empezar con el señor Westerley. Lo conozco desde niño, ¿sabe? Nos educaron juntos. Éramos como hermanos. Mi madre murió cuando yo era pequeño, de

modo que mi padre me crio solo. Y como trabajaba exclusivamente para el padre del señor Westerley, James y yo pasamos mucho tiempo juntos desde edad muy temprana.

—Su historia es similar a la mía, pues —tercié—. Mi madre murió cuando yo tenía nueve años.

Asintió con la cabeza y su expresión se suavizó un poco.

—Bueno, entonces sabrá usted lo que es criarse sólo con la compañía de un padre. El caso es que James era un niño muy travieso, pero, al crecer, se convirtió en un hombre excepcionalmente bondadoso y atento, muy leído y muy popular en el pueblo. Su padre, el anciano señor Westerley, tenía mal genio, pero es normal. Cuando uno tiene dinero y responsabilidades, no es fácil que se muestre amistoso con todo el mundo. Sus planes para casar a James con una chica de Ipswich, hija de un terrateniente de la zona, no llegaron a buen fin. En definitiva, ya no estábamos en tiempos feudales. James no estaba dispuesto a que le dijeran con quién debía contraer matrimonio. Al final ni siquiera se casó con una mujer inglesa.

—Isabella me lo contó. Dijo que su madre era española.

—Sí, es cierto. James fue a Madrid seis meses (calculo que hará unos catorce años) y allí conoció a una joven, de la que se enamoró. No era nadie, por supuesto. Su familia no tenía nada y se había visto envuelta en alguna clase de escándalo, del que resultaba poco delicado hablar. Pero a James no le importaba el pasado familiar de ella. Quería a Santina, pues así se llamaba aquella joven, y al parecer ella también a él. El caso es que volvió a Norfolk con aquella chica para que conociera a su padre. Ni que decir tiene que se armó un gran revuelo, y el padre se negó a que se casaran, pero era demasiado tarde. Ella ya lucía la alianza. Fue un gran disgusto para todos, desde luego, pero el señor Westerley, aunque era muy duro, decidió no pelearse con su hijo y a su debido tiempo llegó a perdonarlo y se avino a mostrar cierta cortesía hacia su nuera.

—Entonces, ¿no hubo distanciamiento?

—Sí lo hubo —admitió—. Pero por poco tiempo. Se reconciliaron en cuanto se calmaron los ánimos. Hay que reconocer que Santina hizo un gran esfuerzo. Trató al anciano señor Westerley con sumo respeto, se hizo amiga de los lugareños. Se adaptó y participó en la vida de aquí. Aquellos primeros años no hubo nada fuera de lo normal en su situación. A pesar de que fuera extranjera, la gente la aceptó y las cosas fueron bien.

Asentí con la cabeza, pensativa. Una extranjera, alguien ajeno, en un lugar como aquél. En aquella casa tan grande. Supuse que nada habría sido fácil para la nueva señora Westerley.

—Lo explica como si hubiera sido una época idílica. ¿Por qué tengo la sensación de que está a punto de echarlo todo por tierra?

—Es usted muy perspicaz, señorita Caine. Un año después, más o menos, el

señor Westerley falleció y James heredó. Santina estaba embarazada, y cuando, meses después, dio a luz una niña, Isabella, las cosas cambiaron. Fue increíble. Recuerdo que la vi en Gaudlin pocos días antes de que naciera la niña y luego cuando Isabella tenía una semana de vida: le prometo que estaba ante una mujer distinta.

—¿En qué sentido? —quise saber inclinándome hacia delante.

Frunció el ceño y se quedó pensativo. Por lo visto, aquellos recuerdos lo afligían y le costaba expresarse.

—Mi mujer compró un regalo de bienvenida para la niña —prosiguió, sentándose de nuevo y mirándome con expresión de dolor—. Un juguete. Nada fuera de lo común. Fuimos a Gaudlin a ver a los Westerley, y cuando llegamos, Santina estaba en el dormitorio, algo indispueta. James subió a buscarla, dejándonos a mi mujer y a mí solos con la niña. Charlotte se fue al tocador de señoras, que estaba justo al lado. Un instante después, Isabella despertó y, supongo que hambrienta, se echó a llorar. Debe comprender, señorita Caine, que yo también tengo hijos. Estoy acostumbrado a tratar con niños muy pequeños, y me enorgullece decir que, a diferencia de la mayoría de los de mi género, me hace muy feliz calmar a un bebé que llora. La niña estaba intranquila, así que, con la mayor naturalidad del mundo, me incliné para cogerla. En ese mismo momento, en el instante que la tomaba en brazos, apareció Santina en el umbral y soltó un alarido. ¡Fue terrorífico! Aquel grito no se parecía a nada que yo hubiese oído antes. No sabía qué pasaba, así que me quedé petrificado, inmóvil, conmocionado. Incluso Isabella dejó de llorar, tan intenso y espeluznante era el sonido que brotaba de los labios de su madre. Enseguida entró James, nos miró desconcertado a ambos, sin saber qué ocurría. Yo volví a dejar a Isabella en su cuna y me retiré. Fui a la parte delantera de la casa, donde Charlotte se reunió conmigo instantes después. Entonces llamamos a Heckling para que nos trajera el carruaje. Fue una escena terriblemente inquietante. Yo había hecho algo que había asustado a Santina... pero ¿qué? No lo entendía.

—¿Y lo único que hizo fue coger en brazos a la niña? —pregunté, mirándolo a los ojos.

—Le prometo que eso fue todo.

—¿Y por qué estaba ella tan preocupada?

—¿Preocupada? —repuso el abogado, riendo con amargura—. No estaba preocupada, señorita Caine. Había enloquecido. Había perdido el control de sí misma. Unos minutos después salió James, también muy nervioso. Se disculpó, y yo me disculpé, y como éramos dos idiotas, ambos insistimos en que era culpa nuestra. Luego Charlotte y yo tuvimos que irnos, y él nos despidió. Mi mujer y yo nos dirigimos a nuestra casa muy inquietos, pero traté de no pensar en ello.

—La señora Westerley y usted —dije al cabo de un momento, tras haber meditado sus palabras—, ¿eran amigos antes? Ha dicho que el señor Westerley y

usted se criaron juntos, casi como hermanos. ¿Estaba celosa ella de su relación, quizá?

—No lo creo —repuso el abogado—. Charlotte y yo acogimos con mucho cariño a Santina cuando llegó a Inglaterra. En más de una ocasión Santina me expresó su agradecimiento. Siempre pensé que nos caíamos bien, la verdad. Lo cierto es que nunca habíamos intercambiado una palabra acre, ni hubo situaciones incómodas entre nosotros, hasta entonces.

Se quitó la pipa de la boca y la dejó en la mesa. Advertí que las manos le temblaban un poco, que contar aquellos hechos le causaba cierto nerviosismo. Luego se dirigió hacia un lado del despacho, donde había un pequeño mueble con bebidas.

—Ya sé que es temprano —dijo mientras se servía un whisky—, pero creo que me hace falta. Hacía mucho que no hablaba de todo esto.

—No se preocupe.

—¿Quiere usted uno?

Decliné el ofrecimiento y él hizo un gesto afirmativo. Dejó la licorera y dio un sorbo.

—Después de aquel suceso —continuó—, todo cambió en Gaudlin Hall. Santina se convirtió en una mujer distinta. No podía soportar estar separada de su hija ni un minuto y no confiaba en nadie para que la cuidara. Naturalmente, James tenía intención de contratar una niñera, porque así se habían hecho siempre las cosas en la familia Westerley, pero ella no quiso ni oír hablar del asunto. Aseguró que ella misma se haría cargo de su hija.

—Pero eso es natural, sin duda —comenté en mi ignorancia, pues de aquellos asuntos nada sabía—. Se dedicaba por entero a su hija. Una actitud así es admirable.

—Pues no lo es, señorita Caine —me contradijo—. Yo sé qué es la devoción. Mi propia esposa se dedica por entero al cuidado de nuestros hijos. La mayoría de las mujeres que conozco hacen lo propio. Y también la mayoría de hombres, aunque intenten ocultarlo con bravatas y fanfarronería. Pero aquello no era devoción. Era algo obsesivo. Sencillamente, no permitía que nadie se acercara a Isabella, ni la tocara ni la cogiera en brazos. Ni la cuidara. Ni siquiera James. Una vez, una noche en que reconozco que quizá habíamos bebido demasiado whisky escocés, mi amigo me confió (perdóneme, señorita Caine, pero debo hablar con toda crudeza si he de contarle la verdad) que ya no compartían el lecho conyugal.

Yo aparté la vista, súbitamente angustiada por haber acudido a aquel despacho. ¿Qué me importaba a mí todo aquello? ¿Por qué me había creído con derecho a conocer los entresijos de un matrimonio al que ni siquiera había visto? Quise irme, salir corriendo. No deseaba saber nada más. Pero, como Pandora al abrir su caja y dejar escapar todos los males del mundo, le había preguntado al

señor Raisin por los padres de los niños, y eso me estaba explicando ahora; la caja no podía cerrarse hasta que hubiese dado la respuesta.

—¿Desea que me interrumpa, señorita Caine? Parece un poco alterada.

—Por favor, continúe —pedí, tragando saliva—. Dígame cuanto sepa.

—Como es natural, la relación de pareja se volvió difícil. Así que imaginará usted mi sorpresa cuando, años más tarde, Santina volvió a quedarse embarazada. De Eustace. James me confió que hubo un breve acercamiento y él había hecho valer sus derechos maritales. El resultado fue aquel segundo hijo. Pero las cosas siguieron igual. Incluso peor. La obsesión de Santina por sus hijos se volvió casi patológica. Estaba con ellos las veinticuatro horas del día, y ay de aquel que intentara interponerse. Estaba enferma, desde luego. Su mente sufría alguna disfunción, me parece. Necesitaba cuidados médicos. Quizá algún suceso de su propia niñez la obsesionaba y dañaba, no lo sé. Ya he mencionado antes los rumores difamatorios que había oído, pero no hay forma de saber si eran ciertos o no.

—¿No ha dicho que hubo un escándalo? ¿Qué clase de escándalo?

—Señorita Caine... fue algo espantoso. Creo que no deberíamos comentarlo.

—Pues me gustaría saberlo.

Él me miró y, por un instante, me pareció que se le humedecían los ojos.

—James me habló del asunto una vez —dijo finalmente, en voz baja—. Me contó lo que le había dicho Santina. O más bien me lo insinuó. Creo que ni siquiera él podía encontrar las palabras para explicar una conducta tan cruel y depravada.

—Tendrá que hablar con mayor claridad, señor Raisin.

El abogado carraspeó y añadió:

—El padre y el tío de Santina eran hombres muy viles. Parece que se comportaron... ¿cómo expresarlo?... de una manera terriblemente inadecuada con ella de niña. Se tomaron las libertades más despreciables. No sólo delictivas, sino incluso algunas contrarias a las leyes de la naturaleza. ¿Debo expresarlo con mayor claridad, señorita Caine, o me comprende usted?

Asentí con la cabeza, sintiendo náuseas.

—Le comprendo perfectamente, señor —contesté, sorprendida ante la firmeza de mi voz—. La pobre niña debió de sufrir terriblemente.

—No creo que podamos ni imaginarlo. Pensar que un padre sea capaz de algo semejante... Y un tío. No lo comprendo, ésa es la verdad. ¿Somos acaso animales bajo nuestras apariencias, señorita Caine? ¿Enmascaramos nuestros instintos más bajos con palabras bonitas, ropa elegante y conducta decente? Dicen que si diéramos rienda suelta a nuestros verdaderos instintos, nos arrojaríamos los unos sobre los otros con una sed de sangre sin parangón.

Tal vez la mayoría de las jóvenes de mi edad no tuvieran experiencia en situaciones como la descrita por el señor Raisin, pero yo conocía algo, y de

buena tinta, esa clase de conductas a raíz de los sucesos acaecidos en St. Elizabeth el año anterior. Las niñas medianas, que rondaban los diez años, se habían puesto bajo la tutela de mi joven amigo, el señor Covan. Una de esas niñas, una pequeña tranquila y guapa cuyo nombre no consignaré aquí, pasó de estudiante modélica a problemática en unos meses, ante la estupefacción general. Un día se puso tan violenta en clase que intentó atacar al señor Covan y tuvieron que sujetarla. Cuando estaban a punto de expulsarla, tras un exhaustivo interrogatorio, reveló a la señora Farnsworth una serie de circunstancias, a raíz de las cuales aquel mismo día se llamó a la policía, que se llevó al señor Covan. El juicio no llegó a celebrarse porque el joven se quitó la vida, pero fue un episodio terrible que consternó a todos los profesores y en particular a mí, que había llegado a sentir gran afecto por él y me sentí traicionada y horrorizada cuando salió a la luz su verdadera naturaleza. Pero, desde luego, no fue nada comparado con el daño infligido a la propia niña, quien, cuando yo abandoné la escuela, seguía sin ser la misma y parecía decidida a causar todo el caos posible a su alrededor.

—Me resulta muy perturbadora la naturaleza humana —le confesé al señor Raisin—. La gente es capaz de las peores crueldades. Si la señora Westerley sufrió a manos de su propia familia, quizá fue natural que deseara tener siempre cerca a sus hijos. Y que no quisiera que nadie les hiciera daño.

—Entiendo el deseo de Santina de protegerles, señorita Caine. Pero, por Dios, si apenas dejaba que su propio padre los cogiera en brazos o jugara con ellos, y mucho menos otras personas. Semejante situación era inadmisibles. Sin embargo, las cosas no cambiaron. Siguió igual varios años, y simplemente fuimos acostumbrándonos a que hubiera una loca en Gaudlin Hall. Supongo que nos confiamos y pensamos que no era asunto nuestro. La relación entre James y Santina se volvió muy problemática, él envejeció de repente. El pobre no sabía qué hacer. Las cosas podrían haber seguido así indefinidamente, pero todo se precipitó hace dieciocho meses, cuando tuvo lugar un incidente lamentable. Santina estaba en el parque con Isabella y Eustace y, al darles la espalda un momento, otra dama invitó a los niños a jugar con sus dos hijos al escondite. Santina, al perderlos de vista unos segundos, se puso... bueno, ya he usado la palabra «loca» antes, pero de verdad, señorita Caine, que es la única forma de definirlo. Perdió la razón por completo.

Me quedé inmóvil, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hizo?— quise saber.

—Cogió una rama del suelo. Una bastante pesada y contundente. Y arremetió contra la mujer. La golpeó con saña a la pobre. Podría haberla matado de no haber intervenido otras personas. Fue terrible. De verdad. —El abogado palideció—. Llamaron a la policía, claro, pero, no sé cómo, James consiguió evitar que la acusaran. No ignorará usted, señorita Caine, que, en un lugar como éste, con dinero y posición social uno puede lograr muchos favores. Habría sido mejor

para todos que la hubiesen arrestado y encarcelado aquel día. Así no habría pasado nada más. —Se llevó una mano a los ojos y suspiró; luego dio otro sorbo de whisky, más largo esta vez—. Me temo que mi historia se vuelve bastante perturbadora a partir de este punto, señorita Caine. Debo advertirle que se prepare.

—Ya es muy perturbadora. Me cuesta imaginar algo peor.

—Pues inténtelo —propuso, soltando otra risa amarga—. No sé a qué acuerdo llegó James con la policía, ni de qué habló con su mujer después de aquel ataque, pero el caso es que consiguió quitarse el velo que llevaba tantos años nublándole los ojos y fue capaz de comprender hasta qué punto había llegado a ser enfermizo el vínculo existente entre Santina y sus hijos. Comprendió que el amor había rebasado sus fronteras naturales para transformarse en obsesión y crueldad. Ya conoce usted la curiosa naturaleza de Isabella: madurez combinada con infantilismo. Tiene su raíz en la relación íntima con su madre. El caso es que James insistió en que debía establecerse una nueva relación. La madre no podía pasar todo el tiempo con los niños. Ellos necesitaban otras influencias. Y, haciendo caso omiso de las objeciones de su mujer, contrató a una institutriz. La primera. La señorita Tomlin, una joven encantadora. Un poco mayor que usted, bastante guapa, en su estilo. A todos nos resultaba simpática. Hablaba francés con fluidez, aunque eso no importaba a nadie. Cuando a veces la veía en el pueblo con los niños, me daba por jugar solo a un juego ridículo: ¿dónde estará Santina? Porque estaba seguro de que, si miraba alrededor, acabaría descubriéndola en algún sitio, escondida, vigilando, preocupada. Pero, aun así, eso me parecía más saludable que la situación anterior. Creía que la madre estaba aprendiendo a soltar el cordón que la unía a Isabella y Eustace. Y estaba persuadido, de verdad, señorita Caine, de que sería mejor para todos, a largo plazo. Los niños crecerían, se casarían y se irían de Gaudlin Hall, de manera que Santina debía prepararse para ese momento. Pero estaba equivocado, porque ella no podía vivir sabiendo que sus niños estaban a cargo de otra persona. Estaba convencida de que cada día corrían peligro.

» Una noche, hará algo más de un año, mientras los niños se encontraban en el piso de arriba, entró en el salón de Gaudlin Hall y vio a su marido y la institutriz charlando. Muy tranquila y serena, esperó a que ambos le dieran la espalda y entonces cogió el atizador de la chimenea, el pesado atizador de hierro que llevaba allí varias generaciones, y arremetió contra los dos, pillándolos desprevenidos y con la misma furia de la que había hecho gala al atacar a la desgraciada dama del parque. Pero en esta ocasión no había nadie cerca que intercediera, y un atizador, señorita Caine, es un arma más mortífera que una rama. —Bajó la cabeza y guardó silencio.

—¿Asesinato? —susurré. Ante aquella temible palabra, él asintió.

—Eso me temo, señorita Caine —contestó en voz baja—. Asesinato a sangre

fría. Cuando pienso en la encantadora señorita Tomlin, en su juventud, su belleza, su vida, que le fue arrebatada... La escena en Gaudlin Hall aquella noche fue espeluznante. Como abogado de la familia, como amigo de toda la vida, los agentes que descubrieron aquella carnicería me mandaron llamar. Le prometo, señorita, que jamás olvidaré lo que vi. Nadie debería presenciar nunca un horror semejante, después del cual no se puede volver a dormir tranquilamente.

Aparté la vista, sintiendo náuseas. Ojalá no hubiera oído aquella historia. ¿No era acaso una chismosa sin remedio, insistiendo en conocer aquellos secretos íntimos, cuando en realidad no me concernían? Pero, una vez llegados a este punto, más valía seguir hasta el final.

—Y la señora Westerley, Santina... Supongo que esta vez no la soltaron.

—La ahorcaron, señorita Caine. El juez no mostró misericordia; ¿por qué iba a mostrarla? La condenó a morir en la horca.

Asentí con la cabeza y me llevé una mano al dolorido y magullado regazo.

—¿Y las otras institutrices? —quise saber.

El señor Raisin negó con la cabeza.

—Hoy no, señorita Caine —dijo, echando un vistazo al reloj de pared—. Me temo que debemos dejarlo aquí. He de salir dentro de poco hacia Norwich y necesito algo de tiempo para tranquilizarme. ¿Podemos seguir hablando en otro momento?

—Por supuesto —respondí, poniéndome en pie y cogiendo mi abrigo—. Ha sido usted muy generoso. Creo que le debo una disculpa, señor Raisin. Ya veo lo afectado que está. Me parece que no he hecho más que contribuir a su dolor.

—Tenía usted derecho a saberlo —contestó él, encogiéndose de hombros—. Y tiene derecho a saber todo lo demás. Sólo que... por favor, hoy no.

Asentí y fui hasta la puerta, pero al asir el pomo vacilé y acabé por volverme.

—Pero es terrible, ¿no? —comenté, al imaginar que el amor pudiera llegar a degenerar tanto como para convertir el vínculo natural entre madre e hijo en pura obsesión—. Asesinar a dos personas sólo para evitar que alguien se acerque a tus hijos. Resulta inconcebible.

—¿A dos personas, señorita Caine? —inquirió el abogado, con el ceño fruncido.

—Sí. Al señor Westerley y la señorita Tomlin. Es espantoso.

—Lo siento —repuso, negando con la cabeza—. Me temo que no me he explicado bien. La señora Westerley no cometió un doble crimen. La señorita Tomlin fue la única víctima aquella noche terrible. Ah, sí, quería matarlos a ambos, por supuesto. Y casi lo consigue la muy condenada, si me disculpa la expresión. Pero no, el señor Westerley, James, no murió. Aunque considerando la vida que lleva ahora y el estado en que lo dejó esa mujer, habría sido mejor para él.

—¿El señor Westerley está vivo? —pregunté asombrada.

—Sí.

—Entonces vuelvo a mi pregunta de hace una hora. Quería saber dónde estaban los padres de los niños. Ahora sé dónde se halla la señora Westerley. Pero ¿y el señor Westerley?

Él me miró de hito en hito, como si estuviera un poco chiflada.

—¿No lo sabe?

—¡Por supuesto que no! —exclamé, cada vez más frustrada—. Si lo supiera, ¿por qué iba a preguntárselo? ¿Se fue de Norfolk? ¿Abandonó a sus hijos?

—Señorita Caine, James Westerley no sería capaz de abandonar a sus hijos, como yo no abandonaría a los míos. Y no ha salido de Norfolk desde el día en que volvió de aquel fatídico viaje a Madrid. No, James sigue aquí, con nosotros. Jamás se fue. Está en Gaudlin Hall. Está en la casa, con usted. Siempre ha estado allí, desde que usted llegó.

Nunca he necesitado despertador, ni, de niña, que mi padre llamase a mi puerta para levantarme e ir al colegio. Cuando mi tía Hermione me llevó a Cornualles a pasar el verano, tras la muerte de mi madre, la asombraba muchísimo verme bajar la escalera para desayunar a la hora precisa convenida la noche anterior. Decía que no era una niña normal, pero parecía impresionada por mi puntualidad. Cuando sé que debo despertar a una hora determinada, me despierto; siempre me ha pasado.

De modo que el día después de mi cita con el señor Raisin, cuando decidí despertarme a las cuatro de la mañana, supe que no fallaría. En efecto, mis ojos se abrieron a esa hora; la habitación seguía a oscuras. Me levanté, descorrí las cortinas y miré el jardín de Gaudlin Hall sin acercarme mucho a la ventana, aunque no lo temía, porque el espíritu que embrujaba aquel lugar parecía poco interesado en repetir sus trucos. El miedo me lo provocaba no saber dónde golpearía a continuación. Ni cómo.

Los jardines estaban envueltos por la niebla, un manto tan denso que me recordaba mucho al de Londres. Fuera apenas se distinguía nada. Me vestí rápidamente y bajé a la cocina. Preparé té y, sentándome de tal forma que no perdiera de vista a alguien que entrara por ese lado de la casa, esperé. Pasaron las cuatro y media, dieron las cinco y apareció una finísima franja de luz en el horizonte. Se me cerraban los ojos y a punto estuve de dar una cabezada, así que fui a la biblioteca en busca de un libro con que mantenerme despierta. Mientras elegía uno, oí moverse a alguien en la habitación de al lado. Al asomarme a la cocina, comprobé satisfecha, aunque un poco asustada, que por fin había conseguido atrapar a mi presa.

—¿Señora Livermore?

Sobresaltada, la mujer dio un respingo. Soltó un juramento y se volvió en redondo, llevándose la mano al pecho de la sorpresa.

—¿Qué demonios hace? —Eran las primeras palabras que me dirigía, a pesar de que llevábamos las dos en aquella casa, o en torno a ella, varias semanas—. ¿Por qué me asusta de esa manera? Podría haber sufrido un ataque.

—¿Cómo iba a hablar con usted si no? —repuse, prescindiendo de formalidades—. No es fácil encontrarse con usted.

—Ya —respondió, asintiendo con la cabeza y mirándome desdeñosa. Después se volvió hacia los fogones, donde había puesto a hervir un recipiente con agua—. Quienes se pasan la mañana en la cama es muy probable que jamás me vean. Tiene que levantarse temprano, institutriz, si lo que quiere es conversación.

—¿Y me habría dirigido la palabra? Sospecho que se habría negado a cualquier diálogo.

Suspiró y me miró con cara de agotamiento. Era una mujer recia, quizá más cerca de los cincuenta años que de los cuarenta, y llevaba el pelo canoso recogido en un moño tirante. Sin embargo, tenía ojos vivaces. Me dio la sensación de que no estaba dispuesta a aguantar tonterías.

—Puede hablarme sin tanto miramiento —dijo sin levantar la voz—. No soy una mujer culta.

Asentí, un poco avergonzada. ¿Sería «diálogo» una palabra que sólo utilizaban las personas cultivadas?

Al cabo de un momento, pareció ceder un poco y se volvió de nuevo hacia la cocina.

—Estaba preparando té —dijo.

—¿Puedo acompañarla?

—Supongo que no va a dejarme tranquila por más que me niegue, ¿verdad? Siéntese ahí. Le llevaré el té, entonces me dirá lo que tenga que decirme y después seguiré con mi trabajo. ¿Le parece bien?

Asentí de nuevo y me di la vuelta en dirección al salón, una estancia que no había pisado mucho. Antes de salir de la cocina, al darme cuenta de que tenía una mancha gris en la mano —polvo de la barandilla, de cuando había bajado la escalera—, me acerqué al fregadero para limpiármela. Al notar el agua fría, solté un grito.

—¿Y ahora qué le pasa, muchacha?

—Es el agua —respondí, ruborizándome un poco—, está muy fría.

—Vaya, pues claro. ¿Dónde cree que está, en el palacio de Buckingham?

Me aparté, frotándome las manos para calentarlas. Estaba helada, por supuesto; si uno quería agua caliente en Gaudlin Hall, tenía que ponerla a hervir.

—El té —anunció la señora Livermore minutos después, cuando entró en el salón con una bandeja con dos tazas, la tetera, una jarrita de leche y un cuenco con azúcar—. No tengo nada para acompañar, así que no me lo pida. Puede prepararse su propio desayuno más tarde.

—No se preocupe. Y siento haberla asustado antes. De verdad que no era mi intención.

—Ya —repuso ella mirando hacia otro lado—. Pues piénselo mejor la próxima vez, institutriz, porque puede pasar que alguien le lance un cucharón a la cabeza.

Sonreí y tendí una mano hacia la tetera, pero ella la apartó.

—Déjelo un poco más, que coja bien el sabor.

Hurgó en los bolsillos del delantal, sacó un cigarrillo corto y lo encendió. La miré perpleja. Nunca había visto fumar a una mujer, y mucho menos un pitillo liado a mano. Había oído decir que estaba de moda entre las damas de Londres, que estaban en su derecho, pero que una criada fumara en una casa señorial me resultó extraordinario.

—No tengo más —dijo al advertir mi interés—, así que no me pida.

—No tenía intención —declaré, pues esa cosa tan maloliente no me interesaba.

Miré la tetera, y ella asintió con la cabeza, dándome a entender que ya podía servir. El té estaba fuerte y humeante; añadí leche y azúcar y di un sorbo para calentarme un poco.

—Bueno, pues adelante —me dijo—, escúpalo de una vez.

La miré sin saber qué quería decir. ¿Le habría echado veneno al té?

—No sea zoqueta, institutriz, no me refiero al té. Suéltelo ya, no vaya a hacerla explotar.

—Ayer vi al señor Raisin —expliqué en tono serio; no estaba dispuesta a dejarme intimidar—. El abogado del pueblo.

—Ya sé quién es el señor Raisin —repuso ella con desdén—. Mi salario semanal no ha estado cayéndome del cielo.

—Ya, bueno. Pues concerté una cita con él y mantuvimos una charla. Tuvo la amabilidad de explicarme ciertas cosas.

—¿La amabilidad de explicarle qué exactamente? —quiso saber la señora Livermore entornando los ojos e inclinándose para coger su taza.

—Que el señor Westerley sigue aquí, en Gaudlin Hall. Que reside en esta casa.

Soltó una breve carcajada y negó con la cabeza. Luego dio una buena calada al pitillo y se quitó el mal sabor de boca con un largo trago de té.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, institutriz?

—Tres semanas.

—Pues la chica anterior a usted, la señorita Bennet, así se llamaba, lo sospeché en la mitad de tiempo. Y la pobre señorita Harkness, que vino antes, que Dios se apiade de su alma —se santiguó—, no tardó ni dos días en descubrirlo. Claro que era de las que andan metiendo las narices en todo, y un poco histérica también. Ya sé que no debería hablar mal de los muertos, pero yo digo lo que pienso, señorita... —Me miró sorprendida—. No sé cómo se llama usted.

—Eliza Caine.

Siguió fumando mientras se formaba una opinión de mí.

—Mi madre se llamaba Eliza —dijo por fin—. Siempre me ha gustado ese nombre. Le decía a mi Henry que, si teníamos una niña, deberíamos ponerle Eliza. Sólo que tuvimos un chico tras otro, ¿sabe? Unos zoquetes, todos ellos. Cada uno tan malo como el de después. ¿Es usted de Londres? —Asentí—. Estuve allí una vez, de jovencita, cuando tenía más o menos su edad. No pude soportarlo. ¡Menudo ruido! No sé cómo pueden aguantarlo. A mí me haría perder la razón. No entiendo cómo no están todos locos allí. ¿No le parece que la gente de Londres está un poquito chiflada, institutriz?

—No especialmente. Aunque sé que se suele generalizar en ese sentido. Pero

es como decir que en el campo todos son unos ignorantes un poco estúpidos.

Exhaló un anillo de humo muy desagradable. Su expresión traslucía aprobación y cierta admiración hacia mi comentario.

—Lo que quiero decir... —repuso por fin, inclinándose para hablarme en un tono más refinado, como para persuadirme de la importancia de sus palabras—. Lo que quiero decir es que ya lleva aquí tres semanas y acaba de enterarse de las cosas. Es usted una lumbrera, ¿eh? ¿Está segura de que no lleva un poco de sangre de campo en las venas?

—Lo cierto es que no sabría nada de este asunto de no habérmelo contado el señor Raisin. Y creo que alguien podría habérmelo mencionado antes, la verdad. Mi propio patrón está aquí, en esta casa, y todavía tengo que hablar con él personalmente. No lo he visto con sus hijos. No nos acompaña en las comidas. ¿Cuándo va y viene? ¿Dónde come? ¿Es un fantasma, o tiene forma humana?

—Ah, pues le aseguro que existe. No es ningún fantasma. Ahora mismo está aquí, en la casa. Pero si el señor Raisin le contó todo eso, ¿por qué no le preguntó también estas cosas? No me corresponde a mí explicárselas.

—No disponíamos de más tiempo. Tenía otras citas. Y le afectó bastante hablarme del episodio ocurrido aquí, en Gaudlin Hall.

—¿El episodio? —repitió frunciendo el entrecejo.

—Cuando la señora Westerley... —Titubeé; era muy temprano para hablar de historias tan terribles—. Cuando agredió a su marido y a la primera institutriz, la señorita Tomlin.

—¡Qué cosas tiene! —exclamó la señora Livermore soltando una amarga carcajada—. Un lenguaje muy refinado para un acto muy feo. ¿Que les agredió, dice? Querrá decir que molió a golpes, a una hasta dejarla seca y al otro casi.

—Sí. A eso me refería exactamente.

—Episodio, menuda majadería.

—El señor Raisin me comentó que debería conocer al señor Westerley.

—Oh, vaya, conque eso dijo...

—Pues sí —repuse mirándola a los ojos—. Y que usted me lo presentaría.

—Pues a mí no me ha dicho nada —respondió apartando la vista con aire disgustado.

—Le aseguro que es verdad.

—El señor Westerley me ve sólo a mí, normalmente.

—Y a los niños, por supuesto —añadí.

—No les ha visto el pelo a sus hijos desde el episodio, como usted lo llama.

La miré de hito en hito.

—Pero no puede ser. ¿Por qué no?

—Si lo viera, lo entendería. Pero no creo que le convenga verlo.

—¡Pues me parece increíble! —exclamé descorazonada y haciendo aspavientos—. El señor de esta finca, el padre de esos niños, permanece oculto y

sin otra compañía que... bueno, no se ofenda, que la suya, señora Livermore.

—Hay cosas peores.

—No sea sarcástica, por favor. Sólo pretendo entender la situación. Al fin y al cabo, ambas estamos empleadas aquí. ¿No podemos compartir confidencias? Yo en mi papel de institutriz y usted en el de cocinera o criada o lo que sea.

Dio una larga calada al cigarrillo, de un modo que me recordó al señor Raisin. Permaneció callada, como reflexionando.

—Cocinera, dice. O criada —dijo al fin, en voz más baja.

—Bueno, sí. Si eso es lo que hace, claro. No tenía intención de faltarle el respeto.

—Eso espero, institutriz —repuso, enfatizando mi título—. Muchas estarían encantadas con un empleo de cocinera o criada en Gaudlin Hall. Es un buen trabajo para la chica adecuada. O para una mujer viuda. Y en los viejos tiempos, cuando estaba la señora Westerley, había mucho personal de servicio. Ahora no. Este sitio decae poco a poco por falta de personal. Está muy abandonado, ¿no se ha dado cuenta? El techo se nos caerá encima el día menos pensado como a nadie se le ocurra apuntalarlo. Pero se equivoca si cree que soy cocinera o criada. Es verdad que le preparo la comida al señor Westerley. Pero usted también cocina, institutriz, ¿no es así? ¿Sabe hacer un estofado o un guiso de cordero?

—Sí, claro. Cuando vivía con mi padre en Londres cocinaba siempre yo.

—Y eso no la convierte en cocinera, ¿no?

—Bueno, no, claro que no. Lo siento, señora Livermore. No quería ofenderla. Aunque la verdad es que no consigo entender por qué se ha ofendido tanto.

Se echó a reír, negando con la cabeza.

—Va a tener que levantarse mucho más temprano para ofenderme. Tengo la piel muy dura. La vida me ha curtido. Pues no, no soy cocinera. No es ésa mi formación.

—Señora Livermore, ¿acaso está jugando a las adivinanzas? —repuse con cierto cansancio—. ¿No podemos hablar con claridad?

—Muy bien, como quiera —concluyó, apagando el cigarrillo. Al levantarse y alisarse el delantal, advertí que no parecía el de una cocinera—. Según usted, el señor Raisin afirma que debe conocer al señor; pues le tomo la palabra. —Fue hasta la puerta, se detuvo y se volvió—. ¿Y bien? ¿Viene o no?

—¿Ahora? ¿No es muy temprano? ¿No se enfadará si lo despertamos a estas horas?

—No se preocupe. Si piensa venir, sígame.

Y acto seguido cruzó la cocina tan deprisa que casi tuve que correr para seguirla. ¿Adónde me llevaba? Barajé mentalmente las posibilidades. En mis ratos de ocio había visitado muchas estancias de la casa, casi todas vacías. No había indicios de que allí viviese nadie. Sin duda el señor de Gaudlin dispondría de

un ala entera, con dormitorio, biblioteca, estudio, baño privado...

Fuimos hasta la escalera principal y subimos hasta el rellano donde estaban los dormitorios de los niños.

—¿Aquí? —pregunté, pero ella negó con la cabeza.

—Todavía duermen. Venga, es más arriba.

Seguimos subiendo, hasta el piso donde se hallaba mi dormitorio y otras seis habitaciones vacías. Pero él no podía estar ahí, estaba segura de eso; había entrado en todas y estaban vacías. Para mi sorpresa, la señora Livermore se dirigió a la habitación del fondo del pasillo y abrió la puerta. Entré tras ella. No había nada que ver. La habitación estaba desierta, excepto por una cama con dosel en el centro, con el colchón a la vista. Nos miramos.

—No lo entiendo —dije.

—Por aquí —replicó.

Se volvió y presionó un panel de la pared; advertí que se trataba de una puerta, pintada del mismo color que la pared para camuflarla. Solté un grito de sorpresa cuando se abrió y reveló un tramo ascendente de escalera de piedra, por la que la seguí, recogéndome la falda para no arrastrarla por los polvorientos peldaños.

—¿Dónde estamos? —susurré.

—Todas las casas grandes tienen lugares secretos —me explicó mientras ascendíamos por la escarpada escalera—. Piense en cuando se construyeron. Los usaban para esconderse, como sitios defensivos. ¿Cree que es la única puerta de este tipo en la casa? Pues no. No suelo usarla, por supuesto. Entro siempre desde el exterior.

Recordé las dos ocasiones en que la había seguido y que al doblar la esquina de la casa se había evaporado. Como si me leyera el pensamiento, se volvió hacia mí y sonrió.

—Tendrá que echarle un buen vistazo a ese muro, institutriz. La puerta es perfectamente visible si uno se fija bien. Con una vez que la vea, ya nunca la pasará por alto. Sólo cuesta dar con ella la primera vez.

—¿Sabía que la seguía, entonces?

—Tengo orejas —gruñó, emprendiendo de nuevo el ascenso—. No estoy sorda.

Llegamos casi a lo más alto de Gaudlin Hall, a un punto desde donde descendía otra escalera por el lado opuesto de la casa.

—Por ahí se va al exterior —explicó la señora Livermore—. Es la que uso para entrar.

Ante nosotras se alzaba una puerta grande. Sentí un escalofrío. El señor no podía estar allí, ¿no? La señora Livermore hurgó en el bolsillo del delantal y sacó una llave grande y tosca. Titubeé; tuve la curiosa e inquietante sensación de que por allí se accedía a la azotea, desde donde aquella mujer me arrojaría por mí

insolencia. Sin embargo, cuando entramos, vi dos escaleras que ascendían en distintas direcciones.

—Por ahí se va a la azotea —explicó indicando con la cabeza la de la izquierda—. El señor está por aquí.

Subimos de nuevo, un tramo corto, y al llegar arriba giramos y nos encontramos con otra puerta de roble. La mujer se detuvo y se volvió con una expresión ligeramente más amable.

—¿Cuántos años tiene, institutriz?

—Veintiuno —contesté, sorprendida por su pregunta.

—No me parece que haya visto muchas cosas desagradables en su vida, ¿me equivoco?

Consideré sus palabras un momento.

—No, no se equivoca —admití por fin.

—Si el señor Raisin dice que puede usted ver al señor —continuó, señalando la puerta—, no seré yo quien lo niegue. Pero sí le diré que no es necesario. Puede darse la vuelta ahora mismo y bajar por donde ha venido. Luego cerraremos la puerta y retomará el cuidado de los niños, y yo mi cometido, y es posible que duerma mejor esta noche. La decisión es suya. Pero decida ahora, porque no hay marcha atrás.

Tragué saliva. Ansiaba saber qué había al otro lado de aquella puerta, pero su advertencia era lo bastante seria como para pensármelo. Quería conocer al señor Westerley, cierto, y tenía todo el derecho a ello, pero ¿se habría convertido en alguna clase de monstruo tras el terrible ataque de su esposa? ¿Sería capaz de agredirme? Por no hablar de que era muy temprano. ¿No estaría durmiendo?

—Decidase ya, institutriz. No tengo todo el día.

Abrí la boca, casi dispuesta a decir que no, que había cambiado de opinión, pero de pronto recordé algo.

—Hace un momento me ha dicho que podrá volver a su cometido. Y abajo ha insistido en que no es cocinera ni criada.

—Ya —repuso frunciendo el ceño—. ¿Y?

—¿Qué cometido es ése, señora Livermore? ¿Qué cargo desempeña usted aquí?

Vaciló un instante, luego su rostro se relajó un poco, esbozó una leve sonrisa y me asió del brazo con gesto de ternura. Por un momento vi que, a pesar de las apariencias, era una buena mujer. Y que no trataba de impedirme saber, sino que simplemente no estaba segura de que fuera lo mejor para mí.

—¿No lo sabe, muchacha? ¿No se lo ha figurado todavía?

Negué con la cabeza.

—No, dígamelo, por favor.

Ella sonrió y apartó la mano.

—Soy enfermera. Soy la enfermera del señor Westerley.

Por un instante, percibí que había alguien detrás de mí, noté su aliento en la nuca: aquella presencia, espíritu o lo que fuera. Pero esta vez no era la presencia que me había hecho bajar del velocípedo o tratado de defenestrarme, sino una que me brindaba consuelo. Quizá fuera la misma que me salvó. O quizá no eran más que imaginaciones mías.

Asentí y miré la puerta, decidida.

—Por favor, ábrala, señora Livermore. Quiero conocer a mi patrón.

A la hora de almorzar me sentía bastante recuperada.

Los niños estuvieron encantados con no tener clase aquella mañana, pues no me quedó más remedio que cancelarla; tras haber vivido una experiencia tan traumática y angustiada no habría podido concentrarme en los sonetos de Shakespeare o en la diferencia entre una península y una enseada.

Cuando la señora Livermore se hubo marchado —se retiraba a su casita oculta entre los árboles al otro lado de los establos, de donde iba y venía, casi siempre sin que yo la viera—, deambulé por la casa, sintiéndome perdida y desconsolada. Isabella y Eustace estaban fuera, jugando, pero no era capaz de ponerme a leer o a coser o practicar en el pequeño piano que me había aficionado a tocar de un tiempo a esta parte. Rogué que llegara la noche y poder acostarme y dormir, lo que Coleridge había llamado «la gran bendición», y despertar al día siguiente recobrada y con ganas de empezar de nuevo. ¿Sentiría aquella presencia fantasmal que iba y venía a su antojo por la casa? Sin embargo, reinó la calma hasta que sonó el timbre, que me sobresaltó y casi me arrancó un grito.

Ya había caído la tarde. En esos días oscurecía temprano; la niebla había vuelto a cernirse. No oía a los niños, ni los veía por la ventana.

Recorrí el vestíbulo con nerviosismo, inquieta por quién sería. Abrí la puerta, sólo un resquicio, y entonces la vi.

—Señora Toxley —dije, abriendo del todo y relajándome.

Por un instante me extrañó aquella visita, pero entonces recordé que la había invitado yo misma a visitarme esa tarde, aunque lo había olvidado.

—Parece sorprendida de verme —dijo, echando una ojeada nerviosa al porche—. Habíamos quedado hoy, ¿verdad?

—Sí, sí, por supuesto. Cuánto lo siento. ¿Puedo serle franca y decirle que se me ha pasado? Han ocurrido una serie de incidentes perturbadores y me he olvidado.

—Pues volveré cualquier otro día, si es más conveniente —sugirió, dando un paso atrás con cierta expresión de alivio, pero negué con la cabeza y la hice pasar.

—Debe de tener muy mala opinión de mí. ¿Qué clase de persona invita a otra a tomar el té y luego se olvida? Sólo puedo disculparme. —Escudriñé la niebla. Una sombra pasó entre los árboles; parpadeé y desapareció—. No habrá visto a los niños en la avenida, ¿no?

—A Isabella. Caminaba muy decidida con una pelota en las manos, como enfadada. Y he oído a Eustace llamándola a gritos, pero no lo he visto. ¿Va todo bien?

Eché un vistazo al reloj del vestíbulo. Aún podían pasar fuera un rato más.

—Sí, sí.

—Se la ve cansada, señorita Caine —comentó preocupada—. ¿Duerme bien?

—Sí. Pero esta mañana me he levantado muy temprano, es posible que no tenga muy buen aspecto.

—Que alguien le diga a una que parece cansada es lo peor que hay, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Siempre he pensado que es muy grosero, no debería haber dicho nada.

—Vayamos a la cocina. Pondré agua a hervir para el té.

Me siguió, y le cogí el sombrero, el abrigo y los guantes. Luego me tendió un paquetito con un envoltorio precioso.

—Un detallito —dijo.

Lo abrí, emocionada ante su gesto de amabilidad. Al instante me llegó una vaharada de aromas. La señora Toxley había traído pastelillos de pera con canela. Sentí que me fallaban las piernas.

—Los he comprado en el salón de té de la señora Sutcliffe, en el pueblo —explicó—. Los habría hecho yo misma, pero Alex me pidió que ni me acercara al horno, no fuera a envenenar a alguien. Se me da fatal la cocina. Señorita Caine, ¿se encuentra bien?

Asintiendo, me dejé caer en una silla y me llevé las manos a la cara. Casi sin darme cuenta, las lágrimas afloraron y empezaron a deslizarse por mis mejillas.

—Querida —dijo, sentándose a mi lado y rodeándome con un brazo—. ¿Qué le ocurre?

—Lo siento mucho —repuse; traté de sonreír y enjugarme el llanto al mismo tiempo—. No era mi intención incomodarla. Es que asocio el olor a canela con mi difunto padre. Murió hace sólo un mes y pienso mucho en él. Especialmente ahora que las cosas se han puesto tan difíciles aquí.

—Oh, cuánto lo lamento. Es culpa mía. No debería haber traído esos pastelillos.

—¿Cómo iba usted a saberlo? —Me enjuagué las lágrimas y respiré hondo. Sonriendo, añadí—: Bueno, ya está bien de tonterías. Iba a prepararle un té, ¿no?

Me acerqué al fregadero, abrí el grifo y dejé correr el agua un minuto para que quedara libre de sedimentos de las tuberías. Al poner los dedos bajo el chorro, los aparté de inmediato: ¡estaba tan helada como por la mañana!

Una vez sentadas tomando el té, la señora Toxley me pidió que la llamara por su nombre de pila, Madge, y la tuteara. Me apresuré a comerme mi pastelillo de pera, para que el aroma a canela se disipara cuanto antes.

—¿Cómo te van las cosas aquí? —quiso saber.

—Bien, al menos al principio iban bien. Pero por lo visto cada día hay algo nuevo a lo que enfrentarse.

—Sabes ya lo del señor Westerley, ¿verdad? —preguntó al fijarse en mi expresión.

Asentí con la cabeza.

—Me enteré ayer. El señor Raisin me contó lo de la traumática relación con su esposa. Lo he visto antes.

—¿Al señor Raisin?

—No, al señor Westerley.

—¿Que lo has visto? —Abrió los ojos desmesuradamente—. Me dejas perpleja. Pensaba que no... Bueno, creía que no le estaba permitido a nadie.

—No estoy segura de que tuviese permiso para verlo —repuse, encogiéndome de hombros—, si he de serle franca. Digamos que he insistido.

—¿Y cómo estaba? —inquirió. Negué con la cabeza y ella suspiró—. Está ahí arriba, en algún sitio, ¿verdad? Sólo de pensarlo me pongo muy triste. Verás, Alex y yo éramos muy amigos de los Westerley. Comíamos juntos a menudo. Alex y James tiraban al blanco en pareja. Pasamos épocas muy felices.

—¿Conocías bien a su esposa?

—¿A Santina? Sí, claro. Desde hacía años. Nos hicimos amigas cuando James la trajo de España. El viejo Westerley puso el grito en el cielo al saber que una extranjera, y más siendo una don nadie, formaría parte de la familia. Sin embargo, a mí me pareció una chica dulce y muy guapa. Aunque hubo quien sospechó que andaba detrás del dinero.

—¿Y era así?

Madge se echó a reír y negó con la cabeza.

—No ha habido una mujer a quien le importara menos el dinero que a Santina Westerley. Aunque tampoco se oponía a tenerlo, claro. ¿Por qué iba a oponerse? Pero no, no se casó con James por su dinero.

—¿Por amor, entonces?

Madge consideró mis palabras.

—No estoy segura —respondió al cabo—. En aquellos primeros tiempos le tenía cariño, eso sin duda. No; creo que se casó porque le ofrecía una vía de escape. Aun así, el anciano señor Westerley se negó al principio a darle una asignación, estaba convencido de que era una cazafortunas. Pero Santina no tenía un interés particular en lo material. Por ejemplo, no solía comprarse vestidos nuevos; parecía contenta con los que tenía. Ni le gustaban las joyas. James le regaló algunas al principio, cómo no, pero el escote de Santina era de los que lucen más sin adorno alguno. Quizá llevara un colgante de vez en cuando, sólo eso. No, hasta el viejo señor Westerley tuvo que admitir al final que no se había casado con James por intereses económicos.

—¿Y él la quería?

—Ay, sí. Diría que sí. Claro que ambos eran muy jovencitos cuando James volvió de España con su nueva mujer. Pero en aquellos tiempos se los veía muy felices juntos. No fue hasta mucho después cuando ella empezó a parecer... atribulada.

—¿Atribulada? ¿En qué sentido?

Madge vaciló con expresión ceñuda, como buscando las palabras precisas.

—Le había ocurrido algo, estaba claro. Me refiero a cuando era niña.

—El señor Raisin me lo mencionó —repuse, inclinándome hacia ella. Me angustiaba que un adulto pudiera hacer daño a una cría como había dado a entender el abogado—. Es una abominación.

—Sí, pero creí que había dejado atrás esos tiempos, si tal cosa es posible. Estaba convencida de que James y ella encontrarían juntos la paz. Yo defendí su unión contra viento y marea. Y por un tiempo fueron felices. Nadie me convencerá nunca de lo contrario.

Entonces guardamos silencio, limitándonos a dar sorbitos al té, absortas en nuestros pensamientos. Yo pensaba en Santina de niña, en lo que le habría ocurrido para provocarle una psicosis tan perjudicial. Por su parte, Madge sin duda recordaba los tiempos felices en la relación de ambas parejas.

—¿Llevas casada mucho tiempo? —pregunté después.

—Nueve años —repuso sonriendo y asintiendo con la cabeza—. Alex y yo nos conocimos cuando mi hermano lo trajo a casa un fin de semana. Estudiaban juntos en la universidad y habían hecho buenas migas desde el principio. Yo tenía sólo dieciséis cuando lo vi por primera vez, y él tres años más, así que, como es natural...

—Te enamoraste de él —sonreí a mi vez.

—No, qué va, me pareció odioso —repuso ella, riendo—. Ay, no pongas esa cara, Eliza, no me duró mucho. Aquel primer fin de semana se burló terriblemente de mí, ¿sabes? Me dijo cosas muy desagradables y yo le pagué con la misma moneda. Una noche, mi madre me comentó que tendría que sentarnos separados en la cena para evitar que nos lanzáramos tantas ofensas. Todo era una farsa, por supuesto. Poco después me escribió para disculparse por haber sido tan desconsiderado.

—¿Y te explicó por qué?

—En su carta decía que, cuando me vio por primera vez, supo que sería incapaz de pasarse el fin de semana haciendo lo que de verdad deseaba: lograr que me volviera loca por él. Así que decidió empeñarse en que lo despreciara. Como es natural, le contesté que jamás en mi vida había conocido a nadie tan vulgar, fanfarrón, despreciable, desagradable, grosero y maleducado, y que si se le ocurría pasar con nosotros otros dos días, yo no querría tener ningún contacto con él. Cuando apareció el fin de semana con flores y un volumen de los poemas de Keats, le confesé que lo que decía en mi carta era mentira y que no paraba de pensar en él.

Me sorprendió que fuera tan abierta, que estuviera tan dispuesta a contarme su noviazgo, pero advertí que disfrutaba al evocarlo.

—Al cabo de menos de un año ya estábamos casados. Tuve mucha suerte. Es

un hombre estupendo. Bueno, ¿qué me dices de ti, Eliza? ¿Tienes algún pretendiente esperándote en Londres?

Me ruboricé y negué con la cabeza.

—Creo que no soy exactamente lo que busca un joven.

Debo decir en favor de Madge Toxley que no me contradijo, pues tenía la prueba de mis palabras ante sus ojos. Madge era una belleza capaz de hacer que un hombre como Alex Toxley se enamorara locamente de ella de inmediato; yo no.

—Bueno —dijo, revolviéndose inquieta en la silla—, quién sabe qué puede depararte el futuro. —Y cambiando bruscamente de tema, añadió—: Dime, ¿qué tal está? Me refiero a James. ¿Está bien?

—No.

—Ya, claro que no —repuso, sonrojándose un poco—. Por supuesto que no lo está. Quería decir... ¿cómo se las apaña? ¿Sabes que se niega a vernos? El año pasado, Alex se llevó un disgusto tremendo. Cuando James volvió del hospital, trató de verlo una y otra vez, en vano. Le escribió cartas, habló con los médicos. Cuando la señora Livermore empezó a ocuparse de él, Alex vino a verla y ella le prometió que haría cuanto pudiera, pero por lo visto James se muestra categórico. No quiere visitas.

—Querida —dije, posando una mano en la suya—, la verdad es que no creo que se percatara siquiera de vuestra presencia.

—¿Qué quieres decir? —inquirió mirándome.

—El hombre al que he visto esta mañana (y uso la palabra « hombre » con mucha cautela, pues de tal le queda muy poco) está... bueno, no sé cómo sobrevivió al ataque. Tiene la cara destrozada... Perdona, Madge, no deseo angustiarte, pero cuesta reconocer en él a un ser humano.

Se llevó una mano a la boca, pero no lamenté haberlo descrito así. Yo me había ganado el derecho a conocer la verdad sobre el señor Westerley y era una completa extraña para él, mientras que Madge y su marido eran viejos amigos suyos. Si Madge creía que estaba sentado en la cama dando órdenes sobre quién lo visitaba o no, y se sentía dolida por la exclusión, merecía conocer la verdad.

—¿Sigo o prefieres que no? —quise saber—. ¿Es demasiado terrible?

—Lo es, pero quiero saber. Y diría que Alex también. Por favor, cuéntamelo todo.

—Lo que hay ahí tendido —expliqué, soltando un suspiro— es poco más que una masa humana informe. La piel de medio rostro ha desaparecido y asoman huesos y cartilagos. Según me cuenta la señora Livermore, le cambia los vendajes tres veces al día para evitar infecciones. No tiene dientes. La boca está siempre abierta y le falta el aliento. Hace un ruido espantoso al respirar, Madge, como un perro moribundo. Y el resto... bueno, no le he visto el cuerpo, por supuesto, pues está cubierto por las mantas, pero nunca volverá a caminar, no

hay duda. Apenas puede mover los brazos. Para mí sería un hombre muerto si no fuera porque el corazón aún late. Es una blasfemia, lo sé, pero para ese pobre hombre habría sido mejor morir en el ataque que sobrevivir. —Y con una risa breve y amarga, repetí—: ¡Sobrevivir! Como si eso fuera supervivencia.

Madge Toxley palideció visiblemente. Advertí que estaba al borde de las lágrimas, pero era una mujer fuerte, como me pareció intuir el día que la había visto en el andén, de manera que se limitó a respirar hondo y asentir con la cabeza.

—No sé qué decir, Eliza. De verdad. Todavía me asombra que Santina pudiese hacer algo así.

—¿Estabas aquí la noche en que pasó?

—Un poco después, sí. No vi el cuerpo de la señorita Tomlin, tampoco a James. Alex estaba atendiéndolo. Pero sí vi a Santina cuando se la llevaba la policía. Había... tenía sangre en la cara. Y en la pechera del vestido. Fue espantoso.

—¿Hablaste con ella?

—Un poco. En aquel momento yo no sabía qué había pasado. Suponía que alguien había entrado por la fuerza en la casa, que quizá los Westerley habían sorprendido a un ladrón y la situación había acabado con gran violencia, de la que sólo Santina había salido ilesa. No se me ocurrió ni por un instante que ella fuese la agresora.

—¿Y cómo la viste?

Madge pareció concentrarse.

—Serena —contestó finalmente—. Relajada. Como alguien que por fin cumple con algo que lleva mucho tiempo planeando. Como salida de otro mundo, no sé si me explico. Más que una mujer, se me antojó un espíritu, alguien irreal.

—¿Y volviste a verla?

—Varias veces. En el juicio, por supuesto. Me llamaron como testigo, al igual que a Alex, para que opinara sobre su personalidad y las actividades algo insólitas que llevó a cabo en la época que precedió al crimen. Y luego otra vez cuando se dictó sentencia. Y en una ocasión más, la mañana en que la ahorcaron. No le conté a Alex que iba a verla. No lo habría entendido. Fueron días muy traumáticos para nosotros. Todavía no lo hemos superado del todo. Si te confío lo que pasó, ¿podré contar con tu absoluta discreción? No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—Te lo prometo. Pero necesito saberlo. Porque lo cierto es que siento su presencia aquí, en esta casa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Madge mirándome con extrañeza y arrellanándose un poco en el asiento.

—¿Crees en el más allá?

—Creo en Dios, si te refieres a eso. Y en el Juicio Final.

—¿Y crees en el cielo y el infierno?

—Por supuesto.

—¿Y si un alma abandona esta vida pero no está ni en el cielo ni en el infierno? —pregunté, consciente de lo ridícula que sonaba, pero con la necesidad expresarme así—. ¿Y si se queda aquí? —Me miró y tragó saliva, sin saber qué responder. Añadí—: Has dicho que la viste una última vez. ¿Cuándo fue, en la prisión?

—Sí, la mañana en que iban a ahorcarla. Pese a todo lo ocurrido, pensé que Santina tenía que ver una cara amiga aquel día. De modo que fui a visitarla. No se lo dije a nadie. Le menté a Alex, cosa que no había hecho ni he vuelto a hacer nunca.

—¿Y qué pasó? ¿Qué hizo ella? ¿Qué dijo?

—Nunca lo olvidaré —repuso desviando la mirada—. El recuerdo todavía me despierta algunas noches. Me condujeron a una habitación apartada, donde...

—Eliza Caine.

Di un respingo y Madge se llevó un buen susto. Ambas nos volvimos y descubrimos a Isabella y Eustace de pie en el umbral.

—¡Niños! —exclamé, furiosa al percatarme de que habían estado espiondo. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Cuánto habrían oído?—. ¿Qué hacéis aquí?

—Eustace se ha hecho daño —dijo Isabella.

El niño dio un paso adelante y le vi un corte en la rodilla; no parecía profundo, pero sangraba.

—Se ha caído en la gravilla —añadió la niña.

—No me he caído —repuso Eustace, con la mandíbula temblorosa por contener las lágrimas—. Me he llevado una sorpresa, nada más. El viejo me ha dado un susto; nunca lo había visto ahí fuera.

—Siéntate, Eustace —le pedí, y Madge se levantó y lo instaló en su silla—. Tengo que lavarte esa herida. Vas a ser un niño valiente, ¿verdad?

—Lo intentaré —contestó, sorbiendo por la nariz.

Madge se sentó a su lado y le rodeó los hombros con un brazo. Su presencia pareció consolarlo. Supuse que la conocía de toda la vida. Fui al fregadero, puse el tapón y abrí el grifo, para que fuera llenándose mientras iba a la antecocina por un trapo limpio. Enseguida volví y cerré el grifo para empapar el trapo en el fregadero a fin de lavar la herida con agua fría. Metí las manos hasta más arriba de las muñecas. Todavía recuerdo la extraña sensación que experimenté: por un instante, una fracción de segundo, sentí que pasaba algo raro, que el agua no estaba tan helada como había esperado. Pero apenas pude haberlo pensado una milésima de segundo, porque acto seguido empecé a chillar y dar alaridos. Saqué las manos y caí atrás, haciendo aspavientos en el aire con mis manos escaldadas, con la piel ya roja, a punto de cubrirse de ampollas y las uñas blancas contra la piel escarlata. El agua estaba hirviendo; el mismo grifo por el que sólo salía

helada había llenado el fregadero de agua lo bastante caliente para casi arrancarme la piel antes de poder curar la herida del niño. Mis gritos sonaron terroríficos incluso a mis propios oídos. Vi a Isabella llevándose las manos a las orejas, a Eustace mirándome con ojos desorbitados y boquiabierto y a Madge levantarse de la silla y correr hacia mí.

Sin embargo, pese al tremendo dolor y a la certeza de que no haría sino empeorar en las horas y los días siguientes, una pequeña parte de mi cerebro se disoció de aquella terrible agonía y se centró en una simple frase de Eustace, frase que repetí mentalmente una y otra vez, preguntándome qué significaba.

« El viejo me ha dado un susto; nunca lo había visto ahí fuera » .

Decidí que los niños y yo pasaríamos un día fuera de Gaudlin Hall. Me resultaba sofocante el peso de tantos secretos, secretos que sólo se me habían desvelado cuando se los había sonsacado a uno de los lugareños. Ahora entendía por qué la anterior institutriz, la señorita Bennet, había usado una táctica tan poco honesta para encontrar sustituta. Supuse que también ella habría averiguado el destino de sus cuatro infortunadas predecesoras y no pudo soportar quedarse. Lo que ignoraba era si habría sufrido tantos «accidentes» como yo. En mis momentos más bajos, estaba tentada a hacer exactamente lo mismo que ella: poner un anuncio en el periódico, utilizar mi inicial en lugar del nombre de pila para que me tomaran por el señor de la casa y dar con alguien que me liberase de esa carga. Seguro que habría numerosas jóvenes deseosas de cambiar sus circunstancias. Al igual que la señorita Bennet, podía hallarme lejos de Gaudlin en el término de una semana si la suerte estaba de mi parte.

Sólo una cosa me lo impedía: los niños. O para ser más exacta, Eustace. Desde el momento en que había descubierto que habían dejado que los pequeños Westerley se las apañaran solos, sentí la acuciante necesidad de cuidar de ellos. Necesidad que había crecido a medida que los conocía, y en el caso de Eustace empezaba a parecerse al amor, pues era un niño adorable, siempre con la sonrisa o el precoz comentario prestos; un niño claramente preocupado por lo que ocurría en torno a él y al que le costaba entender la situación tanto como a mí. Isabella era un caso más difícil. Se mostraba poco amistosa conmigo y desconfiada, aunque siempre educada. Nunca bajaba la guardia —quizá lo hubiera hecho en el pasado y había quedado decepcionada—, de manera que no me sentía tan cercana a ella como a su hermano, lo que provocaba a veces algunas tensiones.

En tales ocasiones, pensaba en cuán diferente habría sido mi vida de no haber muerto mi hermana Mary al poco de nacer. ¿Acaso mi actitud protectora hacia los niños, no sólo hacia los Westerley sino también hacia las niñas a mi cargo en St. Elizabeth, era el resultado de haber perdido una hermana? No me gustaba darle vueltas, pero a veces ese pensamiento me asaltaba. La voccecita de una carencia que no podía acallar.

Mis manos empezaron a curarse y la señora Livermore —supongo que debería llamarla enfermera Livermore— me ayudó a quitarme los gruesos vendajes una semana después de que me los hubiera puesto el doctor Toxley. La observé proceder con el corazón en un puño, temiendo lo que hallaría debajo. Cuando hubo acabado la miré y, aunque trató de disimular, esbozó una mueca; su expresión dio a entender que había visto cosas desagradables antes y aquélla era de las peores.

—¿Qué aspecto tienen? —quise saber, temiendo bajar la vista.

Pero la delicadeza no era lo suyo.

—Tiene ojos en la cara, institutriz —refunfuñó—, véalo por sí misma.

Cerré los ojos un instante, respiré hondo y miré. La piel estaba en carne viva tras una semana cubierta por las prietas vendas y amarillenta por los restos del bálsamo que el médico había aplicado. Supe que con el tiempo mejoraría, pero que las cicatrices, las estrías profundas e inflamadas color escarlata, nunca desaparecerían. Eran quemaduras demasiado severas. Serían las cicatrices de mi estancia en Gaudlin. La presencia, pues así la definía para entonces, aquella extraña presencia que se oponía a que yo estuviera allí, me había escaldado hasta desfigurarme de por vida. Traté de flexionar los dedos y, para mi alivio, lo conseguí, pero con gran dolor. Al menos aún tenía sensibilidad, aunque doliera.

—Las dejaremos estar por ahora —declaró la señora Livermore, dirigiéndose al fregadero para lavar los vendajes—. Que se aireen un poco, no tardarán en atenuarse.

Como es natural, en aquellos momentos tenía bastante a la presencia. Me había hecho caer a mi vuelta a la casa con el velocípedo, me había arrojado por la ventana de mi habitación, me había escaldado las manos con agua hirviendo. También la creía responsable de que casi me arrollara el tren el día de mi llegada a Norfolk. La presencia sabía quién era yo. Quizá había seguido a la señorita Bennet a la estación, me había reconocido como su sustituta y había decidido librarse de mí antes de que llegara a Gaudlin. Sí, admito que le tenía miedo, pero no podía dejarme arrear.

Y nunca permitiría que hiciese daño a los niños, aunque ésa no parecía su intención.

El doctor Toxley había enviado un tarro con una espesa pomada blanca que debía aplicarme suavemente cada seis horas durante una semana. Me sentí agradecida por aquel detalle, pues aliviaba en algo los ardientes dolores que me asaltaban cada pocos minutos. Fue un par de días después cuando, encontrándome algo mejor, se me ocurrió salir de excursión.

—Se supone que no debemos salir de aquí —dijo Isabella.

Los niños estaban acabando de desayunar y les había contado mis planes. Isabella se había traído a la mesa un ejemplar de *El progreso del peregrino* de Bunyan, un libro extraordinario para alguien tan joven. El año anterior yo había tratado de leerlo, pero me había resultado terriblemente aburrido.

—Tenemos que quedarnos aquí, en la casa —insistió la niña.

—¡Nunca había oído nada tan tonto! —exclamé mientras me tomaba el té, sin volverme hacia ella—. ¿Quién ha dicho tal cosa?

Isabella se volvió otra vez y siguió masticando su tostada, sin contestar y meditabunda. Oí cómo *Pepper* arañaba la puerta; luego soltó unos gañidos y salió corriendo.

—Estar encerrado entre estas paredes todo el día no es saludable —añadí—.

Un poco de aire fresco obra maravillas en el ánimo.

—Salimos fuera a jugar —protestó Eustace.

—Sí, claro, pero siempre aquí, en el jardín de la casa. ¿No os apetece un cambio de paisaje?

—No —contestó Isabella.

—Pues sí —repuso Eustace al mismo tiempo, ganándose una mirada furibunda de su hermana que lo hizo encogerse en el asiento. Y sin dirigirse a nadie en particular, insistió—: Bueno, pues a mí sí.

—Hoy no haremos clase —concluí con firmeza, decidida a resolver yo la cuestión—. Haremos una salida de estudio que puede resultar muy educativa. En Londres, a final de curso siempre llevaba a mis niñas a la Cámara de los Comunes, y en una ocasión hasta nos dejaron ver la galería abierta al público.

—¿Una salida de estudio adónde? —preguntó Isabella con suspicacia.

—Al pueblo, supongo —dijo Eustace con expresión aburrida.

—Dios mío, no —repuse—. Si no hacemos más que ver el pueblo. ¿Y si le pido al señor Heckling que nos lleve en carruaje hasta Norwich? Llegaríamos en menos de dos horas y podríamos pasar la tarde allí, disfrutando de la ciudad.

—¿Qué hay en Norwich? —quiso saber el niño.

—Seguro que muchas cosas. —Nunca había estado allí, excepto de paso, cuando había llegado a la estación—. Habrá tiendas y zonas de columpios. Y quizá un par de museos. La ciudad posee una magnífica catedral, según leí en un libro de la biblioteca de vuestro padre.

Isabella se volvió hacia mí y entornó los ojos. Me sentí algo cohibida. Quizá no quería que utilizara la biblioteca. O no le gustaba que hablara de su padre. Lo cierto es que él era precisamente otra de las razones por las que ansiaba salir por un día. Por mucha compasión que sintiera por el pobre hombre, quien sin duda merecía el alivio de una muerte en paz para poner fin a su espantoso confinamiento en lo alto de la casa, me causaba cierta repulsión saber que estaba allí, luchando por respirar y alimentarse, con todas sus necesidades atendidas por la señora Livermore. Era una crueldad por mi parte, pero yo era joven. Habría preferido que estuviera en el hospital y no en la misma casa que yo, aunque fuera la suya propia. Me parecía anómalo que allí viviéramos cuatro personas y sólo nos viéramos tres.

—También hay un castillo —proseguí—. Guillermo el Conquistador mandó construirlo en el siglo XI. Podríamos divertirnos un poco por allí y considerarlo una clase de historia. Eso te gustaría, ¿verdad, Eustace?

El niño reflexionó.

—Sí —contestó por fin, asintiendo—, mucho.

—Entonces, no se hable más.

—Se supone que debemos quedarnos aquí —repitió Isabella.

—Bueno, pues no vamos a quedarnos —insistí, poniéndome en pie para

recoger la mesa del desayuno—. Así que preparaos mientras hablo con Heckling.

Sentí que la niña me fulminaba con la mirada, pero decidida a no volverme miré por la ventana hacia el jardín, donde apareció un zorro entre los árboles, miró en torno y se internó furtivamente en un matorral. Sentí de nuevo aquella presencia detrás de mí, un peso que me presionaba la espalda, muy suavemente al principio y luego con fuerza creciente, como unos nudillos que me masajearan los músculos. Al volverme en redondo, se esfumó al instante. Tragué saliva y observé a los niños tratando de sonreír, fingiendo normalidad.

—Bueno, pues pongámonos en marcha —dije.

—Si tenemos que ir a algún sitio —terció Isabella—, me gustaría conocer Great Yarmouth. Pero sólo si tuviéramos que ir.

—¿Great Yarmouth? —repliqué, sorprendida ante aquella muestra de interés—. ¿Por qué allí precisamente?

—Tiene playas —respondió, encogiéndose de hombros—. Podríamos hacer castillos de arena. Siempre he querido ir pero nunca he podido. La señorita Bennet dijo que nos llevaría y no lo hizo. Nos mintió.

Reflexioné. Great Yarmouth era uno de los sitios que había considerado para nuestra excursión, pero había elegido Norwich porque pensaba que a los niños les gustaría ver los escaparates de las tiendas. Pero ahora que Isabella mostraba interés, me pareció bien.

—Muy bien. Supongo que es un sitio tan bueno como cualquier otro.

—Pero ¿y el castillo? —protestó Eustace, decepcionado.

—Otro día, otro día. Tenemos muchísimo tiempo por delante. Podríamos ir a Norwich la semana que viene, por ejemplo. Por hoy sigamos la sugerencia de Isabella y visitemos Great Yarmouth.

Y eso hicimos. Heckling nos llevó a la estación de Thorpe, para hacer en tren el corto trayecto de menos de cuarenta minutos. Pasamos por Brundall y Lingwood, dejando atrás los campos verdes a toda velocidad, experiencia que me pareció muy relajante. Cuando una madre joven con dos niños pequeños subió a nuestro vagón en Acle, pensé que igual podría disfrutar de un poco de conversación adulta, para variar. Pero en cuanto se cerraron las puertas, los dos, niño y niña y creo que gemelos, empezaron a llorar sin motivo aparente. Isabella y Eustace los miraban fijamente mientras la madre trataba en vano de consolarlos; se callaron cuando la madre se levantó y salió con ambos del vagón. Agradecí verlos marchar y el silencio.

En realidad, resultaba agradable arrellanarse en el asiento y no tener que conversar con nadie. Disfrutábamos de un vagón para nosotros. Los niños se entretenían con un juego de mesa que habían traído, mientras yo miraba por la ventanilla o hacía incursiones ocasionales en *Vida y extraordinarias aventuras de Robinson Crusoe*, del señor Defoe, libro que, arriesgándome a la desaprobación de Isabella, había tomado prestado de la biblioteca de su padre.

Era un día radiante y soleado; de hecho, cuanto más nos alejábamos de Gaudlin, más templado se volvía el clima. Al bajar en el andén de Great Yarmouth, respiré hondo el aire fresco. No había advertido lo sofocante que resultaba Gaudlin hasta hallarme lejos. Resolví que, a nuestro regreso, pediría al cochero que a partir de ahora abriera unas cuantas ventanas durante el día. (Desde el incidente en mi dormitorio, me asustaba un poco abrirlas por mí misma y ni me acercaba a ellas.) Los niños también parecían contentos con la excursión; el humor de Isabella había mejorado visiblemente y charlaba sin tapujos, mientras que Eustace, con la mirada fija en la playa y el mar, no parecía desear más que correr y correr hasta agotarse, como un perro habituado a su casa y la correa al que sueltan de pronto en el monte y disfruta de la emoción de trepar por las rocas gozando de su libertad.

—Tenemos que agradeceréte a ti, Isabella —comenté cuando caminábamos hacia la playa y cruzamos una valla de madera para internarnos en las dunas—. ¿Quién querría estar en la sofocante y vieja Norwich pudiendo estar aquí?

—Ann Williams siempre hablaba de Great Yarmouth —contestó ella quitándose los zapatos y hundiendo los pies en la arena.

Eustace la imitó instantes después. Recogí sus zapatos y calcetines y los metí en mi bolsa de viaje.

—Tuvo una infancia muy feliz, Ann Williams, o eso nos contó. Las infancias felices parecen cosa de libros, ¿no cree? No pasan en la vida real.

—¿Ann Williams? —El nombre no me sonaba de nada—. ¿Quién es? ¿Una amiga tuya?

—No, yo no tengo amigas, se habrá dado cuenta y a, Eliza Caine.

Miré hacia otro lado, sin saber qué responder.

—Ann Williams fue la tercera institutriz, después de la señorita Golding, pero antes de la señorita Harkness.

—Ah, ya.

—Ann Williams me caía bien —comentó Isabella mirando hacia el mar y, con el rostro iluminado por una vez, añadió—: ¡Qué azul se ve! Y las olas parecen tan apetecibles, que creo que me bañaré.

—La señorita Williams siempre jugaba al escondite conmigo —susurró Eustace tironeándome de la manga—. Se tapaba los ojos, contaba hasta cincuenta y venía a buscarme. Pero nunca me encontraba, claro. Me escondo muy bien.

—No lo dudo —repuse, ansiosa por cambiar de tema.

Todavía tenía que llegar al fondo de la cuestión de las otras institutrices. Sabía que debía volver al despacho del señor Raisin, pero ya no sentía la urgencia de un par de semanas atrás y había ido postergándolo. No estaba segura de querer saberlo todo, aunque me diera la impresión de que era mi deber.

—Me he traído el bañador —dijo Isabella—. ¿Puedo bañarme?

—¿Por qué no? ¿Y tú, Eustace? ¿Te apetece darte un baño?

El crío negó con la cabeza y se acercó más a mí.

—A Eustace no le gusta el agua —explicó su hermana—. A mí sí, siempre me ha gustado. Mi madre solía decir que en otro tiempo fui una sirena.

La miré y advertí que palidecía un poco. Isabella jamás mencionaba a sus padres. Tragó saliva y desvió la vista, segura de que yo la escrutaba y sin querer mirarme a los ojos.

—Me cambiaré en las dunas —anunció, y salió a la carrera—. ¡Vuelvo enseguida!

Eustace y yo caminamos un poco para dejarle privacidad y nos sentamos en una bonita franja de arena blanca para verla nadar. Estar allí con el sol en la cara y respirando aire límpido era como estar en el paraíso. Podíamos ir a la playa todos los días, daba igual el tiempo que hiciera. Lavarnos la mancha de Gaudlin Hall.

Entonces Isabella pasó corriendo en traje de baño y tuve una visión de cómo sería una década después, con la edad que yo tenía entonces. Sería muy distinta a mí, por supuesto, pues ya estaba convirtiéndose en una belleza, lo que yo no era. Supuse que tendría muchos jóvenes pretendientes y rompería varios corazones antes de encontrar al que fuera de su agrado. Seguro que sería un joven muy especial quien supiera ganarse y conservar su afecto.

—Se está bien aquí, ¿verdad? —comenté, y Eustace asintió—. ¿Tú nunca te bañas?

—Lo intenté una vez, de pequeñito. Pero no pude. Me daba miedo no tener suelo bajo los pies.

—Nadar no es tan difícil, sólo hace falta confianza. Flotamos por naturaleza, ¿sabes? —Por su mirada, me di cuenta de que no me entendía, de modo que expliqué—: No nos hundimos por nosotros mismos. Ya sé que muchos adultos aseguran que no saben nadar, pero ¿sabes que si tirases un bebé al mar flotaría sin dificultades?

—¿Por qué iba a tirar alguien un bebé al mar? —quiso saber, horrorizado ante tal idea.

—Bueno, tampoco abogo por eso, sólo quiero decir que, antes de que aprendamos a tener miedo de las cosas, nuestros cuerpos saben hacerlas. Es uno de los aspectos más decepcionantes de hacerse mayor. Tenemos más miedo y podemos hacer menos cosas.

Reflexionó un instante, pero luego negó con la cabeza, como si fuera demasiado complicado. Cogió sendos puñados de arena y poco a poco la dejó caer sobre las piernas desnudas; siguió hasta cubririrlas por completo y después las levantó despacio, como monstruos que emergieran de una ciénaga. Lo repitió varias veces, disfrutando, porque sonreía sin parar.

—Me alegra que dispongamos de este ratito juntos, Eustace —dije al poco—.

Quisiera comentarte algo.

Aunque no se volvió ni dejó de jugar, noté que me escuchaba. No sabía cómo expresar lo que llevaba varios días rondándome por la cabeza, a la espera de una oportunidad para abordarlo.

—¿Te acuerdas de cuando me quemé las manos? —pregunté. No dijo nada, pero tomé su silencio por una afirmación—. Hiciste entonces un comentario sobre un viejo.

—¿Sí? —repuso con inocencia.

—Sí, Eustace. Lo hiciste. Al volver a casa después de haberte lastimado la rodilla.

—Me caí —contestó, recordándolo, y levantó la pierna derecha para examinar el sitio de la herida ya curada.

—Eso es, te caíste. Porque viste a un hombre viejo.

Respiró tan fuerte por la nariz que me sobresaltó. Titubeé. Si no quería hablar, quizá no debía presionarlo. Sin embargo, decidí que estaba allí para cuidar de aquellos niños, para velar por su bienestar, y necesitaba saber si algo lo había alterado.

—Eustace, ¿me estás escuchando?

—Sí —repuso en voz baja.

—Háblame de ese hombre. ¿Dónde lo viste?

—Estaba de pie en la avenida. Donde empieza, entre los dos robles grandes.

—¿Había entrado en la finca desde el otro lado de los árboles?

—No, no creo. Me parece que estaba simplemente ahí, en la avenida.

—¿Y lo reconociste? —inquirí, extrañada.

—No. Bueno... sí, lo había visto antes, quiero decir, pero no sé quién es.

—O sea, ¿que no es del pueblo?

—Igual sí —repuso él encogiéndose de hombros—. No lo sé.

—A lo mejor es un amigo del señor Heckling, ¿no?

—A lo mejor.

—¿Y qué te dijo? Aquel viejo... ¿dijo algo que te inquietó?

Eustace negó con la cabeza.

—Nada. Sólo me miraba, nada más. O al menos creí que me miraba, pero cuando me fijé, advertí que... ¡Oh, mire! Isabella nos está saludando.

Miré hacia el mar y, en efecto, la niña agitaba la mano. Saludé a mi vez, pensando que debería vigilarla más de cerca. Pero cuando la vi bajar la mano e internarse más en las olas, dejando una estela perfectamente recta, comprendí que era buena nadadora —quizá su madre había estado en lo cierto— y que no tendría dificultades en el agua.

—¿Qué pasó cuando te fijaste en él, Eustace? —insistí volviéndome hacia el niño.

Se levantó, se sacudió la arena de las piernas y me miró alarmado.

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué no?

Volví a soltar un bufido. Sin duda el asunto lo ponía nervioso, de modo que era necesario que insistiera.

—Si no te miraba a ti —continuó—, ¿a quién miraba? ¿Observaba la casa? Quizá fuera un ladrón.

—No, no era eso. Ya le he dicho que era un viejo.

—Bueno, ¿y qué clase de viejo? ¿Qué aspecto tenía?

—Como cualquier viejo. No muy alto, un poco encorvado. Llevaba barba.

Suspiré. Aquella descripción encajaba con todos los viejos que había visto en mi vida.

—Eustace —dije, poniéndole las manos en los hombros. Al alzar la vista hacia mí, vi que le temblaba la barbilla y se le humedecían los ojos—. ¿A quién miraba ese hombre?

—No había nadie más —contestó por fin—. Sólo Isabella y yo. Pero el hombre miraba más allá de nosotros y dijo que ella debía marcharse.

—¿Quién?

—¡No lo sé! —exclamó el niño—. Sólo dijo que ella debía marcharse, que no hacía falta allí.

Fruncí el ceño. Montañas de explicaciones plausibles se agolparon en mi mente, pero la más curiosa fue la posibilidad de que aquel viejo, quienquiera que fuese, pudiera haber hablado a la presencia. Que viera al espíritu con su forma humana. Pero si él podía, ¿por qué yo no?

—Eustace. Si vuelves a ver a ese hombre, o si notas a tu alrededor... no sé cómo decirlo... a alguien o algo que no reconoces, entonces quiero que me lo...

—Mire —interrumpió él señalando a lo lejos, donde una forma oscura parecía acercarse.

Miré hacia la orilla y vi a Isabella nadando, ya más cerca de la playa. Luego centré la vista en aquello que se acercaba donde señalaba Eustace.

—Es un perro —dijo el niño en voz baja instantes después—. Quiere atacarnos.

Desconcertada, comprobé que en efecto el perro corría derecho hacia nosotros. Me volví, por si su dueño se hallaba en la playa detrás de nosotros, llamándolo; pero no, nos encontrábamos solos. Inquieta, sentí el impulso de dar la vuelta y volver al camino, pero sabía que huir corriendo de un perro que se dispone a atacar sólo sirve para azuzarlo. Era mejor tratar de congraciarnos con él, para que supiera que no pretendíamos hacerle ningún daño.

Cuando pude verle bien, parecía un animal de pesadilla. Negro como la noche, de su boca colgaba una lengua color rosa brillante. Empezó a ladrar con tal ferocidad que el corazón se me desbocó.

—No corras, Eustace —susurré, rodeándole los hombros en gesto protector

—. Por lo que más quieras, no corras. No nos hará nada si te quedas muy quieto.

—No quiere morderme a mí —contestó con voz tranquila, y lo miré, pero el niño miraba al perro.

Entonces advertí que Isabella salía del agua alisándose el traje de baño y nos observaba.

El animal llegó donde estábamos. Se detuvo ante nosotros, profiriendo un amenazador gruñido sordo. Le caían estalactitas de baba.

—Buen chico —dije en tono tranquilizador—. Buen perro.

Tendí una mano para darle unas palmaditas, pero volvió a ladrar con tal furia que retiré mi pobre mano quemada y aferré a Eustace. Dicho gesto pareció enfurecerlo más, pues volvió a babear y soltar gañidos, y luego ladridos tan feroces que fui presa del pánico. Arremetió contra nosotros, aunque sin saltar todavía sobre mí. Eustace y yo nos separamos y él quedó entre los dos, haciendo caso omiso del niño y centrando su oscura rabia en mí.

—Por favor... —rogué, sintiéndome ridícula por tratar de razonar con un perro enfurecido, pero ¿qué otra cosa podía hacer que pedirle tranquilidad?—. Por favor...

Cuando lo vi rascar la arena con la pezuña izquierda y luego agazaparse y bajar la cabeza, sin quitarme la vista de encima, supe que había llegado el momento. Disponía de unos segundos antes de que se abalanzara sobre mí, pues entonces ya no tendría elección. Sería una lucha a vida o muerte. Musité una plegaria y planté bien los pies, lista para defenderme.

—¡Lárgate! —gritó una voz salida de la nada. Y de pronto, ante mi desconcierto, Isabella estaba entre el perro y yo—. Vete, ¿me oyes? ¡Fuera de aquí!

El animal retrocedió un poco, con un gañido de protesta, pero la niña no estaba dispuesta a que cuestionara sus órdenes.

—Vete de aquí. ¿No me has oído?

El perro se volvió en redondo y, vencido, se alejó trotando, ahora como la viva imagen de una mascota obediente. Atónita, me desplomé en la arena. Isabella, volviéndose hacia mí con expresión de desprecio, me dijo:

—No me diga que le asustan los perros... Sólo han de saber quién manda, nada más.

Hasta después del almuerzo no conseguí recobrar me del todo. El incidente del perro me había impresionado sobremedida, aunque no así a los niños. Eustace, pese a haber estado presente durante el episodio, no parecía nada alterado.

—Sólo era un perro y no quería morderme a mí —me respondió cuando le pregunté al respecto.

A esas alturas, yo pensaba lo mismo. El perro no había pretendido atacarle a él, sino a mí.

En cualquier caso, los hermanos parecían estar disfrutando de la excursión. Isabella estaba muy relajada después del baño y más animada que nunca.

—Deberíamos volver otro día —dijo mientras daba brincos en torno a mí en plena calle, comportándose por una vez como una niña—. Es un sitio maravilloso.

—Tal vez. Aunque seguro que hay otros sitios estupendos en Norfolk. No hace falta que vengamos aquí siempre. Pero tienes razón, sienta bien salir un poco.

—Gracias por traernos —dijo, y me dedicó una sonrisa que me dejó perpleja; y dirigiéndose a su hermano, añadió—: Eustace, dile a Eliza Caine cuánto se lo agradeces.

—Mucho —contestó el niño, que se hallaba un poco absorto en sus pensamientos; quizá cansado por las emociones del día.

—¿Estás un poco adormilado, Eustace? —le pregunté, apartándole el cabello de los ojos—. Supongo que es el aire marino y el pescado que hemos comido. Me parece que esta noche dormiremos bien. —Consulté el reloj—. Deberíamos ir volviendo a la estación. Le dije a Heckling que estaríamos de vuelta en Thorpe a las cinco.

—Ay, ¿tan pronto? —se quejó Isabella—. ¿No podemos quedarnos un ratito más?

—Un poco más sí. Pero no mucho. ¿Qué hacemos? ¿Damos un paseo?

—Quiero ver la iglesia —declaró la niña señalando una pequeña aguja a lo lejos.

Arqué una ceja, sorprendida.

—Creía que no te gustaban.

—No me gusta ir a misa, pero visitarlas sí. Si están vacías, claro. Si no hay servicio religioso. Y a usted también le gustan, ¿no, Eliza Caine? Después de todo, quería visitar la catedral de Norwich.

—Sí, me gustan —admití—. Bueno, pues vayamos a echarle un vistazo. Pero no nos quedaremos mucho. Si queremos coger el tren de las cuatro no podemos entretenernos demasiado.

Isabella asintió y emprendimos la marcha en silencio, los tres felices de poder sumirnos en nuestros pensamientos. Siempre me habían gustado las iglesias. Mi padre era en cierto modo un hombre religioso, y de niña me llevaba

a la misa dominical. Pero de vez en cuando, en lugar de a nuestra parroquia, íbamos a alguna iglesia que, según había oído, tenía un estilo muy ornamentado, una acústica excelente para el coro, un detalle arquitectónico extraordinario o frisos en las paredes. De niña disfrutaba con aquellas expediciones; entre los muros de una iglesia reinaban una paz y un misterio que me encantaban. La de Great Yarmouth no era una excepción. Debía de tener un par de siglos pero se conservaba en buen estado y era una obra maestra de la mampostería, con techos muy altos y bancos de madera laboriosamente tallados. Alcé la mirada para admirar una bonita representación en el techo del Señor en los cielos, rodeado por ángeles que lo contemplaban sobrecogidos. Junto a ÉL, observando la escena con una curiosa expresión que sugería más dominio que amor, se hallaba su madre, María. La observé con interés, preguntándome en qué se habría inspirado el artista, pues no solían representarla así. No me gustó y bajé la vista.

No había rastro de los niños, pero me llegaron sus voces del exterior, muy audibles al principio y luego menos a medida que se alejaban de la puerta. Eché a andar pasillo abajo, imaginando por un instante que era una novia y salía del brazo de mi flamante y apuesto marido, sonriendo a amigos y familiares reunidos en aquel paso de una vida solitaria a una unión entre iguales. Qué avergonzada me sentí, pues el rostro que imaginé junto al mío no era otro que el de Alfred Raisin. ¡Y qué insensata! Sonreí ante mi propia ingenuidad, aunque sin dejar de preguntarme si una persona como yo llegaría algún día a conocer tamaña felicidad, cosa que me pareció poco probable.

Cuando salí a la soleada tarde, me protegí los ojos con la mano y miré alrededor. Las calles estaban casi desiertas, pero Isabella y Eustace no habían salido del recinto ni estaban en la avenida que conducía a la estación. Se encontraban a sólo diez o doce metros de mí, en el cementerio de la iglesia, examinando las lápidas. Sonreí, recordándome de niña, pues en aquellas expediciones con mi padre siempre me gustaba leer las inscripciones de las tumbas e inventarme historias sobre sus ocupantes y su tránsito al otro mundo. Me intrigaban de manera especial las tumbas de niños y bebés, supongo que porque yo misma era una cría entonces. Me asustaban y atraían a la vez. Me recordaban que era mortal.

—¿Preparados para irnos, niños? —pregunté acercándome, pero no se volvieron—. ¿Niños? —repetí más alto, mas parecían estatuas—. Venga, vámonos ya.

Esta vez sí se dieron la vuelta y se apartaron un poco para dejarme ver la tumba que tanto interés les despertaba. Leí el nombre y las fechas. Al principio no significaron nada para mí. Pero entonces me acordé.

La inscripción de la lápida rezaba: ANN WILLIAMS, QUERIDA HIJA Y HERMANA. NACIDA EL 15 DE JULIO DE 1846, FALLECIDA EL 7 DE ABRIL DE 1867. TE ECHAREMOS DE MENOS.

—Le encantaba Great Yarmouth —comentó Isabella en tono pensativo—. Seguro que se alegra de haber vuelto.

Aquella noche los hermanos tomaron una cena ligera y se acostaron. Eustace estaba agotado, pobrecito, pero esperé cinco minutos después de que se fuera a dormir para ir a su habitación.

Estaba en la cama, con el camión puesto y los ojos casi cerrados.

—¿Ha venido a darme las buenas noches? —dijo, sonriendo.

Asentí con la cabeza, sonriéndole a mi vez.

—¿Lo has pasado bien hoy? —pregunté sentándome en el borde de la cama para acariciarle el cabello.

—Sí, gracias —respondió somnoliento.

—Qué historia tan interesante me has contado sobre ese hombre viejo —comenté, confiando en pillarlo desprevenido—. Pero se me ha olvidado preguntarte una cosa.

—¿Mmm...? —murmuró, y a medio dormido.

—Dijiste que lo habías visto antes. Que te había hablado antes del día que te caíste y te hiciste daño en la rodilla. ¿Qué te dijo, Eustace? ¿Te acuerdas?

—Me preguntó si me gustaba la nueva institutriz —respondió, y, bostezando, se puso de costado y me dio la espalda.

—¿Y qué contestaste?

—Que sí, que mucho. Y él me dijo que muy bien y que no debía preocuparme porque no dejaría que le pasara nada. Que había venido a protegerla.

Empecé a dar largos paseos por la finca a primera hora de la tarde. Mi rutina cotidiana consistía ahora en las clases por la mañana, seguidas de un almuerzo frugal poco después de mediodía, cuando Isabella y Eustace charlaban sobre lo que hubiera captado su atención ese día mientras yo escuchaba en silencio, tensa, convencida de que cualquier sonido o movimiento en la casa conduciría a algo traumático e inesperado para mí. No dormía bien; el agotamiento se reflejaba en mi rostro, que estaba pálido y demacrado, con profundas y oscuras ojeras. Para cuando caía la tarde ya me costaba mantener los ojos abiertos. Sin embargo, al llegar la noche, por exhausta que estuviera, sólo conseguía dormir unas horas de sueño intranquilo, pues estaba segura de que la presencia volvería para hacerme daño. Después del almuerzo, les daba a los niños un tiempo de recreo y retomábamos las clases a media tarde. En esas horas libres, me ponía el abrigo y el chal y me internaba en los bosques de la finca, donde el aire fresco me ayudaba a recobrar el ánimo y la fronda de los árboles me brindaba cierta seguridad.

Me sentaba bien vagar libremente de aquella manera, que la casa desapareciera entre el follaje. Y cuando llegaba a los espacios abiertos más allá del bosque y al lago que había casi en la linde de la propiedad, me imaginaba de vuelta en Londres, paseando por las orillas del Serpentine en Hyde Park, sin otra preocupación que pensar qué le prepararía para cenar a mi padre aquella noche o qué ejercicios pondría a mis pequeñas alumnas al día siguiente.

Lo cierto era que, por mucho cariño que hubiese llegado a tener a Isabella y Eustace, añoraba a cuantos había dejado atrás. Mis niñas habían constituido una parte importante de mi vida. Me encantaba ver sus caritas por las mañanas, incluso las de aquellas más problemáticas. Me sentía orgullosa de mis clases y me importaba mucho que cada pequeña sintiera que tenía su sitio en el aula y que las demás no la incordiaran. Y tenía la sensación de que ellas también me apreciaban.

Durante aquellos paseos por Gaudlin Hall una niña en particular acudía cada vez más a mis pensamientos. Se llamaba Clara Sharpe y sólo tenía cinco años cuando vino a mi clase; era muy despierta y traviesa, pero sin malicia, y derrochaba energía por las mañanas aunque por las tardes pasaba largos ratos malhumorada. (Yo lo achacaba al desayuno que tomaba antes de salir de casa y el almuerzo de antes de las clases vespertinas; sospechaba que tenían efectos negativos en su ánimo.)

Pese a ello, Clara me gustaba mucho y me tomaba especial interés en sus progresos, sobre todo cuando advertí su talento para las matemáticas. A diferencia de casi todas las demás niñas, para quienes los números parecían representar poco más que series interminables de jeroglíficos, el cerebro de

Clara era capaz de organizar y racionalizar sin dificultades; pese a ser tan pequeña, y yo pensaba que quizá con el tiempo siguiera mis pasos en la profesión pedagógica. Hasta llegué a hablar de ella en varias ocasiones con la señora Farnsworth, y sugerí que, con sus aptitudes matemáticas, Clara podría tener un futuro como secretaria del director de un banco. Lo recuerdo porque comenté bromeando que quizá también pudiera ser ella misma directora de un banco algún día. Entonces la señora Farnsworth se quitó las gafas, me miró horrorizada y me acusó de ser una revolucionaria, lo que me apresuré a negar.

—No será una de esas mujeres modernas, ¿verdad, Eliza? —gruñó, irguiéndose cuan alta era e infundiéndome el mismo temor que cuando yo era una niña y ella mi maestra—. Porque no toleraré a mujeres así en St. Elizabeth, y la junta directiva tampoco.

—No, por supuesto que no —repuse, ruborizada—. Ha sido una broma, nada más.

—Mmm... —murmuró, no muy convencida—. Eso espero. ¡Clara Sharpe, directora de un banco! ¡Menuda ocurrencia!

Sin embargo, aunque no me consideraba una moderna, que se ofendiera tanto me pareció a su vez ofensivo. ¿Por qué no podía la niña aspirar a objetivos más elevados? ¿Por qué no podíamos todas las mujeres?

Tan decidida a regañarme estaba la señora Farnsworth que llegué a sospechar que tenía ganas de llamar a mi padre y discutir la cuestión con él, algo que quizá habría hecho de no haber comprendido por fin que una cosa eran las niñas y otra bien distinta las maestras, y que podía recurrir a la autoridad paterna para disciplinar a las primeras, pero controlar a las segundas era responsabilidad suya y de nadie más.

Pensaba en Clara ahora porque había acabado en una situación de lo más angustiada. Su padre era un borracho y su madre hacía cuanto podía por sacar adelante a la familia pese a la miseria que el marido llevaba a casa para la manutención de esposa e hija. Probablemente el hombre gastaba lo poco que ganaba en cerveza negra y no en comida o ropa. A veces Clara llegaba al colegio con moretones en la cara y yo ansiaba vivir en una sociedad civilizada donde pudiera preguntar quién le había pegado y por qué. Aunque no albergaba dudas sobre la respuesta. Esos días, temía imaginar el aspecto de la madre de Clara, pues sospechaba que el padre infligía los mismos malos tratos a su esposa. Pensé en acudir a la policía, pero por supuesto se habrían reído de mí y declarado que lo que un inglés hiciera en su propia casa era asunto suyo.

Sin embargo, el hombre debió de pasarse de la raya una noche y despertar la ira de la señora Sharpe, que cogió una fuente de horno y se la estrelló en la cabeza, con tanta fuerza que el marido se desplomó muerto. La pobre mujer, víctima tanto tiempo de una violencia de la que no podía defenderse, fue arrestada, pues atacar al marido era un crimen, mientras que hacer lo propio con

la esposa se consideraba dentro del privilegio conyugal. A diferencia de Santina Westerley, quien estaba claramente desequilibrada, la señora Sharpe no fue condenada a muerte. El juez, un hombre de ideas modernas —que no habría gozado de la aprobación de la señora Farnsworth—, la creyó merecedora de cierta clemencia y la condenó a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Una sentencia que a mí, en su lugar, me habría parecido infinitamente peor que una semana de inquieta expectativa y unos segundos de dolor inaudito seguidos por una eternidad de paz, la recompensa que ofrecía la horca. Al no tener familia que la acogiera, Clara acabó en el asilo de pobres y perdí el contacto con ella. Pero volvió a mis pensamientos una de esas mañanas, cuando pensaba en el asesinato de la señorita Tomlin a manos de Santina Westerley y en el violento ataque propinado a su marido y que lo había dejado en tan espantoso estado. ¿Qué pasaría por las mentes de las mujeres que cometían actos como aquéllos? La señora Sharpe, después de todo, había sido víctima de abusos y palizas; Santina Westerley había recibido cariño y tenido a su disposición la seguridad de un hogar, riquezas, posición social y una familia. Comparándolas, la motivación se me antojaba algo muy extraño.

Mientras reflexionaba sobre ello, rodeé una esquina de la casa y me encontré junto a la casita de Heckling, y a su rudo ocupante ante ella, partiendo con un hacha los troncos que tenía amontonados al lado. Al verme, dejó el hacha, se enjugó la frente con el pañuelo y me dirigió una inclinación de cabeza; *Pepper* vino disparado y se puso a corretear en torno a mis pies.

—Institutriz —saludó Heckling, y se pasó la lengua por los labios de un modo repugnante.

—Señor Heckling. No hay descanso para los impíos, ¿no es eso?

—Ya, pero si no lo hago yo, no lo hará nadie —murmuró. El hombre no era lo que se dice la alegría personificada.

Miré alrededor y reparé en la puerta lateral de la casa, casi invisible, por donde pasaba todos los días la señora Livermore cuando subía o bajaba de las habitaciones de Westerley. Había necesitado que ella me la señalara para descubrirla. ¿Por qué los constructores de la casa habrían querido que quedara oculta?

—¿Ha trabajado siempre solo, señor Heckling? —pregunté volviéndome de nuevo hacia él.

—¿Cómo dice? —repuso extrañado.

—Me preguntaba si siempre ha estado usted solo en la finca. Para arreglar cosas, cortar troncos, conducir el carruaje y esas tareas. Imagino que en otros tiempos había mucho más que hacer.

—Pues sí —se limitó a decir, no muy dispuesto a hablar del pasado—. Antes había otros, por debajo de mí, claro, pero cuando ya no hicieron falta se marcharon. Yo me quedé porque la finca necesita al menos un guarda. Y nací

aquí, claro.

—¿Nació aquí?

—En la casita —repuso, señalando su vivienda—. Mi padre fue el guarda antes que yo, ¿sabe? Y su padre antes que él. Aunque yo soy el último. —Suspiró y miró a lo lejos, y por primera vez advertí que a pesar de sus bravatas era un hombre solitario.

—¿No tiene hijos, entonces?

Masticó algo que tenía en un carrillo.

—Vivos no, y a no.

—Lo siento.

—Ya.

Se inclinó para asir el hacha con ambas manos y apoyarla contra el tajo; luego hurgó en el bolsillo y sacó un pitillo ya liado.

—Supongo que usted lo vigila todo, señor Heckling, ¿no?

—¿Cómo dice?

—Que mantiene los ojos bien abiertos.

—Excepto cuando duermo.

—¿Ha visto a algún intruso?

Entornó los ojos y le dio una buena calada al cigarrillo sin dejar de observarme.

—¿Intruso? Qué cosas más raras pregunta, institutriz. ¿Ha visto a alguien por aquí?

Negué con la cabeza.

—Eustace aseguró haber visto a un caballero anciano en la finca y que mantuvieron una conversación.

—Aquí no hay ningún anciano —repuso él—. Yo lo habría visto, o *Pepper*, y en ese caso habría salido peor parado.

—Quizá el niño se confundió.

—Pues podría ser. Y los críos inventan cosas, usted debería saberlo mejor que nadie.

—Eustace no dice mentiras —repliqué, demasiado a la defensiva.

—Pues será el primer crío de su edad que no lo haga. De niño, yo mentía a mansalva. Mi padre solía pegarme por embustero.

—Lo lamento.

—¿Por qué? —preguntó, confuso.

—Bueno... tuvo que ser desagradable para usted.

—Pues yo diría que me lo merecía —declaró encogiéndose de hombros—. Ese niño igual necesita unos azotes si es que anda mintiendo sobre lo que ha visto y lo que no.

—Me niego a pegarle a Eustace —declaré con firmeza.

—Bueno, supongo que es tarea de un padre —dijo suspirando, y desvió la

vista—. Y el señor Westerley no está lo que se dice en condiciones de hacer nada con ese crío, ¿no?

No supe si pretendía ofender a propósito o si se limitaba a exponer los hechos como eran; en cualquier caso, tenía razón. Era tarea de un padre imponer disciplina a su hijo, y el de Eustace nunca más podría hacerlo, desde luego. Negué con la cabeza; todo aquello no venía a cuento en realidad, pues no creía que Eustace mintiera.

—Pues si ve a un caballero así —dije por fin—, un caballero anciano, o a cualquier extraño que merodee, le agradecería que hiciera el favor de decírmelo.

—O podría pegarle un tiro, simplemente —soltó Heckling—. Por haber entrado en una propiedad privada, ya sabe.

—Sí, ya; supongo que ésa sería otra opción —contesté, y me volví dispuesta a marcharme.

Un ruido me hizo girar sobre mis talones y, para mi asombro, vi nada menos que al señor Raisin, el abogado, salir de detrás de la casita de Heckling. Esbozó una sonrisa encantadora; acto seguido, carraspeó, se recompuso un poco y me dirigió una educada inclinación de cabeza.

—Señorita Caine, me alegro de verla.

—Lo mismo digo, señor Raisin —contesté, ruborizándome sin motivo—. Qué sorpresa.

—Sí, ya... Verá, resulta que he venido a tratar un asunto con el señor Heckling aquí presente, pero he tenido que excusarme un momento... discúlpeme. —Y dirigiéndose a Heckling, añadió—: Me parece que por hoy ya lo hemos resuelto todo, ¿no?

—Ajá —contestó el criado. Volvió a coger el hacha y dio un paso atrás, a la espera de que nos fuéramos para seguir partiendo leña.

Captando la indirecta, el abogado y yo nos dirigimos juntos hacia la casa, donde divisé entonces su carruaje.

—Tenía que hablar con él sobre unas facturas —me explicó mientras caminábamos—. Heckling es un hombre formal y honesto como el que más, pero cuando necesita algo no tiene reparos en encargarlo simplemente en una de las tiendas del pueblo y pedir que me manden la factura. No me molesta, por supuesto, pues sé que sería incapaz de beneficiarse personalmente, pero sí me gusta revisar con él las facturas de cuando en cuando para que ambos tengamos bien claros los gastos.

—Imagino que ha de ser una cuestión complicada.

—Sí, puede llegar a serlo —admitió—. Pero no crea, Gaudlin Hall no es el cliente más complejo que tengo. Hay otras personas con menos propiedades y menos dinero que arman los líos más intrincados que quepa imaginar. Deshacer esos nudos requiere la destreza de un marinero experimentado. Sea como fuere,

el señor Cratchett se ocupa por mí de casi todos los asuntos cotidianos. Yo sólo echo una mano cuando surge algo difícil. Y no es nada comparado con los viejos tiempos, por supuesto. Desde luego, cuando mi padre era el letrado del padre de James...

—Caramba —lo interrumpí—. ¿Es que en este condado todo el mundo tiene la misma profesión que su padre? Heckling acaba de decirme eso mismo sobre su familia.

—Es el orden natural de las cosas, señorita Caine —repuso un poco molesto, lo que me hizo lamentar el tono empleado—. Y el de las leyes es un oficio muy respetable, ¿sabe? Al igual que el de guarda de una finca, si uno ha nacido en el seno de esa clase social. Como también lo es, por cierto, el de institutriz.

—Desde luego, señor Raisin. No pretendía dar a entender otra cosa —asegué a modo de disculpa.

—¿Me permite preguntarle a qué se dedicaba su padre?

—Trabajaba en el Departamento de Entomología del Museo Británico.

—¿Y ésa fue su carrera siempre?

—Pues la verdad es que no. Cuando tenía mi edad, fue maestro por un tiempo. En un colegio para niños pequeños.

—¿Y usted? ¿Qué hacía antes de venir a Norfolk? ¿Me lo recuerda?

Sonreí. Por primera vez en mucho tiempo, hasta tenía ganas de reír.

—Era maestra.

—En un colegio para párvulas, sin duda.

—Pues sí.

Se detuvo ante el carruaje, se irguió en toda su estatura y, con el pecho henchido y una expresión de pura satisfacción, comentó:

—Pues ahí lo tiene, señorita Caine. Por lo visto, lo que funciona para nosotros aquí en el campo también les funciona bien a quienes viven en la bendita capital.

Miré fijamente aquellos ojos azules suyos tan brillantes, y nos sonreímos. Ninguno desvió la vista. De repente, pareció confuso. Separó los labios y me miró como si quisiera decirme algo y no encontrara las palabras.

—Sí, sí —concluí, deseosa de concederle aquella pequeña victoria—. Me considero justamente regañada. Pero dígame, señor Raisin, no irá usted a marcharse tan pronto, ¿no?

—¿Preferiría que me quedara?

No supe qué contestar. Él suspiró y dio unas palmaditas a su caballo.

—Me he concedido media jornada libre, señorita. Había pensado resolver la cuestión de las facturas con Heckling y luego refugiarme en mi casa con una copa de burdeos y *Oliver Twist*, que estoy leyendo por primera vez desde su publicación original. Es una historia maravillosa. Puedo pasarle los números atrasados, si le apetece echarles un vistazo.

—Muy amable por su parte.

—No se trata de amabilidad. Tengo entendido que aquí en Gaudlin Hall las cosas a veces resultan... ¿cómo expresarlo?... un poco aburridas, digamos, dada la ausencia de compañía adulta. Imagino que la lectura podría constituir una buena vía de escape.

Sonreí mientras me recordaba que había otros tres adultos presentes de forma casi permanente en la casa: Hecking, la señora Livermore y el señor Westerley. A uno de ellos no le gustaba hablar conmigo, otro no quería hablar conmigo y el último sencillamente no podía hablar conmigo. Y aun así, «aburrida» sería la última palabra con que hubiera descrito la vida allí.

—Es posible —dije—. Pero, señor Raisin, antes de que se vaya, ¿podría robarle unos minutos?

Pareció un tanto afligido y supuse que sospechaba de qué quería hablarle y que no le apetecía demasiado.

—Me encantaría, señorita Caine. De verdad que nada me gustaría más, pero el deber me llama.

—Ha dicho que se había tomado media jornada libre.

—Ah, sí —repuso, frunciendo el ceño—. Me refería a que... Lo que quería decir...

—Señor Raisin, no le entretendré mucho, se lo prometo. Apenas unos minutos. Quisiera preguntarle un par de cosas.

Suspirando, asintió con la cabeza, consciente quizá de que no tenía opción. Me indicó un banco en la entrada de los jardines, donde fuimos a sentarnos. Dejó una prudente distancia entre ambos, de tal manera que Isabella y Eustace habrían podido tomar asiento entre los dos y aun así ninguno se habría tocado. Le miré la mano izquierda, que apoyaba en el regazo, la alianza de oro en su anular. Seguí mi mirada, pero no se movió.

—No irá a preguntarme más cosas sobre los Westerley, ¿verdad? Creo haberle contado cuanto sé de ellos, desde su primer encuentro hasta el último.

—No, no se trata de eso —repuse negando con la cabeza—. Y si me lo permite, señor Raisin, le diré que fue muy generoso con su tiempo aquel día. Ya me di cuenta de que era un tema muy doloroso para usted. Cuando acabó nuestra conversación, se me hizo evidente lo mucho que le habían afectado los sucesos que tuvieron lugar aquí.

Asintió y miró hacia el jardín.

—Ninguno de quienes tuvimos algo que ver podrá olvidar jamás aquellos días —admitió—. Pero antes de que prosiga, señorita Caine, ¿puedo formularle yo una pregunta? —Asentí, sorprendida—. ¿Habló con la señora Livermore después de nuestra conversación? ¿Ha visto por fin a su patrón?

—Lo he visto, sí.

Miró hacia otro lado, con una mezcla de resignación y pesar.

—Mi consejo habría sido que no lo hiciera. No es una visión para

sensibilidades delicadas.

—Por suerte, señor Raisin, soy una mujer bastante fuerte.

—Sí, ya me había dado cuenta. Lo supe el primer día que la vi. Admiro ese aspecto de su carácter, señorita Caine. Aun así, confío en que la experiencia no le afectase demasiado.

—¿Me censurará si le digo que ese pobre hombre agradecería que se pusiera fin a su sufrimiento? Es la sensación que experimenté al verlo.

El abogado se estremeció ligeramente, como si yo hubiera blasfemado.

—Lo comprendo, por supuesto. Pero no debemos hablar así. No corresponde al hombre decidir cuándo debe abandonar la vida otro ser humano, por mucho que sufra. Sólo Dios puede juzgarlo. Después de todo, fue precisamente quebrantar esa ley natural lo que condujo a Santina Westerley a la horca y a James Westerley a su muerte en vida.

—El otro día estuvimos en Great Yarmouth —comenté, cambiando de táctica.

—¿Estuvieron? ¿Quiénes?

—Los niños y yo.

Asintió con la cabeza, aparentemente complacido.

—Una idea fantástica. Imagino que a los niños les beneficia un poco de aire fresco, lejos de este lugar. Siempre que veo al chico, a Eustace, pienso que está demasiado pálido. Isabella es más morena, por supuesto; supongo que heredó la piel de la familia materna. Pero Eustace es un Westerley puro.

—Creo que lo pasaron bien. Desde luego fue un día interesante...

—Resulta que mi madre procedía de Great Yarmouth —contó el señor Raisin, entusiasmado con el tema—. De niño, pasábamos un fin de semana allí de vez en cuando. El de mis abuelos era un hogar muy feliz —Sonrió y soltó una risita, recordando algún episodio de su infancia—. Mis hermanos y yo vivimos momentos maravillosos allí. —Se dio una palmada en la rodilla y movió la cabeza. Con tono de resignación, añadió—: Entonces todo era más sencillo. Tengo la sensación de que la vida moderna nos exige demasiado, ¿usted no, señorita Caine? Hay días en los que casi detesto vivir en 1867. Todo va demasiado deprisa. Todo cambia a un ritmo vertiginoso. Me gustaba más treinta años atrás, cuando era niño.

—Visitamos una iglesia —lo interrumpí, pues no deseaba que nos centráramos en lo decepcionante que le resultaba el mundo moderno—. Isabella parecía especialmente entusiasmada con la idea. Deseaba visitar una tumba.

—¿Isabella? ¿Y qué tumba quería visitar en Great Yarmouth? Si no tiene familia allí...

—La de Ann Williams.

—Ah —repuso demudado, asintiendo. Lo captó enseguida—. Claro, la señorita Williams. Había olvidado que ella también era de Great Yarmouth.

—Nacida en 1846, fallecida en 1867 —recité, recordando la inscripción en la lápida—. Murió a la misma edad que tengo yo ahora. A los veintiuno.

Se volvió para mirarme con cierta sorpresa. Por un momento pensé que iba a ser tan poco galante como para sugerir que me creía mayor. Sin embargo, permaneció callado.

—Tengo entendido que la señorita Williams —continué— fue la tercera institutriz aquí, en Gaudlin Hall, ¿no?

Reflexionó unos instantes y luego asintió.

—Exacto. No estuvo aquí mucho, por supuesto. Seis o siete semanas, que yo recuerde. Tendría que comprobarlo en mi oficina, pero no pudo haber sido mucho más.

—Y la señorita Tomlin, la desafortunada víctima de la señora Westerley, fue la primera institutriz.

—Sí, así es.

—La señorita Tomlin, la primera. La señorita Williams, la tercera. La señorita Bennet, la que puso el anuncio para que se la relevara de su cargo, la quinta, mi inmediata predecesora. Y creo que aquel día en su oficina mencionó usted a una señorita Golding y una señorita Harkness.

—Sí, la segunda y la cuarta institutrices, respectivamente —contestó; luego tragó saliva y se miró los zapatos—. Damas estupendas, ambas. La señorita Harkness era la única hija de un viejo amigo mío y colega de los tribunales de Liverpool. Su muerte fue un durísimo golpe para él, pobre hombre.

—Las señoritas Tomlin, Golding, Williams, Harkness y Bennet, y luego vengo yo, la señorita Caine. ¿Es ése el orden correcto?

—Pues sí.

—Seis institutrices en un año. ¿No le parece un número inaudito?

Me miró a los ojos.

—Sólo a un idiota no se lo parecería, señorita Caine. Pero, como ya le expliqué, tuvieron lugar esos desgraciados accidentes...

—¡Accidentes! —exclamé, echándome a reír y mirando hacia otro lado.

Observé los árboles, con las hojas caídas alrededor y las oscuras ramas desnudas nada acogedoras. Sobresaltada, entre los troncos me pareció ver la figura de un hombre y vislumbrar una barba blanca. Me incliné para ver mejor, pero el paisaje recobró su pasividad anterior.

—Pues es usted de los que creen en las coincidencias, señor —concluí con amargura.

—Soy de los que creen en la mala suerte, señorita. Creo en que la vida de un hombre puede quedar segada cuando ha cumplido los cien y la de un crío antes de que haya llegado a su primer año. Creo que el mundo es un lugar misterioso y que no podemos pretender comprenderlo.

—De las seis institutrices —insistí, decidida a no dejar que su verborrea me

arredrara, pues no estábamos ante un tribunal—, sólo dos siguen con vida, usted mismo me lo dijo. La señorita Bennet y yo. ¿Y le parece que no hay fuerzas extrañas en juego?

—¿Fuerzas extrañas? ¿A qué se refiere?

—A una presencia malévola. Un fantasma.

El señor Raisin se puso en pie de golpe, enrojeciendo.

—¿Qué pretende? ¿Qué quiere que conteste a tal disparate?

—¡Cuénteme qué les pasó!

—¿A las institutrices? ¡No! Es demasiado espantoso. Fui yo quien pasó por todas esas muertes, no usted. No puede pedirme que reviva esas experiencias.

—Pero ¡yo soy su sucesora! —exclamé mirándolo a los ojos, negándome a mostrarme débil. Si pretendía sobrevivir en aquel lugar, era imprescindible que hiciera gala de fuerza—. Merezco saberlo.

—No creo que vaya a hacerle ningún bien —protestó—. Sólo le provocará angustia, y en vano.

—Tengo derecho a conocer lo que pasó, en eso estará de acuerdo...

—No estoy seguro. Ni siquiera conocía a esas mujeres. Para usted son unas extrañas.

—Pero ocupo el mismo puesto que ellas. A diferencia de usted, a diferencia del señor Hecking, a diferencia de la propia reina, no he heredado este cargo de un pariente fallecido. Soy simplemente la última solicitante de un empleo que resultó fatal para muchas que lo ejercieron.

Suspiró de agotamiento y volvió a sentarse. Sostuvo la cabeza gacha entre las manos. Siguió un largo silencio.

—Muy bien —dijo al fin—. Pero le aseguro, señorita Caine, que no servirá de nada. Son historias trágicas, horribles coincidencias, nada más.

—Eso lo decidiré por mí misma, señor Raisin.

—No lo dudo —repuso enarcando una ceja, quizá debatiéndose entre la admiración que sentía por mí y el deseo de no haber acudido a Gaudlin Hall aquella mañana—. Bueno, ya sabe lo de la señorita Tomlin, por supuesto. Hemos descrito sobradamente el destino de la desgraciada dama. La señorita Golding fue la siguiente. Cuando arrestaron a Santina, a la señora Westerley, quiero decir, y se llevaron al señor Westerley al hospital, no me quedó más opción que poner un anuncio y contratar a otra institutriz para los niños. La señorita Golding era una muchacha de la zona; no del pueblo sino de King's Lynn, que, como sin duda sabrá, no queda muy lejos. De buena familia. Yo mismo la entrevisté. Me preocupaba que la mala fama de la casa en aquel momento atrajera a una persona poco apropiada. Y no iba desencaminado, pues así fue: varios personajes dudosos aparecieron ante mi puerta. Fue muy desagradable. Pero cuando conocí a la señorita Golding, supe que era la adecuada. Era una muchacha con los pies en el suelo, ¿sabe? De las que no tienen pájaros en la cabeza. Me gustan las

mujeres así. El lujo y la afectación no me interesan, nunca me gustaron. Póngame delante a una mujer sencilla, que vaya al grano y con los pies en la tierra, y seré un hombre complacido. Y me gustó que la señorita Golding se mostrara comprensiva ante los hechos recientes, pero no fascinada como les pasaba a otras. Además, su principal preocupación, como dejó bien claro en la entrevista, era el bienestar de los niños. Aprecié sobremanera que así fuera porque, como podrá imaginar, Isabella y Eustace estaban traumatizados por los terribles sucesos, desde los cuales apenas había transcurrido un mes.

—Sí, por supuesto —repuse, comprendiendo con cierta culpabilidad que no había pensando mucho en la reacción de los niños después del asesinato de su institutriz, el ataque de que había sido objeto su padre y el arresto de su madre—. Debieron de quedar muy impresionados.

—Isabella estaba razonablemente tranquila —explicó el abogado mesándose la barba al recordar aquellos días tan difíciles—. Claro que la mayor parte del tiempo se comporta con gran tranquilidad. Incluso demasiada. La verdad es que estaba más unida a su padre que a su madre. La oía llorar de noche, de modo que sabía cuán afectada estaba, pero lo disimulaba bien. Esa niña sabe enmascarar sus verdaderos sentimientos, aunque no estoy seguro de que eso sea del todo sano.

—¿Que la oía llorar? —pregunté, sorprendida.

—Perdóneme, debería habérselo mencionado. Mi esposa y yo acogimos a los niños la noche de los ataques, pues no había nadie más que pudiera ocuparse. Los tuvimos con nosotros unas semanas. Hasta que se contrató a la señorita Golding, momento en el cual Isabella insistió en volver a su casa, a Gaudlin Hall, y no vi motivo para negarme, sobre todo cuando había presente una persona adulta y responsable.

—¿Y Eustace? ¿Cómo lo encajó?

—En silencio —contestó con una sonrisa triste—. El pobre no pronunció una sola palabra desde que me lo llevé en el carruaje aquella noche hasta días después de su regreso a Gaudlin. Cuando la señorita Golding lo tomó a su cargo, poco a poco empezó a hablar otra vez. Pero es un niño muy apesadumbrado, señorita Caine. Se ha dado cuenta, ¿verdad? A veces pienso que quedé muy perturbado por aquellos hechos y los que vinieron después. Me preocupa, de veras que sí. Me preocupa su futuro. Los traumas de la infancia pueden afectarnos terriblemente de mayores.

Aparté la mirada con el corazón encogido. Todo lo que decía era cierto. Sentí una enorme lástima por aquel niño, al que tanto cariño había cogido. También tenía la sensación de que no podía ayudarlo, de que no estaba en mi mano devolverle la felicidad. Le habían arrebatado la inocencia para siempre.

—De modo que la señorita Golding ocupó el puesto de institutriz —dije, animándolo a seguir.

—Sí. Y todo fue bien por un tiempo. Resultó tan eficiente como yo había esperado. Entretanto, el juicio de Santina siguió adelante. Dictaminaron su culpabilidad, como era de esperar. Culpable del asesinato de la señorita Tomlin y de intento de asesinato de su propio marido. La sentencia se retrasó un poco porque el juez cayó enfermo. Y luego pasó una semana más hasta que se ejecutó y la señora Westerley fue... bueno, hasta que la ahorcaron. Durante el proceso tuve la impresión de que la señorita Golding hacía su trabajo de manera excepcional. Los niños parecían todo lo bien que podían estar dadas las circunstancias y ella misma era una presencia alegre y eficaz en el pueblo. Pensé que había elegido bien.

—¿Y qué le ocurrió? ¿Cómo murió?

—Los sucesos estuvieron estrechamente relacionados. Fue una mala suerte increíble. A Santina la colgaron un martes, justo cuando daban las doce del mediodía. Yo estuve presente, por supuesto. Lo creí mi deber. Recuerdo muy bien aquella mañana. Cuando se dirigía hacia el patíbulo, miró hacia donde me encontraba. Por un instante reconocí a la joven hermosa y sin preocupaciones que había sido, la joven que se había sentado cientos de veces a nuestra mesa, que me había ganado al whist y al quintillo en tantas ocasiones. Me miró y esbozó una leve sonrisa, una sonrisa pesarosa. Faltando a mi juramento, le grité que los niños estaban bien, que me había asegurado de que cuidaran de ellos. Que siempre velaría por ellos como si fuesen mis propios hijos. Supuse que le proporcionaría algún consuelo, pero surtió el efecto contrario, pues se enfureció e hizo ademán de abalanzarse hacia mí; creo que me habría sacado los ojos de no haberla retenido sus carceleros. Había perdido el juicio, la pobrecilla. Es la única explicación. Por el miedo, el terror que se siente ante la soga del verdugo.

—¿Y era usted el único presente? Me refiero a la gente del pueblo.

—Sí, el único. No... espere, no es cierto. La señora Toxley también estaba. Conoce a Madge Toxley, ¿verdad?

—Sí.

—No estuvo cuando la ahorcaron, claro, pero sí en la celda. Cuando llegué, la vi marcharse. En aquel momento me pareció raro, pero no había vuelto a pensarla hasta ahora. Aunque habían sido amigas, se me antojó extraño que la visitara. Aun así me lo quité de la cabeza, pues yo estaba allí para presenciar una ejecución en la horca, no para especular sobre la amistad. En mi vida había visto ya morir a dos personas en la horca, señorita, y no es una experiencia agradable. Si he de serle franco, estaba asustado.

Me estremecí. No podía imaginar siquiera cómo sería ver morir a alguien de esa manera.

—Aquella noche me alojé en una posada en Norwich —prosiguió—. Dormí muy mal. Y cuando regresé a Gaudlin a la mañana siguiente, el señor Cratchett me dio la terrible noticia de que la señorita Golding había muerto la tarde

anterior.

—¿Cómo, señor Raisin? —pregunté inclinándome hacia él—. ¿Cómo murió?

—Fue un terrible accidente, pero su simetría lo volvió macabro. La señorita Golding era una mujer con imaginación y muy diestra en las tareas manuales. Estaba tratando de construir una especie de columpio para los niños entre dos árboles, utilizando unas cuerdas que le habría pedido a Heckling o encontrado en uno de los cobertizos. En cualquier caso, se hallaba encaramada a un árbol, atando la segunda cuerda, cuando debió de perder el equilibrio y, de algún modo, se enredó al caer. La cuerda le rodeó el cuello y la ahogó.

—Ahorcada —murmuré, cerrando los ojos y respirando hondo—. Igual que la madre de los niños.

—Sí, en efecto.

—¿Y la señora Westerley ya había muerto cuando ocurrió?

—Sí, yo diría que llevaba muerta cuatro o cinco horas.

Reflexioné. No me sorprendía. Si me hubiera dicho que la señorita Golding había muerto por la mañana, no lo habría creído. Tenía la certeza de que sólo podía haber ocurrido después de que Santina Westerley hubiese recibido su castigo.

—¿Y qué me dice de la señorita Williams —continué—, la tercera institutriz, cuya tumba vi en Great Yarmouth? ¿Qué le ocurrió?

—Pobre muchacha —dijo el abogado, negando con la cabeza—. Se ahogó en la bañera. Era una joven encantadora, pero siempre estaba cansada. Creo que se quedaba despierta hasta muy tarde la mayoría de las noches, leyendo. ¿Les conviene leer a las mujeres, señorita Caine? Buena pregunta, ¿no cree? ¿Acaso no las altera demasiado? La señorita Williams siempre llevaba consigo un libro. Asaltaba la biblioteca de James como si fuera oxígeno para ella. Una vez me contó que era una persona con problemas para dormir, pero que desde su llegada a Gaudlin Hall se habían agravado. Claro que, por otra parte, era una muchacha con tendencia a sufrir accidentes. Había tenido varios desde su llegada, aunque leves. Yo a veces le decía que fuera con más cuidado, y en una de esas ocasiones se mostró bastante histérica y replicó que no era culpa suya, que los accidentes los provocaban fuerzas invisibles. Creo que aquella noche estaba dándose un baño, se quedó dormida, se deslizó bajo el agua y, tristemente, la perdimos.

—¿Y la señorita Harkness? ¿La cuarta institutriz?

—Ya sé que todo parece un poco raro, y comprendo que estos sucesos le resulten sorprendentes y perturbadores. Pero la señorita Harkness era una mujer muy torpe. Un par de veces hasta estuvo a punto de cruzar delante de mi carruaje en la calle y casi acabó bajo los cascos de mis caballos. Ella aseguraba que era a causa del viento, pero la verdad es que no miraba por dónde iba. Gracias a mis buenos reflejos fui capaz de esquivarla. Pero hubo otra ocasión, esta vez con el pobre señor Forster de Croakley, en que la muchacha no tuvo tanta

suerte y fue arrollada y pisoteada en plena calle. Fue una muerte espantosa. Demasiado horrible para describirla. Poco después contraté a la señorita Bennet, la quinta institutriz. Pero si está pensando que hay aquí algo siniestro, señorita, debo recordarle que la señorita Bennet goza de buena salud. Tengo entendido que volvió a Londres, a su trabajo anterior.

—¿Cuál era?

—Maestra, igual que usted. Debí mandarle la paga de la última semana a la cuenta de su padre en Clapham, pues, aunque no se lo crea, se negó a quedarse el tiempo justo para que el banco abriera y pudiera sacar el dinero.

—¿Y la señorita Bennet estuvo a salvo el tiempo que pasó aquí?

—Sí, claro que sí —respondió, y soltó una risita—. Aunque era un tanto histérica. La verdad es que no me resultaba muy simpática. Irrumpía en mi despacho soltando tonterías sobre lo que supuestamente ocurría en Gaudlin Hall. El señor Cratchett sugirió que estaba loca de atar, y quizá tuviera razón. Se comportaba como un personaje de una historia de fantasmas.

—Pero ¿se halló siempre a salvo, no le pasó nada? —insistí—. Por favor, señor Raisin, necesito saberlo.

—Sí, claro que estuvo a salvo —afirmó, y añadió—: Bueno, en cierta ocasión se cortó con un cuchillo de cocina; fue un corte bastante profundo y, de no haber estado cerca la señora Livermore para a ayudarla, se habría desangrado. Me mencionó un par de incidentes triviales más, pero...

Me levanté y me alejé de él, sin saber si seguir pensando lo que estaba pensando. Contemplé los jardines de Gaudlin sintiendo el impulso de echar a correr y no detenerme.

—Señorita Caine, ¿se encuentra bien? —preguntó él acercándose.

Sentí su presencia detrás de mí, la calidez de su cuerpo, tan distinta de la malévola presencia que me acechaba desde mi llegada. No deseaba más que retroceder y refugiarme en sus brazos. Pero no lo hice, por supuesto, sino que permanecí inmóvil.

—Estoy bien, gracias. —Me aparté un poco y sonreí—. Pero se hace tarde, y ya le he robado mucho tiempo. Si no se anda con cuidado, se quedará sin su media jornada libre y la señora Raisin me hará culpable.

—Le aseguro, señorita Caine —repuso, dando un paso hacia mí—, que sólo me culpará a mí. Digamos que hay muchos precedentes en ese sentido.

Sonreí, y hasta me concedí una risita.

—Lo acompañaré a su carruaje.

Mientras veía alejarse al abogado por la avenida, sentí un enorme cansancio, como si los acontecimientos de aquel último mes de golpe hicieran mella en mi ánimo. Tuve deseos de dejarme caer allí mismo, en la gravilla, llevarme las manos a la cara y gritar pidiendo que me alejaran de aquel lugar terrible y

espectral. Qué sencilla había sido mi vida de antes, con la rutina cotidiana del colegio y mi padre, nuestras conversaciones junto a la chimenea, sus libros, mis tareas domésticas, y hasta las incesantes quejas de Jessie por su artritis... Una vida que ahora sólo consistía en muertes misteriosas e inexplicables y una suerte de brutalidad que me hacía cuestionarme la naturaleza misma de la existencia. Por unos instantes casi fui presa de la histeria, pero me sorprendió oír unas risas a lo lejos y al alzar los ojos vislumbré a Isabella y Eustace pasándose una pelota cerca de los árboles. Los observé un momento, considerando unirme a ellos, pero al final resolví volver a la casa. Cerré la puerta y me quedé en el centro del vestíbulo, mirando alrededor y tratando de no hacer ruido.

—¿Dónde estás?—musité.

La cortina de la ventana del salón que estaba más cerca de mí empezó a ondear levemente. Paralizada, la miré. No hacía viento. Reinaba la calma más absoluta.

—¿Dónde estás?—repetí.

Fue entonces cuando oí las voces. Porque eran dos. Una conversación en voz baja, una discusión. Procedían del fondo de la casa. Sabía que no podía tratarse de los niños, pues estaban fuera. Y tampoco la señora Livermore y el señor Westerley porque la habitación del enfermo quedaba demasiado lejos para que me llegase el eco de sus voces, incluso en el caso de que el pobre hombre pudiera hacerse oír más allá de su propio lecho. Agucé el oído y concluí que venían de arriba, no del primer piso, sino del segundo. Presa de una inesperada sensación de calma y sin el menor temor, subí la escalera, mientras las voces se hacían cada vez más audibles, aunque todavía indescifrables. ¿Serían voces siquiera? No resultaba fácil saberlo. Quizá sólo fuera el viento que se colaba por los resquicios.

Seguí los sonidos hasta una puerta al fondo del pasillo; al acercar la oreja, el corazón me dio un vuelco, pues supe que no me equivocaba. Sin duda eran dos voces, enzarzadas en una amarga disputa. Un hombre y una mujer. No distinguía una palabra de lo que decían, porque hablaban en murmullos, pero sí captaba la diferencia de género y el tono de la conversación, cada vez más exaltado.

No estaba dispuesta a dejarme intimidar. Alargué la mano hacia el pomo y lo giré; abrí de par en par y entré con decisión.

La habitación estaba desierta. Había unos juguetes viejos desparramados en un rincón, un polvoriento caballito balancín y una cuna. Pero nada más. O más bien, nadie en absoluto.

—¡¿Dónde estás?!—exclamé casi a voz en grito, tales eran mi desazón y mi temor, casi pánico.

Mis palabras reverberaron tanto que hasta el desdichado señor Westerley, medio muerto en su lecho cerca de la azotea, debió de agitarse un poco y preguntarse qué pasaba.

«¿Dónde estáis?»

Cuando me bajé del tren en la estación de Paddington, sentí como si hubiera vuelto al pasado. La gente que vivía en las afueras iba y venía apresurada y nadie reparaba en aquella joven plantada en el centro del andén, mirando alrededor y respirando el aire familiar y viciado de Londres después de tanto tiempo. De haberse detenido cualquiera de ellos para mirarme, habrían reparado en mi expresión de alivio y a la vez de ansiedad. Estaba de vuelta en mi ciudad, pero aquél ya no era mi hogar.

Gracias a Dios no llovía. Salí a Praed Street y eché una ojeada a las floristerías y los puestos de los tenderos, tan familiares, antes de dirigirme a Gloucester Square, donde se hallaba la casita donde me crié. Mientras me acercaba sentía una extraña aprensión; había temido emocionarme, quedar abrumada por los recuerdos felices que me traería, pero para mi gran alivio no afloraron lágrimas a mis ojos. Por el ventanal de la fachada vi a un hombre de mediana edad tender un libro a un niño pequeño, y luego cómo lo miraban juntos mientras una mujer, sin duda esposa del hombre y madre del niño, entraba en la habitación con un jarrón con flores, hacía un comentario a la familia y reía ante la contestación del pequeño. Entonces se abrió la puerta principal y apareció una niña de seis o siete años con una comba; cuando advirtió mi presencia, se detuvo.

—Hola —saludé.

—Hola. ¿Busca a mi mamá?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Sólo estoy de paso —expliqué—. Antes vivía en esta casa. Pasé toda mi vida aquí.

—Me llamo Mary —se presentó la pequeña—. Me sé todo el abecedario y puedo recitar los libros del Nuevo Testamento en orden.

Mary. El nombre de mi malograda hermanita. Así pues, al final viviría una Mary en aquella casa.

—¿Y los del Viejo? —quise saber, sonriendo de nuevo.

La niña frunció el ceño.

—Ésos no se me dan tan bien. Papá dice que tengo que estudiar más. ¿Cuándo vivió aquí?

—Hasta hace poco, un par de meses.

—Hemos alquilado esta casa hasta que la nuestra esté lista. La nuestra será mucho más grande.

—Pero ¿será igual de acogedora? —pregunté con una especie de lealtad hacia mi casa familiar; no me gustaba que la menospreciaran.

—Supongo.

—¡Mary!

Una voz a espaldas de la niña la hizo volverse, y la madre, una dama de aspecto agradable y expresión franca, apareció en el umbral. Tras vacilar un instante, me sonrió y saludó. Le contesté educadamente, pero no quería quedarme allí charlando, de modo que me despedí de la pequeña y seguí mi camino. Me alegré de que una familia volviera a ocupar la casa. Antaño había sido un hogar feliz y podía volver a serlo.

Madge Toxley había accedido a hacerse cargo de Isabella y Eustace aquel día, aunque según decía no haría falta vigilarlos mucho porque siempre se portaban muy bien. Isabella se mostró un poco inquieta ante la idea de pasar una jornada entera lejos de Gaudlin Hall, insistiendo una vez más en que supuestamente no debían salir de allí. Pero al recordarle que no había puesto tantas objeciones cuando se había tratado de jugar en la playa de Great Yarmouth, se calló.

Madge se había sorprendido al verme aparecer ante su puerta aquella mañana temprano, con los soñolientos niños a la zaga, cuando le había explicado que tenía un asunto urgente que atender en Londres y que me haría un enorme favor si los cuidaba hasta última hora de la tarde.

—Sí, claro, cómo no —repuso, y abrió la puerta de par en par para que los niños pasaran.

Entonces vi a su marido, Alex, en un salón más allá, aunque enseguida desapareció de la vista.

—Espero que no pase nada malo —añadió Madge.

—No; sólo necesito hacer una gestión. Tengo que hablar con una persona.

Asintió no muy convencida, y al instante lo comprendí.

—Te doy mi palabra de que volveré —aseguré—. Nunca abandonaré a los niños, te lo prometo.

—Por supuesto, Eliza —repuso, ruborizándose un poco—. No he pensado ni por un momento...

—Y si lo hubieras hecho, habría sido perfectamente comprensible —la interrumpí, tocándole el brazo en gesto de confianza y amistad—. Volveré esta tarde sin falta, no importa cómo transcurra la jornada.

La presencia, fuera lo que fuese, no parecía querer hacer daño a los niños. Su malevolencia se centraba únicamente en mí, pero aun así yo no deseaba correr ningún riesgo. Me tranquilizaba saber que Isabella y Eustace no se quedarían solos.

En Paddington, la parada del ómnibus que debía tomar quedaba a sólo cinco minutos andando de mi antigua casa. Cuando llegué, dejé mi bolso en el suelo y me senté junto a una dama anciana, que se volvió y me miró de arriba abajo con expresión desdeñosa. ¿Por qué lo hacía? Me había esforzado en vestirme bien para la ocasión, pero por lo visto no era de su agrado. Creí reconocerla: me pareció que se trataba de la señora Huntington, que me había cuidado alguna vez

de niña. Pero entonces recordé que aquella buena mujer había perdido el juicio cuando su marido y su hijo murieron en un accidente, años atrás, y la habían internado en un asilo para gente perturbada en Ealing, de modo que no podía ser ella. Aunque era tal su parecido que hubiera podido pasar por su gemela. Recé por que llegara el ómnibus, pues aquella mirada me agitaba y exasperaba. Cuando por fin apareció, subí, anuncié mi destino, pagué el medio penique al conductor y tomé asiento.

En el pasado nunca había prestado mucha atención a las calles londinenses, como supongo que sucede cuando se vive en la ciudad. Sin embargo, en aquel momento, al transitar por ellas, me sorprendió verlas tan sucias, que la niebla nunca se disipara del todo y perdiera como un miasma en que hubiera que abrirse paso. ¿Cómo es que nuestra capital había acabado tan contaminada que apenas se veía la acera de enfrente? En ese aspecto, Norfolk era mejor que Londres; al menos estaba limpia. Allí se podía respirar. Podía aguantar a un fantasma a cambio de un poco de aire fresco.

Había previsto llegar a la escuela poco antes del almuerzo. Tuve el tráfico de mi parte, pues cuando vi aparecer el edificio consulté el reloj y comprobé que aún faltaban diez minutos para el recreo del mediodía. Bajé del ómnibus y esperé ante la verja, observando. No hacía falta que me apresurara; el momento no tardaría en llegar.

Allí de pie, no pude evitar recordar mi primera mañana en St. Elizabeth, en el paso de colegiala a maestra, y en el terror que sentí cuando mis párvulas aparecieron ante mí, unas nerviosas, otras al borde de las lágrimas. Me miraban tratando de descubrir qué clase de profesora tendrían los siguientes doce meses. Como es natural, era la maestra más joven de la escuela y muchas de las que enseñaban en las aulas adyacentes me habían dado clases años antes, de modo que sabía muy bien cuán crueles podían mostrarse. Esas mismas mujeres que me habían dado la bienvenida aquella mañana como si fuera una vieja amiga me habían pegado en no pocas ocasiones. Aquella hipocresía de que hacían gala no me pasó por alto. Aún me intimidaba estrecharles la mano o entrar en la salita de té privada de los maestros, una zona que siempre me había sido vedada como alumna y que no contenía más que la promesa de un rato aterrador.

Aquel día tomé la decisión de no asustar nunca a mis pequeñas, ni intimidarlas ni pegarles; no era necesario que me quisieran —de hecho, era preferible para ellas que no lo hicieran—, sólo me importaba ganarme su respeto. Y en los tres años que estuve empleada en St. Elizabeth fui cobrando confianza, a tal punto de llegar a disfrutar al máximo de mi trabajo y creer que tenía ciertas dotes para llevarlo a cabo. Segura de que mi futuro no me brindaba la posibilidad de un marido o una familia propia, imaginaba una vida entre las cuatro paredes de mi aula; las décadas pasarían y me haría mayor y peinaría canas aunque los retratos de la reina y el príncipe Alberto nunca envejecieran.

Pero las párvulas, mis niñas, jamás cambiarían, tendrían siempre la misma edad pues año tras año serían reemplazadas por una nueva remesa, y muchas serían sus hermanas pequeñas. Una parte de mí deseaba que llegara el día en que apareciera una pequeña en su primer día de colegio cuya madre ya hubiese sido alumna mía. Entonces sabría que había tenido éxito en mi profesión.

La campanilla de la escuela me sacó de mis ensoñaciones. Cuando se abrieron las puertas, crucé la verja mientras los niños salían en tropel hacia el patio de recreo o se instalaban bajo los plátanos para abrir las fiambreras de hojalata con sus frugales almuerzos. Algunos ya corrían persiguiéndose, dando rienda suelta a las energías acumuladas después de tres horas sentados aplicadamente a sus pupitres. Dos de ellos se enzarzaron en alguna disputa que no tardó en pasar a las manos. Por un instante sopesé si debía intervenir, pero cuando por una puerta lateral apareció un maestro, un hombre de aspecto rudo, los niños se asustaron y pusieron pies en polvorosa. Me dirigí a la entrada principal y crucé el umbral; miré alrededor, elegí un pasillo al azar y eché a andar por él.

Seguían saliendo niños, quizá rezagados o traviosos a quienes habían retenido unos minutos para castigarlos por alguna falta. Fui asomándome a cada aula en mi camino, segura de que reconocería a mi objetivo en cuanto lo viera. La mayoría de los maestros eran hombres, lo que supuse que sería habitual en un colegio de varones; de hecho, me había sorprendido que la mujer a la que buscaba estuviera empleada allí. Debía de tratarse de una institución progresista. Al fin y al cabo, en St. Elizabeth el cuerpo docente siempre había estado formado por mujeres, con una sola excepción ciertamente fallida: Arthur Covan. Así que no creía que fueran a apresurarse por encontrarle un sucesor. Imaginé que habría sido muy agradable que el número de hombres y mujeres hubiese estado más compensado: no habría estado nada mal comentar las clases con un grupo de hombres jóvenes y simpáticos.

Había llegado al final del pasillo y estaba a punto de volver sobre mis pasos cuando la vi, sola en un aula, de espaldas a mí, borrando las lecciones matinales de la pizarra. La observé, aliviada por haber dado con ella y a la vez resentida por verla allí con la mayor tranquilidad mientras mi vida se hallaba rodeada de sucesos traumáticos y peligros constantes. Entré y miré alrededor; no había ningún niño, lo cual me alegró. Cerré la puerta detrás de mí.

La mujer dio un respingo y se volvió en redondo, llevándose una mano al pecho, tan alterada que me pregunté si siempre se asustaría con tanta facilidad. Sin embargo, al verme soltó una risita.

—Perdone —se excusó—. Estaba en mi mundo. Menudo susto. Aunque últimamente me asusto por nada, no siempre ha sido así.

—No pretendía asustarla —repose, aunque la verdad es que ése había sido mi propósito. Después de todo, no le había escrito ni avisado de mi viaje a Londres,

para evitar que me diera excusas o se negara a verme.

—No pasa nada —aseguró y, entornando los ojos, añadió—: La conozco, ¿verdad? Es la señora Jakes, ¿no? ¿La madre de Cornelius?

Negué con la cabeza.

—No.

—Oh, disculpe. ¿Quería hablar conmigo o busca a otro profesor?

—A usted. Le agradecería mucho que pudiera dedicarme unos minutos.

—Por supuesto. —Se sentó a su escritorio y me indicó la silla frente a ella—.

Perdone, no he oído bien su nombre.

Sonreí. ¿Fingía o hablaba en serio? ¿Me tomaba por idiota? (O más bien, ¿seguía tomándome por idiota?)

—¿No me reconoce? —pregunté incrédula.

Me miró fijamente y pareció un tanto incómoda.

—Si pudiera decirme qué niño es su hijo... —dijo, revolviéndose en el asiento.

—No soy la madre de nadie, señorita Bennet. Y si me reconoce es porque nos vimos una vez, hace algo más de un mes. Pasó usted junto a mí en la estación de Thorpe, en Norwich. Nuestras maletas toparon y se nos cayeron al suelo. Aquel día me miró a la cara y estoy segura de que supo exactamente quién era. De manera que me extraña que ahora finja no reconocerme.

Palideció y tragó saliva, sosteniendo mi mirada hasta que no pudo más.

—Por supuesto —dijo—. Es la señorita Caine, ¿verdad?

—Pues sí.

—Esto es... inesperado.

—Me lo imagino —repliqué con una frialdad que me sorprendió.

No había advertido cuánta rabia sentía hacia esa mujer hasta que me vi sentada ante ella. Y ahora me hervía la sangre. Mi sufrimiento era culpa suya, y mis noches de insomnio, su responsabilidad. Incapaz de mirarme a los ojos, los fijó en mis manos, que yo mantenía sobre el escritorio, separadas, con las cicatrices de las quemaduras bien visibles. Esbozó una mueca y desvió la vista.

—Como ve, llevo las cicatrices de Gaudlin Hall. Pero mis manos quemadas son la última de mis preocupaciones.

—Entonces, ¿no ha sido... no ha sido feliz allí? —inquirió con esfuerzo.

Solté una carcajada. Se me antojaba inaudito que se hiciera tanto la inocente.

—Señorita Bennet. Quizá deberíamos dejarnos de farsas, ¿no cree? Necesito hablar con usted sobre ese lugar. He venido a Londres sólo para verla y para que hablemos, y no dispongo de mucho tiempo. He de coger un tren de vuelta esta tarde y usted tendrá un montón de niños que volverán corriendo a clase tras el almuerzo.

—Me parece que decir «corriendo» es exagerar un poco —comentó sonriendo.

Sonreí a mi vez. Al menos la tensión se aflojó un poco.

—Bueno, sí. Como quiera.

—Supongo que le debo una disculpa por haberla engañado.

—Habría sido más considerada mostrándose franca desde el principio. Podría haberme recibido en la casa, por ejemplo. Y no permitir que llegase sin tener ni idea de lo que ocurría. La confusión de aquella tarde no hizo sino aumentar mis problemas.

—No podía —repuso negando con la cabeza—. ¿No lo entiende, señorita Caine? ¡No podía soportarlo ni un día más! ¡Ni una hora! Pero sí puedo decirle, con la mano en el corazón, que me alegra mucho comprobar que está bien.

Volví a soltar una carcajada, aunque ahora un tanto amarga.

—¿Bien? Estoy viva, si se refiere a eso. Pero no han dejado de hacerme daño, una y otra vez. Estuvo a punto de atacarme un perro. Me empujaron por una ventana. Mis manos, como verá, están tan quemadas que casi ni las reconozco. Y hubo más cosas. Lo que quiero saber, señorita Bennet, es bien simple: ¿qué le pasó a usted mientras estaba allí? Y cómo logró sobrevivir.

Se levantó y se acercó a la ventana, donde se puso a contemplar a unos niños que jugaban a la pelota en el patio.

—Ya sé que no es esto lo que desea oír, señorita Caine —dijo al cabo—, pero de verdad que no quiero hablar del tema. Lo siento. Le agradezco que haya venido hasta aquí, pero no soy capaz de hablar de ese lugar. Sigo sin poder dormir, ¿lo entiende? Tengo los nervios a flor de piel, como ha podido comprobar cuando ha llegado.

—Pero usted consiguió escapar —repliqué, levantando la voz—. No puede decirse lo mismo de la señorita Tomlin. O de las señoritas Golding, Williams y Harkness. Usted salió con vida de Gaudlin Hall, pero ninguna de sus predecesoras tuvo esa suerte. Y es posible que su sucesora tampoco la tenga. De modo que se lo preguntaré una vez más: ¿qué le pasó? Creo que me debe una respuesta. Una respuesta sincera. Usted puede ayudarme, ¿es que no lo comprende?

Se volvió en redondo y vi su rostro atormentado.

—Si piensa que sobreviví, señorita Caine, es que no entiendo en absoluto el estado en que me hallo. Estoy viva, eso es verdad. Respiro, vengo a trabajar, como, vuelvo a casa. Pero estoy sumida en un estado constante de ansiedad y angustia. Me preocupa todo el rato que... que...

—¿Qué, señorita Bennet?

—Que ella me encuentre.

Miré hacia otro lado. Aquella frase confirmaba que también había captado aquella presencia y que la había atormentado.

—Ella —repetí rompiendo un silencio prolongado—. Ha utilizado el pronombre femenino.

—¿No cree que sea una mujer?

—Sí, sí —admití—. Por supuesto. Creo que se trata de la difunta señora Westerley.

Asintió y se sentó al pupitre de un niño, donde cogió la pizarra con gesto distraído y tamborileó en ella, para luego volver a dejarla donde estaba.

—Oiga, no soy una mujer que se deje intimidar fácilmente. De jovencita, mi madre me decía que era más fuerte y valiente que cualquiera de mis hermanos mayores. Cuando llegué al pueblo de Gaudlin y me enteré de las historias de los Westerley y las institutrices anteriores, pensé que eran poco más que horribles coincidencias. Una desafortunada serie de sucesos que habían llevado a pensar a unos cuantos cotillas provincianos y supersticiosos que la casa estaba embrujada y que nadie que la habitara saldría bien parado.

—El señor Heckling está bien —le señalé entonces—. La señora Livermore también. Ninguno de los dos ha sufrido ningún daño.

—Pero ni el señor Heckling ni la señora Livermore se responsabilizan en absoluto de los niños —repuso en voz baja—. Y tampoco dan muestras de tener mucho interés en ellos.

Reflexioné.

—En eso tiene razón —admití—. Pero dígame, ¿cuánto tiempo llevaba allí cuando empezó a notar cosas raras?

Negó con la cabeza y se pasó el dorso de la mano por los ojos.

—Por favor, señorita Bennet —insistí—. Por favor, cuéntemelo.

—Un día —respondió encogiéndose de hombros—. Algo menos de un día, en realidad. Llegué por la mañana, usted lo hizo por la noche, claro. Y noté que pasaba algo antes de que esa primera jornada llegara a su fin, que por cierto había transcurrido sin incidentes. Me fui a la cama cansadísima. Recuerdo haberme metido entre las sábanas convencida de que dormiría profundamente tras el largo viaje. Cerré los ojos. No recuerdo qué soñaba, pues nunca recuerdo mis sueños, pero sí haber tenido de repente la horrible sensación de que me estrangulaban. En mi sueño veía a una mujer, una mujer de piel morena, cuyas manos me aferraban el cuello, ahogándome. Y me acuerdo de que... Señorita Caine, ¿se ha encontrado alguna vez con que, en medio de un sueño, algo le dice que debe despertarse, que necesita huir de él?

—He tenido esa sensación, sí.

—Bueno, pues eso mismo sentí. Me obligué a despertarme, pensando que me libraría de aquella mujer si salía del sueño. Pero, para mi espanto, cuando abrí los ojos la sensación seguía. Notaba unas manos reales en el cuello, me estaban estrangulando de verdad. Por supuesto, alcé mis propias manos y traté de apartar las de aquella extraña. Entonces noté las finas muñecas y la fuerza de aquellos dedos. Pero cuando mis manos se cerraban para agarrarlas, se desvanecieron como por arte de magia. Dejé de asfixiarme y la presencia se esfumó. Salté de la cama y me acurrugué en un rincón de la habitación, tosiendo y escupiendo.

No sabía qué había pasado, si tal vez una terrible pesadilla se manifestaba como un delirio, pero si algo estaba claro era que no me había limitado a imaginar el ataque, porque me dolía terriblemente la garganta. De hecho, lo primero que me dijo Isabella a la mañana siguiente fue que tenía una magulladura en el cuello.

—Yo también sentí esas manos —revelé mirándola a los ojos—. La primera noche que pasé en esa cama.

—¿Y trató de estrangularla?

—No; me aferraba los tobillos. Sentí que tiraban de mí hacia abajo. No sé muy bien con qué intención, pero sin duda con malevolencia.

—¿Y no pensó que se había vuelto loca?

—No, no lo pensé porque sabía muy bien qué había sentido. Aún noto esas manos.

—A mí me pasa lo mismo —confesó la señorita Bennet—. Y todavía no puedo dormir por las noches cuando me acuerdo de ello.

—¿Y qué más? —pregunté inclinándome hacia ella—. ¿Qué más le ocurrió? Vamos, señorita Bennet, si ya me ha contado eso, puede contarme el resto.

—¿Ha visto en qué condiciones está el tejado?

—Nunca he subido a la azotea —respondí, negando con la cabeza.

—Pues vale más que no lo haga. La casa parece sólida, pero se cae a pedazos. La mampostería no está en buen estado. Le aseguro, señorita Caine, que si no se repara como se requiere, dentro de pocos años una ráfaga de viento echará la casa abajo. Incluso antes.

—¿Y qué hacía usted en la azotea? —quise saber.

—Me gusta pintar —explicó—. No se me da muy bien, por supuesto, pero disfruto mucho. Desde allí arriba hay unas vistas magníficas de los estuarios de Norfolk. Aquel día hacía sol, y subí el caballete y las pinturas. Pasaron dos cosas. Pese al buen tiempo, de pronto se levantó un viento fortísimo que me arrancó de la silla y me habría arrojado al vacío de no haber logrado agarrarme a un pretil de piedra junto a la chimenea, donde me quedé hasta que se calmó. Luego corrí escaleras abajo y salí al jardín. Estaba de pie junto al sendero, recobrándome, cuando empezaron a llover piedras del tejado. Una de ellas me cayó a dos palmos. De haberme dado, me habría matado al instante. Corrí para alejarme de la casa y sólo cuando estuve a una distancia prudencial cesó la lluvia de piedras.

Negué con la cabeza. Aún no me había encontrado con nada por el estilo, ¿sería una pesadilla que me aguardaba a mi regreso? ¿Necesitaría una armadura para evitar morir aplastada?

—Y luego estuvo el incidente con el cuchillo —añadió.

—¿Qué cuchillo?

—Estaba preparando la comida, cortando verduras, y el cuchillo que sujetaba... ya sé que suena ridículo, pero pareció adquirir vida propia. Se volvió contra mí. Aunque eran mis manos las que lo aferraban, me obligó a retroceder

hasta la pared. Y allí me quedé, con la espalda contra la piedra, mientras mis propias manos se acercaban cada vez más al cuello y la punta del cuchillo parecía a punto de degollarme.

—¿Y cómo lo detuvo?

—No fui yo. Isabella entró en la cocina y pronunció una sola palabra: «No». Entonces recuperé el control de mis propias manos. Solté el cuchillo, me deslicé hasta el suelo y, cuando alcé la vista, la niña estaba de pie junto a mí. «Debería tener más cuidado con los cuchillos», me dijo. «Mi madre no nos deja jugar con ellos».

—¿No nos deja? ¿En presente?

—Sí, también reparé en ello.

—¿Y no se asustó la niña ante la escena que acababa de presenciar?

Ahora fue la señorita Bennet quien se echó a reír.

—¿Que si se asustó? ¿Isabella Westerley? Ya la conoce, señorita Caine. Ha pasado este último mes con ella. ¿La cree capaz de esas emociones? ¿Cree acaso que esa niña es capaz de sentir alguna emoción?

—Ha sufrido mucho —dije, saliendo en su defensa—. Piense en cuanto ha tenido que pasar: la muerte de su madre, que le arruinaran la vida a su padre. Por no mencionar el fallecimiento de todas las institutrices. Para mí es un misterio que haya conservado la cordura.

—Suponiendo que lo haya hecho —repuso la señorita Bennet, escéptica—. En cualquier caso, no me fío de esa niña. Nunca lo hice. La pillaba espiándome, observando cada uno de mis movimientos. Se me acercaba con sigilo y me daba un susto siempre que podía, ésa es la verdad. Es apenas una niña de doce años, pero me daba un miedo tremendo.

—¿Y Eustace? —pregunté, confiando en que no hiciera reparos a su personalidad, pues era mi favorito, mi niño.

—Bueno, el pequeño Eustace, claro... —Sonrió al acordarse de él—. Es un niño encantador. Pero, por utilizar sus propias palabras, ha sufrido mucho. Temo por su futuro, la verdad.

—¿Y qué la hizo marcharse al final? ¿Hubo algún incidente más? ¿Algo que la llevara hasta el límite?

—Diría que con cuanto he descrito bastaría. Pero sí, hubo algo más. El caballo de Heckling; supongo que habrá visto a ese animal, ¿no?

—Sí. Una yegua de lo más plácida. Creo que ya está para que la retiren.

—Yo era de la misma opinión. Pero un día se volvió contra mí, cuando Heckling no estaba cerca. Yo había salido a dar un paseo y llevaba una bolsita de azúcar para dársela, como hacía muchas mañanas. Creía que el animal me tenía cariño por eso. Pero aquel día en particular, cuando iba a sacar la bolsita, se encabritó y alzó las patas en el aire. De no haberme apartado de un salto me hubiera caído encima y aplastado. Perpleja, miré al caballo, deseando que se

controlara, pero su mirada era asesina, y además babeaba. Así que eché a correr. Corrí tan deprisa como pude, señorita Caine, pero la vieja yegua me pisaba los talones con muy malas intenciones. Relinchaba y resoplaba como una endemoniada. De no haber conseguido llegar y meterme en la casa antes de que me alcanzara, me habría matado.

—No puede ser —respondí, pensando en aquel animal tan plácido y venerable—. Pero a mí me ocurrió algo parecido. Con un perro. Estoy segura de que tenía las peores intenciones. De no haber sido por Isabella, creo que me habría saltado al cuello.

—De manera que su espíritu se ve atraído por los animales —dijo la señorita Bennet, estremeciéndose ligeramente—. ¿Por qué? Sea como fuere, aquella fue la gota que colmó el vaso. Redacté el anuncio, esperé junto a la ventana hasta comprobar que Heckling controlaba a la yegua, que para entonces parecía tan tranquila como siempre, y me fui al pueblo a mandar un telegrama al editor del *Morning Star* para anunciar el puesto de institutriz. Supongo que es donde usted lo vio.

—Sí, así fue. —Y señalé—: Pero pese a lo ocurrido, no se marchó de Gaudlin Hall. Esperó a que hubiera una sustituta.

—Señorita Caine —repuso sonriendo—, le garantizo que no salgo impune de toda esta aventura, sino con una mancha en mi reputación. No obré bien al poner aquel anuncio fingiendo ser quien no era. Sé que parecía el dueño y señor de Gaudlin Hall y no una simple institutriz. Y comprendo que, de haber sido más valiente, habría esperado su llegada y la habría advertido de lo que sucedía. Pero no podía correr ese riesgo, ¿sabe? No podía arriesgarme a que usted se diera la vuelta y subiera al tren de regreso a Londres. Fue una cobardía por mi parte, claro que sí. Bien que lo sé. Pero, aunque tenía que salir de allí, si hay algo a lo que no estaba dispuesta, si hay un acto que no podía cometer, era marcharme dejando a esos niños en manos del espíritu. Dejarlos sin nadie que los protegiera. Hasta saber que usted había llegado, no podía irme. —Titubeó y negó con la cabeza—. No, eso no es del todo cierto: en realidad, al que no podía dejar sin nadie que lo protegiera era a Eustace. No creo que Isabella necesite que cuiden de ella. Sabe cuidar de sí misma.

Me levanté y pasé lentamente por el aula. Me fijé en un mural en la pared con los reyes y reinas de Inglaterra, desde la batalla de Hastings hasta Victoria, lo que me distrajo un instante y me hizo evocar tiempos más felices. Cómo echaba de menos esperar a mis pequeñas cuando volvían del patio tras la hora de comer, cansadas y bostezando, para recibir las clases de la tarde.

—¿Y usted, señorita Caine? —preguntó tras un largo silencio—. ¿Ha vivido malas experiencias?

Asentí y le conté brevemente los distintos incidentes sufridos desde mi llegada a la casa.

—Al menos ha sobrevivido —comentó.

—Por el momento.

—Pero está aquí —repuso sonriendo, se acercó y me cogió de las manos—. Está aquí, después de todo. Ha conseguido huir, como yo. Quizá el espíritu está perdiendo su poder.

Negué con la cabeza y retiré las manos.

—Creo que me ha malinterpretado. Quizá haya sobrevivido por ahora, pero no he huido, como usted dice. Sólo pasaré unas horas en Londres. Ya he dicho antes que regresaré a Norfolk en el tren de la tarde.

—¿Piensa volver a Gaudlin Hall?

—Por supuesto. ¿Adónde si no? No tengo otro hogar.

—¡Pues a cualquier parte! —exclamó, haciendo aspavientos—. A cualquier sitio que se le ocurra. Vuelva a la escuela donde daba clases. Váyase a Cornualles, Edimburgo, Cardiff o Londres. Márchese a Francia o Italia. Viaje hasta el corazón de Rusia, si hace falta, o viva con esas desdichadas mujeres en las calles de la capital. Pero no vuelva a ese lugar tan terrorífico. Si está usted en su sano juicio, señorita Caine, manténgase lo más lejos que pueda de Gaudlin Hall.

La miré de hito en hito, asombrada por su egoísmo. Y luego, tratando de que mi voz no trasluciera mi enfado creciente, pregunté:

—¿Y quién cuidará entonces de los niños?

—Ella.

—No pienso dejárselos —repuse.

La señorita Bennet se encogió de hombros.

—Entonces irá por usted, como hizo con las demás. —Miró hacia otro lado y, en un tono que sugería lo obvio e inevitable, añadió—: Irá por usted y la matará.

Sus palabras me hirieron como un cuchillo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué quiere hacernos daño? Sólo pretendo ayudar a esos niños, cuidar de ellos. ¿Y qué me dice de esa otra presencia, la del viejo? No lo ha mencionado. ¿Qué papel desempeña él?

La señorita Bennet se volvió y me miró desconcertada, como si no me hubiese oído bien.

—¿Perdone?

—El otro espíritu. Porque hay dos, ¿no? El otro impidió que me arrojaran por la ventana una vez, noté sus manos. Eustace lo vio, habló con él. Le dijo que estaba allí para velar por mí.

La señorita Bennet se rodeó el cuerpo con los brazos, aún más asustada.

—Lo siento, señorita Caine, no sé de qué me habla.

—¿Nunca sintió esa presencia?

—No, sólo la del espíritu destructivo. Sólo a ella.

—Quizá estuviera allí pero usted nunca lo notara. Quizá fue el que impidió

que le cayeran encima las piedras, por ejemplo.

Lo consideró unos instantes, pero acabó negando con la cabeza.

—Lo habría sabido. Estoy segura de que lo habría advertido si hubiese habido alguien más. Pero le juro que no noté nada.

Asentí. No me quedaba más opción que creerla; no tenía motivo para mentir. Sonó el timbre y observé que los niños daban por finalizados los juegos en el patio, recogían sus fiambreras y se dirigían hacia las puertas.

—Tengo que irme. Supongo que debo agradecerle su franqueza, señorita Bennet. Me ha confirmado algunas cosas. Y, por extraño que suene, en cierto modo me alivia saber que otra persona pasó por lo que estoy pasando yo. Me impide creer que estoy volviéndome loca.

—Pero sí está enloqueciendo —soltó la señorita Bennet—. De no ser así, no habría decidido volver allí. Sólo una loca regresaría a un lugar como ése.

—Entonces estoy loca. Tal vez. Pero estoy convencida de que los niños no se irán mientras su padre siga en la casa. Nunca hablan de él, ni reconocen su presencia, pero los consuela saber que está allí. Y jamás los dejaré solos con ese espíritu malévolo.

Cuando tendía la mano hacia el pomo de la puerta, la oí decir a mi espalda, en tono de remordimiento y pesar:

—Debe de pensar que soy una mujer horrorosa por haberlos abandonado como lo hice.

Me volví y negué con la cabeza.

—Usted hizo lo que le dictaba su instinto —contesté sonriendo—. Y yo debo hacer lo que me dicte el mío. Adiós, señorita Bennet.

—Adiós, señorita Caine, y buena suerte.

Ya era tarde cuando llegué a Gaudlin Hall. El tren, que ya había salido con retraso de Londres, sufrió un segundo retraso a las afueras de Manningtree. Había sido un viaje incómodo. Un hombre de mediana edad, sentado frente a mí en el vagón, había empezado a galantearme, experiencia insólita para mí y de la que quizá habría disfrutado en otra situación, pero que en ese momento no me hizo ninguna gracia. Al verme obligada a cambiar de asiento, tuve la mala suerte de sentarme junto a una anciana que sólo deseaba contarme historias sobre la crueldad de su hija y su yerno, que le impedían ver a sus nietos; no eran buenas personas y, por tanto, no tendrían cabida en su testamento.

Madge Toxley, que había llevado a los niños de vuelta a la casa para acostarlos en sus camas, pareció aliviada al verme; le hizo señas a su carruaje y se alejó por la avenida a toda velocidad.

Ascendí la escalera de Gaudlin Hall rogando poder dormir toda la noche y recuperar energías para el día siguiente, a fin de estar lista ante los terribles sucesos que pudieran acaecerme. En el rellano, antes de continuar hacia mi

habitación, me detuve sorprendida al oír voces procedentes de la de Eustace. Eché un vistazo al reloj de pared; ya era más de medianoche, muy tarde para que los niños estuviesen despiertos. Avancé por el pasillo hasta su dormitorio y apoyé la oreja contra la puerta. Me costó entender qué se decía, pero agucé el oído y por fin distinguí a Eustace hablar en voz baja.

—Pero ¿y si ella no vuelve?

—Volverá —contestó una voz que no era la de Isabella, como yo esperaba, sino masculina y de adulto.

—No quiero que nos deje como las demás —dijo Eustace.

—No lo hará.

En ese preciso instante, abrí y entré. La única luz en la habitación procedía de una vela sobre la mesita junto a la cama del niño que apenas lo iluminaba a él. Su piel se veía blanca como la nieve. Miré alrededor. Estaba solo.

—¿Con quién hablabas? —pregunté mientras me acercaba a la cama para asirlo de los hombros—: ¿Con quién hablabas, Eustace? —repetí, alzando la voz.

Profirió un gritito de miedo, pero yo estaba perdiendo la paciencia y me negué a soltarlo.

—¿Con quién hablabas? —chillé.

—Con el viejo —contestó al fin, cediendo.

—No hay ningún viejo —protesté, con ganas de llorar de pura desazón. Lo solté y di una vuelta completa. Luego lo miré—. Aquí no hay nadie más.

—Está detrás de usted.

Me volví con el corazón desbocado, pero no vi a nadie.

—¿Por qué no lo veo? —exclamé—. ¿Por qué no puedo verlo yo también?

—Ahora se ha ido —explicó el niño en voz baja, acurrucándose bajo las sábanas—. Pero sigue en la casa. Dice que no piensa irse, no importa cuánto lo desee ella. Mientras usted esté aquí, él no se irá a donde se supone que debe marcharse.

—¿Un fantasma? —preguntó el reverendo Deacons, sonriendo.

Por su expresión, me pareció que pensaba que le tomaba el pelo.

—Ya sé que suena ridículo, pero estoy convencida.

Negó con la cabeza e indicó el banco de la familia Westerley, en el ala izquierda de la iglesia, donde me sentaba con los niños los domingos. Tenía una placa de latón en la esquina con el nombre grabado de un antepasado de los Westerley y las fechas de su nacimiento y muerte. Eran del siglo XVII. De manera que la familia se remontaba al menos hasta entonces.

—Mi querida muchacha —dijo el párroco, sentándose a cierta distancia de mí—. Es una idea descabellada.

—¿Por qué? ¿Cómo dice Shakespeare, reverendo? «Hay más cosas en el cielo y la tierra que todas las que pueda soñar tu filosofía».

—Shakespeare estaba en el negocio del espectáculo, se debía a un público —contestó el religioso—. No era más que un simple escritor. Sí, es posible que en una de sus obras aparezca un fantasma en las murallas para revelar el nombre de su asesino y reclamar venganza. O que asista a un banquete para rondar a la persona que lo asesinó. Pero esas cosas existen para incitar y hacer sentir escalofríos a un público que paga por verlas. En la vida real, señorita Caine, me temo que los fantasmas están sobrevalorados. Sólo son cuentos cuyo lugar está en las obras de ficción y en las mentes fantasiosas.

—No hace tanto que los hombres como usted creían en brujas y supersticiones —puntualicé.

—Eso era en tiempos medievales —repuso con ademán despectivo—. Estamos en 1867. La Iglesia ha recorrido un largo camino desde entonces.

—A las mujeres las metían bajo el agua cuando sospechaban que eran brujas —declaré en tono amargo—. Si se ahogaban, quedaba probada su inocencia, pero habían perdido la vida a raíz de una acusación falsa. Si sobrevivían, eran culpables y acababan ardiendo en la hoguera. O sea, que morían de todas formas. Y siempre mujeres, por supuesto. Nunca hombres. En aquellos tiempos, nadie cuestionaba esa clase de creencias. Y ahora me acusa de decir cosas descabelladas. ¿No advierte la ironía?

—Señorita Caine, no puede culparse a la Iglesia moderna de las supersticiones del pasado.

Suspiré. Probablemente no había sido buena idea acudir al reverendo Deacons, pero estaba desesperada y pensé que tal vez podría serme de ayuda hablar con él. La verdad es que nunca he sido una persona muy religiosa. Era practicante, claro, y asistía a la misa dominical. Pero, para mi oprobio, había sido siempre de esas almas perdidas cuyos pensamientos vagan durante la homilía y prestan muy poca atención a las lecturas. ¿Qué revelaba de mí que ahora, en un

momento de crisis, recurriera a la Iglesia en busca de ayuda? ¿Y qué revelaba de la Iglesia que, cuando acudía a ella en busca de consuelo, no hiciera más que reírse en mi cara?

—Sabemos muy poco del mundo —proseguí, decidida a no dejarme tratar como una histérica—. Ignoramos cómo llegamos aquí y adónde iremos cuando nos vayamos. ¿Cómo podemos estar tan convencidos de que no existen almas perdidas, de gente ni viva ni muerta del todo? ¿Cómo puede estar tan seguro de que sean disparates?

—Lo que dice es producto de sus vivencias en Gaudlin Hall. Su mente ha quedado expuesta a esa clase de fantasías por la desdichada historia del lugar.

—¿Y qué sabe usted de Gaudlin Hall? ¿Cuándo pisó la casa por última vez?

—Su tono es muy agresivo, señorita Caine —me reprendió, y advertí que se esforzaba por controlar su ira—. Y no es necesario, si me permite que se lo diga. Es posible que no me halle al corriente, pero he visitado al señor Westerley. —Sorprendida, arqueé una ceja. Él asintió en respuesta a mi escepticismo—. Pues sí, le aseguro que es cierto. Fui a verlo poco después de que lo trajeran de vuelta a su hogar. Y desde entonces he acudido un par de veces más. El pobre hombre se halla en tal estado que sólo verlo ya resulta perturbador. Quizá lo ha visto usted, ¿no?

—Sí, lo he visto —admití.

—¿Y no es posible entonces, señorita Caine, que dada la impresión causada al ver a tan desdichado espécimen del género humano, y por estar al corriente de cómo acabó en semejante estado, su imaginación le haya jugado malas pasadas?

—No lo creo —repose, pues no estaba dispuesta a permitir que se mostrase paternalista conmigo—. Al fin y al cabo, si usted lo ve con regularidad, como dice, y yo sólo lo he visto una vez, ¿por qué iba a ser yo víctima de esas desdichadas fantasías y usted no?

—Señorita Caine, ¿hace falta que le explique por qué?

—Pues sí.

Suspiró.

—Me temo que va a reprenderme, pero no me diga que no es verdad que su sensibilidad, como mujer...

—¡Basta, por favor! —espeté, levantando tanto la voz que reverberó en los pasillos. Cerré los ojos y me dije que debería controlar mi genio, no exasperarme así—. No diga que mi sexo me vuelve más susceptible.

—Entonces no lo diré —respondió el reverendo—, pero quizá hallaría más respuestas en esa sugerencia de las que le gustaría.

Tal vez debía ponerme en pie y salir de allí. ¿Para qué había ido? Todo aquello no eran más que tonterías. El edificio entero, el altar, aquel hombre ridículo con sus vestiduras y sus aires de santurrón. La vida regalada que le proporcionaba la parroquia mientras otros morían de hambre. Qué estúpida había sido al creer que

podría ofrecerme algún consuelo. Estaba recobrando la compostura, dispuesta a irme con dignidad, cuando tuve una idea.

—Me gustaría formularle una pregunta. No guarda relación con los sucesos de Gaudlin Hall. Quizá podrá darme una respuesta.

—Lo intentaré.

—¿Cree usted en la otra vida, padre? ¿En la recompensa del cielo y la condena eterna del infierno?

—Claro que sí —contestó sin titubear, algo perplejo porque me atreviera a cuestionar sus creencias.

—¿Y cree en ello sin tener la más mínima prueba de su existencia?

—Mi querida muchacha, ahí interviene la fe.

—Sí, por supuesto. Pero si cree usted en esas dos formas del más allá, ¿por qué se opone a considerar que haya una tercera?

Frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué tercera forma exactamente?

—Un tercer lugar —expliqué—. Un sitio donde pueden permanecer las almas de los muertos antes de que las admitan en el cielo o las condenen al infierno.

—Se refiere al purgatorio, señorita Caine.

—Pues un cuarto lugar —insistí, casi con ganas de reír ante la absurda cantidad de sitios en que podía ubicarse un alma—. Cree en esos tres, pero no en un cuarto. Un lugar donde las almas siguen en este mundo, desde donde nos observan y a veces interactúan con nosotros. Para hacernos daño o protegernos. ¿Por qué debería parecerle ridículo ese plano de existencia y los otros, el cielo, el infierno y el purgatorio, no?

—Porque en la Biblia no se menciona ningún sitio con esas características —contestó en tono paciente, como si hablara con una niña.

—La Biblia la escribieron hombres —declaré, alzando las manos exasperada—. Ha sufrido tantísimos cambios, tantas traducciones a lo largo de los siglos, que se rehace para adaptarse a los tiempos del lector. Sólo un necio cree que las palabras de la Biblia son las que pronunció Jesucristo.

—Señorita Caine, lo que dice raya en la blasfemia —me advirtió irguiéndose en el banco y con expresión escandalizada. Advertí que la mano le había temblado ligeramente. Supuse que no estaba acostumbrado a que nadie lo provocara de esa manera, y aún menos una mujer. Como tantos de su clase, ocupaba una posición incontestable y que exigía un respeto no merecido—. Y si continúa hablando así, me negaré a escucharla.

—Discúlpeme —dije, pues no quería enfurecerlo ni provocar que el techo de la iglesia se desplomara sobre mi cabeza; y a era bastante probable que ocurriera algo similar en Gaudlin Hall—. No pretendía molestarlo, de verdad que no. Sin embargo, tiene usted que admitir que hay muchas cosas del universo que no sabemos y que son sumamente posibles; de hecho, es probable, y más que

probable, que haya misterios cuya revelación nos dejaría sorprendidos. Perplejos, incluso. Que nos harían dudar de los cimientos mismos en los que se apoya nuestra fe en este mundo.

Consideró mis palabras, se quitó las gafas y las limpió con el pañuelo; luego se las puso de nuevo.

—No soy un hombre muy culto, señorita Caine —dijo al cabo de una pausa—. Soy un simple párroco. No aspiro al obispado ni espero que se me ofrezca nunca formar parte de él. No busco en esta tierra más que ser pastor de mi rebaño. Leo, por supuesto. Tengo una mente curiosa. Y admito que, a lo largo de mi vida, ha habido ocasiones en que me he... cuestionado la naturaleza y el significado de la existencia. No sería humano si no lo hiciera. La naturaleza de las creencias espirituales es una de las eternas cuestiones sobre el universo. Pero rechazo sus hipótesis porque eliminan a Dios de la ecuación. Dios decide cuándo llegamos a este mundo y cuándo lo abandonamos. No toma decisiones a medias y deja a las almas suspensas en un sitio neutral. Dios es tajante. No se parece en nada a Hamlet, si desea expresarlo en términos shakesperianos. Esa clase de actos serían propios de un Dios cruel y despiadado, no del Dios del amor de la Biblia.

—¿No cree que Dios puede ser cruel y despiadado? —insistí, tratando de contener una sonrisa irónica para no enfadarlo más—. ¿Lleva a cabo una lectura de la Biblia tan superficial que no reconoce la barbarie en cada página?

—¡Señorita Caine!

—No crea que no estoy familiarizada con las Escrituras, reverendo. Y me parece que ese Dios que usted menciona tiene grandes dotes para la brutalidad y la malicia. Es como un especialista en esos temas.

—Está siendo usted irreverente, señorita. El Dios que yo conozco jamás trataría a uno de sus hijos de manera tan vengativa. Abandonar a un alma para que languidezca como sugiere usted... ¡jamás! ¡Por nada del mundo!

—Pero ¿y fuera de él?

—¡No!

—¿Lo sabe a ciencia cierta? ¿Se lo ha dicho?

—Señorita Caine, ya está bien. Recuerde dónde está.

—Estoy en un edificio construido a base de ladrillo y argamasa y erigido por el hombre.

—¡Se acabó! —exclamó, perdiendo los estribos por fin. (¿Aguardaba yo ese momento? ¿Quería provocar una respuesta humana, si no espiritual, en aquel hombre que se veía impotente?)—. Salga usted de aquí si no es capaz de hablar con el respeto que...

Me levanté del banco.

—¡Usted no está allí, padre! —exclamé exasperada—. Me despierto en Gaudlin Hall, paso en la casa la mayor parte del día, duermo allí por las noches.

Y todo ese tiempo sólo hay una cosa que me da vueltas en la cabeza.

—¿Y cuál es?

—Que esa casa está embrujada.

Soltó un gruñido de protesta y miró hacia otro lado; su rostro era un compendio de dolor y rabia.

—Me niego a escuchar semejantes cosas.

—Pues claro que se niega —le espeté, alejándome de él—. Porque es usted un estrecho de miras, como todos los de su condición.

A zancadas, recorrí el pasillo de la iglesia; mis pasos repiqueteaban en las baldosas. Salí a la luz de una fría mañana invernal con unas ganas enormes de gritar. Vi a los habitantes del pueblo afanados en sus quehaceres como si en el mundo todo fuera bien. Ahí estaba Molly Sutcliffe, vaciando un cubo de agua jabonosa en la calle ante el salón de té. Y Alex Toxley, que se dirigía a su consulta. Más allá vislumbré la sombra del señor Cratchett, sentado ante la ventana en el despacho del abogado, con los grandes libros de contabilidad abiertos ante sí, los ojos fijos en las páginas mientras garabateaba con la pluma. Vi el carruaje del señor Raisin aparcado, lo que me indicó que estaba en el bufete, sentado a su escritorio. Tuve una idea. Una pregunta que precisaba respuesta.

—Ah, señorita Caine —dijo Cratchett con aire de resignación—. Ha venido a vernos otra vez. Qué alegría. ¿Qué le parece si ponemos un escritorio para usted, con su nombre grabado en él?

—Ya sé que es una molestia, señor Cratchett, y no quisiera robar su valioso tiempo al señor Raisin. Ya se mostró muy generoso conmigo. Pero me gustaría preguntarle una cosa, sólo una. ¿Me haría el favor de pedirle que me dedique un momento? Le prometo que no me quedaré más de un par de minutos.

Intuyendo que cumpliría mi palabra y que se libraría de mí más deprisa si accedía, el empleado suspiró, dejó la pluma y se dirigió al despacho del fondo, del que regresó unos instantes después asintiendo con gesto cansino.

—Dos minutos —anunció, señalándome.

Asentí con la cabeza y pasé ante él.

El abogado, que estaba sentado a su escritorio, hizo ademán de levantarse al verme entrar, pero le indiqué con un gesto que no se moviera.

—Me alegra verla. Desde que hablamos el otro día, he pensado mucho en usted y...

—No lo entretendré —lo interrumpí—. Sé que está ocupado. Sólo quisiera preguntarle una cosa. Si me fuera... es decir, si nos fuéramos, juntos, ¿habría algún inconveniente por parte de la finca?

Arqueó una ceja y me miró fijamente.

—¿Si nos fuéramos, señorita Caine? ¿Se refiere a usted y a mí...?

—No, no —contesté, a punto de reír por el malentendido—. Me refería a los

niños y a mí. Si me los llevara a Londres, a vivir allí conmigo. O al extranjero; siempre me ha atraído la idea de vivir en otro país. ¿Lo aprobaría la propiedad? ¿Sufragaría nuestros gastos? ¿O los agentes de la ley nos traerían de vuelta a Gaudlin? ¿Me detendrían por secuestro?

Consideró mis palabras unos instantes, y luego negó con la cabeza.

—Imposible. Se ha estipulado claramente que, mientras el señor Westerley esté presente en Gaudlin Hall, los niños no podrán abandonar la finca durante períodos prolongados, ni siquiera bajo la supervisión de una tutora como usted.

Las ideas se agolpaban en mi cabeza; empecé a abrigar los pensamientos más absurdos.

—¿Y si se viniera él también? ¿Y si lo llevara conmigo?

—¿A James Westerley?

—Sí. ¿Qué pasaría si él, los niños y yo nos mudásemos a Londres? O a París, o a América si fuera necesario.

—Señorita Caine, ¿ha perdido el juicio? —preguntó poniéndose en pie e irguiéndose cuan alto era—. Ya ha visto en qué estado se halla el pobre. Necesita cuidados constantes.

—¿Y si se lo proporcionara yo?

—¿Sin la formación adecuada? ¿Sin título médico alguno? ¿Le parece que eso sería justo con él, señorita Caine? No, imposible.

—¿Y si aprendiera? —insistí, consciente de que estaba haciendo demasiadas preguntas—. ¿Y si siguiera un curso de enfermería y le diera muestras de saber lo que me hago? ¿Me dejaría llevármelo entonces? ¿Y a los niños?

—Señorita Caine —dijo en un tono más dulce. Rodeó el escritorio e hizo que me sentara en una butaca, mientras él ocupaba la de delante—. Hablo con regularidad con el médico del señor Westerley. Nunca abandonará esa habitación. Jamás. Incluso tratar de moverlo le causaría la muerte. ¿No lo comprende? Debe continuar donde está y, mientras siga vivo, los niños han de estar allí también. No hay posibilidad de modificar eso, ninguna. Usted, por supuesto, tiene la libertad de irse cuando quiera, no podemos mantenerla cautiva aquí, pero, como me ha dejado bien claro en más de una ocasión, nunca abandonaría a los niños. ¿Sigue siendo ésa su postura?

—Sí, señor.

—Bien, pues entonces no se hable más.

Bajé la vista y contemplé el dibujo de la alfombra, como si ahí pudiera encontrar respuesta a mis problemas.

—Entonces no hay nadie que pueda ayudarme. —Y en mi fuero interno, me dije: «No me iré de aquí hasta que ella me mate».

—¿Ayudarla con qué?

Me emocionó su tono de preocupación. Negué con la cabeza y le sonreí, y por un momento nuestras miradas se encontraron. Advertí que la suya se posaba

un instante en mis labios para luego volver a mis ojos. Le sostuve la mirada.

—Señorita Caine —repitió en voz baja, tragó saliva y se ruborizó ligeramente—. La ayudaría si pudiera. Pero no sé qué puedo hacer por usted. Si me dijera simplemente en qué...

—En nada —concluí resignada, poniéndome en pie para alisarme el vestido.

Tendí la mano y él la miró un instante antes de estrechármela. El contacto duró un poco más de lo necesario, ¿y acaso su índice no se movió contra el mío en una caricia infinitesimal? Noté una punzada en lo más hondo de mi ser, distinta a cualquier cosa sentida nunca. Tuve que hacer acopio de fuerzas para apartar la vista, pero sus ojos clavados en los míos me lo impidieron. Podría haber permanecido así largo rato, o cedido a la tentación, de no haber reparado en el marco de plata sobre su escritorio. La imagen que contenía me hizo apartar la mano bruscamente y desviar la vista.

—Confío en que la señora Raisin no protestara por su tardanza en llegar a casa después de nuestro último encuentro —dije, aunque pretendía dar a entender otra cosa.

—Algo comentó sobre el asunto, sí —repuso, volviéndose hacia el retrato. Era una mujer de aspecto duro y parecía mayor que él—. También es cierto que mi esposa nunca se ha mostrado tímida a la hora de expresar sus opiniones.

—¿Y por qué debería? —pregunté, consciente de mi tono levemente agresivo—. Claro que nunca he tenido la buena fortuna de conocerla.

—Quizá podría venir a cenar con nosotros —propuso él, siguiendo las formalidades.

Le sonreí y negué con la cabeza. Él asintió, por supuesto, pues no era necio y lo había entendido todo muy bien.

Me marché.

Así pues, estaba condenada. Si no quería abandonar a los niños, y menos a Eustace, aquel crío tan desazonado y vulnerable, tendría que quedarme en Gaudlin Hall mientras el señor Westerley siguiera vivo. Y estaba convencida de que yo tenía más probabilidades de fallecer que él.

Aquella misma tarde, sentada en el saloncito de la casa, trataba de leer un ejemplar de *Silas Marner* que había encontrado en la biblioteca del señor Westerley, presa de una sensación de calma, de resignación por estar condenada a quedarme allí hasta morir, por pronto que fuera. Unas pisadas en la avenida me advirtieron que se acercaba alguien. Cuando me incliné en el sofá para mirar por la ventana vi a Madge Toxley, que conversaba con Eustace e Isabella. Los observé, pues formaban un grupito poco corriente; Eustace estaba muy locuaz y hacía reír a Madge. Su risa se apagó al cabo de un instante, cuando Isabella también se puso a hablar. Madge parecía un poco alterada por lo que la niña decía y se le ensombreció el rostro cuando miró hacia la casa. En un momento dado la observé alzar la vista hacia una de las ventanas superiores, desviarla y, enseguida, volver a mirar, como si hubiera visto algo inesperado. Sólo cuando Eustace le tironó de la manga dejó de mirar a lo alto, aunque dio la impresión de que se quedaba muy turbada. Pensé en salir, pero no me apetecía participar en su conversación. Supuse que antes o después Madge me buscaría.

Y así fue, por supuesto: un instante después llamé a la puerta. Cuando abrí, dirigí una mirada aprensiva más allá de mí.

—Querida —saludó, entrando—. Se te ve cansada. ¿No duermes bien?

—No mucho —admití—. Me alegro de verte.

—Bueno, he venido a verte un momento, porque la otra noche salí corriendo cuando llegaste de Londres. Quizá me mostré un poco grosera. Y la señora Richards... ¿Conoces a la señora Richards? Su marido lleva la funeraria del pueblo... Bueno, pues me ha comentado que te vio salir de la iglesia esta mañana sumamente enfadada, y que te dirigiste entonces a la oficina del señor Raisin.

—No hay de qué alarmarse —repose negando con la cabeza—. Te aseguro que no he hecho daño a nadie. Tanto el señor Raisin como el señor Cratchett se encuentran bien.

—Me alegra saberlo. ¿Tomamos un té?

Asentí y la conduje a la cocina, donde llené la tetera y la puse a calentar en el fogón. Aún sentía cierta angustia cada vez que abría los grifos. Aunque sólo había salido agua fría desde la tarde en que me quemé las manos, quizá la presencia volvería a interferir para causarme más daño.

—¿Y tu visita a Londres? —preguntó Madge tras un incómodo silencio—. ¿Fue todo bien?

—Bueno, supongo que depende de lo que uno entienda por « bien ».

—Imagino que fuiste para resolver alguna cuestión relacionada con tu padre, ¿no?

—¿Eso crees? —pregunté enarcando una ceja.

Madge negó con la cabeza y tuvo la cortesía de parecer un poco avergonzada.

—No, claro, imagino que no tuvo nada que ver. Supongo que ibas en busca de Harriet Bennet.

H. Bennet. En todo ese tiempo no me había planteado qué significaba la hache. Y ahora lo sabía.

La tetera rompió a hervir con un silbido desgarrador. Preparé el té y la llevé, con las tazas, a la mesa. Permanecimos en silencio.

—Estabas hablando con los niños, ahí fuera —dije por fin.

—Sí. Este Eustace es muy divertido, ¿verdad? Es una monada, aunque un poco raro también.

—Es un niño encantador.

—No quería que Isabella me hablara de tu viaje a Londres. Según él era mentira: tú odias Londres y nunca habrías vuelto. Creo que está un poco alterado porque cree que vas a abandonarlo.

Sentí una punzada de culpa y ganas de llorar.

—Ay, no. Entonces, tendré que quitarle esa idea de la cabeza. En ese sentido no tiene de qué preocuparse. ¿Piensa lo mismo Isabella?

Madge negó con la cabeza.

—No lo creo. No te lo tomes a mal, pero no estoy segura de que le importe que te quedes o te vayas.

Me reí. ¿Cómo debía tomarme semejante comentario?

—La verdad —continuó Madge— es que ha dicho algo extraordinario. Que tú podías irte si querías, que probablemente sería lo mejor para ti, pero que a ellos no les estaba permitido marcharse, que «ella» no les dejaría. Cuando le he preguntado a quién se refería, no ha querido decírmelo. Se ha limitado a esbozar una sonrisita inquietante, como si guardara un gran secreto cuya revelación pudiera destruirnos a todos. ¿Lo sirvo yo?

Por un instante la miré extrañada, pero al entender que se refería al té, asentí. Madge sirvió dos tazas y me pasó la leche.

—Eliza, ¿para qué fuiste a ver a Harriet Bennet?

—Para que me hablara de sus vivencias aquí, en Gaudlin Hall.

—¿Y quedaste satisfecha con lo que te contó?

Reflexioné, sin saber qué contestar. Ignoraba qué había esperado de la señorita Bennet o cómo me sentía a raíz de lo que me había confiado.

—Madge —dije, cambiando de tema—, la última vez que hablamos me contaste lo sucedido aquella noche terrible, cuando la señora Westerley, Santina, mató a la señorita Tomlin y causó tan graves daños a su marido.

—No, por favor —repuso estremecida—. Mi intención es tratar de olvidarlo. Aunque dudo que lo consiga, claro; siempre lo recordaré.

—Pero también dijiste que volviste a ver a Santina.

—Sí, es cierto. Pero te lo conté en la más estricta reserva, Eliza. No se lo habrás dicho a nadie, ¿verdad? Alex se enfadaría mucho si se enterara. Me prohibió expresamente que fuera a verla.

—No; te seguro que ni lo he hecho ni lo haré. Te doy mi palabra.

—Gracias. No me malinterpretes, mi marido es la bondad y la consideración personificadas, pero sobre este asunto de Santina Westerley no toleraría desobediencia alguna por mi parte.

—Madge, tu secreto está a salvo conmigo —insistí, suspirando.

¿Por qué demonios una mujer inteligente como ella se preocupaba por obedecer o desobedecer? ¿Qué era, una cría o una adulta hecha y derecha? Me pasó por la cabeza una imagen del señor Raisin, una imagen absurda de nosotros dos en conyugal armonía, sin preocuparnos lo más mínimo por esa clase de cuestiones; pero la descarté al instante. No era momento para fantasías.

—Sin embargo, es muy importante que me cuentes cómo fue el último encuentro con esa desdichada mujer —continué—. ¿Dijiste que fuiste a visitarla a la prisión?

Madge apretó los labios.

—Preferiría no hablar de ello, Eliza —repuso al cabo—. Fue una experiencia sumamente desagradable. Para una persona refinada, verse en un ambiente así es espantoso. Si he de serte franca, siempre me he considerado una mujer fuerte, capaz de enfrentarme a cualquier situación horrible si hay que hacerlo. Pero la prisión... Supongo que nunca habrás estado en una, ¿no?

—No, nunca.

—No entiendo cómo el señor Smith-Stanley no hace algo con respecto al estado de las prisiones. Jamás había visto tanta miseria. Las desafortunadas criaturas que dan con sus huesos en esos lugares han acabado en ellos por los crímenes más abyectos, claro, pero ¿hay algún motivo para condenarlas a vivir en tan repugnantes condiciones? ¿No es la pérdida de la libertad castigo suficiente para el vicio y el crimen? Y ten en cuenta, Eliza, que se trataba de una cárcel para mujeres, donde cabe pensar que las condiciones serán un poco mejores. Me estremeo sólo de pensar cómo serán las cárceles masculinas.

Dio un sorbito de té y pareció reflexionar; luego levantó la vista, me miró y sonrió levemente.

—Ya veo que no he conseguido disuadirte. Estás decidida a saber qué pasó, ¿no?

—Sí, Madge, por favor —repuse en voz baja—. No tengo un interés morboso ni me fascina la depravación, si eso te preocupa; tampoco estoy obsesionada con el caso de la señora Westerley. Sólo necesito saber qué te dijo aquel día, cuando

estaba al borde de la muerte.

—Hacia un día horrible y frío —contó Madge desviando la vista hacia las llamas de la chimenea—. Lo recuerdo muy bien. Cuando llegué a la prisión, dudaba si sería capaz de seguir adelante. Le había mentado a Alex, cosa que nunca hago, y sentía culpabilidad y miedo a la vez. Allí de pie, ante los muros de la cárcel, pensé que aún estaba a tiempo de cambiar de opinión, darme la vuelta, parar un cabriolé y pasarme el día de compras en Londres o visitar a mi tía, que vive en Piccadilly. Pero no lo hice. Había periodistas fuera, claro, porque era el día de la ejecución de Santina Westerley y la prensa se había hecho eco del caso. Se abalanzaron sobre mí y me preguntaron quién era, pero me negué a darles mi nombre. Aporree la puerta de madera, hasta que por fin me abrió un guardia, quien me pidió el nombre y me hizo pasar a una sala de espera. Me senté, temblando, casi sintiéndome una presa más.

» Sólo habían pasado unos minutos cuando apareció un celador a preguntar qué se me ofrecía, pero a mí se me antojó una eternidad. Le expliqué que había sido vecina de la señora Westerley y quizá su más íntima amiga. El funcionario me informó de que iban a ahorcarla en menos de dos horas.

» “Por eso estoy aquí”, le dije. “Pensé que le haría bien ver una cara amiga en su último día. Sus crímenes fueron horribles, pero somos cristianos, y creo que una conversación con alguien que fue amiga suya podría proporcionarle un poco de sosiego y llevarla a la soga con la mente más despejada, ¿no cree?”

» Al tipo no parecieron interesarle mis razones, pero declaró que la presa tenía derecho a un visitante y, dado que no había ninguno más, le preguntaría si quería verme.

» “Dependerá de ella”, advirtió. “No podemos obligarla a ver a alguien si no quiere. Y yo que usted no insistiría, un día como hoy”. Y como si aquello pudiera aliviar su conciencia, añadió: “Intentamos que se sientan cómodas en sus últimas horas. No tardará en pagar por sus crímenes”.

» Acto seguido, me condujo a través del mugriento patio de la cárcel (Eliza, no imaginas cuánta mugre) y entramos por otra puerta que daba a las celdas de las pobres presas, donde tuve que recorrer el pasillo central mientras ellas se arrojaban contra los barrotes. ¿Quiénes eran? Pues carteristas, ladronas, timadoras o prostitutas, en su mayoría. A saber qué sufrimientos habrían padecido en la infancia para verse abocadas a un destino tan ignominioso. Casi todas me gritaban, sacando las manos entre las rejas. Supongo que para ellas era una novedad ver a una dama bien vestida, qué sé yo. Algunas me rogaban que las ayudara, proclamando su inocencia. Unas proferían obscenidades que habrían sonrojado a cualquiera. Otras se limitaban a mirarme con expresiones turbadoras. Traté de no mirarlas, pero daban mucho miedo, Eliza. Te lo aseguro.

—No lo pongo en duda.

—¡Y el olor! Dios mío, qué atroz. Creía que me desmayaría. Por fin

llegamos a una celda sin ventanas, sólo cuatro muros macizos. El celador me pidió que aguardase fuera mientras él hablaba con Santina. Por lo visto, allí pasaban las condenadas a muerte sus últimas veinticuatro horas. Me inquietó que me dejara sola, claro, pero las mujeres estaban encerradas, de modo que no podían hacerme daño.

» Aun así, me sentí aliviada cuando el celador reapareció y me comunicó que Santina había accedido a verme. Dentro reinaba el silencio, Eliza. Fue lo primero que advertí. Las paredes eran suficientemente gruesas para aislar la celda de cualquier ruido de la prisión. Santina estaba sentada a una mesa y se la veía muy dueña de sí tratándose de una mujer cuya saga estarían poniendo a punto. Me senté frente a ella y el celador nos dejó solas.

» “Qué amable por tu parte venir a verme”, comentó.

» Traté de sonreír. Estaba tan hermosa como siempre, pese a hallarse entre rejas. No me importa confesar, Eliza, que me exasperaba la forma en que llamaba la atención de los hombres, mi marido incluido. Pero no coqueteaba con ellos, eso no. No los provocaba ni flirteaba con ellos como harían otras mujeres; ella simplemente se limitaba a existir; y era guapísima.

» “He estado dándole muchas vueltas”, le dije. “Pero he pensado que debía verte en este día tan aciago”.

» “Siempre has sido muy amable conmigo”, repuso con su habitual acento español.

» Había aprendido el inglés a la perfección, por supuesto; era lista y aplicada. Pero nunca había perdido el acento. Recuerdo haberla mirado largo rato, sin saber qué decir, hasta que al final me vine abajo y le pregunté por qué lo había hecho, qué la había llevado a cometer unos actos tan horribles, ¿caso aquella noche la había poseído el demonio?

» “Iban a robarme a mis hijos”, explicó; su expresión se volvió grave y el labio se le curvó en una mueca de ira. « Y no permitiré que nadie toque a mis hijos. Lo juré en cuanto supe que estaba embarazada de Isabella”.

» “La señorita Tomlin no era más que una institutriz”, protesté. “Y una chica joven. Estaba allí para ayudarte, para librarte un poco de tu carga. Para instruir a los niños en historia, aritmética y lectura. No suponía ninguna amenaza para ti”.

» Cuando oyó la palabra “amenaza”, apretó los puños.

» “No sabes lo que puede ocurrir cuando una madre pierde de vista a sus hijos”, repuso sin mirarme siquiera. “No sabes qué pueden hacerles otras personas”.

» “Pero nadie quería hacerles daño. Ay, Santina, nadie les habría hecho nada malo, por nada del mundo. Y James te lo dijo”.

» “Él quería que otra mujer se ocupara de ellos”.

» “Eso no es verdad”.

» Se puso en pie bruscamente y exclamó, tan fuerte que pensé que el celador

acudiría: “Ninguna mujer que no sea yo cuidará nunca de mis hijos. Ninguna. No pienso permitirlo, ¿me oyes? Y cuando me haya ido, Madge Toxley, si tratas de quedártelos, lo lamentarás toda tu vida”.

» Recuerdo haber sentido mucho miedo. Por supuesto, desde la tumba no podría hacer nada y alguien tendría que ocuparse de Isabella y Eustace, pues aún eran pequeños. Pero supe que hablaba muy en serio. ¿Tiene sentido, Eliza? En aquel momento, me dije que no me ofrecería a quedarme a los niños en casa, como Alex y yo habíamos pensado ya. De hecho, me sentí aliviada al enterarme de que estaban con los Raisin, a pesar de que... Bueno, no sé si conoces ya a la señora Raisin, pero sería justo decir que su marido es un santo. No obstante, al margen de eso, no me cabía duda de que estarían bien cuidados. Por supuesto, no podía saber que James saldría del hospital y lo mandarían de vuelta a Gaudlin Hall. Como todo el mundo, yo también creía que su muerte era inminente. Y claro, cuando él regresó a esta casa, los niños no tardaron más que unas horas en estar aquí otra vez.

—¿Crees que sufría alguna clase de trastorno psicótico? Esa necesidad desesperada de ser la única persona con control sobre sus hijos...

Madge lo consideró, pero negó con la cabeza.

—Es difícil decirlo. Ninguno de nosotros sabía gran cosa de su infancia. Es posible que ella le hiciera confidencias a James; pero en cualquier caso, él nunca le confió nada al respecto a Alex, y después de los ataques, James ya no fue capaz de hablar y contarnos más cosas. Jamás conocimos a la familia de Santina. Sus padres habían muerto y no tenía hermanos. Cuando James la trajo como su esposa no vino acompañada de ninguna amiga o confidente de España. Fue como si no tuviera pasado; pero sí lo tenía, claro, un pasado doloroso del que ya hablamos. Creo que la trastornó de una manera que sólo se manifestó una vez que nacieron sus hijos. Lo que creo, o más bien lo que sé a ciencia cierta, es que sufrió muchísimo de niña. Y llegó a estar convencida de que, si no se ocupaba personalmente de los niños, de forma absoluta y obsesiva, serían víctimas de un sufrimiento similar e indescriptible. En el mundo hay mucha crueldad, Eliza, sabes que es así, ¿no? Nos rodea por doquier. Nos acecha. Nos pasamos la vida tratando de huir de ella.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, sorprendida ante una visión tan amarga de la existencia.

—Pues sí. Sé de qué hablo. Cuando conocí a Alex... digamos, querida, que tuve mucha suerte al conocerlo. No importa por qué. Pero conozco bien la crueldad, Eliza. Dios mío, vaya si la conozco.

Su semblante traslucía frialdad. Por un rato, guardé silencio; sabía que era mejor no interrogarla sobre sus propias experiencias. Siempre me había creído muy desafortunada por haber perdido a mi madre y a una hermanita a la que ni llegaría a conocer. Pero mi infancia había sido feliz y mi padre me había querido

con cada fibra de su ser y había jurado protegerme siempre. Con tanto amor al que recurrir, ¿qué podía entender yo del pasado de Santina Westerley, o ya puesta, del de Madge Toxley?

—Lo último que vi —continuó Madge— fue a Santina dando vueltas como una loca en la celda, repitiendo sin parar que, si alguna mujer trataba de cuidar de sus hijos, lo lamentaría. Que la destruiría. Para entonces, el celador había vuelto con otro funcionario y entre ambos la sujetaron. No fue fácil. Me marché sin despedirme. Salí a la carrera de la prisión, llorando. Fue terrible. Y una hora después, por supuesto, Santina Westerley estaba muerta. La ahorcaron.

—Pero no murió —murmuré.

Madge me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Perdona?

—Bueno, sí murió, claro —me corregí—. El verdugo cumplió con su cometido. Su cuello se truncó, la sangre dejó de fluir y ella de respirar. Pero lo que le ocurrió después fue algo bien distinto. Ella sigue aquí, Madge. Aquí, en Gaudlin Hall. El fantasma de Santina se halla en esta casa.

Me miró como si hubiera perdido el juicio, más o menos igual que el reverendo Deacons horas antes.

—¡Querida, no puedes hablar en serio!

—¿Tú crees?

—La idea misma es absurda. Los fantasmas no existen.

—Cuando Santina Westerley vivía, mató a la señorita Tomlin y trató de asesinar a su propio marido. De muerta, ahorcó de un árbol a la señorita Golding, ahogó a Ann Williams en la bañera, empujó a la señorita Harkness bajo un coche de caballos para que muriera aplastada. Hizo cuanto pudo por acabar con la vida de Harriet Bennet, pero ella consiguió escapar. Y ahora pretende asesinarme a mí. No piensa permitir que críe a sus hijos, estoy segura. Ha intentado y quitarme la vida o hacerme daño de muchas formas. Y creo que no cesará en su intento hasta conseguirlo. Su espíritu permanece aprisionado entre estos muros, donde están confinados sus hijos, y mientras esta casa continúe en pie y sigan entrando en ella una institutriz tras otra, no dejará de causar estragos. —Hice una pausa, y continué con tono resignado—: Pero no puedo marcharme. No puedo seguir los pasos de mi predecesora. De modo que estoy condenada a morir. Vendrá a por mí, tan seguro como que la noche sigue al día.

Madge me miró, sin dar crédito. Sacó un pañuelo del bolso y se enjugó los ojos.

—Querida, estoy preocupada por ti —murmuró por fin—. Creo que has perdido la razón. ¿No ves qué absurdo es todo esto? ¿No te oyes a ti misma?

—Deberías irte, Madge —concluí, levantándome y alisándome la falda—. Y por favor, no hables más con los niños si los ves. No puede hacerte ningún bien y sí mucho daño.

Se puso en pie también y cogió su abrigo.

—Hablaré con Alex. Te traeremos un médico, o quizá algún sedante. Aún estás en proceso de duelo, ¿no, Eliza? Por la muerte de tu padre... El dolor te ha afectado, es la única explicación, y te has dejado llevar por la fantasía. —Y repitió—: Hablaré con Alex. Él sabrá qué hacer.

Le sonreí y asentí; no tenía sentido discutir con ella, creería lo que quisiera creer y negaría lo que no pudiese aceptar. A menos que ocupara el cargo de institutriz de los niños Westerley, no había posibilidad de que llegase a comprender lo que ocurría en Gaudlin Hall. Y yo no desearía esa situación a nadie. Que pensara que estaba loca, que creyera que un reconstituyente, un frasco de medicinas o una larga recuperación podrían curarme. No importaba. Yo era la institutriz. Y al igual que mi padre, que se había negado a ceder la custodia de su hija a mis tías Hermione y Rachel a la muerte de mi madre, y que había ejercido su derecho sobre mí y se había comprometido a cuidarme y protegerme, había asumido la responsabilidad de Isabella y Eustace. No los dejaría en la estacada, fueran cuales fuesen las consecuencias. Santina Westerley había declarado abiertamente sus intenciones antes de morir y parecía una mujer que cumplía su palabra. No tardaría en volver por mí. Y esta vez era muy probable que tuviera éxito.

Me despedí de Madge en la puerta de entrada y la observé alejarse avenida abajo un instante, antes de cerrar. Apoyé la frente contra la madera, preguntándome qué iba a hacer, y cuando me disponía a darme la vuelta, una mano me agarró del cuello y me arrojó al suelo de un empujón. Al dar contra la pared del vestíbulo grité, y entonces percibí un cuerpo, invisible, que se abalanzaba contra mí. Sin embargo, antes de que me alcanzara, otra presencia surgió de mi izquierda. Hubo un sonido atronador pues ambos espíritus chocaron, rugieron y acabaron desvaneciéndose por completo, dejando atrás una sola cosa, algo que me resultaba familiar.

Cierto olor a canela.

Para cuando cayó la noche, estaba convencida de que el espíritu de Santina Westerley no me dejaría en paz mientras se le permitiera errar por aquel mundo suyo entre la vida y la muerte. Yo podía sobrevivir a una serie de ataques, como ya había sucedido, pero sólo era cuestión de tiempo que me pillara desprevenida y cumpliera su propósito. ¿La vería cuando partiera de este mundo hacia el más allá? ¿Se cruzarían nuestros caminos aunque fuera un instante, como se habían cruzado el de Harriet Bennet y el mío en la estación de Thorpe seis semanas atrás? ¿O simplemente me desvanecería en la nada mientras ella quedaba a la espera de su siguiente víctima?

Me pregunté si mis predecesoras habrían luchado tanto, habrían sucumbido rápidamente al miedo o se habrían alzado contra su torturadora. ¿Se habrían defendido? ¿Habrían sabido siquiera contra quién luchaban? No me parecía muy probable. Pero yo aún tenía esperanzas, pues estaba segura de poseer algo que ellas no poseían: un espíritu que velaba por mí.

Tras el ataque en el vestíbulo, me había quedado allí en el suelo, temblando largo rato, ni siquiera sé cuánto. Estaba asustada, por supuesto, pero poder identificar a la presencia y por qué me tenía tanta inquina había menguado un poco mi terror. Por fin comprendía muchas cosas. Ahora era mera cuestión de supervivencia. Pero aquel olor a canela que aún flotaba en la entrada me había atemorizado y alterado emocionalmente. Pensé en Eustace, en sus encuentros con el viejo y por fin comprendí quién era mi benefactor.

Me eché a llorar allí mismo, sintiendo una angustia distinta a la que había hecho mella en mí desde mi llegada a Gaudlin Hall. ¿Sería posible que mi padre, al igual que Santina Westerley, no hubiese partido aún de este mundo? ¿Estaba de verdad velando por mí en aquel terrible lugar? No se me ocurría otra explicación, pero me dolía el alma al imaginar su dolor y su soledad, su incapacidad de comunicarse conmigo. ¿Qué me había dicho de niña, a mi regreso de Cornualles, cuando él había asumido por fin la muerte de mi madre? «Siempre cuidaré de ti, Eliza. Y estarás a salvo». De algún modo se las había apañado para contactar con Eustace, pero no conmigo. ¿Por qué? ¿Acaso a las almas de los muertos les era más fácil comunicarse con los niños? Ya no soportaba tantos enigmas. Si pretendía salir victoriosa, no me quedaba más opción que provocar al fantasma para que entrara en acción. Debía acabar con aquello.

Cuando logré recobrarme, me dirigí al escritorio del que antaño fuera el estudio del señor Westerley. Abrí varios cajones, hasta dar con un bloc de papel de cartas y sobres con el membrete de Gaudlin Hall. Cogí una pluma del escritorio y empecé a escribir. Cuando hube acabado, me planté en el centro de la habitación con intención de declamar, con toda la oratoria de que fuera capaz

y tratando de emular la confianza de Charles Dickens cuando se había dirigido a su público en aquella sala en Knightsbridge, no hacía tanto. Lei la carta que había escrito en voz alta y clara, pronunciando bien cada palabra para que no hubiese duda de mis intenciones.

Querido señor Raisin:

Lamento mucho presentar mi dimisión como institutriz en Gaudlin Hall. Preferiría no entrar en detalles sobre los motivos que me llevan a abandonar esta casa. Baste con decir que las circunstancias se han vuelto insostenibles. No creo que éste sea un lugar apropiado para criar a unos niños y, teniendo presente esto, he decidido llevarme conmigo a Isabella y Eustace a mi próximo destino. De dónde se trata, no puedo decirselo. Por razones que le explicaré en otra ocasión, no deseo poner por escrito el nombre de ese lugar. Sin embargo, cuando estemos instalados, volveré a escribirle.

Le aseguro que ambos estarán bien cuidados. Seré la única responsable de su bienestar.

Le pido disculpas por avisarle con tan poco tiempo pero, para cuando reciba esta nota, ya estaré preparando las maletas de los niños, pues partiremos por la mañana. Quisiera agradecerle la consideración que me ha mostrado durante el tiempo que he pasado aquí, y confío en que siempre me tendrá por una amiga.

Eliza Caine

Cuando acabé, aguardé un instante. Esperaba un acceso de furia; hubo un leve ondear en las cortinas, pero nada que indicara que la presencia había entrado en la habitación y se disponía a atacar. Tal vez sólo hubiera sido la brisa. Aun así, estaba convencida de que fuera lo que fuese, y estuviera donde estuviese, me habría oído y estaría considerando cómo proceder.

Metí la carta en un sobre y salí al patio, con un chal sobre los hombros pues empezaba a levantarse viento. Ya estaba muy oscuro, pero la luna llena iluminó mis pasos hasta la casita donde vivía Heckling. Su caballo asomaba en uno de los establos; me miró a los ojos al pasar, lo que me hizo vacilar un instante, recordando que un demonio había poseído al animal cuando había salido en persecución de la señorita Bennet. Temí que se liberara ahora de la cuerda que lo sujetaba y me diera caza; en tal caso, mis expectativas de supervivencia no serían muchas. Pero esa noche parecía tranquilo y se limitó a emitir un relincho y luego volvió a concentrarse en su heno.

Cuando llamé a la puerta, lamenté no haberme puesto el abrigo, pues de repente hacía mucho frío. Aguardé temblando a que me abriera. Cuando por fin se abrió la puerta, apareció Heckling en mangas de camisa, iluminado a la

espalda por un par de velas altas, un efecto que lo hizo parecer un espectro.

—Institutriz—dijo, y se quitó una brizna de tabaco de entre los dientes.

—Buenas noches, Heckling. Disculpe, ya sé que es muy tarde, pero necesito que haga entrega de una carta.

Se la tendí. Él la cogió y entornó los ojos para leer el nombre del destinatario a la luz de la luna.

—Para el señor Raisin—murmuró—. Me ocuparé de que la reciba a primera hora de la mañana.

Hizo ademán de volver a entrar, pero lo retuve tocándole el codo. Se dio la vuelta, sorprendido por mi gesto. Por un instante creí que iba a pegarme y retrocedí asustada.

—Perdone, señor Heckling, pero se trata de una misiva muy importante. Tiene que recibirla esta noche.

Me miró fijamente.

—Es tarde, institutriz. Estaba a punto de irme a la cama.

—Ya le he dicho que lo siento, pero me temo que no puede esperar. Le ruego que se la lleve de inmediato.

Respiró hondo, desde lo más profundo del pecho. Sólo deseaba que lo dejaran en paz delante de su chimenea a solas con sus pensamientos, fumándose una pipa y quizá tomando una jarra de cerveza, mientras el mundo seguía su curso.

—Bueno. Si es tan importante, la llevaré. ¿Tengo que esperar respuesta?

—Sólo asegúrese de que la lea en cuanto la reciba. Creo que su respuesta será inmediata. Gracias, Heckling.

—Ya—gruñó, y volvió a entrar para recoger sus botas.

Regresé a la casa y me disponía a abrir la puerta cuando sentí que una fuerza mayor que la mía empujaba desde el otro lado. Me negaban el acceso. En lo alto se oyó un ruido cuando del tejado se desprendió una gárgola, que cayó describiendo giros en el aire mientras yo me apartaba de un salto y fue a estrellarse contra el suelo. Su enorme volumen de piedra quedó desintegrado en añicos. Un fragmento despedido me alcanzó en la mejilla. Grité, llevándome una mano a la cara. No sangraba. De haberme caído encima, me habría matado al instante. Pero no estaba muerta. Aún no. Con la espalda apoyada contra la pared, agardé a que cesara aquella lluvia de piedras. Harriet Bennet estaba en lo cierto: el estado del tejado era deplorable. Cuando dejaron de caer, volví ante la puerta, pensando que aquella fuerza del interior volvería a dejarme fuera. Sin embargo, esta vez se abrió sin problemas y entré a toda prisa, jadeante, cerré tras de mí y traté de recuperar el aliento. ¿Había perdido el juicio? ¿Era todo mi esfuerzo una simple locura? Dudando de si volvería a ver la luz del día, perseveraré. En Gaudlin Hall podía vivir ella o yo, pero no ambas.

Subí la escalera y entré en el vestidor de los niños, donde, en la pared de la izquierda, había un armario y una cómoda con la ropa y los zapatos de Isabella,

y en la de la derecha, idénticos muebles contenían la de Eustace. En el rincón había varias maletas, así que elegí dos al azar, una para cada niño, y empecé a llenarlas de ropa.

—¿Qué hace? —preguntó una voz detrás de mí.

Asustada, me volví. Isabella y Eustace estaban allí de pie, en camisón y sosteniendo una vela entre los dos.

—Va a abandonarnos —dijo Eustace con voz lastimera, arrebujiándose contra su hermana en busca de consuelo—. Ya te lo dije.

—Qué pena —repuso la niña—. Pero ha estado bien que haya aguantado tanto tiempo, ¿no crees?

—No pienso abandonarte, cariño —aseguré yendo hasta el niño, cogiéndole la carita con ambas manos y dándole un ligero beso—. Nunca os dejaré, a ninguno de los dos, ¿lo entendéis?

—¿Y por qué está haciendo las maletas?

—No está metiendo su ropa en esas maletas, Eustace —terció su hermana, entrando en el vestidor para ver su contenido—. ¿No lo ves? Está metiendo la nuestra. —Frunció el ceño y me miró—. No tiene sentido. ¿Va a mandarnos a algún sitio? Ya sabe que no podemos irnos de Gaudlin Hall. No nos está permitido. Ella no nos dejará.

—¿Y quién se supone que es «ella»? —pregunté desafiante.

—Pues mamá, por supuesto —respondió Isabella encogiéndose de hombros como si fuera lo más natural del mundo—. Ella sólo puede cuidar de nosotros aquí.

—Vuestra mamá está muerta —repuse, agarrándola de los hombros y zarandeándola, hasta tal punto estaba exasperada. Vi un amago de sonrisa en su cara—. Lo entiendes, ¿verdad, Isabella? Ella no puede cuidaros ahora. Pero yo sí. Yo estoy viva.

—No va a gustarle nada —declaró Isabella, liberándose y retrocediendo hasta el umbral, seguida por su hermanito—. No pienso ir con usted, Eliza Caine, no me importa lo que diga. Y él tampoco, ¿verdad que no, Eustace?

El niño nos miró, sin saber muy bien a quién ser leal. Pero yo no tenía tiempo para eso; después de todo, no era mi intención llevarme a los niños de Gaudlin Hall. Sólo necesitaba que lo pareciera. Que ella pensara que ése era mi plan.

—Volved a la cama, los dos —les ordené con un ademán—. Dentro de un rato iré a hablar con vosotros.

—Muy bien —repuso Isabella, sonriendo—. Pero no servirá de nada. No nos iremos.

Volieron cada uno a su habitación y cerraron la puerta. Permanecí en el pasillo en penumbra, concentrada en mi respiración y tratando de relajarme.

Entonces, unas manos frías me aferraron del cuello; muerta de miedo, abrí los ojos desorbitadamente. Las manos me hicieron caer al suelo y sentí un

cuerpo encima de mí; pesaba mucho, pero no había presencia física alguna en el pasillo. Aunque estaba casi a oscuras, pues sólo había una vela en la pared a medio camino, supe que podría haber estado a plena luz de un día de verano y aun así no habría visto a nadie; sólo estaría yo, allí tendida en el suelo, con el rostro contraído y las manos arañando el aire en mis intentos de liberarme de aquel monstruo.

Traté de gritar pidiendo ayuda, pero no conseguía articular sonido alguno. Las piernas del cuerpo que tenía encima me inmovilizaban; una rodilla se me clavaba en el abdomen, provocándome terribles punzadas de dolor. Si se clavaba más, seguro que me partiría en dos. Me pregunté si me habría llegado la hora pues esas manos cada vez ceñían más mi garganta, cortándome la respiración, volviendo el mundo más y más oscuro.

Entonces se oyó un ruido tremendo encima de mí, como un rugido de desaprobación, y sentí que me arrancaban a la presencia. Oí un grito, un grito de mujer, y el segundo espíritu la empujó contra la pared; luego oí un gran estruendo, claramente el de un cuerpo al caer escaleras abajo, y por fin se hizo el silencio, un silencio absoluto.

Y con él llegó aquel olor a canela, que flotó en el aire. Ya no pude resistirme más.

—¿Padre? —llamé—. Padre, ¿estás ahí? Padre, ¿eres tú?

Pero ahora sólo reinaba el silencio, como si no hubiera ningún espíritu presente. Tosí repetidas veces, tratando de aclararme la garganta, que me dolía al igual que el pecho. Me pregunté si se me habría desgarrado algo dentro, si la sangre estaría manando de alguna vena en lo más profundo de mi ser y una hemorragia segaría mi vida. Pero no podía hacer nada. Dejé las maletas de los niños en el rellano y subí a mi habitación.

Al avanzar por el pasillo, los cuadros de las paredes se soltaron uno por uno de sus clavos y cayeron con estrépito al suelo, lo que me hizo gritar y apretar el paso. Uno voló directamente hacia mí, pero lo evité por centímetros. Corrí hasta mi habitación, entré y cerré la puerta, tratando de no pensar que aquello nada evitaba; después de todo, las puertas no eran impedimento alguno para la presencia. Podía estar allí dentro ya. Esperándome.

Pero en el interior reinaba la calma. Fui presa de otro ataque de tos y, cuando remitió, me senté en la cama a reflexionar, sin saber muy bien qué hacer. Confiaba en una cosa: en que aquella presencia me atacara con tal violencia que el segundo espíritu, el de mi padre, pusiera fin a sus malévolas andanzas. Ni siquiera sabía si eso era posible. Ya la habían matado una vez, y ahí seguía; quizá no podía morir de nuevo. Tal vez se había vuelto inmortal. ¿Cómo podía saber siquiera si mi padre era más fuerte que ella?

Con un terrible rugido, la ventana se vio arrancada de cuajo de la pared y arrojada al vacío desde el segundo piso. El estruendo del cristal al hacerse añicos

pugnó con el bramido del viento y el grito que brotó de mis labios. Mi habitación quedaba expuesta ahora a los elementos. Corrí hacia la puerta, pero una fuerza me empujó hacia dentro, de tal modo que me vi atrapada entre las dos presencias, la de Santina ante mí y la de mi padre detrás. Chillé y forcejeé para liberarme, pero eran mucho más fuertes que yo, se trataba de fuerzas sobrehumanas. Sin embargo, a pesar de ser la más débil, conseguí escurrirme hasta el suelo entre las dos y escapar. Corrí hasta la puerta, salí y cerré. El pasillo se hallaba sumido en el caos. Los cuadros estaban desparramados por el suelo, destrozados; la alfombra, arrancada, retorcida y hecha jirones. El papel pintado se caía a pedazos, y a través de la piedra que dejaba a la vista se filtraba una especie de cieno primigenio que impregnaba las paredes. Comprendí que mi negativa a morir la había enfurecido y estaba dispuesta a destruirlo todo. Si mi plan había sido provocar su ira, había tenido éxito, desde luego. Corrí hacia la puerta del final del pasillo y la abrí, sin saber muy bien adónde ir.

Me encontré ante las dos escaleras.

Una llevaba a la azotea, un sitio nada seguro donde aventurarme; la otra, a la habitación del señor Westerley. Grité desazonada. No debería haber avanzado por el pasillo, sino retrocedido para bajar la escalera principal y salir al patio. Dentro de la casa la presencia se volvía más potente y virulenta. Cuanto más lejos me hallase de ella, más a salvo estaría. Miré atrás, hacia la puerta de mi dormitorio, desde donde me llegaba un tremendo clamor de pelea; pero intuí que, si volvía a pasar por allí, ella lo sabría y me vería en el centro de una lucha de titanes de la que podría no salir con vida. De modo que, volviéndome, tomé una súbita decisión y subí a lo alto de la escalera, abrí la puerta y luego la cerré con firmeza detrás de mí.

En la habitación reinaba un silencio sólo interrumpido por el sonido de la respiración entrecortada del señor Westerley. Apoyé la oreja contra la puerta un instante, esforzándome en contener las lágrimas y esperando a que mi propia respiración se sosegara, y entonces, haciendo acopio de valor, me volví y miré el cuerpo que yacía en el lecho.

Daba lástima. Era una masa humana informe. Los brazos reposaban sobre el embozo de las sábanas, pero las manos eran dos apéndices carnosos; le faltaban varios dedos y otros eran poco más que muñones. El rostro era un verdadero amasijo. Calva en su mayor parte, la cabeza estaba deformada y un bulto magullado que nunca sanaría le daba una curiosa forma a la parte izquierda, tan desagradable que no me atrevía a posar en ella la mirada. En ese lado le faltaba el ojo; en su lugar se abría una cuenca vacía y teñida de rojo oscuro y negro. En el lado derecho de la cara, el ojo estaba milagrosamente intacto y el iris azul intenso me miraba, muy alerta; las pestañas y los párpados eran la única parte del rostro que seguía pareciendo humana. La nariz estaba rota por varios sitios. Ya no le quedaban dientes. Labios y barbilla se unían en una masa informe; era imposible saber dónde acababa el rojo natural de los primeros y dónde empezaba el insólito tono escarlata de la segunda. Le faltaba una parte de la mandíbula, por donde asomaban cartílago y hueso. Y pese a tanto horror, yo sólo sentí compasión. Me parecía que el acto más cruel de su mujer había sido permitirle seguir con vida.

Un quejido espantoso brotó de su boca, provocando que, ante aquella terrible expresión de dolor, me llevara la mano a la mía. Volvió a gemir, casi como un animal herido y moribundo, cosa que interpreté como si tratara de decirme algo. Manaban palabras, pero sus cuerdas vocales habían sufrido tanto daño que no las descifraba.

—Lo siento —dije. Me acerqué y le cogí la mano, sin importarme qué aspecto tuviera o qué sintiera al tocarla; aquel hombre necesitaba el contacto de otra persona—. Lo siento mucho, James.

Lo llamé por su nombre de pila pese a la diferencia de rango; en aquella habitación tenía la sensación de que éramos iguales.

Los gemidos se volvieron más definidos, y advertí que luchaba con cada fibra de su ser por hacerse entender. Levantó un poco la cabeza de la almohada y volvió a proferir esos sonidos. Me agaché más hacia él, tratando de oírlo.

—Mátame —dijo entonces con un tremendo esfuerzo, mientras se le formaban burbujas en los labios con cada agónica bocanada de aire.

Retrocedí, negando con la cabeza.

—No puedo —respondí horrorizada—. No puedo hacerlo.

De la comisura de su boca brotó un hilillo de sangre que le recorrió la mejilla.

Lo observé aterrorizada, sin saber qué hacer. Después alzó una mano y, con grandes dificultades, me indicó que me acercara.

—Es la única manera —jadeó—. Rompe el vínculo.

Y entonces lo comprendí. Él la había traído a Gaudlin Hall. Se había casado con ella, le había dado hijos allí. Y ella intentó matarlo, pero él había logrado sobrevivir. Era prácticamente un cadáver, pero seguía respirando. Y ella continuaba existiendo porque existía su aliento. Sólo podían vivir ambos, o morir ambos.

Solté un grito y alcé las manos al cielo, desesperada. ¿Por qué me confiaban a mí semejante tarea? ¿Qué había hecho para merecerlo? Sin embargo, pese a mis recelos, eché un vistazo a la habitación buscando algo a fin de acabar con el padecimiento de aquel hombre. Si tenía que convertirme en asesina, mejor cuando antes. No le des más vueltas, me dije. Era un acto monstruoso, un crimen contra Dios y la naturaleza misma, pero si pensaba, no iba a ser capaz de llevarlo a cabo. Tenía que actuar.

En una silla de un rincón, donde imaginé que se sentaba la señora Livermore cuando lo cuidaba, había un cojín. Un cojín mullido que la enfermera usaría en la espalda para descansar de vez en cuando. Le daría consuelo; pues dejaríamos que le diera consuelo también a James Westerley. Lo cogí y me volví de nuevo hacia él, sujetándolo firmemente con ambas manos.

Su único ojo se cerró y fui capaz de advertir el alivio que lo embargó. Se acercaba el deseado fin. Iba a liberarse de aquella muerte en vida. Yo sería su asesina y su salvadora a la vez.

De pie a su lado, alcé el cojín, dispuesta a taponarle la cara, pero en el instante en que empezaba a bajar los brazos, la puerta se abrió y cayó, arrancada de sus goznes, y una fuerza pavorosa entró en la habitación.

Fue como encontrarse en pleno huracán. Cada mota de polvo, cada objeto que no estuviera sujeto al suelo se elevó en el aire y se puso a describir círculos a mi alrededor. Incluso la cama del señor Westerley se alzó y se meció, mientras un aullido como el lamento de mil almas en pena colmaba la habitación. Retrocedí dando traspies, y en ese momento la pared que había a mi espalda cedió: las piedras que la formaban salieron despedidas hacia la noche, y en cuestión de segundos, aquella habitación en lo alto quedó expuesta a los elementos. Me encontré contemplando el patio allá abajo, con los pies al borde del abismo, y entonces una mano —ay, la mano que tan bien conocía, la misma que había agarrado la mía en toda mi infancia, la que me había llevado miles de veces en el trayecto de ida y vuelta al colegio— tiró de mí hacia dentro, arrastrándome hasta el otro extremo del dormitorio, donde se hallaba la segunda puerta, la que empleaba la señora Livermore. La abrí de par en par y eché a correr escaleras abajo.

Los peldaños parecían no tener fin. Me parecía increíble que hubiese tantos,

pero de algún modo conseguí bajar tramos y más tramos, hasta salir a la noche al otro lado de la casa. Estaba fuera una vez más y no podía creerme que siguiera con vida. Corrí hacia las caballerizas del señor Heckling, pero el cochero no estaba; a aquellas alturas habría llegado ya a casa del señor Raisin, hecho entrega de mi carta y emprendido el camino de vuelta, al trote, refunfuñando irritado por aquellos mensajes nocturnos. Abrí la puerta, pero enseguida cambié de opinión. ¿Qué sentido tenía entrar? ¿Pretendía esconderme? No serviría de nada, dentro no estaría a salvo.

Me volví y corrí hacia el patio, donde mis pies perdieron contacto con la tierra y me encontré suspendida en el aire, antes de verme arrojada otra vez contra el suelo desde una altura de unos tres metros. Grité de dolor, pero cuando aún no había acabado de incorporarme, la presencia me agarró, me levantó y volvió a lanzarme por los aires. Esta vez mi cabeza topó con una piedra. Noté algo húmedo en los ojos, me llevé una mano a la frente y la vi roja a la luz de la luna. Si seguía así, no sobreviviría mucho más. Alcé la mirada, atónita al ver cómo empezaban a desmoronarse las paredes del tercer piso de la casa. Parte del techo se había venido abajo, y a izquierda y derecha de la habitación donde había estado un poco antes llovían piedras. Vi mi propia cama por la cuenca vacía de la ventana. Encima, distinguí el lecho del señor Westerley cerca del precipicio, mientras cada vez más piedras se descolocaban y caían, una desplazando a otra, en un efecto dominó que acabaría por derrumbar el edificio entero.

Los niños, me dije.

Volvió a izarme en el aire y me preparé para el inevitable topetazo contra las piedras, pero esta vez, antes de alcanzar mucha altura, me vi libre de las garras que me sujetaban y caí sin sufrir demasiado daño. Oí chillar a Santina y bramar a mi padre. Su enfrentamiento los alejó de mí, de vuelta a la casa. Cuando por fin me ponía en pie, vacilante, oí unos cascos y un carruaje que se aproximaban. Al volverme, vi a Heckling azuzando el caballo por la avenida, con el carruaje ocupado no por una persona, como yo esperaba, sino por cuatro. Pues detrás del cochero iban sentados el señor Raisin, pero también Madge y Alex Toxley.

—¡Socorro! —grité corriendo hacia ellos, haciendo caso omiso del dolor que me atenazaba—. ¡Ay údenme, por favor!

—¡Querida! —exclamó, Madge, la primera en apearse.

Se precipitó hacia mí. Por su expresión, deduje hasta qué punto tenía la cara magullada y ensangrentada. Si antes no había sido atractiva, seguro que mi aspecto no habría sido tan terrible comparado con el de ahora.

—¡Eliza! Ay, Dios mío, pero ¿qué te ha pasado?

Trastabillé hacia ella, pero caí en los brazos del señor Raisin, quien había bajado también del carruaje y corrido hacia mí.

—Eliza —susurró, aferrando mi cabeza contra el pecho, y pese al dolor y el

tormento sentí un regocijo vertiginoso—. Mi pobre muchacha. —Y añadió de pronto—: Otra vez no, otra vez no.

Comprendí que la escena le recordaba aquella espantosa noche en que había llegado a Gaudlin Hall y se había encontrado con el cadáver de la señorita Tomlin y el cuerpo mutilado de su amigo James Westerley.

—¡Mirad! —exclamó Madge señalando hacia la casa.

Al volvernos, vimos caer más piedras y que todo un lado de la estructura empezaba a ceder, al tiempo que las ventanas de la planta baja se hacían añicos por el peso de dos espíritus que se abalanzaban contra ellas en su lucha por la supremacía.

—¡La casa! —añadió Madge—. ¡Va a derrumbarse!

Un grito desgarrador brotó de mis labios al percatarme de que Isabella y Eustace seguían dentro. Me liberé del abrazo del señor Raisin y me precipité hacia la puerta principal, seguida por él, que me chillaba que volviera.

Me dolía el cuerpo entero y temía pensar en el daño sufrido, pero haciendo acopio de toda mi voluntad subí hasta la primera planta y corrí a las habitaciones de los niños.

Llegué primero a la de Isabella, pero no había rastro de la niña, de modo que seguí hacia la de Eustace, confiando en encontrarlos a los dos. Pero el niño estaba solo, sentado en la cama con expresión aterrada y llorando.

—¿Qué pasa? —me preguntó—. ¿Por qué ella no quiere irse?

Sin saber qué responderle, lo cogí en brazos apretándolo contra mi pecho y volví sobre mis pasos escaleras abajo hasta salir al jardín. Alex Toxley tomó a Eustace de mis brazos y lo tendió sobre la hierba para examinarlo, mientras su mujer, Heckling y el señor Raisin contemplaban la batalla que tenía lugar más allá, entre dos cuerpos invisibles que arremetían uno contra el otro entre las paredes de Gaudlin Hall, destrozando ventanas y arrancando piedras de los cimientos en su lucha por imponerse a su enemigo.

—¿Qué es eso? —exclamó el abogado—. ¿Qué está pasando?

—Tengo que volver —le dije a Madge—. Isabella está ahí dentro, en algún sitio.

—Está allí arriba —terció Heckling, señalando con el dedo.

Todos miramos hacia lo alto de la casa, justo debajo del tejado, donde el dormitorio del señor Westerley quedaba ahora visible. Solté un grito ahogado. Las piedras caían más deprisa; la habitación entera empezaba a ladearse y no tardaría en derrumbarse. Isabella estaba allí, de pie junto al lecho de su padre; se volvió un momento para mirar hacia abajo, hacia nosotros, y luego se subió a la cama y se abrazó a él. Instantes después, las paredes y los suelos cedieron por completo y el ala izquierda de la casa se desplomó. Cuanto acabábamos de ver, el dormitorio del señor Westerley, mi propia habitación debajo, Isabella y su padre, se vino abajo en un aluvión de piedras, muebles y polvo, para estrellarse

contra el suelo con tal violencia que no dudé de que al pobre hombre se le había concedido la muerte por fin, y que Isabella, que había sido mi responsabilidad y cuya tutela se me había encomendado, había muerto con él.

Sin embargo, sólo dispuse de un instante para pensarlo, pues casi en el preciso momento en que la mitad de la casa se venía abajo, una luz resplandeciente, la más blanca que había visto nunca, emanó de las paredes ante nosotros y por una fracción de segundo, menos de lo que se tarda en parpadear, vi a mi padre y a Santina Westerley enzarzados en un combate mortal. Entonces, con idéntica rapidez, el cuerpo de ella se desintegró, explotó en una ristra de fragmentos luminosos que nos cegaron y nos obligaron a apartar la vista, conteniendo el aliento. Cuando volvimos a mirar, reinaba el silencio. La mitad de la casa se había convertido en escombros y las Furias de la planta baja habían desaparecido.

No me cupo duda de que Santina Westerley se había ido para siempre. El miedo se había desvanecido. Su marido se había librado al fin de su sufrimiento, y a ella se la habían llevado también. ¿Adónde había ido? Ésa era una cuestión a la que nadie sabía responder.

Miré hacia Heckling, el señor Raisin, los Toxley y mi querido Eustace, los cuales me miraron a su vez, mudos, sin palabras que explicaran lo ocurrido. Y sentí aflorar por fin el dolor de mi cuerpo, que las heridas y la sangre se tornaban reales. Me alejé un poco de vuelta al jardín, donde me dejé caer sobre la hierba y me tendí, sin palabras ni lágrimas, satisfecha con entregar mi vida al más allá.

Pero cuando yacía allí, mientras las voces de mis amigos se apagaban en mis oídos y mis ojos empezaban a cerrarse, sentí un cuerpo que me ceñía, unos brazos fuertes que conocía desde siempre y cuya ausencia llevaba llorando aquel último mes. Lo sentí abrazarme por la espalda y me dejé envolver en su aroma a canela. Mi padre apoyó la cabeza contra la mía y sus labios encontraron mi mejilla, donde permanecieron largo rato; y esos labios y esos brazos me decían que me quería, que yo era fuerte y sobreviviría a eso y mucho más. Entonces mi cuerpo se relajó en aquel abrazo, el más tierno de todos, sabiendo que nunca más volvería a sentirlo. Lentamente, el abrazo fue perdiendo fuerza, los brazos empezaron a aflojarse, los labios se apartaron de mi rostro y la calidez de su cuerpo dio paso al frío nocturno cuando me dejó para siempre y partió por fin hacia el consuelo de ese lugar del que nadie regresa.

El funeral se celebró tres días después.

Durante ese tiempo, Eustace se refugió en el silencio; se pegaba a mí tanto como podía, pero sin pronunciar palabra. Si yo salía de una habitación, él iba a la puerta y esperaba allí mi regreso, como un perrito fiel. También insistía en dormir en mi cama. Al principio, el matrimonio Raisin se había ofrecido a acogerlo, mientras que los Toxley me propusieron su habitación de invitados, cosa que acepté agradecida. Pero Eustace dejó bien claro que él iría a donde fuese yo, de modo que ambos nos alojamos en casa de Madge Toxley, quien hizo cuanto pudo por que reinara un buen ambiente.

A diferencia de mi pupilo de ocho años, no me sentía muy traumatizada por los últimos acontecimientos. Para mí, todo se había disipado en aquellas últimas horas en Gaudlin Hall. Quizá la descarga de adrenalina por enfrentarme y derrotar al fantasma de Santina Westerley me había dado una valentía que no creía poseer. Sabía —lo había sabido desde la noche en que su marido se precipitó hacia su muerte y ella desapareció con él— que se había ido para siempre, que su espíritu, de algún modo, había estado unido al de James. Ésa era la razón para mantenerlo con vida, pues no ignoraba que la ley la condenaría a muerte por el asesinato de la señorita Tomlin. Y así, yo no temía su retorno y dormía profundamente de noche; sólo me despertaba la inquietud de Eustace a mi lado, cuyos sueños me temía que no eran tan apacibles como los míos.

Cuando trataba de hablar con él sobre Isabella, se limitaba a negar con la cabeza, así que creí que era mejor no presionarlo. Por mi parte, lloré por ella la noche en que murió y también en el funeral, cuando la bajaron en un ataúd blanco a la misma fosa de sus padres. Me consoló un poco pensar que volvían a estar juntos y que lo estarían por toda la eternidad. Siempre había parecido ejercer un control absoluto de sus sentimientos, era una niña muy introspectiva, pero yo pensaba que había sufrido un enorme trauma psicológico a causa de los violentos actos y la muerte de su madre, un trauma nunca superado. Ciertamente era una tragedia, pero ella se había ido y Eustace seguía ahí, y debía concentrarme en él.

—Hay una escuela muy buena —explicó el señor Raisin.

Había venido a visitarme el día siguiente al funeral y estábamos en el salón de Madge Toxley. Había traído consigo un perrito, un cachorro de King Charles de dos meses, así que habíamos convencido a Eustace para que saliera con él a lanzarle un palo. Yo lo vigilaba por la ventana; se le veía animado y parecía disfrutar de la compañía del perro; creí verlo sonreír y, por primera vez desde que lo conocía, hasta soltar alguna carcajada.

—Está cerca de Ipswich. Es un internado llamado St. Christopher. ¿Ha oído

hablar de él, señorita Caine?

—Pues no.

¿Por qué me lo comentaba? ¿Se habría enterado de que había una vacante y había pensado que yo podría ocuparla?

—Creo que sería perfecto.

—¿Perfecto para quién?

—¿Cómo que para quién? Para Eustace, por supuesto —contestó, como si estuviera clarísimo—. Me he tomado la libertad de contactar con el director, que ha accedido a conceder una entrevista al chico. Si le causa buena impresión, y estoy seguro de que así será, lo admitirán para el nuevo curso.

—Yo tenía otros planes —repuse, pensando cómo expresarme debidamente, sobre todo porque no tenía derecho alguno sobre el niño.

—¿De veras? —repuso perplejo—. ¿Qué clase de planes?

—Tengo previsto regresar a Londres.

—¿A Londres?

¿Fueron imaginaciones mías o realmente se le ensombreció el rostro?

—Sí, dentro de unos días. Confío en que aún haya trabajo para mí en mi antigua escuela. Siempre mantuve buena relación con la directora, de modo que, con un poco de suerte, me volverá a admitir. Me gustaría llevarme a Eustace.

Me miró sorprendido.

—Pero ¿no enseñaba usted en una escuela para niñas?

—Sí, sí. Pero justo enfrente hay una sólo para varones. Eustace podría educarse allí. Y vivir conmigo. Puedo cuidar de él, como he venido haciendo estas últimas semanas.

Raisin reflexionó unos instantes, rascándose el mentón.

—Es una gran responsabilidad —concluyó—. ¿Está segura de que desea asumirla?

—Completamente. La verdad, señor Raisin, es que no puedo imaginar dejarlo aquí. Tengo la sensación de que hemos pasado por una tremenda experiencia juntos. Entiendo a ese niño tan bien como pueda entendersele. Creo que le espera una temporada muy dolorosa y me gustaría ayudarlo a superar esa etapa difícil. Podría ser como una madre para él si la propiedad... si usted me lo permite.

Asintió con la cabeza y me satisfizo ver que no se oponía del todo a mi idea.

—Habría que considerar la cuestión económica —dijo al cabo de un momento, entornando los ojos—. Es cierto que la casa ya no existe, pero las tierras valen mucho. El propio señor Westerley tenía numerosas inversiones. El dinero va asociado a la finca y será de Eustace algún día.

—Yo no necesito dinero —me apresuré a decir para tranquilizarlo—. Y Eustace tampoco. Ocúpese de su herencia hasta que tenga dieciocho años, o veintiuno, o veinticinco, lo que sea que estipule el testamento de su padre, y adminístrela con su esmero y rigor habituales. Entretanto, podrá vivir de mi

salario. Soy una mujer frugal, señor Raisin. No requiero de lujos.

—Bueno, aún tenemos que considerar su salario. Podríamos continuar...

—No —lo interrumpí—. Es muy generoso por su parte, pero si aceptara un salario volvería a encontrarme en la situación de ser la institutriz de Eustace, una empleada pagada. Lo que me gustaría ser es su tutora. Quizá, para que se quede más tranquilo, usted y yo podríamos ser tutores del niño. Estaría encantada de consultarle cuestiones importantes relativas a su crianza. De hecho, me sería de mucha ayuda contar con su consejo en tales asuntos. Pero no deseo pago alguno. Si considera adecuado prestar alguna ayuda en la compra de los libros de texto de Eustace y esa clase de cosas, estoy segura de que llegaremos a un acuerdo. Pero, aparte de eso, no creo que haga falta preocuparnos por la cuestión económica.

Asintió con aire satisfecho y me tendió la mano. Nos levantamos y sonreímos.

—Bueno, pues muy bien. Creo que nos entendemos a la perfección. Y, si me permite decirlo, señorita Caine, creo que va a ser un chico con suerte. Con mucha suerte. Es usted una mujer estupenda.

Me ruboricé, pues no estaba acostumbrada a recibir semejantes cumplidos.

—Gracias.

Lo acompañé hasta la puerta. Una vez fuera, llamó al perrito, que miró con cara de pena a Eustace mientras su dueño lo requería.

—Parece que le has caído bien, Eustace —comentó el abogado y, volviéndose hacia mí, añadió—: Bueno, supongo que esto es una despedida. Echaré de menos sus espontáneas visitas a mi oficina, señorita Caine.

—Estoy segura de que el señor Cratchett estará contento de librarse de mí —repuse, riendo.

Esbozó una leve sonrisa. Nuestras miradas se encontraron y por un instante ninguno de los dos apartó la vista. Teníamos más que decirnos, era evidente, pero se trataba de cosas que no podían decirse. Fuera lo que fuese, debía quedar allí, en Gaudlin.

—Hablares pronto, sin duda —concluyó él, y suspirando empezó a alejarse, agitando el bastón a modo de despedida—. Envieme su dirección en Londres. Estaremos en estrecho contacto en los años venideros. ¡Adiós, Eustace! ¡Buena suerte, muchacho!

Lo observé alejarse sendero abajo. El perro lo siguió un trecho, pero entonces se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Eustace. Se sentó sobre los cuartos traseros, miró a su dueño y luego de nuevo al niño. Entonces, el señor Raisin se volvió y comprendió qué pasaba.

—Bueno, así son las cosas —concluyó sonriente.

El lunes siguiente, regresé a la escuela de St. Elizabeth y llamé a la puerta de

la señora Farnsworth.

—Eliza Caine.

Me inquietó un poco que me llamara por el nombre y el apellido; me recordó esa tendencia de Isabella.

—Qué sorpresa.

—Siento molestarla. Me preguntaba si podría robarle un poco de su tiempo.

Asintió y me indicó que tomara asiento. Luego le expliqué que mi empleo en Norfolk no había sido como esperaba y había decidido volver a Londres.

—Creo recordar haberle dicho que se precipitaba al tomar esa decisión —repuso con petulancia, encantada de que el tiempo le diera la razón—. Las jóvenes de hoy en día tienden a atolondrarse, me parece. Deberían confiar más en los consejos de sus mayores.

—Y estaba en pleno duelo —señalé, deseando hallarme en cualquier otro sitio—. Estoy segura de que lo recuerda también. Mi padre acababa de morir.

—Sí, por supuesto —repuso, un poco avergonzada—. Como es natural, no estaba en disposición de tomar la decisión adecuada. Lo que sí le dije entonces fue que lamentaba perderla, y lo dije en serio. Era usted una maestra excelente. Pero, por supuesto, tuve que cubrir su puesto. No podía dejar a las niñas sin profesora.

—Por supuesto. Aunque me preguntaba si no habría una vacante dentro de poco. Recuerdo haber oído decir a la señorita Parkin que se jubilaría a finales de este trimestre. Pero quizá haya encontrado ya una sustituta.

Asintió.

—Sí, se jubila. Y no, todavía no he puesto un anuncio para el puesto. Pero tiene que entender en qué posición me hallo ahora —añadió sonriendo—. Me demostró que no podía fiarme de usted. Si la empleo de nuevo, ¿quién dice que no volverá a dejarnos casi sin previo aviso como hizo en el pasado? Esto que dirijo es una escuela, señorita Caine, no un... —Vaciló pensando en cómo acabar la frase, y concluyó por fin—: No es un hotel.

—Mis circunstancias han cambiado. Le aseguro que cuando vuelva a echar raíces en Londres ya no me marcharé de aquí. Por nada del mundo.

—Eso dice ahora.

—Ahora tengo otra responsabilidad —revelé—. Una responsabilidad que antes no tenía.

Arqueó una ceja, intrigada.

—No me diga. ¿Y de qué se trata, si me permite la pregunta?

Suspiré. Había confiado en no tener que embarcarme en esa conversación, pero si iba a ser el quid de la cuestión, lo que decidiría si me readmitía o no, no me quedaba elección.

—Tengo un niño pequeño del que cuidar. Eustace Westerley.

—¿Un niño? —Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa, escandalizada—.

Señorita Caine, ¿me está diciendo que ha dado a luz a un niño? ¿Que es madre soltera?

Seis semanas antes, mi tendencia natural habría sido enrojecer intensamente, pero después de todo lo ocurrido, sólo pude reír.

—¡Por favor, señora Farnsworth! Ya sé que no enseñamos ciencias en St. Elizabeth, pero difícilmente podría haberme ido, quedarme embarazada, dar a luz y regresar en tan corto tiempo.

—No, claro, claro —tartamudeó, ahora ruborizándose ella—. Pero entonces no la entiendo.

—Es una larga historia. Es el hijo de la familia para la que trabajaba. Por desgracia, sus padres han muerto en circunstancias trágicas. No tiene a nadie en el mundo. Sólo a mí. He asumido la responsabilidad de criarlo, en el papel de tutora.

—Comprendo —repuso con aire reflexivo—. Es muy considerado por su parte. ¿Y no le parece que eso interferirá en su trabajo aquí?

—Si tiene la amabilidad de volver a contratarme, confío en inscribir a Eustace en St. Matthew, aquí enfrente. No creo que haya problemas al respecto.

—Pues muy bien, señorita Caine —concluyó la directora poniéndose en pie y estrechándome la mano—. Ocupará el puesto de la señorita Parkin cuando nos deje dentro de unas semanas. Pero le tomo la palabra cuando dice que puedo confiar en usted y que no me dejará en la estacada.

Se lo corroboré y me marché, aliviada. Por lo visto iba a recuperar mi antigua vida, aunque sin la presencia de mi padre, pero con la de Eustace.

Pasaron varios meses. Eustace y yo nos habíamos instalado en una casita en Camberwell Gardens, con un jardín trasero para que el perrito pudiera corretear a sus anchas. Nuestros días observaban una rutina bastante regular. Desayunábamos juntos y luego caminábamos diez minutos hasta nuestras respectivas escuelas; yo esperaba ante la verja a que el niño hubiese entrado en la suya para cruzar entonces la calle y empezar mi propia jornada. Después volvíamos a encontrarnos y regresábamos juntos a casa, cenábamos y nos sentábamos a leer o a jugar hasta la hora de acostarnos. Estábamos satisfechos con nuestra suerte.

A Eustace le iba muy bien en su nueva escuela. Parecía haber superado los sucesos de los últimos meses, y con el tiempo llegué a entender que no quisiera hablar de ellos. En alguna ocasión yo había intentado sacar el tema de sus padres y su hermana, en vano. Negaba con la cabeza, cambiaba de tema, cerraba los ojos o se alejaba. Lo que fuera con tal de no hablar de ello. Y aprendí a respetarlo. Me decía que con el tiempo, quizá cuando fuera mayor, querría hablarlo. Y cuando él estuviese listo, yo lo estaría también.

Hizo amigos, dos niños en particular, Stephen y Thomas, que vivían en nuestra calle y asistían a la misma escuela que él. Me gustaba que vinieran a casa, pues, aunque fueran traviosos, no tenían mala intención, eran críos de buen corazón, y la verdad es que yo lo pasaba bien con sus travesuras. Por supuesto, yo sólo tenía veintidós años; era joven y disfrutaba de la compañía de los niños, y el hecho de que Eustace se divirtiera tanto con ellos era una fuente de satisfacción para mí. Nunca había tenido amigos hasta entonces; sólo a Isabella.

En resumen, éramos felices. Y confiaba en que nada viniera a empañar la felicidad de nuestras vidas. En que nos dejaran en paz.

Escribo estos últimos párrafos ya de madrugada, en pleno diciembre. Fuera es noche oscura y vuelve a cernirse sobre las calles la horrible niebla londinense. Hace varios días que la casa está más fría de lo habitual, pese a que echo más carbón de la cuenta en la chimenea y mantengo el fuego vivo toda la velada.

Eustace ha estado muy callado estos últimos días. Yo no he sabido por qué. Cuando le pregunté si iba todo bien, se limitó a encogerse de hombros y decirme que no sabía a qué me refería. Decidí no insistir. Si algo iba mal, me lo explicaría a su debido tiempo.

Esta noche, sin embargo, cuando estaba a punto de dormirme, algo captó mi atención. Algún ruido, procedente del otro lado de la ventana. Me levanté y me asomé, pero no vi nada a través de la niebla. Muy quieta, agucé el oído y me di cuenta de que no venía de fuera, sino del interior de la casa.

Salí a la oscuridad del pasillo con una vela y me acerqué a la puerta de Eustace, que él había cerrado pese a que siempre le insistía en que la dejase entreabierta. Tendí una mano hacia el picaporte, dispuesta a abrir, pero me sorprendió oír ruidos dentro. Apoyé la oreja contra la puerta: eran voces, dos voces enzarzadas en una seria conversación en susurros. El corazón se me encogió. ¿Sería algún juego? ¿Impostaba Eustace la voz para mantener una conversación consigo mismo por alguna perversa razón? Puse mucha atención para tratar de entender qué decían; distinguí claramente la de Eustace, pero la otra era una voz de niña. ¿Cómo podía ser? En casa no había ninguna niña; ningún miembro del sexo femenino, aparte de mí, había puesto un pie allí desde que nos mudamos.

Presté mayor atención, pues no quería abrir hasta entender qué se estaban diciendo, aunque las palabras me llegaban demasiado amortiguadas a través del roble. Hasta que discerní una sola palabra, tan cristalina como el agua. Sólo una, pronunciada por la voz clara de Eustace, que manó de sus labios, atravesó el aire y pasó por debajo de la puerta hasta mi oído. Me quedé paralizada, la sangre se me heló, mi expresión se petrificó y sentí que me recorría una oleada de incomprensión y terror.

Eustace había pronunciado un simple nombre.

—Isabella.